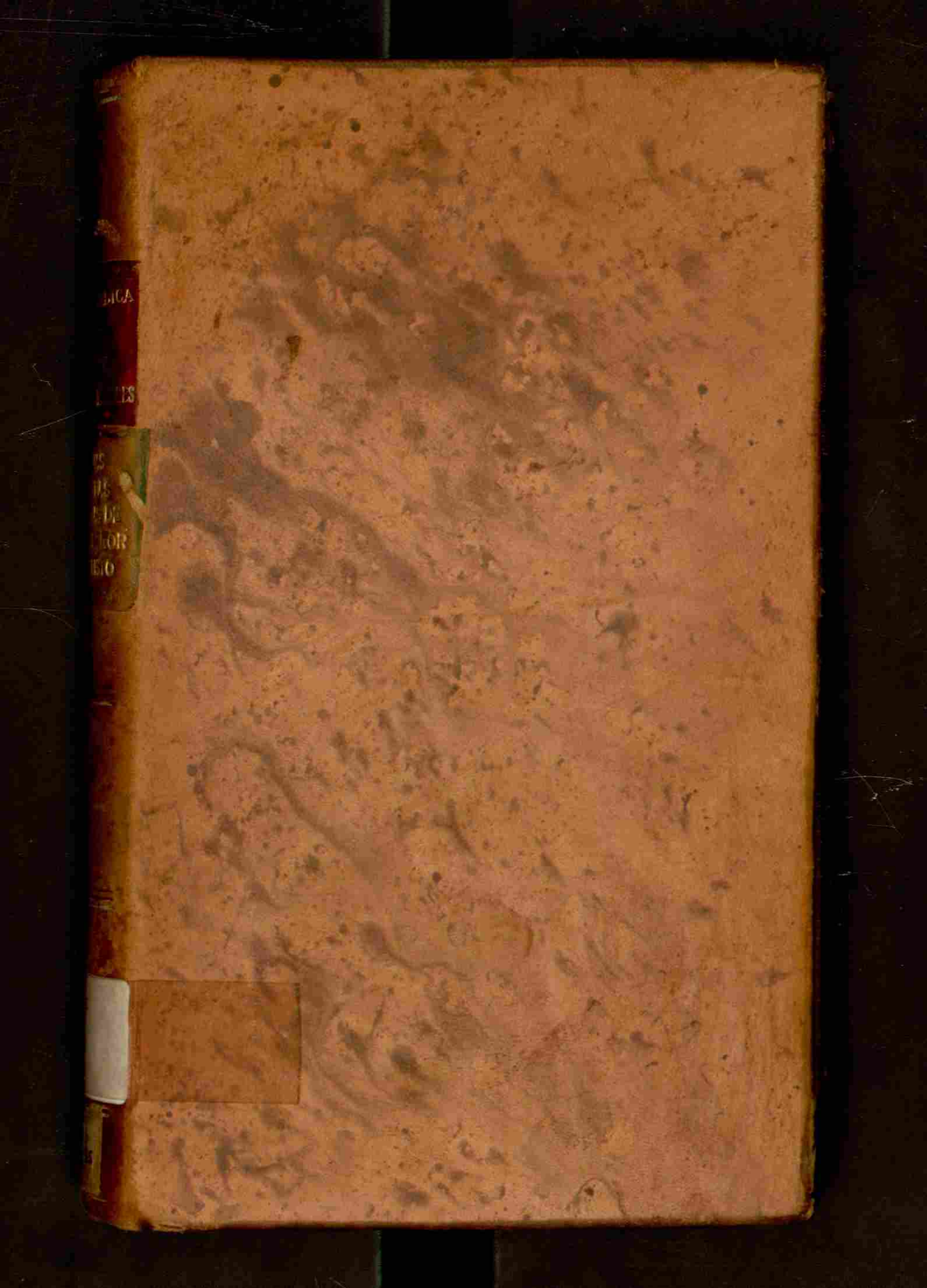
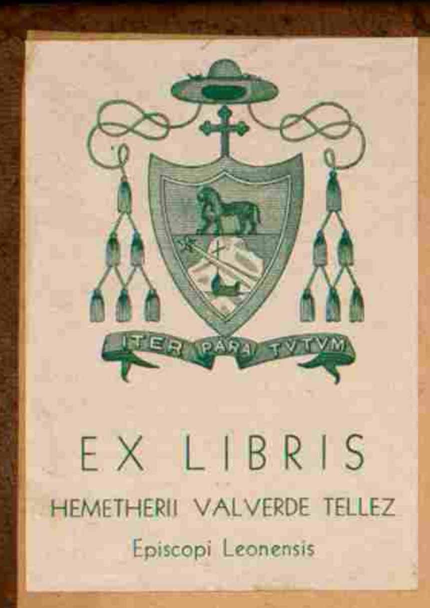



V. DE RAULIC
TESORO DE
PREDICADORES ILUSTRES
HOMILIAS
SOBRE LAS
PARABOLAS DE
NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO
II
BT375
R3
v.2
1885


ITER PARA TUTUM


1080014855

HOMILÍAS

SOBRE LAS

PARÁBOLAS

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

PREDICADAS EN EL VATICANO

POR EL REVERENDO PADRE

J. VENTURA DE RAULICA,

antiguo General de la Órden de Teatinos.

TRADUCIDAS

POR LOS REDACTORES DEL TESORO DE PREDICADORES ILUSTRES.

(OBRA PÓSTUMA.)

TOMO II.

Segunda edicion.

MADRID,

LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,

calle del Cármen, número 13.

1885.

Tesoro de Predicadores Ilustres.

HOMILÍAS

SOBRE LAS

PARÁBOLAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

II

HOMILÍAS

SOBRE LAS

PARÁBOLAS

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

PREDICADAS EN EL VATICANO

POR EL REVERENDO PADRE

J. VENTURA DE RAULICA,

antiguo General de la Órden de Teatinos.

TRADUCIDAS

POR LOS REDACTORES DEL TESORO DE PREDICADORES ILUSTRES.

(OBRA PÓSTUMA.)



TOMO II.

Segunda edicion.

LIBRERÍA D[illegible] [illegible]PEZ, EDITOR.

[illegible] 13.

1885.





MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, núm. 20.

HOMILÍAS
SOBRE LAS
PARÁBOLAS DE N. S. JESUCRISTO.

DÉCIMAOCTAVA HOMILÍA.

EL LOBO RAPAZ BAJO LA PIEL DEL CORDERO, Ó LOS PROFESORES DE FALSAS DOCTRINAS.

Principes ejus in medio illius quasi lupi rapientes prædam ad effundendum sanguinem et ad perdendas animas (EZEQ., XXII.)

Sus príncipes son, en medio de ellos, como lobos que arrebatan la presa para derramar sangre y para destruir las almas.

El hombre, creacion de Dios, conserva, por Dios tambien, y á pesar de sus propensiones al mal, una propension natural, necesaria, indestructible, á querer á Dios, á unirse á Dios, á poseer á Dios para ser dichoso en Dios y con Dios.

Así como en Dios, en Él mismo y en sus relaciones con la criatura, está la verdad infinita y el infinito bien, así el hombre tiene una inclinacion natural, necesaria, indestructible hácia el bien y la verdad.

Muchas veces la criatura, tan noble y tan débil á la vez, se extravía y se engaña al buscar el objeto, el fin propuesto á su inteligencia y á su corazon. En lugar de la verdad que le ilumina, admite el error que le ciega; en lugar del bien que le vivifica y le hace dichosa, se inclina al mal que le corrompe, le degrada, le aflige, le desespera, le pierde; pero aunque se engaña en la eleccion de los medios, no pierde jamas de vista la nobleza del

fin para que ha sido creada; si se adhiere al error, lo hace porque lo reputa como verdad: *Sub ratione veri;* y si abraza el mal, es porque lo reputa como bien: *Sub ratione boni.*

Por eso en todas las épocas, y en todas partes, los profesores de doctrinas perversas, para arrastrar á los hombres al error y al vicio, presentan el uno y el otro bajo falsas apariencias, con engañosos colores de verdad y de bien, de razon y de virtud. Encubiertos con estas falsas pieles de mansas ovejas, son, pues, los carniceros lobos que el profeta Ezequiel ha visto y descrito, y que no cesan de acechar á las almas débiles, sencillas y sin artificio, para engañarlas, apoderarse de ellas y ofrecerlas como pasto á su infernal voracidad: *Ad effundendum sanguinem et ad perdendas animas.*

Contra estos hombres de pecado, que no contentos con perderse ellos, se afanan con celo infernal en arrastrar á su ruina á los demas, contra éstos, decimos, quiso Jesucristo prevenirnos, por medio de la bella parábola de los lobos bajo la piel del cordero, y nos da señales para reconocerlos (1).

Primer punto. Segun se nos dice en el capítulo sétimo de San Mateo, el Salvador del mundo, despues de haber discurrido sobre las dificultades y los obstáculos relativos á nuestra salud eterna, y que encontramos nosotros mismos por consecuencia de nuestra propia corrupcion, pasa en seguida á los obstáculos que podemos encontrar en razon á la malicia y á la hipocresía de los hombres. Guardaos, sigue diciendo, y desconfiad de los falsos profetas que vienen á vosotros con todas las apariencias y semejanzas de inocentes y dulces ovejas, miéntras que en el interior de sus corazones no son más que lobos sanguinarios y llenos de rabia (2).

Estas palabras del divino Maestro son muy sencillas; ¡pero qué de profundas reflexiones contienen!

Primeramente, al decir: «Guardaos de los falsos profetas», el Señor ha hecho conocer claramente que en su Iglesia habrá siempre verdaderos profetas. No, dice un intérprete; refirióse á los profetas en cuanto tocaba al Cristo, puesto que todas las profecías relativas á Jesucristo se cumplieron para siempre en Él y

(1) Véase en la página 21 otro exordio para la misma homilía.

(2) Attendite à falsis prophetis qui veniunt ad vos in indumentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. (*Matth.*, vii.)

con Él, declarándolo así cuando dijo que la ley y los profetas habian tenido fin en Juan Bautista, el último de los profetas del Cristo, y el cual tuvo la mision de darlo á conocer en lo presente, miéntras que los demas profetas no lo habian visto ni profetizado sino en lo porvenir (1). Nada es más cierto que siempre habrá profetas, porque, segun las Escrituras, profeta no significa solamente aquel que ve en lo porvenir y descubre las cosas ocultas del presente, sino tambien el que explica é interpreta las cosas pasadas. Así, pues, la dignidad profética es la misma que la dignidad doctoral, y Jesucristo quiso hacer comprender que jamas faltarian en su Iglesia hombres que, llenos de espíritu y de la ciencia de Dios, supiesen interpretar en su verdadero sentido las profecías de Nuestro Señor contenidas en las Santas Escrituras. Estos hombres, segun el pensamiento de Jesucristo, debian ser los pastores del rebaño cristiano, los doctores, los predicadores de la verdadera Iglesia, y de aquí la obligacion en que están los verdaderos fieles de escucharlos con docilidad, de obedecerles prontamente, de guardarles deferencias y respeto (2).

Así que, previendo que tendria falsos doctores, maestros de doctrinas erróneas que, poseidos del espíritu de Satanas, sabrian oscurecer con maliciosas interpretaciones las más importantes verdades tocante á Jesucristo contenidas en los escritos de los profetas y los Apóstoles, nos advirtió el Señor que nos guardásemos de los falsos profetas (3). De manera, dice San Jerónimo, que en este pasaje del Evangelio el Señor ha querido de una manera especial hablar de los herejes (4).

Hé aquí cómo les es perfectamente aplicable lo que el Señor continúa diciendo sobre ellos: «Se presentan á vosotros con la piel de las ovejas, cuando son lobos carniceros» (5).

(1) Lex et prophetæ usque ad Joannem. (*Luc.*, xvi.)

(2) Fuerunt et sunt non qui prophetant de Christo, sed qui interpretantur quæ de Christo fuerunt prophetata, id est doctores Ecclesiarum. Quare prophetæ de quibus hic loquitur Christus doctores sunt. (*Auct. op. imp. in Matth.*)

(3) Sciens Dominus futuros esse falsos doctores diversarum hæresum qui scripturas propheticas et apostolicas falsa interpretatione confuderent, ideo admonet; attendite à falsis prophetis. (*Ibid.*)

(4) Specialiter hoc de hæreticis intelligendum est. (*S. Hieron.*)

(5) Veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. (*Evang.*)

Las ovejas en el Evangelio significan los verdaderos cristianos. La piel de las ovejas son las señales distintivas del verdadero cristiano (1). Luego, cubrirse con los despojos de las ovejas es afectar el celo por la verdad, la práctica por las virtudes cristianas. Tales han sido siempre los herejes, decia gimiendo Orígenes; preconizan la doctrina de los Apóstoles, y la contradicen y la atacan con las nuevas y falsas doctrinas que enseñan (2). Enaltecen el valor de los antiguos mártires, y hacen mártires á otros, persiguiendo á los pobres católicos donde quiera que los encuentran (3). Encubiertos con la máscara de una religion mentida, pretenden honrar á Dios con palabras, y blasfeman con su vida y sus costumbres (4). Mirad lo mismo á los modernos herejes, verdaderos lobos bajo la piel de la oveja: segun ellos, son hombres evangélicos, reformadores, ortodoxos que no pretenden seguir en todo y por todo más que el Evangelio, vengar la verdad, volver el Cristianismo á su institucion primitiva, reformar las costumbres de los cristianos, destruir las supersticiones, suprimir los abusos, hacer la guerra á los errores, corregir las injusticias. Se les tomaria, pues, por almas inocentes y puras, ardiendo en celo por la gloria de Dios, por la propagacion del Evangelio, por la prosperidad de la Iglesia, por la utilidad de los fieles. Se les tomaria por mansas ovejas, llenas de buena voluntad, deseosas de alimentar á los pueblos con la doctrina pura, y fortificarles con los ejemplos de las más sólidas virtudes: *Veniunt ad vos in vestimentis ovium.* Pero vistos de cerca, considerados atentamente en sus intenciones, ¿qué os presentarán? Veréis á esos orgullosos reformadores del Cristianismo, afanados en destruirle; á esos guardadores de la moral pura, corromperla sin miramiento; á esos predicadores de la palabra de Dios, alterarla, viciarla, desnaturalizarla completamente para sustituirla con absurdas blasfemias de cualquier corrompido heresiarca. Esos panegiristas de la verdad abren la puerta á todos los errores; esos predicadores de la santidad dan libre curso á todos los vicios; en realidad no son más que lobos rapaces, *intrinsecus autem sunt lupi rapaces*, lobos que se esparcen entre los fieles para devorar las almas, asesinos de las conciencias, mensajeros del infierno: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

(1) Oves Christiani dicuntur, vestimentum ovile species christianitatis.

(2) Apostolos predicant et contraria annuntiant. (*Orig.*)

(3) Magnificant martyres et martyrium persecutores probantur. (*Ibid.*)

(4) Deum si non verbis, moribus blasphemant figuram religiositatis nuntiantes. (*Ibid.*

El cielo me guarde de confundir en esta comun incriminacion á todos los cristianos á quienes la herejía ha separado de nosotros. Hay entre ellos almas puras y rectas, dignas de figurar entre los hijos de la verdadera Iglesia. Pero estas excepciones se encuentran principalmente entre los seglares y en las clases del pueblo. La historia de la vida de los maestros de la herejía, de los que la inventan y fabrican á su manera, demuestra que no hay uno siquiera merecedor del título de honrado. El fingimiento y la mala fe constituyen el fondo de su carácter; la mentira y la impostura son sus armas ordinarias; su celo no es más que un sentimiento de ódio ciego y furioso contra la verdad católica y contra la Iglesia, perseguida y oprimida por ellos sin descanso. Por eso dice Orígenes que el Señor, con mucha razon, los llama lobos rapaces (1). En realidad, ¿qué nos dice la historia de todas las herejías? ¿Qué vemos constantemente suceder en nuestros dias, en este siglo que grita tan alto tolerancia, libertad de opiniones, humanidad, civilizacion? ¿Qué hacen los maestros de la herejía donde quiera que son más fuertes y pueden disponer de todo el apoyo de las leyes, de todo el favor de los juicios populares, de todos los artificios de la política, de todas las fuerzas del poder? ¡Ay! Ocultos bajo la piel de cordero, manifiestan en toda su ferocidad sus instintos de lobo. No entraré en detalles, inútiles por una parte y horribles por otra. ¿Quién no sabe cómo son tratados los pobres católicos nuestros hermanos, á quienes una política imprevisora, injusta y cruel ha creido deber sujetar á gobiernos protestantes y cismáticos? ¿Quién no sabe que bajo esos gobiernos, oprobio del mundo civilizado, calamidad y deshonra del género humano, la tolerancia tan decantada se convierte en destierros, en prisiones, en expoliaciones, en tormentos, en órdenes de dar una muerte tanto más horrible cuanto es más lenta, lo mismo á los hombres que á las mujeres y á los niños, por el crímen de ser fieles á la unidad de la Iglesia? Empero se esfuerzan en negar descaradamente los crueles suplicios que hacen su-

(1) Lupi rapaces nominantur hæretici quia Ecclesiam persequuntur et opprimunt. (*Orig.*)

frir á la fe y á la virtud; ocultan, ahogan las quejas para que los gritos de tanta víctima no vengan á arrancar un grito de horror á toda la humanidad. Toda su política consiste en unir la crueldad de Diocleciano con la vil astucia de Julian el Apóstata, y en hacer que los cristianos más fieles á la Iglesia aparezcan como personas rebeldes al Estado; así añaden á la crueldad con que les quitan la vida el crímen con que atentan á su reputacion; no contentos con agobiarlos por el dolor y derramar su sangre, intentan colmarlos de oprobio; y todo martirizándoles, enviándoles el consuelo y la gloria del martirio. ¡Oh lobos sin piedad, que no pudiendo hacer presa en el alma de los católicos os encarnizais en sus cuerpos; no pudiendo arrastrarlos al error, los ahogais en la sangre y los quitais la vida del cuerpo, furiosos porque no podeis quitarles la fe! *Lupi rapientes aa prædam!*

Pero este pasaje del Evangelio no debe, segun San Jerónimo, entenderse solamente con los herejes; debe aplicarse tambien á todos los católicos que, con el exterior y el discurso, dicen y profesan una cosa y hacen comprender todo lo contrario con su conducta (1). ¡Ay! En nuestros dias particularmente, en esta misma ciudad, fundamento y centro del Cristianismo, ¡cuántos falsos católicos se encuentran más escandalosos y más funestos que los mismos herejes, y que, bajo la piel de corderos, ocultan la rabia y la ferocidad del lobo! (2).

Tales son esos extranjeros, esos viajeros que visitan nuestra Italia, que se establecen de mejor gana en Roma, que se introducen en las familias, simpatizan con el pueblo, hacen gala de moralidad y desinteres, practican la justicia, la caridad, prodigan los socorros y las limosnas, procuran trabajo á los artesanos, consuelo á los pobres, alimento á las viudas, proteccion al oprimido; se les tomaria verdaderamente por ovejas fieles á la doctrina, á la verdad del Evangelio: *Veniunt ad vos in indumentis ovium.* Pero ¡ay! las Biblias sofisticadas que ofrecen, los pequeños tratados que distribuyen, y en los cuales el homenaje de la inteligencia por la sumision de la fe está representado como una tiranía, y por otra parte el principio de independencia de la razon

(1) De omnibus intelligi potest qui aliud habitu et sermone promittunt, aliut opere demonstrant. (*S. Hieron.*)

(2) In multis vestitu ovium rabies lupina contingitur. (*Ibid.*)

frente á frente de toda autoridad, está representado como un derecho divino; sus discursos, en los cuales todo sistema divino de la verdadera Iglesia está representado como odioso y ridículo, fácil es comprender que en todo eso el lobo se oculta bajo la piel de la oveja: *Intrinsecus autem sunt lupi rapaces.* Sí, se comprende que en el interes que se toman por el alivio del cuerpo está la mira de hacer presa de las almas; que en el celo que muestran por emancipar la razon, se proponen arrebatar la fe; que con su afectada generosidad, buscan la apostasía de la gente sencilla, haciéndoles separarse del rebaño de Jesucristo, de la verdadera Iglesia, y llevándolos á los campos desiertos del error, donde, sin defensa ni medios de evadirse, esperan inmolarlos al demonio, padre de todos los cismas y de todos los errores: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas!*

Así son nuestros pretendidos incrédulos, que han abandonado la religion sin conocerla, lanzándose en el camino de la impiedad sin saber á dónde ésta los lleva, como ignorantes de espíritu y corrompidos de corazon; pero que por miedo á la inquisicion, por no perder un empleo, por no caer en descrédito con los superiores y no hacerse odiosos al pueblo, ocultan cuidadosamente su incredulidad. Sin embargo, aseguran que aman la religion, la piedad, el Cristianismo, la fe; hé ahí el falso ropaje, las apariencias de oveja: *Veniunt ad vos in vestimentis ovium.* Añaden que áman la religion, pero exenta de supersticion; la piedad, pero sin hipocresía; el Cristianismo, pero tal como Jesucristo lo instituyó; la fe, pero no los absurdos; la verdad, pero no la impostura. Se niegan á escuchar á los que no se dejan deslumbrar por brillantes falsedades, que saben resistir á los juicios populares, que saben pensar y ver en el fondo de las cosas. Por otra parte, con ayuda de sus declaraciones, hacen que la piedad aparezca ridícula y risible el pudor, y desacreditan indiferentemente á todos los ministros de la religion. Cuando la ocasion llega, saben representar la confesion como un yugo insoportable; la oracion y los sacramentos como prácticas supersticiosas; la misa y las indulgencias como un negocio que hace el sacerdote; el celibato eclesiástico como una ley contra la Naturaleza; la vida del claustro como una horrible tiranía; las penitencias corporales como crueldades insensatas; el infierno como un medio imaginario de espanto: aseguran con grandes aires de doctores que

cualquiera religion es buena para salvarse; que es indiferente tener esta ó la otra creencia, porque Dios es demasiado grande para ofenderse de las debilidades del hombre, y demasiado bueno para condenarle á un suplicio eterno. Por esto puede conocerse lo que son en su interior: almas sin ningun sentimiento de Dios, sin ningun principio, sin sentido alguno religioso, que no tienden más que á engañar á los sencillos, á sorprender á los ignorantes y á demoler uno á uno en el espíritu de la juventud todos los dogmas del Cristianismo, para extinguir fácilmente todo principio de piedad, todo sentimiento de pudor. Hélos ahí, lobos que se apoderan de la inocencia, de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia, de innumerables almas para inmolarlas al monstruo de las pasiones impuras y de la impiedad: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

Tales son, en fin, esos hombres sin conciencia y sin honor, que se encuentran en todas partes, se introducen en las familias, y hasta se hacen buscar por la amabilidad de sus maneras, por la expresion de su sensibilidad, por su gratitud afectuosa, por sus amenos discursos, por sus buenas palabras, por sus maneras distinguidas y su bien cultivada inteligencia. Saben prestar servicios, conceder su proteccion, procurar empleos y negocios lucrativos, solicitar recursos y arreglar los medios de obtener pensiones; se ofrecen á acompañar á la madre á la iglesia ó á los espectáculos públicos, á dar repasos al hijo, á enseñar á la hija las artes de adorno, la lengua francesa, la historia, y todo gratuitamente, por un sentimiento, segun dicen, de pura amistad hácia el jefe de la familia, que es tan bueno; de estimacion á la señora, que es tan amable; de afectuoso interes por una honrada familia tan numerosa y tan maltratada por la fortuna; en una palabra, por pura simpatía, compasion y caridad. Por otra parte, las repetidas visitas, atento celo, desmedidos elogios, profusion de regalos, demostraciones de adhesion, sin olvidarse mostrar sentimientos religiosos, de honradez, de *galantonismo*, y pronunciar discursos piadosos, apresurándose á asociarse á la familia para hacer la novena y rezar el rosario: hé ahí la falsa vestidura, la apariencia de ovéja: *In vestimentis ovium.*

Pero ¡ay! ¡cuán diferentes son los deseos que agitan el espíritu, los sentimientos que abriga el corazon! Con semejantes artificios van á cautivar la confianza de un esposo demasiado cándido, de una madre demasiado crédula, de un maestro que confia demasiado; adormecen la vigilancia del pastor para poder fácilmente hacer sangrienta carnicería en el rebaño. Intentan triunfar del pudor de la mujer honrada, cambiar las costumbres religiosas de la familia, inspirar una pasion violenta á las jóvenes, y recompensan la hospitalidad confiada de una honesta familia introduciendo la discordia, el crímen y la deshonra; es decir, que son lobos rapaces sedientos de sangre y de carnicería: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

Al continuar el Señor hablando de todos esos profesores de error y de corrupcion, añade: No es difícil reconocerlos; ved lo que hacen, y comprenderéis lo que son. Lo mismo que por el fruto se conoce el árbol, así por el escándalo de su conducta podréis conocer la perversidad de su corazon (1). Y tened por cierto que así como no se cogen de las zarzas los racimos, así como el buen árbol da buen fruto, el mal árbol da fruto malo (2). El buen árbol no podria dar mal fruto, y el mal árbol no podria dar buen fruto (3).

Luego este oráculo divino, dice San Crisóstomo, que parecia mirar las personas, miraba las doctrinas, porque las doctrinas son las que hacen al hombre. Al decir el Señor: «El buen árbol da buenos frutos», quiso decir que la doctrina verdadera y divina produce santas y virtuosas acciones. Al decir que el mal árbol da malos frutos, quiso decir que toda doctrina falsa, errónea, puramente humana, produce acciones pecaminosas y malas. Al decir que es imposible que un buen árbol produjese malos frutos, quiso decir que una doctrina que viene verdaderamente de Dios en su principio, no podria en su fin dejar de conducirnos á la santidad y á Dios. Al decir que es imposible que un mal árbol diese buen fruto, quiso decir que una doctrina errónea, diabólica, nacida del desórden y las pasiones, no podia dejar de conducir á las pasiones y á los desórdenes; y que como la santidad y la virtud son el fruto propio de la verdad, asi brota del error, como de una planta venenosa, todo vicio y toda pasion. Así, pues, el Señor

(1) A fructibus eorum cognoscetis eos. (*Matth.*, VII.)

(2) Omnis arbor bona bonos fructus facit, mala autem arbor malos fructus facit. (*Ibid.*)

(3) Non potest arbor bona malos fructus facere, neque arbor mala bonos fructus facere. (*Ibid.*)

nos ha dado el verdadero signo, el verdadero criterio con que podemos distinguir la cizaña del buen grano, los mercaderes y los ladrones de los verdaderos pastores, las ovejas de los lobos, el error de la verdad, las vanas opiniones del hombre de las verdades divinas, la verdadera Iglesia de Jesucristo de las sectas y de los conciliábulos del diablo, los verdaderos ministros del Evangelio de los impostores, apóstoles del vicio y las pasiones.

¡Cuán terribles y humillantes son para los herejes esas palabras del Señor! Escuchadlas, pues, oh vosotros que teneis la desgracia de profesar las doctrinas de la herejía; sois árboles estériles ó degenerados que no pueden producir nada ó producen frutos desmedrados, ásperos y venenosos, que no pueden agradar al Maestro soberano ni tienen mérito alguno para la vida eterna. Así, todo el bien que haceis, todas las virtudes que practicais, excepto la oracion para convertiros, que sólo puede producir un efecto, todo lo demas es un supérfluo cuidado, un esfuerzo inútil para la eternidad; del racimo del error en que os colocais no podréis sacar ningun jugo saludable; sin la verdadera fe, nada puede haceros agradables á Dios (1).

¡Sois probos! ¿Pero qué prueba eso? Dice un intérpetre. El mono tiene miembros semejantes á los del hombre, é imita al hombre en todo. ¿Diréis por eso que es un hombre? (2). Lo mismo vosotros, desgraciados, todo lo que haceis de bueno lo habeis tomado del verdadero Cristianismo, de la verdadera Iglesia; pero no por eso podrá la verdadera Iglesia reconocer que perteneceis á ella (3).

¡Cuán consolador es para nosotros ese carácter distintivo! Cuando vemos que desde Lutero, Calvino y Enrique VIII, hasta esos dos miserables sacerdotes apóstatas Ronge y Cherski, que en nuestros dias se han hecho predicadores y apóstoles de nuevas doctrinas; cuando vemos hollar juramentos sagrados, votos solemnes, para hundirse en el fango del adulterio y del incesto; alentar el orgullo proclamando como un derecho la rebeldía contra los pastores de la Iglesia; fomentar la lujuria á la sombra de

(1) Sine fide impossibile est placere Deo. (*Hebr.*, XI.)

(2) Simia hominis habet membra et per omia hominem imitatur; numquid propterea dicenda est homo? (*Auct. op. imp. in Matth.*)

(3) Sic hæretici omnia Ecclesiæ habent, sed non sunt Ecclesia. (*Auct op. imperf. in Matth.*)

casamientos sacrílegos, de concubinajes desvergonzados, porque tales han sido los frutos de las doctrinas predicadas fuera de la Iglesia católica; cuando vemos que todos esos frutos venenosos y deletéreos son siempre el producto natural de semejantes doctrinas, ¡ah! tenemos bastante, no necesitamos más para persuadirnos de que no son santas, de que no son divinas. «Todo mal árbol da malos frutos.»

Cuando vemos que la herejía, satisfecha por contar con *honradas gentes*, no ha producido jamas ni se atreve á lisonjearse de producir santos, y que ha perdido hasta el nombre y hasta la idea de la verdadera santidad; cuando vemos que la santidad verdadera, el verdadero ascetismo, la verdadera piedad, frutos preciosos de la cruz, no se encuentran más que en la Iglesia católica, y que únicamente á la sombra de la cátedra de San Pedro, únicamente en el suelo católico, gracias á la cultura de los pastores, de los ministros, de los predicadores católicos, ha sido dado ver esas plantas evangélicas germinar y multiplicarse en toda su abundancia, en toda su belleza, en toda su dulzura; cuando vemos que sólo la doctrina católica forma los santos, predica y persuade la virginidad más inmaculada, la humildad más sincera, el desinteres, el desprendimiento más absoluto, la probidad más austera, la caridad más generosa, la fe, la piedad más perfecta; cuando vemos que todos los preceptos, todos los consejos, todas las más sublimes virtudes del Evangelio no se encuentran más que en la Iglesia católica de los apóstoles que las enseñan, de los doctores que las persuaden, de los sectarios que las practican, de los mártires que las confirman á costa de su vida y de su sangre, no queremos otra cosa para conocer, para creer que el árbol que produce tales frutos es bueno, que la doctrina católica es verdadera, santa y divina: «El buen árbol da buenos frutos.»

Es verdad que todos los católicos no son santos, así como todos los herejes no son execrables. Pero el carácter de las doctrinas no debe apreciarse por sus efectos parciales, accidentales, excepcionales, extraordinarios, pasajeros; sino por sus efectos necesarios, naturales, constantes, uniformes. Ademas es evidente que un católico que practique la doctrina del Evangelio, segun la enseña la Iglesia católica, que haga uso de los medios que la misma indica, que ponga en ejercicio las prácticas que ella inculca, será necesariamente un perfecto cristiano, un santo, un

ángel. Por el contrario, es evidente que un discípulo de Lutero y de Calvino que tome al pié de la letra la doctrina de estos maestros, sobre el defecto del libre albedrío en el hombre, sobre la inutilidad de las buenas obras para la salud, sobre la imposibilidad de condenarse un cristiano, sean cualesquiera sus excesos, sobre el derecho que tiene el marido de vivir indiferentemente con su esposa ó su sierva, sobre la esencia del Cristianismo consistente en creer lo que á cada cual le plazca y vivir como mejor lo crea, es, repito, evidente que un cristiano que arregla su vida á tales doctrinas, acabará por perder toda fe, toda religion, todo sentimiento moral y virtuoso, llegando á ser un perfecto malvado, un monstruo, un demonio. Es evidente, pues, que así como el católico no es malo sino en tanto que se pone en oposicion con la fe que profesa, el hereje no es bueno sino cuando se pone en contradiccion con las opiniones que forman su símbolo. Luégo, áun cuando haya excepciones en todos tiempos y en todas partes, es cierto que así como la doctrina católica practicada por ella misma produce siempre y necesariamente la santidad, así la doctrina herética, practicada tambien en toda la extension de la letra, produce la inmortalidad; por consecuencia sólo la doctrina católica es el buen árbol plantado por la mano del Padre celeste, y la doctrina herética es el mal árbol plantado por el demonio, el padre de la mentira. Sí, tenemos completa certidumbre, puesto que vemos las puras y santas virtudes que nacen del primero de los árboles, y los vicios de todas clases que, con el sensualismo más abyecto, son la florescencia del segundo.

Tambien el Señor, no contento con habernos pintado á los profesores del error y de la corrupcion, y habernos dado las verdaderas señales para distinguirlos, nos advirtió la necesidad en que estamos de huir de ellos, dirigiéndonos estas palabras misteriosas: «¿Por ventura cogen uvas de los espinos ó higos de los abrojos?» (1).

Bajo el símbolo de los espinos y los abrojos, el Señor, dice Orígenes, nos ha señalado con mucha razon á los hombres sin religion, sin fe, sin conciencia, á los predicadores de la incredu-

(1) Numquid colligunt de spinis uvas, aut de tribulis ficus? (*Mattheus*, VII.)

lidad, de la herejía, del indiferentismo, del libertinaje, porque todos ellos pueden inferir moralmente picaduras peligrosas, herir, desgarrar, matar las almas con su malignidad y su impiedad (1). Y al contrario, dice otro intérprete, las uvas hacen alusion al misterio de Jesucristo, y el higo al misterio de la Iglesia (2). Porque así como el racimo se compone de muchos granos, así Jesucristo tiene la multitud de los fieles adheridos á la madera de la cruz (3). Y así como el higo reune muchos granos de diversos colores en su interior dulce como la miel, y los tiene encerrados en una misma cubierta, así la Iglesia tiene encerrados en la misma unidad á los fieles del mundo entero, unidos con el dulce abrazo de la caridad cristiana (4).

Luego advirtiéndonos que ni los espinos producen uvas ni los abrojos higos, el Señor ha significado que los verdaderos discípulos de Jesucristo, los verdaderos hijos de la Iglesia, así como no pueden formarse en la escuela de los impíos, de los herejes, deben tambien evitar cuidadosamente su trato y su compañía. Porque, dice tambien Orígenes, así como los espinos enganchan y desgarran todo lo que se les acerca, así esos hombres atraen las almas simples y débiles que encuentran á su paso, para despojarlas de su fe y de su virtud, y para perderlas (5).

No os hagais ilusiones diciendo: Mi fe es ardiente y verdadera; mi resolucion de morir cristiano es demasiado firme. ¡Ay! dice Orígenes, ¿es posible acercar la mano á los espinos sin que sea desgarrada y ensangrentada? (6). Pues no es ménos imposible que un cristiano que trate con los impíos, los hombres sin moralidad, deje de encontrarse más ó ménos tarde con su inteli-

(1) Merito Dominus omnes infideles et hæreticus et male viventes spinas et tribulos appellavit in asperitate, in stimulis, in amaritudine, in malignitate, in impietate. (*Orig.*)

(2) Uva mysterium habet Christi, ficus Ecclesiæ. (*Auct. op. imp. in Matth.*)

(3) Sicut botrus multa in se grana ligno mediante suspendit, ita Christus multos fideles sustinet adjunctos per lignum crucis. (*Ibid.*)

(4) Sicut ficus multa grana sub uno tegmine tenet inclusa; sic multos fideles dulci charitatis amplexu tenet Ecclesia. (*Ibid.*)

(5) Sicut tribuli et spinæ omnia quæcumque capere possunt detinent et conscindunt; ita isti quidquid apprehendere possunt attrahunt et diripiunt. (*Orig.*)

(6) Quis ad spinas mittens manum non dilaceratur? (*Ibid.*)

gencia oscurecida, y emponzoñado su corazon. San Pedro, como lo hace observar San Ambrosio, habia reconocido á Jesucristo Hijo de Dios cuando estaba entre los discípulos, y lo negó con cobardía cuando se expuso temerariamente á hablar con los enemigos de Dios en el pretorio (1).

Los animales inofensivos reposan á la sombra de los grandes árboles, en tanto que las serpientes se ocultan bajo los espinos y abrojos (2). Los hombres profanos sin religion y sin moralidad, ó de religion errónea y sospechosas costumbres, son verdaderos abrojos donde sólo se encuentran espinos que desgarran y serpientes llenas de veneno que dan la muerte. Así como del rostro, de los ojos, de la boca y de toda la persona de los hombres puros, religiosos y santos traspira una emanacion celeste que se insinúa dulcemente en el corazon y atrae hácia Dios; así del rostro, de los ojos, de toda la persona de los pecadores y de los impíos se escapa una exhalacion infernal que insensiblemente ciega el espíritu, corrompe el corazon y aleja de Dios. Así como en el trato con los santos se gana siempre, no puede dejar de perderse en el trato con los malos; de éstos se aparta uno siempre ménos hombre; de aquéllos siempre más cristiano. Dadme un hombre lo más impío, lo más execrable posible, y haced que frecuente algun tiempo el trato íntimo y familiar de personas verdaderamente religiosas y santas, y es imposible que con el tiempo no llegue á ser mejor. Por el contrario, dadme el hombre más puro, el más religioso que haya en el mundo, y ponedlo en el caso de tratar íntimamente con hombres irreligiosos é impúdicos, y es muy difícil que á la larga no sienta apagarse en sí mismo el amor de Dios, el placer de las buenas obras, la delicadeza de la fe, el espíritu de piedad, de reserva, de candor, y que no concluya por ser un hombre sin religion ni buenas costumbres. No hay, pues, otro medio para conservarse religioso y santo, honrado y púdico, que el de huir la conversacion, la sociedad, la amistad de los falsos profetas, de los profesores de doctrinas erróneas, libres y libertinas. Entónces se les tomaria por árboles útiles, y no son más que plantas venenosas, abrojos llenos de

(1) In prætorio negavit quem inter discipulus confessus est. (*S. Ambrosius.*)

(2) Sub arbore bona omnia animantia requiescunt, sub spinis, non nisi serpentes. (*S. Joan. Chrys.*)

espinas y arbustos dañosos. Se les tomaria por inocentes corderos y mansas ovejas, y no son más que lobos rapaces. Tienen el aire de estar animados de intenciones las más puras, y no tienen más que un objeto, el de inmolar vuestras almas á sus miras criminales: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

Empero no siempre es posible desembarazarse de esos hombres perniciosos y funestos. Las conveniencias sociales, el interes, la caridad, tambien imponen deberes. Á ese pretexto responderé en el segundo punto.

Segundo punto. Hay quien se aperciba de que ese extranjero, ese protector, ese amigo de la casa profesa máximas erróneas ó sospechosas, tiene costumbres un poco libres, y que en verdad no tiene religion ni pudor. ¿Pero cómo hacer para echarlo de la casa? No es necesario, despues de todo, ser inconveniente ni impolítico. No convengo: no es de ningun modo necesario ser inconveniente ni impolítico. Pero si alguno, sin demasiada mala intencion, falta al respeto, no digo á vuestra persona directamente, sino á vuestra casa, á vuestro nombre; si alguno tiene la desgracia, con una palabra, con una broma, muchas veces inocente, de molestaros, de desagradaros, ¿no lo mirais como un enemigo? ¿Y á despecho de las conveniencias y de la cortesía, no encontrais medio de hacerle comprender que vuestra casa, vuestra sociedad no está para él? ¿Por qué, pues, oh desgraciados cristianos, osais invocar las conveniencias para evitar deshaceros de una persona que pone en peligro la fe, la piedad, el pudor de vuestra compañera, de vuestros hijos y de vuestros criados, cuando en seguida estais tan prontos á pasar por encima de esas conveniencias, á hollar toda política cuando se trata de satisfacer vuestra vanidad, vuestro orgullo, vuestras susceptibilidades, vuestros caprichos? ¿Cómo os arriesgais á ofender á Dios por no desagradar á un hombre?

Pero la caridad cristiana, diréis, ¿no nos obliga á la indulgencia, á la compasion por esa alma extraviada por el error ó degradada por el vicio? ¡Ah, sí! La caridad nos obliga á hacer bien á los demas, pero sin dañarnos á nosotros mismos; y es una locura, presuncion ó tontería querer lisonjearse de ganar el alma de otro exponiéndose uno á perder la suya. San Juan Evangelista era el más tierno, indulgente y compasivo de los hombres; fué Apóstol y Evangelista de la caridad, y sin embargo, nos manda cortar toda clase de relaciones y comercio, hasta rehusar el salu-

do de los maestros, de los doctores de la herejía y el pecado (1); y dándonos el ejemplo con el precepto, un dia, al saber que se encontraba en el lugar donde él estaba el hereje Cerinto, enemigo de la divinidad de Jesucristo, se alejó diciendo que no queria encontrarse un instante bajo el mismo techo con semejante hombre.

Pero ¿y el interes de la familia? ¿Habré de indisponerme con este hombre que me socorre, este protector que me defiende, este juez que debe fallar en mi pleito, este amigo que me presta tan grandes servicios, que me prodiga sus regalos? — Así es preciso, no hay otro remedio: es menester hacer ese sacrificio para salvarse, porque el Señor ha anunciado la desgracia y la calamidad á todo el que no se aleje de cuanto pueda serle ocasion de escándalo (2). Nos ha mandado arrancar el ojo, cortarnos la mano ó el pié, es decir, separarnos del amigo, del pariente peligroso para la salud del alma, aunque nos fuese tan necesario como los ojos para ver, las manos para trabajar, los piés para andar; porque es mejor, añade, perder los miembros más necesarios, es decir, los amigos y parientes que nos son útiles para los intereses del cuerpo, y entrar en la mansion de la vida eterna, que conservar esos miembros y vernos, cuerpo y alma, precipitados en el fuego eterno (3). Por otra parte, hombres de poca fe, ¿acaso si nos falta el hombre no nos queda Dios? ¿No podrá Dios, no querrá compensar sobradamente por otros medios todas las miserables ventajas que sacrificais con la mira de serle fieles, de no desobedecerle ni ofenderle? ¿Es tampoco digno de un cristiano, de un hombre, comprar á precio de su alma las ventajas del cuerpo, procurar el aumento de los intereses de la familia, dejando que se extinga la religion y el pudor? Y, en fin, ¿Dios no deberá por su justicia insultada, su providencia ultrajada dejar marchar los acontecimientos y confundir todos esos cálculos sacrílegos que tienden á hacer la fortuna y á buscar apoyo y proteccion en los pecadores y en los impíos?

¡Ay! ¡Insensata especulacion que busca las ventajas del tiempo á costa de los grandes intereses de la eternidad! Ese es el pe-

(1) Nec ave ei dixeritis. (II, *Joan.*, V.)
(2) Væ mundo à scandalis. (*Matth.*, XVIII.)
(3) Bonum tibi est ad vitam ingredi debilem vel claudum, quam duas manus habentem mitti in ignem æternum. (*Matth.*, V.)

cado de los judíos que traerá sobre vosotros el mismo castigo. Como ellos, vosotros tambien, por el temor de perder alguna miserable ventaja temporal, arriesgais la posesion de la gracia de Dios, la religion y la vida eterna. En vosotros se cumplirá lo que dijo San Agustin haberse cumplido en los judíos, perdiéndolo todo á la vez, los bienes del presente y los de lo porvenir (1).

Tomemos, pues, una resolucion firme; renunciemos á toda amistad, á todo lazo con los impíos; hagámosles comprender que no está abierta para ellos nuestra casa: *Attendite à falsis prophetis.* Estemos seguros que si simpatizamos con ellos Dios no nos amará; que ellos son las verdaderas pestes para las familias; que mezclándose en vuestras conversaciones y en vuestros negocios, no os traerán más que maldiciones de Dios, y que comprometerán todos vuestros intereses, hasta los temporales, y ese mismo decoro, esas conveniencias exteriores, esa paz de la familia que habeis querido salvar, sin que ellos renuncien á hacer su presa en vuestras almas, á corromperlas, á darles la muerte, á perderlas para siempre: *Principes ejus in medio illius quasi rapientes prædam ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.* Que la gracia de Dios aparte léjos de vosotros semejantes males, y os mantenga siempre bajo la guarda y la vigilancia del verdadero pastor y guardian de vuestras almas. Así sea.

OTRO EXORDIO

PARA LA HOMILÍA DIEZ Y OCHO.

Es una verdad de fe cuya revelacion nos ha hecho el Espíritu Santo por medio del apóstol San Pablo, que el Redentor del mundo, por su pasion y muerte en la cruz, triunfó en Él mismo, no solamente del pecado, sino del demonio, primer autor é introductor del pecado en el mundo, despojándolo del derecho fu-

(1) Temporalia amittere timuerunt et vitam æternam non cogitaverunt; et sic utrumque amiserunt. (*S. Aug.*)

nesto que habia conquistado sobre Adan, derecho en virtud del cual pretendia tratar á todos los hombres como á sus viles esclavos (1).

Pero, dice San Leon, el demonio, por haber perdido el derecho de tiranizar al género humano, no ha depuesto su aborrecimiento y odiosa intencion de hacernos todo género de males; no ha hecho más que cambiar de sistema para dañarnos, pero no ha cambiado la naturaleza de su intencion (2). Aun hoy, despues de la victoria de Jesucristo, los príncipes de las tinieblas son todavía, despues de tantos siglos, como el profeta Ezequiel los habia descrito; es decir, lobos crueles que andan á nuestro alrededor y en medio de nosotros para hacer presa de nuestras almas, redimidas á precio de la sangre de Dios, é inmolarlas á su infernal voracidad: *Principes ejus in medio illius quasi lupi sapientes prædam, ad effundendum sanguinen, ad perdendas animas.*

Solamente que, como el demonio no podria por sí solo sorprendernos, engañarnos y perdernos, sabe, dice San Juan Crisóstomo, elegir entre los hombres sus ministros y satélites, que secundando sus miras, ejecuten sus planes y acaben su obra; así que esos hombres, lo mismo que el demonio que los inspira, los anima y los lanza entre nosotros, son lobos rapaces que se afanan en la perversion de las conciencias y en la ruina de las almas: *Principes ejus*, etc.

Contra esos satélites del demonio nos exhorta el Señor á guardarnos, cuando nos refiere la parábola de los lobos rapaces cubiertos con la piel del cordero, dándonos señales para que los reconozcamos, y encareciéndonos cuánto nos importa huir de ellos. Así, pues, no debemos perder ninguna de las preciosas instrucciones del Salvador; y entro inmediatamente en materia.

(1) Expolians principatus et potestates, palam triumphans illos in semetipso. (*Colos.*, II.)

(2) Non deposuit odium, sed vertit ingenium. (*S. Leo.*)

DÉCIMANOVENA HOMILÍA.

EL SIERVO PRUDENTE Y FIEL,

Ó LAS GRANDEZAS DE SAN JOSÉ.

Quid putas est fidelis servus et prudens quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore. Beatus ille servus, quem cum venerit dominus ejus invenerit sic facientem! Amen dico vobis quia super omnia bona sua constituet eum. (MATH. XXIV.)

¿Quién creeis que es el siervo fiel y prudente á quien su señor puso sobre su familia para que les dé de comer á tiempo? Bienaventurado aquel siervo á quien hallare su señor así haciendo cuando viniese. En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes.

Todo es grande, extraordinario, sublime en los tres personajes que componen sobre la tierra la Santa Familia del Salvador del mundo. Despues de la Trinidad celeste, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nada es más misterioso, más augusto que la Trinidad terrestre: Jesucristo, María y José. Jesucristo es Hombre sin dejar de ser Dios, María es Madre sin dejar de ser Vírgen, José es esposo sin dejar de ser casto.

Jesucristo es Hijo sin haber tenido padre en la tierra; María es Madre sin haber tenido nunca esposo; José es padre sin haber tenido hijo. Y sin embargo, Jesucristo, sin haber tenido un hombre por padre, es verdaderamente Hijo del hombre; María, sin haber conocido nunca varon, ha sido fecunda; José, sin haber tenido generacion carnal, tiene un Hijo que es Dios.

Divinidad y humanidad en Jesucristo, ¡qué misterio! Maternidad y virginidad en María, ¡qué prodigio! Continencia y paternidad en José, ¡qué arcano!

¿No es posible que parezca que la parte de dignidad y de grandeza en esta augusta é inefable Trinidad es, en lo que toca á José, demasiado pequeña y casi imperceptible? Porque si es

nesto que habia conquistado sobre Adan, derecho en virtud del cual pretendia tratar á todos los hombres como á sus viles esclavos (1).

Pero, dice San Leon, el demonio, por haber perdido el derecho de tiranizar al género humano, no ha depuesto su aborrecimiento y odiosa intencion de hacernos todo género de males; no ha hecho más que cambiar de sistema para dañarnos, pero no ha cambiado la naturaleza de su intencion (2). Aun hoy, despues de la victoria de Jesucristo, los príncipes de las tinieblas son todavía, despues de tantos siglos, como el profeta Ezequiel los habia descrito; es decir, lobos crueles que andan á nuestro alrededor y en medio de nosotros para hacer presa de nuestras almas, redimidas á precio de la sangre de Dios, é inmolarlas á su infernal voracidad: *Principes ejus in medio illius quasi lupi sapientes prædam, ad effundendum sanguinen, ad perdendas animas.*

Solamente que, como el demonio no podria por sí solo sorprendernos, engañarnos y perdernos, sabe, dice San Juan Crisóstomo, elegir entre los hombres sus ministros y satélites, que secundando sus miras, ejecuten sus planes y acaben su obra; así que esos hombres, lo mismo que el demonio que los inspira, los anima y los lanza entre nosotros, son lobos rapaces que se afanan en la perversion de las conciencias y en la ruina de las almas: *Principes ejus*, etc.

Contra esos satélites del demonio nos exhorta el Señor á guardarnos, cuando nos refiere la parábola de los lobos rapaces cubiertos con la piel del cordero, dándonos señales para que los reconozcamos, y encareciéndonos cuánto nos importa huir de ellos. Así, pues, no debemos perder ninguna de las preciosas instrucciones del Salvador; y entro inmediatamente en materia.

(1) Expolians principatus et potestates, palam triumphans illos in semetipso. (*Colos.*, II.)

(2) Non deposuit odium, sed vertit ingenium. (*S. Leo.*)

DÉCIMANOVENA HOMILÍA.

EL SIERVO PRUDENTE Y FIEL,

Ó LAS GRANDEZAS DE SAN JOSÉ.

Quid putas est fidelis servus et prudens quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore. Beatus ille servus, quem cum venerit dominus ejus invenerit sic facientem! Amen dico vobis quia super omnia bona sua constituet eum. (MATH. XXIV.)

¿Quién creeis que es el siervo fiel y prudente á quien su señor puso sobre su familia para que les dé de comer á tiempo? Bienaventurado aquel siervo á quien hallare su señor así haciendo cuando viniese. En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes.

Todo es grande, extraordinario, sublime en los tres personajes que componen sobre la tierra la Santa Familia del Salvador del mundo. Despues de la Trinidad celeste, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nada es más misterioso, más augusto que la Trinidad terrestre: Jesucristo, María y José. Jesucristo es Hombre sin dejar de ser Dios, María es Madre sin dejar de ser Vírgen, José es esposo sin dejar de ser casto.

Jesucristo es Hijo sin haber tenido padre en la tierra; María es Madre sin haber tenido nunca esposo; José es padre sin haber tenido hijo. Y sin embargo, Jesucristo, sin haber tenido un hombre por padre, es verdaderamente Hijo del hombre; María, sin haber conocido nunca varon, ha sido fecunda; José, sin haber tenido generacion carnal, tiene un Hijo que es Dios.

Divinidad y humanidad en Jesucristo, ¡qué misterio! Maternidad y virginidad en María, ¡qué prodigio! Continencia y paternidad en José, ¡qué arcano!

¿No es posible que parezca que la parte de dignidad y de grandeza en esta augusta é inefable Trinidad es, en lo que toca á José, demasiado pequeña y casi imperceptible? Porque si es

de fe que Jesucristo, es Hijo de María, y María verdadera Madre de Jesucristo; es igualmente de fe que José no tiene parte alguna en esta maternidad, en esta filiacion. Luego si Jesucristo, verdadero hombre es verdadero Hijo de Dios, y María, aunque mujer, es verdadera Madre de Dios; José, extraño á este parentesco divino (1), no es á lo más sino un simple siervo de Dios.

Sí, pero José es un siervo de Dios que se ha mostrado prudente y fiel en la más grande, la más capital de todas las obras de Dios; hé ahí su mérito: *Fidelis servus, et prudens!* José es un siervo de Dios, pero á quien Dios mismo ha constituido jefe de la Santa Familia; hé ahí su grandeza: *Quem constituit Dominus.* En fin, José es un siervo de Dios; pero siervo dichoso entre todos, porque santo y perfecto á los ojos de Dios, fué puesto en posesion de todos los tesoros de Dios: *Super omnia sua;* hé ahí su recompensa.

La parábola del siervo fiel del Evangelio se cumplió exactamente en la persona del grande y bien amado Patriarca San José. Vamos, pues, á intentar hacer la aplicacion de esa parábola, porque si miramos la exacta pintura del mérito, de la grandeza y de la recompensa de San José, encontrarémos motivos de inspirarnos una gran afeccion, una gran confianza, una gran devocion hácia San José.

PRIMER PUNTO. Dios lo habia ya dispuesto en sus decretos; los patriarcas lo habian figurado con anticipacion en los acontecimientos de su vida; la ley lo habia expresado y simbolizado en sus ritos; las profecías lo habian anunciado en sus predicaciones: el Redentor del mundo debia nacer de una Vírgen, y el futuro nacimiento de la Vírgen era una de las universales creencias del mundo.

(1) No es menester dar una extension demasiado grande á la afirmacion de que José es extraño á este parentesco divino. Eso no es verdad más que en cuanto al parentesco carnal; porque puede decirse que si José no ha tenido título á la paternidad, en tanto que estaba ligada á la generacion natural, ha sido revestido de la autoridad y del título de la paternidad en todo lo que es esencial á la constitucion de la familia; ha tenido todos los derechos y los augustos privilegios. Así lo habia comprendido María, y lo proclamaba en estos términos: «VUESTRO PADRE Y YO, desconsolados, os buscamos.» (*Luc.*, II.)

Debia nacer en la tierra sin padre, Aquél que en el cielo habia nacido sin madre; y así, segun San Jerónimo, debia verificarse lo que dice Isaías de su generacion eterna: Y que es única, singular, inefable, incomprensible! *Generationem ejus quis enarrabit!* (1).

Pero si aquella Vírgen llegó á ser Madre, fuera del matrimonio, es consiguiente, dice San Ambrosio, afirmar que habia concebido milagrosamente; los judíos carnales no hubieran dejado de suponer que habia querido cubrir así una falta con una mentira, y hubieran condenado á la Madre y despreciado al Hijo. Luego á fin de que la virtud de María estuviese al abrigo de las sospechas, y exento de mancha el nacimiento de Jesucristo, el honor de la Madre y la dignidad del Hijo exigian que la Vírgen que debia darlo á luz tuviese un esposo (2).

Pero la Madre del Mesías necesitaba un esposo que, al consentir unirse á Ella por un lazo santo y legítimo, estuviese dispuesto á vivir castamente; un esposo que no fuese más que el guardian y el testigo de la virginidad inmaculada de su Esposa. Dios necesitaba un siervo fiel, pero con una fidelidad escrupulosa, delicada, heróica, sublime, perfecta: *Fidelis servus!* ¿Y dónde encontrar ese siervo fiel; no digo en el mundo idólatra tan corrompido y corruptor, sino áun en el seno de la nacion judía, donde cada uno aspiraba al honor de ser el padre del Mesías, y donde los padres sin posteridad eran mirados como malditos de Dios? Este esposo raro y único, este hombre sobrehumano, dotado de una virtud hasta entónces desconocida en el mundo, este hombre, prodigio de virtud, cooperador fiel en la tierra del gran designio de la Encarnacion, decretado por toda una eternidad en el cielo, Dios, dice San Bernardo, lo encontró en San José (3).

La fidelidad de José se mostró entónces en la fácil obediencia

(1) *Is.*, LII.

(2) *Ut de desponsata nasceretur* (S. Ambrosio). Así, pues, continúa este santo doctor, las palabras de María son dignas de todo crédito, no existiendo razon para la mentira. Teniendo esposo no tenía motivo para mentir, puesto que la fecundidad de la mujer es la bendicion y la gloria del matrimonio. *Fides Mariæ verbis asseritur, et mendacii causa removetur. Causam metiendi desponsata non habuit, cum gratia nuptiarum partus sit feminarum.*

(3) Solum in terris magni consilii coadjutorem fidissimum. (*S. Bern.*)

con que, por inspiracion divina, abrazó el santo propósito de la virginidad: *Fidelis servus.* María, desde que escucha al ángel anunciarle que concebiria y pariria un Hijo (1), responde sin vacilar: ¿Cómo puede ser eso, si no conozco ni he de conocer varon? (2). Pero María estaba unida á José por los lazos del matrimonio. El ángel fué enviado á una Vírgen que pertenecia á un esposo llamado José (3). Segun San Pablo, la esposa no tiene el libre dominio de su cuerpo, porque lo ha cedido á su esposo (4). Luego si María pudo decir con tanta seguridad: «No puedo tener hijos», dió claramente á entender, dice San Jerónimo, que no solamente tenía conciencia de su propio voto de virginidad perpétua, sino que tenía tambien la certeza de igual voto por parte de José. Por consiguiente, cuando José pidió para Esposa á María, debió Ésta, segun los Santos Padres y los intérpretes, declararle que habia consagrado á Dios su virginidad, haciendo José igual declaracion por su parte; y llegando así á ser el uno para el otro objeto de mística edificacion y admiracion, é inspirados por el Espíritu Santo, celebraron su casamiento con la confianza y la certeza de que el sagrado depósito se conservaria intacto, y que con un mutuo respeto quedarian puros, castos y fieles á su santa promesa. María y José, dice San Agustin, tuvieron, pues, un comun deseo de vida pura, una comun inclinacion por la continencia, una comun voluntad por profesar la virginidad (5).

Así fué como en tiempos de tanta corrupcion, el Espíritu Santo hizo comprender al corazon del fiel siervo José y de la fiel sierva María, la grande é inefable palabra de la virginidad, ántes que Jesucristo se la hiciese oir; y ambos se dedicaron dócilmente y se consagraron á esta sublime virtud ántes que el mundo hubiese conocido su valor; levantaron el glorioso estandarte, abrieron el camino ántes de prometerse la recompensa.

No es, pues, el poder de la inclinacion, sino la simpatía de la virtud, la que aproxima estas dos almas generosas; no es la naturaleza quien las une, sino la gracia; no es la pasion, sino la

(1) Ecce concipies et paries filium. (*Luc.*, I.)
(2) Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco. (*Ibid.*)
(3) Ad Virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph. (*Luc.*, I.)
(4) Mulier potestatem sui corporis non habet, sed vir. (II *Cor.*, VII.)
(5) Habuit Joseph cum Maria communem virginitatem. (*S. Aug.*)

religion quien verifica esta union celestial y divina, quien la consagra y la perfecciona. La virginidad forma la base y el fundamento de sus santos *esponsales* (1).

En los demas casamientos, la virginidad queda formalmente excluida; en éste formalmente estipulada, y luégo observada fielmente. Si María no hubiese resuelto permanecer Vírgen, no hubiera sido proclamada Madre de Dios, porque Éste no podia tener más que á una Vírgen por Madre. Por esto, si José no hubiese formado el mismo propósito y no hubiese sido igualmenmente fiel, no habria podido ser el esposo de María, porque Ésta no podia tener más que un esposo vírgen.

En los demas casamientos, de dos cuerpos se forma uno, de dos carne una sola. En éste las virtudes se entrelazan con las virtudes, las gracias con las gracias, y de dos espíritus más que angélicos, se forma, dice San Agustin, un solo espíritu (2). Así esta union fué más bien la union de los corazones que la aproximacion de los cuerpos (3). Y segun el delicado pensamiento de Gerson, se vió por la primera vez en el mundo casarse la virginidad con la virginidad (4). Fueron como dos piedras preciosas que se unen sin perder su valor; como dos rayos de luz que se encuentran sin perder su claridad; dos lirios que se entrelazan sin perder su candor; y de allí salió la Flor de Nazareth, que no puede vivir más que entre lirios, pues Jesucristo nació de la virginidad de María y al abrigo de la virginidad de José.

José, pues, siervo fiel, por haber llevado, segun inspiracion divina, la virginidad al matrimonio, no fué ménos fiel en conservarla. Ama á María, no por los encantos de su persona, sino por el prodigio de sus virtudes; no porque es bella, sino porque es

(1) En los demas casamientos hay entre los esposos perfecta comunidad de bienes; en éste, como en la union de Jesucristo con la Iglesia, hay trasmision de gracias y virtudes. José consuela á María con su asistencia; María lo ennoblece y enriquece con su gracia. José alimenta á María con su trabajo, con el sudor de su frente; María lo santifica con el esplendor de sus virtudes. La sumision de María es humilde; la autoridad de José es respetuosa. María honra á José como jefe de la Familia; José la venera como Depositaria del misterio celeste.
(2) In ego conjugio unus spiritus erat in eis, sicut in aliis una caro. (*S. Aug.*)
(3) Conjuges fuerunt mente, non carne. (*Ibid.*)
(4) In eo conjugio virginitas nupsit. (*Gerson.*)

pura; y si la ama tiernamente porque es su Esposa, la ama mucho más porque es Vírgen. Una sola prueba bastará para convencernos de la fidelidad y miramientos con qué José supo respetar la virginidad de su Esposa.

Cuando el ángel viene á saludar á María, esta inocente Vírgen se turba, ruboriza y tiembla (1). ¿Cuán profunda, inmutable y perfecta debia, pues, ser la confianza de María en la fidelidad con que José respetaba su pudor, cuando se la ve tímida y alarmada por su pureza en presencia de un ángel, y sin embargo, vivia constantemente en compañía de este hombre, estaba siempre cerca de él, habitaban bajo el mismo techo, se sentaban á la misma mesa, dormian en la misma habitacion, y vivian en la mayor familiaridad, sin aprension, sin el temor más leve por su virginidad, constituyéndose sin reserva alguna bajo su dependencia con la mayor tranquilidad, con todo abandono, con seguridad perfecta? ¿María no debia pensar, no debia creer que su José era más que un ángel de pureza? Así se cumplió el gran prodigio profetizado por Isaías. El esposo jóven habitará con la Esposa Vírgen, y vivirán juntos en las delicias del pudor, de la gracia, de la virtud, sin que el uno sea para el otro un escollo ó un peligro: *Et habitabit juvenis cum virgine; et gaudebit sponsus super sponsam* (2). No hay duda, dice Nicolas de Lyra, que aquel jóven y aquella Vírgen son José y María (3).

Con semejante fidelidad para guardar la fidelidad de su Esposa, José, dice San Agustin, era para María como si no lo contase en el número de los vivos (4). Por esa especie de muerte espiritual que él se habia impuesto, María habia quedado libre para unirse de una manera misteriosa é invisible á su divino Esposo el Espíritu Santo, y desde entónces la virtud del Omnipotente podia descender á Ella y formar en su seno virginal, con su purísima sangre, el cuerpo de Jesucristo, consumando el gran misterio, esperanza de todos los siglos.

Miéntras que el Espíritu Santo, por su virtud divina, pero invisible, supliendo el defecto de una esterilidad meritoria, hace invisiblemente fecunda á la Esposa Vírgen, José, bajo el velo

(1) Turbata est. (*Luc.*, I.)
(2) *Is.*, LXII.
(3) Juvenis cum virgine, idest, Joseph cum María. (*Lyranus.*)
(4) Propter virginitatem Joseph pro mortuo reputabatur. (*S. Aug.*)

de unos santos *esponsales*, como esposo visible, pone á cubierto el honor del Hijo y la reputacion de la Madre; miéntras que el Espíritu Santo eleva á María hasta Dios, José la defiende y la guarda su honor á los ojos de los hombres. El prodigio de una Vírgen que concibe sin perder su virginidad estaba sobre las leyes de la naturaleza, y era menester un Dios para verificarlo; pero precisamente porque está fuera de toda creencia humana, era menester un hombre fiel para ocultarlo; el Espíritu Santo es el autor del misterio que se cumple; José, el guardian que lo cubre con un velo; es el ángel colocado á la puerta del verdadero paraíso terrestre para guardar con santo celo la entrada; es como la sagrada nube que desciende ante el santuario, como la cortina del templo que oculta á las miradas profanas la verdadera arca de la alianza, el verdadero tabernáculo de Dios entre los hombres.

¡Oh siervo verdaderamente fiel, que por vuestro pudor sin mancha, por vuestra severidad celosa en guardar la virginidad de la Esposa del Espíritu Santo, llegasteis á ser el cooperador visible del más grande de los misterios de Dios! (1).

José, tan escrupulosamente fiel, muestra ademas una prudencia heroica en la circunstancia más delicada: *Fidelis servus et prudens!* María fué Madre sin dejar de ser Vírgen; pero José ignora cómo se ha operado en Ella tan grande y prodigioso misterio. ¡Cuánta no fué su sorpresa, su estupor y su consternacion! ¿Cuál no debió ser su cruel perplejidad cuando se apercibió que su santa Compañera llevaba en su seno fecundado un fruto que no podia creer perteneciese á la tierra, y que no sabía fuese obra del cielo? ¡Cuántos pensamientos, cuántos juicios brotan en su espíritu! ¡Qué embarazo, qué angustia! ¿Qué resolucion, qué partido tomar? Ve, dice San Pedro Crisólogo, que María lleva en su seno el signo de la fecundidad, y en su semblante el rayo celeste de la virginidad; ve que es Madre sin haber perdido nada de su virginal pudor, la ve respetando el fruto de su concepcion, pero tranquila y serena, con la conciencia de su integridad (2).

Piensa entónces en que ha sido un testigo constante, en la pu-

(1) Solus in terris magni consilii cooperator fidissimus. (*S. Bern.*)
(2) Sponsa prægnans sed virgo; plena pignore, sed non vacua pudore; de conceptu sollicita, et de integritate secura. (*S. Petr. Chrys.*)

reza sin tacha de María, en la santidad de sus afecciones, en la modestia de su mirada, en la severa circunspeccion de su lenguaje, en el pudor de sus maneras, en la gravedad de su continente, en su celosa vigilancia por Ella misma, en su amor al retiro, en su constante recogimiento, en su espíritu de oracion, en su fervorosa piedad. No se fija en las apariencias; no se abandona á juicios precipitados, á suposiciones injuriosas, á inquietudes insultantes; no reconviene ni se deja llevar de los ciegos transportes de un amor que se cree engañado; sino que, dice San Juan Crisóstomo, creyó en la idea de la santidad que María le habia inspirado, en vez de abrigar las siniestras ideas que naturalmente parecia sugerirle el testimonio de sus ojos. Quiso mejor presumir en María un milagro de la gracia que una fragilidad natural; supuso más fácilmente que una vírgen podia ser madre sin el concurso del hombre, que no que la virtuosa María fuese culpable (1).

Bien léjos de eso, segun Remi d'Auxerre, José, que era el hombre más versado en el conocimiento de las Santas Escrituras, sabiendo que el Mesías, segun los oráculos de los Profetas, debia nacer de una Vírgen, y que habia llegado el tiempo de que así sucediese, con el testimonio que sus ojos le daban de la pureza de María, creyó que, si el Mesías debia nacer de una Vírgen, María solamente podia ser su Madre (2).

Con esta persuasion, Dios no quiso que José pidiese á María la explicacion de un secreto que no podia negar ni comprender, porque una sola pregunta podia parecer una sospecha, y una sospecha sobre materia tan delicada hubiera hecho enrojecer á la más pura de las vírgenes, traspasándola de dolor. Dios no quiso que consultase á nadie sobre un asunto tan delicado, con riesgo de que se pusiese en duda la fidelidad de su Esposa, ó á dejar la decision al juicio de la sinagoga, exponiendo á ser condenada á la que creia inocente y más pura que él mismo; hombre justo en el más alto grado, le horroriza la idea de que María fuese víctima

(1) Credidit plus castitati, quam utero, plus gratiæ, quam naturæ. Conceptionem manifeste videbat, fornicationem suspicari non poterat. Possibilius credebat mulierem sine viro posse concipere, quam Mariam posse peccare. (*S. Joan. Chrys.*)

(2) Videbat gravidam quam noverat castam; non diffidebat prophetiam in ea esse impletam: Ecce virgo concipiet. (*Remig.*)

de una injusticia (1). Y así como no creia poder denunciar á María sin cometer una injusticia, no creia tampoco, dice San Juan Crisóstomo, poder habitar con Ella sin faltar á la humildad debida. ¿Quién soy, se decia, para osar tener cerca de mí como Esposa, para atreverme á tratar con la familiaridad de un esposo á la Madre augusta de mi Dios? ¡Ah! Yo no soy bastante puro, bastante justo y santo para habitar bajo el mismo techo que una Criatura tan santa y tan sublime (2). ¿Qué hizo, á qué se resolvió? Decidió partir, dejando en manos de Dios su reverenciada Compañera; pero esta resolucion la ocultó, sin dar á nadie parte de ella (3). ¡Oh hombre, dice San Jerónimo, en quien es tan grande la prudencia de espíritu característico de la santidad como heróica la fidelidad del corazon: *Fidelis servus et prudens.* La reserva con que José, seguro de la castidad de su Esposa, la puso al abrigo del deshonor, sin dejar de admirar el prodigio y guardando el secreto del misterio, es el mejor testimonio de la virginidad de María (4). José no quiere, pues, dice Orígenes, repudiar á María como culpable; quiere separarse de Ella por respeto; su resolucion no es un acto de celos ni el castigo de una infidelidad presumida, sino un acto de profunda humildad hácia tan incomprensible y gran misterio, y bajo esta impresion se creyó indigno de la sociedad de María, en quien veia cumplido el augusto misterio de la encarnacion del Verbo (5).

¡Cuán dulces son las palabras con que el ángel disipa el reverente temor que ha despertado en el corazon de José su excesiva humildad! «Oh José, hijo de David, no tengais ninguna aprension por estar cerca de María, que se os ha unido como Esposa» (6). Lo cual fué como haberle dicho: «José, es verdad que María ha concebido por obra del Espíritu Santo; pero ese mismo

(1) Cum esset justus et nollet eam traducere. (*Matth.*, I.)

(2) Major est ejus dignitas; superexcellit ejus sanctitas nec meæ congruit indignitati. (*S. Joan. Chrys.*)

(3) Voluit occulte dimittere eam. (*Matth.*, I.)

(4) Hoc testimonium Mariæ est quod Joseph sciens illius castitatem et admirans quod evenerat, celat silentio cujus mysterium nesciebat. (*S. Hieronimus.*)

(5) Ideo dimittere volebat quoniam magnum sacramentum in ea esse cognoscebat, cui approximare se indignum existimabat. (*Orig.*)

(6) Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam. (*Matth.*, I.)

Espíritu divino, al derramar sus riquezas en un Tesoro que os pertenece, no ha querido privaros de la ventaja de poseerlo; al hacer á María la Madre del Salvador, no quiere que deje de ser vuestra Esposa. Os la da Él mismo por Esposa, y confirma el dón; fué vuestra, y no dejará de perteneceros. El Dios que os la dió por Esposa, no solamente la deja, sino que la confia á vuestra piedad; la tomasteis por la religion, y en nombre de la religion; léjos de exigir de vos que os separeis de Ella, os obliga á conservarla (1). Ahora que María es Madre, necesita un esposo que cubra su honor y alimente á su Hijo.

El ángel pronuncia estas palabras en nombre de Dios que lo envia; y al mismo tiempo que son una revelacion que calma las alarmas de José, son la manifestacion de un privilegio que lo ennoblece, son la solemne investidura que Dios concede á José como jefe y superior de Jesus y María, de la verdadera y augusta Familia de Dios sobre la tierra. Así José no es solamente el siervo prudente y fiel, sino afortunado, encargado de su divina Familia para alimentarla y gobernarla, en lo cual consiste su grandeza: *Quem constituit Dominus super familiam suam.*

¿Qué dignidad más ilustre, qué grandeza más sublime pudiera imaginarse que aquella á que fué elevado José al ser elegido para alimentar á la Santa Familia de Dios, María y Jesus? *Ut det illis cibum in tempore.*

Como el verdadero esposo de María, quien la hizo madre del Verbo, fué el Espíritu Santo, Esposo invisible, María sin José hubiese estado visiblemente como viuda; y como el verdadero Padre de Jesucristo es el Padre Eterno, Padre invisible que lo engendró de su sustancia, Jesucristo sin José hubiese estado visiblemente huérfano. Á él fueron, pues, dirigidas las palabras de la profecía: Á vos se os ha confiado el cuidado del pobre, es decir, de Jesus; á vos que seréis el protector y el apoyo del huérfano (2).

Á todos los cristianos se les ha ordenado alimentar y sustentar á Jesucristo en la persona de los pobres; á José solamente se le confió el cargo de sustentarlo y alimentarlo en la persona de su Madre y en su propia Persona. ¡Oh ministerio sublime y

(1) Ne timeas accipere tuæ religiositati creditam. (*Orig.*)
(2) Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor. (*Ps.* x.)

más que angelical, el de ser como la Providencia visible en Dios, con respecto á la Madre misma de Dios y del mismo Hijo de Dios, pobre y huérfano por amor del hombre!

Los ángeles velan junto á esta Santa Familia para honrar invisiblemente á María como á su Reina, y adorar invisiblemente á Jesucristo como á su Dios. El Espíritu Santo colma secretamente con sus gracias y dones á María. El Padre Eterno prodiga su secreta ternura á su Hijo bien amado. Pero á José se le ha confiado el cuidado de socorrer, de sustentar, de rodear de toda clase de atenciones, de todas las solicitudes de una tierna afeccion la vida corporal del Hijo y de la Madre de Dios: *Ut det illis cibum in tempore.*

Despues de haber sido el verdadero Obededom conservando la verdadera Arca de la alianza, la Vírgen María, ha sido tambien el verdadero José, quien ha tenido en reserva la verdadera fuente contra la sequía, el verdadero pan de los elegidos, destinado á satisfacer al universo entero en el hambre universal. Ha sido el verdadero Abraham, que ha alimentado al verdadero Isaac, la verdadera víctima en el tiempo en que debia ser inmolada.

¡Oh sublime misterio! ¡Funcion más que angélica la de ser así como la Providencia visible de Dios, para con la Madre y el Hijo de Dios!

Atended bien á esta expresion: *Puesto sobre su familia*, que expresa, no solamente los cuidados ministeriales de un siervo, sino la autoridad y el mando como jefe y señor dados á José sobre la Familia de Nazareth.

Depositario del amor y de la providencia invisible del Espíritu Santo con respecto á María, y del Padre celeste con respecto á Jesus, fué el representante de su autoridad con respecto á la Vírgen hecha Madre del Verbo encarnado (1).

Más dichoso que el antiguo, este nuevo José no fué solamente establecido por el Rey del universo, primer ministro y siervo, sino príncipe y señor supremo, y jefe de la augusta Familia que el Rey de los cielos se habia formado en la tierra; y eso, no solamente para alimentarla con su penoso trabajo, cuidarla y consolarla con su ternura, sino para dirigirla con su prudencia, gobernarla con una verdadera autoridad, puesto que fué menester

(1) Dedit ei sollicitudinem et auctoritatem patris.

que José le explicase lo que estaba escrito en la profecía: Lo puso sobre todos sus bienes (1).

Jesucristo debia nacer de una Madre Vírgen, pero á la vez Esposa; era menester que su Madre uniese en Ella este doble título, para que el Hijo naciese de una manera conveniente á su dignidad y grandeza. La virginidad de José garantiza á María su cualidad de Vírgen. Ambos esposos cooperan con la comun virginidad en el matrimonio á este nacimiento inefable. Ambos fueron fecundos por la misma virtud que parecia deber hacerlos estériles. El hombre Dios, la Flor de Nazareth nace de la virginidad de María y José, nace de esas dos virtudes; los demas hombres nacen de la comun concupiscencia. Si Jesucristo no nace de la sangre de José, nace de su virginidad y su amor, y José es su padre, como lo decia María: «Vuestro padre y Yo os buscamos» (2). En efecto, José no concurrió á la formacion del adorable cuerpo de Jesus; pero cooperó al milagro de su vida; tuvo en el nacimiento la parte que podia tener en él una virtud singular, una pureza angélica, una heroica fidelidad para conservar intacto el depósito que Dios le habia confiado; y como no ha existido más noble esposo, gracias á su virginidad, no ha existido tampoco, dice San Agustin, padre más perfecto, gracias á su pureza, siendo su paternidad tan noble como singular (3). Por eso el mismo arcángel que fué enviado á María, reveló á José la milagrosa concepcion operada por el Espíritu Santo. Á José el primero, y despues de él y como por él á la humanidad entera, fué revelado el gran secreto, el gran deseo de Dios, el misterio de la encarnacion (4). Ademas, á José, en el mismo mensaje, se le delega el poder de conferir por una solemne investidura al Hijo de Dios el título de Salvador del mundo: «Le pondréis por nombre Jesus, porque redimirá del pecado á su pueblo» (5).

En fin, á José descubre el mensajero celeste los divinos consejos, los divinos oráculos, ya se trate del honor de la Madre ó

(1) Constituit eum dominum domus suæ et principem omnis possessionis suæ. (*Ps.* CIV.)
(2) Pater tuus et ego. (*Luc.*, II.)
(3) Tanto firmius pater, quanto castius. (*S. Aug.*)
(4) Quod in ea natum est de Spiritu Sancto est. (*Matth.*, I.)
(5) Vocabis nomen ejus Jesum; ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum. (*Ibid.*)

de la seguridad del Hijo; se le advierte cuándo debe ir á Belen, huir á Egipto, volver á Nazareth. Es verdad que no se le ha dicho: «Toma á tu Esposa y tu Hijo», sino: «Toma al Hijo y á la Madre» (1); porque el ángel y el Evangelista no dejan nunca escapar la ocasion de recordar que Jesucristo no es hijo de José segun la carne, sino solamente de María. Por lo demas, al decirle: «Toma al Hijo y á la Madre», haciendo ver que José era árbitro, ecónomo, alimentador y guardian de Jesus y María, y que debia cuidar como si Jesus fuese realmente su Hijo, el ángel manifestaba claramente que aquel Hijo y su Madre debian ser dirigidos por José, y ejecutar sus órdenes como si fuese realmente padre de Jesus, así como era verdaderamente esposo de María. Orígenes, fundado en la fe de la tradicion, asegura que Jesus llamaba á José «mi padre», así como á María «mi Madre» (2). ¡Oh dignidad, oh grandeza, oh gloria de José! Exclama San Basilio. Ningun hombre, por santo y perfecto que haya sido, ningun ángel ha recibido tan grande honor. Sólo José ha tenido la dicha de oirse llamar padre por Aquél cuyo verdadero Padre está en los cielos (3).

Así, pues, lo mismo que María reconocia en José su visible esposo, la persona del Espíritu Santo, su esposo invisible, Jesus, en aquel patriarca su padre por virtud y por gracias, reconocia la persona del Padre Eterno, su invisible Padre por naturaleza. Jesus, pues, como María, dependen de José, le obedecen con la sumision más perfecta, y pasan treinta años en semejante estado de sujecion, de servidumbre, de dependencia; porque la expresion del Evangelio indica, no solamente una sumision reverente, respetuosa, de simple conveniencia y ceremonia, sino una verdadera sujecion de sentimiento, de deber, de perfeccion, de real obediencia practicada como para con Dios mismo (4). ¡Oh profunda humildad de una parte, y de la otra infinita condescendencia de un Dios que consiente en depender de la voluntad y de las prescripciones de un hombre! (5). Pero por esta mis-

(1) Accipe puerum et matrem ejus. (*Matth.*, I.)
(2) Vocabulo patris honoravit eum. (*Orig.*)
(3) Hoc vocabulo neque angelus, neque sanctus, sed solus Joseph meruit nuncupari. (*Ibid.*)
(4) Et erat subditus illis. (*Luc.*, II.)
(5) Obediente Deo voci hominis. (*Jos.*, X.)

ma razon, exclama San Pedro Damian, ¡cuánta no es la dignidad y la grandeza de José! En los deseos del Dios Redentor, el honor de esa paternidad habia de servir para que se cumpliesen los más sublimes misterios. ¡Oh sujecion, obediencia y fidelidad que, segun el mismo santo doctor, á la vez que nos revela el incomprensible exceso de la humildad de Jesus, nos revela tambien la incomprensible y única dignidad de Jesus! Porque así como María divide sólo con Dios la ventaja de haber engendrado á Jesus de su propia sustancia, así José parte igualmente con sólo Dios la gloria de mandar á Jesus como á su Hijo (1).

¡Oh gloria! ¡Oh grandeza de José, que tuvo el honor de verse obedecido como padre por la augusta Persona que fué objeto de la fe de los patriarcas, de la esperanza de los profetas, de la caridad de los justos, de los deseos y de los homenajes del mundo entero; por Aquél que fué el Mesías, el Redentor, el Hijo de Dios mismo; por Aquél de quien todos los santos se considerarian indignos de desatar el cordon de sus zapatos, de besar la tierra hollada por sus piés, en una palabra, de que se les contase entre sus más humildes siervos! ¡Oh grandeza! ¡Oh gloria de José, que tuvo el honor de verse obedecido como señor por Aquél que habia tomado la defensa del esclavo, por Aquél á quien obedecian dóciles el mar, los vientos, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte, los ángeles y los demonios, los justos y los pecadores! ¡Grande es la gloria del santo nombre de Jesus, en cuya presencia se doblan todas las rodillas, se inclinan todas las cabezas, en el cielo, en la tierra, en el paraíso y en el infierno! (2). Pero más grande aún y más incomprensible es la gloria de José, á cuya menor señal baja humildemente la cabeza ese mismo Jesus, que ve inclinarse ante su nombre al universo entero. Siguiendo el ejemplo de Jesus, la humilde María le obedece con sumision más perfecta. Estas dos augustas Personas están como suspendidas de los labios de José, y ambos, Madre é Hijo, viven bajo la dependencia de su arbitrio y su voluntad. Es él quien á gusto de su voluntad y libre albedrío arregla y gobierna á la preciosa Familia; quien la lleva de un lugar á otro, fija la hora de la partida, dirige la marcha y todo lo determina. ¡Ah! El primer José habia visto solamente en sueños, en signo y figura, el sol y la luna concentrar sus rayos y venir de las altas regiones del cielo á adorarlo en la tierra (1); y todo esto se cumple en pleno dia y en realidad con el nuevo José; porque ve el verdadero Astro de la noche, ve á María con todos sus atractivos; ve el verdadero Sol de la justicia, á Jesus, atento á sus palabras, á sus deseos, á su voluntad, como si fuesen las del mismo Dios, escuchándolo con reverencia, respetándolo con humildad, obedeciéndolo con fidelidad, venerándolo, adorándolo en cierto modo como á Dios mismo: *Vidi solem et lunam adorare me.*

(1) Hæc subjectio sicut inæstimabilem nobis humilitatem in Christo, ita incomparabilem dignitatem designat in Joseph. (*B. Petrus Damianus.*)

(2) In nomine Jesu omne genuflectatur cœlestium, terrestrium et infernorum. (*Philip.*, II.)

¡Oh nobleza, oh grandeza de la humilde casa de Nazareth! ¿Qué lugar del universo abrigó nunca más augustos personajes, fué testigo y teatro de tan dignos y sublimes misterios? El templo de Jerusalen es á los ojos de los hombres magnífico y majestuoso, pero la casa de Nazareth es á los ojos de Dios más santa y más augusta; es en la tierra su verdadero templo. Allí como en nuestros templos, la Divinidad habitaba corporalmente en Jesucristo, y estaba alimentada; allí nacia la gran familia de Jesucristo, la Iglesia, que debia extenderse por todo el mundo. Allí estaba trazado el plan de una nueva creacion que debia reconstituir al hombre segun Dios en la justicia y la verdad. Allí comenzaban á realizarse los deseos guardados por Dios en toda una eternidad. Allí se formaban los primeros modelos del culto, los primeros discípulos del Evangelio; allí se producian los primeros frutos de la redencion, los primeros milagros de la gracia, los primeros designados para la gloria celestial.

¡Bienaventurado, pues, añade el Señor en la parábola del siervo fiel, bienaventurado el siervo fiel á quien Dios encuentra dócil en escuchar sus órdenes, celoso en cumplirlas! Para recompensarle, lo pondrá sobre todos sus bienes: *Super omnia bona sua constituit eum.* Esta prediccion se ha verificado al pié de la letra en la persona de José, en cuanto á la recompensa prometida.

Dios, dispensador de todos los bienes, así de la naturaleza como de la gracia, los reparte segun sus altos juicios; pero puede decirse que sus verdaderos bienes, los que estima en más, los que deben por excelencia ser llamados sus bienes, *bona sua*, son

(1) Vidi solem et lunam adorare me. (*Gen.*, XXXVII.)

los bienes de la gracia, los de la gloria. Pues justamente de estos bienes enriqueció con la mayor liberalidad á su siervo José en recompensa de su prudencia y fidelidad: *Super omnia bona sua constituit eum.* Le confirió, pues, los bienes en el órden de la gracia. ¿Quién podria apreciar la abundancia de méritos, de virtudes, de gracias, de favores divinos de que fué colmado José, ya como esposo de María, ya como padre de Jesus? No contamos las gracias, los dones, los privilegios con que Dios le previno y enriqueció para hacerlo capaz de tan grande cargo, de tan gran ministerio. No recordarémos que fué, segun Santo Tomás, santificado en el seno de su madre, ántes de su nacimiento; que se libró del fuego de la concupiscencia, siendo por la pureza de su alma un ángel verdadero en un cuerpo humano. No repetirémos que reunia la inocencia de Abel, la fidelidad de Abraham, la docilidad de Isaac, la piedad de Jacob, el celo de Moises, la mansedumbre de David; que fué, más allá de toda idea, colmado de gracias y virtudes, y que reunió todos los dones del espíritu que animó á los santos y justos que le antecedieron (1). Nos contentarémos con fijarnos un instante en el aumento de gracias y méritos que obtuvo por el solo ejercicio de su ministerio.

Primeramente, ¿qué no debió obtener como esposo de María? El matrimonio más santo, segun dice San Pablo, parte de ordinario el corazon de los esposos entre el deseo de agradar al mismo tiempo al Creador y á la criatura, y no les permite vivir todo por Dios y en Dios (2).

Pero para José la presencia de su Esposa, léjos de ser un obstáculo, era un estimulante contínuo para elevarse á Dios con toda la fuerza de su corazon, con toda la impetuosidad de sus afecciones. Así como el arca de la alianza estaba revestida de oro interior y exteriormente, María estaba interior y exteriormente llena de la divina caridad. La antorcha divina de su corazon esparcia su luz por todo su cuerpo, brillaba en su rostro, en sus maneras, en sus palabras, y formaba á su alrededor como una atmósfera purísima del más santo amor. José, cerca de ella, está contínuamente envuelto en esa atmósfera, y la respira sin cesar. Los ardores del amor divino pasan del corazon de María al corazon de José, para abrasarlo con un amor más ardiente que el más perfecto. Ama tiernamente á María como Esposa y como Madre de su Dios; la ama segun Dios, como llena de Dios, como verdadero templo de la Divinidad. Todo en Ella le habla de Dios, le hace elevarse sobre sí mismo, le conduce á Dios, le hace gustar en el matrimonio las ventajas de la virginidad, que son no pensar más que en Dios, santificarse en cuerpo y alma, consagrarse á Dios, amar siempre á Dios más y más: «El que no tuviere esposa, está en libertad de no pensar más que en las cosas de Dios» (1).

(1) Vir iste spiritu sanctorum omnium plenus fuit. (*S. Thom.*)
(2) Qui cum uxore est divisus est. (I, *Cor.*, VII.)

Añadamos que José recibia sin cesar un acrecentamiento de mérito y de gracia como padre y guardian de Jesus.

Jesucristo, en el Evangelio, ha puesto sobre todo otro mérito el de la caridad. Ha declarado que recibiria y recompensaria como hecho á Él mismo todo el bien que en su nombre hiciésemos al más miserable, al último de los hombres. Luego si tal es el mérito de los que han practicado solamente en nombre de Jesucristo la misericordia, ¿cuál no será el mérito de José, que la ha practicado con el mismo Jesucristo?

El Hijo mismo de Dios, revestido con nuestra naturaleza, expuesto á todas las miserias del hombre, ha sido confiado á José para que lo alimente, lo cuide y vele por Él. José lo viste, satisface su hambre, apaga su sed, lo sustenta á costa de su trabajo, le da asilo en su casa, lo recibe en su seno, muestra su vigilancia ocultándolo y valor defendiéndolo. ¿Quién podria, no decir, sino solamente expresar cuántos fueron, entre estos asiduos cuidados de todos los instantes, los inmensos tesoros de bendicion y de gracia con que Dios colmaba á José en recompensa de aquella solicitud, de tanto amor y tanta ternura? Tanto más cuanto el amor de José por Jesus, con toda la energía del amor paternal, no conocia debilidades, ni las imperfecciones ordinarias en la ternura de los padres por sus hijos, ternura que muchas veces excluye el puro y perfecto amor de Dios.

Como Jesucristo es Hijo de José de una manera toda espiritual, y por tanto más noble y perfecta, y por eso es más Hijo de José que los hijos segun la carne, ama más inmensamente. Pero como aquel amor no debe nada á la naturaleza ni á la carne, no

(1) Qui sine uxore est, cogitat quæ Domini sunt. (I, *Cor.*, VII.)

perjudica en nada á las operaciones del espíritu y la gracia. Como Jesucristo es Hijo de la virginidad de José, este padre de un nuevo género, este padre perfecto, le ama, no por la simpatía de la sangre, sino por sentimiento de religion. Como Jesucristo, verdadero Hombre, es Hijo de Dios, y la misma Persona una é indivisible es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero Hombre, toda la caridad que José ejerce con Jesucristo, á quien ve, la ejerce directamente con Dios, á quien no ve, y ama en su Hijo á su Criador, á su Redentor, á su Dios. Por eso se siente humillado, confuso y enternecido á la vista de un Dios que se somete á sus órdenes como el último de los hombres. Los servicios que le presta son homenajes de piedad. Las fatigas con que lo sustenta y lo libra de los peligros son sacrificios puros que tienen el amor á Dios por principio, y el honor y amor á Dios por objeto. Las preguntas que le hace son fervientes oraciones; las palabras que cruza con Él son fervientes meditaciones; las caricias que le prodiga son transportes de caridad seráfica; la alegría interior que experimenta al abrazarlo, al verlo crecer, son éxtasis de contemplacion sublime. En una palabra, miéntras Jesucristo le obedece como á un padre, José le adora como á su Dios, y todo el ejercicio de su autoridad es una sucesion admirable de actos purísimos de religion y de piedad que le elevan á Dios.

Por otra parte, así como José se encuentra celoso en rendir á Jesucristo, en su Hijo, el verdadero culto que le debe como Dios; Jesucristo, atento á recompensar á su siervo, como padre, miéntras que como hombre le obedece extensamente, como Dios le colma interiormente de todo género de gracias. Las miradas que le dirige son otros tantos rayos de divina caridad; las respuestas son otras tantas inspiraciones divinas; las palabras lo son de gracia y de vida que, miéntras resuenan dulcemente en los oidos de José, se repiten en ecos misteriosos en su corazon, purificándole más y más, santificándole, perfeccionándole, inflamándole, divinizándole. Imaginaos treinta años de semejante vida, más parecida á la del cielo que á la de la tierra; treinta años de divina intimidad con el Hijo de Dios; treinta años de inefable rivalidad, si así puede decirse, entre José, celoso de honrar á su Dios en su Hijo, y Jesucristo, celoso de recompensar á su siervo en su padre; imaginaos eso, repito, y calcularéis, si puede

calcularse, el inmenso tesoro de virtud, de mérito, de santidad, de gracia con que fué colmado José. Una palabra lo dice todo, una palabra que ya hemos repetido muchas veces; José es el siervo verdaderamente dichoso, porque encontrándole Dios constantemente dócil, obediente y fiel, le enriqueció con todos los bienes propios de Dios; bienes de virtud, de mérito, de gracia, segun hemos visto, y añadirémos de gloria en la segunda parte.

Segundo punto. Jesucristo ha declarado en el Evangelio que el mérito de los hombres de misericordia es tan grande á sus ojos, que les da derecho á una bendicion particular del Padre celeste, á un lugar distinguido en su reino: «Venid, benditos de mi Padre, y recibid el reino que os ha sido preparado desde la creacion del mundo» (1).

Pues si tal es la recompensa de los que han practicado la caridad con los pobres, ¿cuál habrá sido la de José que la ha practicado con Jesucristo, alimentando su santa Humanidad á costa de su trabajo y su sudor? Si tal es la recompensa del que hace el bien solamente en nombre de Dios, ¿cuál no habrá sido la del que lo ha hecho á Dios en persona? Sí, elevado en gloria sobre todos los santos, como fué elevado en mérito, perteneciendo á la mision hipostática en el cielo, así como en la tierra pertenecia á la Santa Familia, solamente inferior á la Vírgen, de quien fué esposo, y á Jesucristo, de quien fué padre, cuando pide alguna cosa á esa Esposa y á ese Hijo, dice Pedro Damian, la obtiene, no como cualquiera que consigue á fuerza de ruegos, sino como quien es obedecido por su autoridad. Lo mismo que Dios lo colmó en la tierra con todas las gracias, así lo ha establecido en el cielo, árbitro de todo su poder y dispensador de todos sus bienes.

El gran monarca de Egipto, que en recompensa de que el antiguo José habia, por su prevision, asegurado á su pueblo abundancia de trigo en tiempo de hambre, sujetó á su autoridad todo su reino (2), fué una bella figura, una verdadera profecía de la conducta de Dios eterno, que, en recompensa de la solicitud y ternura del nuevo José con Jesus, verdadero alimento de los ele-

(1) Venite benedicti Patris mei; percipite regnum paratum vobis à constitutione mundi. (*Matth.*, XXV.)

(2) Ite ad Joseph. (*Gen.*, XLI.)

gidos para la salud del mundo, ha conferido á este gran patriarca la autoridad y el imperio sobre todo el pueblo cristiano, prescribiendo á todos que acudan á José para obtener cualquiera gracia ó socorro: *Ite ad Joseph!*

Nótese ademas que José es el único santo que ha practicado las virtudes propias de toda clase de estados y condiciones, y por eso ha obtenido la prerogativa de ser el único santo que pueda interceder por las personas de toda condicion y estado. En este sentido, puede decirse que le ha dado el derecho de bendecir á todas las naciones (1). José pertenecia á la casa real de David; pero se vió obligado á vivir del trabajo de sus manos. Á él, pues, deben recurrir al mismo tiempo los ricos y los pobres, los nobles y los plebeyos. Se unió con los lazos de un legítimo matrimonio; pero en éste conservó la virginidad más pura y perfecta. Á él, pues, deben recurrir todas las personas que han hecho voto de virginidad, y las que viven en el estado de matrimonio. Habiendo tenido el honor de llevar entre sus manos el Cuerpo santo de Jesucristo y ofrecerlo á Dios con los más puros sentimientos religiosos, ejerció el más noble y más augusto sacerdocio (2). Á él, pues, deben acudir los sacerdotes, eclesiásticos y seculares. Sí, Dios le ha dado el poder de bendecir á todas las tribus de la tierra: *Benedictionem omnium gentium dedit illi.*

(1) Benedictionem omnium gentium dedit illi. (*Eccl.*, XLIV.)

(2) Jesucrito, en un estado humilde y débil, Niño aún, hacía el oficio de mediador: su sujecion espiaba nuestras desobediencias; su humildad curaba nuestro orgullo; se ofrecia como Sacerdote, intercedia como Abogado, satisfacia como Redentor.

José tomaba muchas veces á Jesus entre sus manos puras, y lo ofrecia al Padre para la radencion del mundo, uniendo á este gran acto su oracion y caridad: como era José quien recibia y ofrecia á Dios los homenajes del Hijo de Dios, humillado y en estado de dependencia, ejercia una especie de sacerdocio.

Como por medio de José descendian del trono de Dios hácia la casa de Nazareth las voluntades del Padre celestial, por medio de él tambien se elevaban al trono de Dios de la casa de Nazareth los actos de sumision de la Madre y los de obediencia del Hijo. Los ángeles están encargados de presentar á Dios las oraciones y méritos de los santos; á José está confiado el sublime ministerio de presentar y ofrecer á Dios los méritos y oraciones de Él mismo que es el Santo de los santos, siendo así el primer sacerdote de Jesucristo que ofrece al Altísimo sus satisfacciones infinitas, el precio de nuestra salud eterna.

Y en efecto, no hay reino que no le tenga por protector, familia que no le tenga por guardian, cristiano que no le tenga por abogado; y su nombre, unido al de Jesus y María, es la confianza, el consuelo, la miel, la dulzura de todos los labios cristianos: *Benedictionem omnium gentium dedit illi.*

Observad muy particularmente, que si la vida de José fué la más dichosa, su muerte fué la más extraña, porque la muerte, que une á los santos con Jesucristo, fué precisamente la que separó á José de Jesucristo. Luego si Estéban sufrió con alegría una muerte cruel con la perspectiva de ir á reunirse con Jesucristo, que lo aguardaba glorioso con los cielos abiertos á sus miradas (1); si Pablo no deseó nada tan ardientemente como ver romperse los lazos del cuerpo que le impedian unirse á Jesucristo (2); José, por el contrario, nada têmia tanto como la muerte que debió, por un tiempo cuya duracion ignoraba, privarle de la vista y de la sociedad de Jesus y María. Los santos al morir van á unirse á Jesus y María y á gozar de su sociedad; José al morir se separa de ellos. La querida presencia, la existencia afectuosa de Jesus y María, que para los demas es un consuelo en el momento de la muerte, fué para él su mayor tormento. Los demas santos pasan al morir de los limbos oscuros de esta vida á la luz del paraíso; José, del paraíso que encontraba en la tierra en compañía de Jesus, pasa á la mansion de los limbos, como á un infierno. Su pena acrecienta con su agonía. El amor á Dios, que ayuda al alma á salir del cuerpo de los otros santos, queria retenerla en el de José. Miéntras la muerte de los demas santos es un trasporte que lleva el alma al seno de Dios, la muerte de José es un acto de sublime resignacion para separarse de Dios. Los demas cambian el destierro por la patria, la tierra por el cielo, y José al morir cambia la patria por el destierro, el paraíso por los limbos, la sociedad de Jesus y María por la de las almas gemidoras de los patriarcas, la beatitud del cielo por una especie de cruel infierno.

Lo mismo que por haber sido durante su vida el modelo de todas las virtudes, obtuvo en recompensa la prerogativa de ser el protector de todos los virtuosos, así tambien, por haber sido

(1) Video cœlos apertos et filium hominis stantem à dextris Dei. (*Act.* VII.)

(2) Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo. (*Philipp.*, I.)

entre todos los santos el que ha encontrado ménos deseable la muerte que la vida, ha obtenido en particular la prerogativa de ser para nosotros un protector en la muerte. Y hé aquí por qué la Iglesia le invoca como el consolador, el alivio y la esperanza de los moribundos, como el santo de la última hora. ¡Oh momento que debe llegar para todos, y del cual depende la bienaventuranza ó la desdicha eterna! *Momentum à quo pendet æternitas!* Hagamos que sea para nosotros un momento propicio. Sí, desde ahora aseguramos para esa hora terrible, por nuestra devocion, por nuestros homenajes, por nuestra confianza, la proteccion de tan gran santo, que hará nuestra muerte tan dichosa como fué penosa la suya, y verémos que su nombre será para nosotros un escudo de defensa, una prenda de consuelo; y como está, puede decirse, identificado con Jesus y María, morir á la sombra de su proteccion es pasar dulcemente y con seguridad á los brazos de Jesus y María. Así sea.

VIGÉSIMA HOMILÍA.

EL DEUDOR INSOLVENTE,

Ó LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

Esto consentiens adversario tuo dum es in via cum eo; ne forte tradat te adversarius judici, et judex tradat te ministro et in carcerem mittaris. Amen dico tibi, non exies inde, donec reddas novissimum quadrantem. (MATH., V).

Acomódate luégo con tu contrario, miéntras que estás con él en el camino, no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro, y seas echado en la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante.

¡Quién no admira el lenguaje de los Libros santos! Con algunas breves y santas palabras, nos revelan los más profundos misterios, y nos dan grandes é importantes lecciones de religion y de conducta, como vemos muy particularmente en el pasaje del Evangelio que acabo de citar. En efecto, el adversario á que se refiere Jesucristo diciéndonos que nos importa acomodarnos con él miéntras nos encontramos en el camino, es el mismo Dios, cuyos preceptos están en oposicion con nuestros deseos carnales y con nuestros intereses profanos, y con Dios, por consiguiente, debemos arreglar nuestras cuentas miéntras que estamos en el camino de la vida.

El juez ante quien nuestro adversario ha de citarnos, es Jesucristo, á quien, como Él mismo nos ha dicho, Dios Padre ha dado poder para juzgarnos.

La deuda que debemos pagar hasta el último óbolo, son las penas, las satisfacciones que debemos á Dios por nuestras faltas y pecados; deuda que, si no se paga en esta vida con la peniten-

entre todos los santos el que ha encontrado ménos deseable la muerte que la vida, ha obtenido en particular la prerogativa de ser para nosotros un protector en la muerte. Y hé aquí por qué la Iglesia le invoca como el consolador, el alivio y la esperanza de los moribundos, como el santo de la última hora. ¡Oh momento que debe llegar para todos, y del cual depende la bienaventuranza ó la desdicha eterna! *Momentum à quo pendet æternitas!* Hagamos que sea para nosotros un momento propicio. Sí, desde ahora aseguramos para esa hora terrible, por nuestra devocion, por nuestros homenajes, por nuestra confianza, la proteccion de tan gran santo, que hará nuestra muerte tan dichosa como fué penosa la suya, y verémos que su nombre será para nosotros un escudo de defensa, una prenda de consuelo; y como está, puede decirse, identificado con Jesus y María, morir á la sombra de su proteccion es pasar dulcemente y con seguridad á los brazos de Jesus y María. Así sea.

VIGÉSIMA HOMILÍA.

EL DEUDOR INSOLVENTE,

Ó LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

Esto consentiens adversario tuo dum es in via cum eo; ne forte tradat te adversarius judici, et judex tradat te ministro et in carcerem mittaris. Amen dico tibi, non exies inde, donec reddas novissimum quadrantem. (MATH., V).

Acomódate luégo con tu contrario, miéntras que estás con él en el camino, no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro, y seas echado en la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante.

¡Quién no admira el lenguaje de los Libros santos! Con algunas breves y santas palabras, nos revelan los más profundos misterios, y nos dan grandes é importantes lecciones de religion y de conducta, como vemos muy particularmente en el pasaje del Evangelio que acabo de citar. En efecto, el adversario á que se refiere Jesucristo diciéndonos que nos importa acomodarnos con él miéntras nos encontramos en el camino, es el mismo Dios, cuyos preceptos están en oposicion con nuestros deseos carnales y con nuestros intereses profanos, y con Dios, por consiguiente, debemos arreglar nuestras cuentas miéntras que estamos en el camino de la vida.

El juez ante quien nuestro adversario ha de citarnos, es Jesucristo, á quien, como Él mismo nos ha dicho, Dios Padre ha dado poder para juzgarnos.

La deuda que debemos pagar hasta el último óbolo, son las penas, las satisfacciones que debemos á Dios por nuestras faltas y pecados; deuda que, si no se paga en esta vida con la peniten-

cia, debe ser inexorablemente saldada en la otra por un cautiverio expiatorio.

En fin, la prision donde serémos encerrados por sentencia de Jesucristo y por el ministerio de sus ángeles, y de la que saldrémos despues de pagada la deuda (1), no es ciertamente el infierno, puesto que de éste no se sale jamas. Allí no hay satisfaccion que pague la deuda, no hay razon para libertarse (2). Es, pues, evidente que se trata del purgatorio.

Así se nos ha revelado claramente en esas palabras de Jesucristo la bella teología, el dogma católico del purgatorio, negado por el hereje, ridiculizado por el incrédulo. Y ese deudor insolvente, que, una vez fuera de esta vida, no puede por sí mismo pagar y se encuentra reducido á sufrir un duro cautiverio, es la multitud infortunada de las almas benditas, de las santas almas del purgatorio, que en el estado de miseria, de abandono y sufrimiento en que gimen, esperan de nosotros el alivio con mayor ansiedad que la multitud de que nos habla el Evangelio esperaba de Jesucristo el pan milagroso. Procuremos, pues, estudiar en la parábola del deudor preso las vicisitudes, el estado y la condicion de esas almas, á fin de interesar en su suerte nuestra caridad, y pagar por ellas con nuestros sufragios, puesto que ellas mismas no pueden pagar, y así á nuestra vez podrémos merecer que despues de nuestra muerte paguen por nosotros corazones sensibles.

Primer punto. ¿Cómo puede concebirse que ese juez del Evangelio que se muestra tan inexorable, tan sordo á todo ruego, tan insensible á todas las lágrimas, sea el mismo Jesucristo, ese Dios de misericordia, de clemencia y de bondad? ¿Cómo es posible que condene á prision, no á las almas de los pecadores, sino las almas de los justos, sus amigas, sus hijas, sus esposas, hasta que satisfagan integralmente á la Justicia divina por sus imperfecciones y pecados? ¿No puede, en su infinita misericordia, hacer de manera que esas almas que han dejado este mundo en estado de gracia no sufran ningun tormento? ¿Es que el mérito infinito de la satisfaccion superabundante de Jesucristo no puede sustraerlas de toda pena, por lo mismo que ha borrado de ellas toda falta?

(1) Non exies inde donec reddas novissimum quadrantem. (*Matth.*, V.)
(2) In inferno nulla est redemptio. (*Offic. def.*)

¡Ah! Esos son los sofismas con que la herejía se esfuerza para justificar el orgullo diabólico con que se atreve á negar la existencia del purgatorio, y oponer el delirio de un dia á la creencia universal y constante del género humano. Pero puesto que, no solamente los cristianos siempre y en todas partes, sino todas las religiones, todos los pueblos del universo han creido que las almas de los muertos se alivian con las oraciones de los vivos, no nos dejarémos seducir por esos sofismas. La misericordia de Dios es infinita, es verdad, pero infinita es tambien su santidad y su pureza; de manera que, como ha dicho San Juan, Dios no puede ni debe admitir en su divina presencia á ninguna criatura desfigurada, aunque sea ligeramente, por cualquiera falta: «Nada manchado entrará en la ciudad celeste» (1). Dios no puede querer, dice el Profeta, admitir en el augusto tabernáculo de los cielos otra cosa que el alma purificada de las más ligeras manchas del pecado, y ornada de la justicia más perfecta (2).

Por consecuencia, esas faltas ligeras, esos restos, esos vestigios, esas sombras del pecado que á los ojos de los hombres no son aún pecados, esas imperfecciones en que cae cada dia, cada hora toda alma por ferviente, por perfecta que sea (3); ese tinte de concupiscencia que deja al alma su larga union con el cuerpo, todo eso, sin ser precisamente opuesto á la amistad, á la gracia de Dios, puede ser un obstáculo á su clara vista, á los goces de su posesion, porque el alma, á ménos que no sea trasformada en un espejo sin mancha (4), no puede reproducir en sí misma la semejanza de las santas perfecciones de Dios, ni participar de su puro amor.

Los mártires, los santos, las almas verdaderamente heroicas, por la generosidad de sus sacrificios, por el frecuente uso de los sacramentos, por la austeridad de la penitencia, por la sublime pureza de sus intenciones, por un celo severo en guardar su inocencia, por el contínuo ejercicio de la oracion, de la presencia y del amor de Dios, llegan á purificarse enteramente ellas mismas, á destruir en sus más íntimos pliegues la concupiscencia, á espi-

(1) Nihil coinquinatum intrabit in eam. (*Apoc.*, XXI.)
(2) Domine quis habitabit in tabernaculo tuo, aut quis requiescet in monte sancto tuo? Qui ingredietur sine macula. (*Ps.* XIV.)
(3) Septies enim cadet justus. (*Prov.*, XXIV.)
(4) Speculum sine macula. (*Sap.*, VI.)

ritualizar, por decirlo así, su cuerpo, á divinizar su corazon, y hé ahí por qué, como dijo San Pablo, al salir esas almas de su cuerpo vuelan á los cielos para recibir la recompensa de sus trabajos espirituales, y son inmediatamente admitidas á la presencia de Dios (1). Pero los que no han practicado todas esas expiaciones y no están suficientemente purificados en esta vida, tienen necesidad de purificarse despues de la muerte; y es de fe que esta purificacion se cumple por medio del fuego, puesto que San Pablo, en el pasaje citado, pasaje que los antiguos Santos Padres, los concilios y la tradicion han creido que se referia al purgatorio, añade: «Aquellos cuya vida ofrece materia al fuego, tendrán que sufrir; llegarán un dia á poseer la salud, pero despues de haber sufrido la prueba del fuego» (2).

Luego las almas que salen de este mundo en estado de gracia con Dios, pero áun imperfectas por alguna cosa, no pueden evitar el purgatorio, porque no están puras aún, y deben permanecer allí miéntras no se borre hasta la última huella de la corrupcion carnal y sean dignas de comparecer ante el trono de Dios y ser admitidas en su santa sociedad. Tal es el lenguaje de la Escritura, porque los Profetas han dicho: «Dios purificará á sus hijos, como el forjador bate el acero á grandes golpes para darle más brillo, como el platero somete el oro en el crisol á la accion del fuego para hacerlo más puro» (3).

En segundo lugar, si la misericordia del divino Juez es infinita, no ménos infinita es su justicia; y, por consecuencia, cuando Dios perdona debe perdonar en Dios. Por lo mismo que Dios es infinitamente misericordioso, salva al pecador; por lo mismo que es infinitamente justo, no puede dejar impune la menor falta. Debe querer que el hombre pecador expie, pague con su persona, satisfaga por su propio pecado. Una misericordia que perdonando el pecado dispensase de toda práctica de penitencia al pecador, que no dejase ni áun al más libertino ninguna deuda que pagar, ninguna pena que temer, ninguna satisfaccion que dar,

(1) Si cujus opus manserit, quod superædificavit, mercedem accipiet. (I, *Cor.*, III.)

(2) Si cujus opus arserit detrimentum patietur; ipse autem salvus erit, sic tamen quasi per ignem. (*Ibid.*)

(3) Sedebit conflans et purgabit filios Levi, et colabit eos quasi aurum et argentum. (*Malach.*, III.)

sería una misericordia capaz de destruir entre los hombres toda idea de justicia, todo temor de los juicios de Dios; una misericordia capaz de despojar al pecado de todo el horror y repugnancia que inspira por sí mismo; una misericordia capaz de destruir la esencia de la moral cristiana, que consiste en el aborrecimiento, en el alejamiento de las faltas más leves, puesto que éstas no se contarian para nada. Hé ahí por qué, como lo enseña la Escritura, la tradicion y la Iglesia, como por pruebas convincentes lo establece la razon misma, como lo persuade la conducta de los más grandes penitentes, áun despues de tener la certeza, como la tuvieron David, San Pedro y Magdalena, de haber obtenido el perdon de la falta, es necesario llorar, hacer penitencia y descontar la pena, áun con un corazon arrepentido y humillado, áun despues de perdonada la falta.

¡Pero cuán reducido es el número de aquellos que, segun Jesucristo nos advierte, se reconcilian con su rígido Adversario miéntras están en el camino! Es decir, ¡cuán pocos son los pecadores convertidos que durante su vida mortifican su cuerpo para purificarlo, en proporcion de lo que le hicieron gozar no negándole ningun placer! ¡Cuán pocos son los que procuran reconciliarse con su Adversario, es decir, con la divina Justicia, en proporcion de lo que la ofendieron ántes! La mayor parte de los penitentes salen de este mundo sin haber arreglado sus cuentas con el divino Adversario; llevan al tribunal de Dios pecados llorados, pero no expiados; su contricion fué sincera, pero su penitencia no fué bastante rigurosa; no son enemigos de Dios, porque se han arrepentido de sus faltas, pero son deudores de Dios, porque no las han pagado; sus almas serán entregadas al ministro de la Justicia divina, para ser encerradas en la prision del purgatorio, de donde, como nos lo asegura Nuestro Señor, no saldrán miéntras no hayan pagado á la Justicia divina hasta el último óbolo.

No creais que ese divino Juez, por ejercer en todo su rigor la justicia, se olvide de la misericordia, puesto que está escrito: «Cuando sintais la ira, acordaos de vuestra misericordia» (1). Esas almas, en la mansion de la expiacion y de la satisfaccion, están en la gracia, en destierro que pertenece á Dios, y áun allí son sus esposas, tienen derecho á su reino áun en el fuego; mién-

(1) Cum iratus fueris, misericordiæ recordaberis. (*Habac.*, III.)

tras las purifica, las ama; miéntras que se les oculta, desea descubrírseles; miéntras las trata con rigor, quiere que experimenten su ternura; las ama y las atormenta, ha dicho Tertuliano (1). ¿Qué ha hecho en su sabiduría para conciliar sentimientos tan opuestos? Inexorable para cobrar la deuda, es indulgente en cuanto á la manera de cobrarla. Si el desgraciado deudor es insolvente por sí mismo, el Juez consiente que otros paguen por él; es decir, que ha establecido la economía del sufragio, á fin de que la Iglesia militante pueda acudir en ayuda de la Iglesia que sufre. Ha querido que el sacrificio de la cruz, más eficaz que los de la ley antigua, ofrecidos por Júdas Macabeo por las almas de sus soldados muertos en combate; ha querido, digo, que el sacrificio de la cruz que se renueva á cada instante en los altares, penetrase, por sus efectos, hasta el purgatorio, y que nosotros, uniendo á ese sacrificio nuestras oraciones, nuestras limosnas, nuestras penitencias, pudiésemos hacer circular en esa mansion el oro puro de la sangre de la alianza, y pagar así el rescate de esos nobles prisioneros, introduciéndolos en la beatitud celeste por que suspiramos. Así lo habia predicho el profeta Zacarías: «Vosotros tambien, por la virtud de la sangre de la alianza, habeis hecho salir vuestros cautivos del lugar de desolacion en que estaban» (2).

Así es como en su infinita sabiduría Dios ha encontrado, no solamente el medio de procurar á esas almas afligidas la ventaja del alivio y á vosotros el mérito de la caridad, sino el medio de conciliar los intereses de su equidad y su ternura, y eso reservándose el derecho de ejercer su severidad y confiándonos el tierno y sublime ministerio de su divina compasion. Así quiere que por espíritu de caridad hagamos por sus almas lo que el rigor de su justicia no le permite hacer; acepta, como pagado por ellas, lo que pagamos en su lugar; nos admite, por decirlo así, como sus redentores cerca de Él, así como Él ha sido admitido cerca de su Padre como Redentor de todos. Y así como nosotros pagamos por ellas lo que ellas no pueden pagar, y Dios lo acepta, se cumple el decreto segun el cual no deben salir del lugar

(1) Amat et cruciat. (*Tertull.*)

(2) Tu quoque in sanguine testamenti emisisti vinctos tuos de lacu in quo non est aqua. (*Zach.*, XI.)

de su detencion sin haber saldado hasta el último óbolo: *Donec reddas novissimum quædrantem.*

Síguese de ahí que así como los presos por deudas que no tienen patrimonio, ni capitales, ni recursos con que satisfacer á sus acreedores, no pueden esperar su libertad, á ménos que cualquiera alma sensible y generosa quiera pagar por ellos; así las almas del purgatorio, privadas absolutamente de todos los medios de desarmar la justicia del divino Adversario, medios que no se encuentran más que en la tierra durante la vida presente, no tienen esperanza de alivio sino cuando nuestra caridad y nuestro celo ofrece por ellas sacrificios y oraciones.

Sus ojos se abren, sus manos suplicantes se tienden hácia sus parientes y amigos, y repiten el grito doloroso de Job en su afliccion: «¡Apiadaos de mí, apiadaos de mí, siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado» (1). ¡Ah! ¿Por qué vosotros tambien, en lugar de hacer descender sobre mí la misericordia divina que ha de aligerar mi pena, puesto que Dios os ha confiado ese cuidado, por qué parece que os unís á su justicia para aumentar mi dolor? (2). ¡Ah! En vida fuí bueno con vosotros, os consagré mi trabajo y mis fatigas. ¿Qué he dejado de hacer para dejaros una fortuna, un patrimonio en el mundo? ¡Y ahora que ya no puedo hacer nada por vosotros, sois bastante crueles para no dedicarme un pensamiento, para no hacer nada en mi favor! ¡Me abandonais en mi mayor necesidad, me olvidais, no me proporcionais ningun medio de apaciguar á mi divino Acreedor, de disminuir algo la deuda contraida por vosotros! Si nada de lo vuestro quereis darme, emplead al ménos algo de lo que fué mio. ¡Ah! Veo aquí almas compañeras de mi tormento, y que cada dia vuelan al cielo porque han encontrado amigos fieles, esposos afectuosos, herederos agradecidos, hijos piadosos que han pagado su deuda. ¡Desdichado de mí! ¡Mi hermano, mi heredero, mi amigo, á quien he dejado cuanto poseia, á cuya caridad me recomendé al morir, de quien recibí tan lisonjeras promesas, lo ha olvidado todo!

¡Cuánta ingratitud! Encontrais dinero para el juego, para el

(1) Miseremini mei, saltem vos, amici mei; quia manus Domini tetigit me. (*Job*, XIX.)

(2) Quare persequimini me sicut Deus? (*Ib.*)

lujo, para el placer; teneis tiempo para las reuniones sospechosas, para las conversaciones frívolas é inútiles; para nada de eso os faltan dias y noches enteras; solamente para mi alma no teneis un óbolo que dar de limosna, ni una hora que emplear rezando; ¡y luégo diréis que sois hombres sensibles, que sois cristianos! ¡Ah! Cuando no os cuidais de mi alma, enferma en esta prision, es que no creeis en la realidad de las penas que sufro ó que no teneis piedad. En el primer caso no sois cristianos, y en el segundo no sois parientes ni amigos; sois para nosotras tan inexorables como Dios, con la diferencia de que Dios es justo y vosotros ingratos.

Pero ¡ay! nuestra insensibilidad por las almas del purgatorio es tan funesta para ellas como injuriosa para Dios. Así como Dios, para unir á los hombres en sociedad civil, ha querido que hubiese ricos, ordenándoles que socorriesen á los pobres, así, para unir á las almas fieles en sociedad religiosa, ha querido que fuésemos ricos con los tesoros de la gracia, y nos ha mandado pagar por las almas del purgatorio, puesto que no pueden pagar por sí mismas. Así como el rico insensible á las lágrimas de los pobres injuria á la providencia de Dios Creador, así el cristiano que no hace sufragios por los difuntos injuria á la providencia de Dios Redentor.

¡Oh! No seamos nosotros; estad seguros de que si Dios quiere y debe querer que los pobres sean socorridos por los ricos, quiere tambien que los fieles del purgatorio sean aliviados por los sufragios de los fieles; creed que por esa obra cumplimos los deseos de la Providencia; sepamos corresponder á sus cuidados, secundar sus ternuras, satisfacer su corazon; apresurémonos con nuestras limosnas, nuestros sufragios y la aplicacion del precio de la sangre de Jesucristo á devolver esas almas benditas, cautivas por sus pecados, al Dios que es su Padre, á Jesucristo que es su Esposo, á María que es su Madre, á los ángeles que fueron sus guardianes, á los santos que fueron sus protectores, á la ciudad celeste donde son llamados para ser ciudadanos, donde con su presencia acrecientan la alegría y la gloria.

Empero no hemos visto áun más que la economía de la sentencia que condena á las almas del purgatorio; veamos ahora el horror de las penas que sufren en su prision: *In carcerem mittaris.*

No hay duda que las almas fieles salidas de este mundo en estado de gracia, pero no suficientemente purificadas por la penitencia y el amor, y deudoras á la justicia de Dios, son encerradas en una prision: *In carcerem mittaris.* ¿Pero qué es esta prision? ¡Ay! Los Profetas nos dicen lo que han visto y San Pablo lo confirma. Es una prision de fuego, donde por la accion de éste el alma se purifica y pasa en seguida á la vida eterna. El alma es sometida al fuego como el oro al crisol (1). El alma no se salva sino pasando á traves del fuego (2). De fuego habla la Escritura, y de un fuego que es el espíritu de la quinta esencia del fuego (3). Es un fuego, añade San Agustin explicando el texto precitado de San Pablo, un fuego más terrible que todos los tormentos reunidos que pueden sufrirse en este mundo (4). Así, pues, concluye Santo Tomás, siguiendo la marcha de San Agustin, de San Cirilo y de otros muchos Padres, el purgatorio es el infierno ménos la eternidad; el mismo fuego atormenta á los condenados en el infierno que á los justos en el purgatorio (5). ¿Quién puede, pues, comprender ni ménos explicar lo que en esas llamas sufren las almas de nuestros hermanos difuntos?

Sabed, pues, dice el Profeta rey, sabed, hombres sin piedad, que miéntras os abandonais á los placeres carnales, y os entregais al orgullo, las pobres almas de vuestros hermanos, de vuestros parientes, de vuestros bienhechores, privadas de todo socorro y de todo alivio, son entregadas sin descanso al suplicio, y al suplicio del fuego (6).

Pero así como en el infierno el mayor tormento no es el del fuego eterno, sino la eterna separacion de Dios, en el purgatorio el tormento es más cruel, más intenso; no por estar en una prision de fuego, sino por haber sido entregado al ejecutor de la justicia divina, y por consecuencia separado de Jesucristo, separado de Dios: *Judex tradat te ministro.*

(1) Colabit eos quasi aurum. (*Malach.*, III.)
(2) Sic tamen quasi per ignem. (I, *Cor.*, III.)
(3) In spiritu ardoris. (*Is.*, IV.)
(4) Gravior est ignis ille quam quidquid homo pati in hac vita possit. (*S. Aug.*)
(5) Idem ignis cruciat damnatos in inferno et justos in purgatorio. (*S. Thom.*)
(6) Dum superbit impius, incenditur pauper. (*Ps.* X.)

Toda alma que sale de este mundo en estado de gracia, lleva en sí el fuego de la divina caridad que, segun San Pablo, el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones por su gracia (1). Pero semejante al fuego que recogido por Nehemías, y que oculto bajo tierra estaba sin luz y sin calor, y como un agua limonada y viscosa, el fuego del amor divino, miéntras el alma permanece en esta vida bajo la embarazosa envoltura de los sentidos, bajo el peso de la concupiscencia carnal, no es aquí abajo más que un fuego prisionero, oculto, sin actividad, sin ardor, y, segun la expresion del Profeta, como el agua (2). Pero así como el fuego de Nehemías, apénas sacado de la tierra y expuesto á los rayos del sol, se inflamó de una vez y con muy intensa llama, con gran estupor de todos los asistentes (3), lo mismo cuando el alma, al salir del cuerpo, se encuentra frente á Dios, verdadero Sol de justicia, el fuego del amor divino, concentrado en ella, despliega una energía inmensa, y forma como un vasto incendio en su corazon. Ese fuego sagrado se desenvuelve y despierta en el alma un vivo deseo, una sed violenta de unirse á Dios y precipitarse en su seno. ¡Cuánta no es su pena cuando se siente como detenida por una fuerza invisible sin poder unirse á Dios como indigna de semejante union!

¿Cuántos esfuerzos no hace para romper la cadena fatal, para derribar la odiosa barrera que le impide aproximarse á Dios? Job habla de los esfuerzos desesperados del ciervo que ha caido en un lazo y no puede correr hácia la fuente donde apagaria su sed (4). Esto es, segun David, la pintura fiel del alma justa que, separada de Dios porque no está bastante pura, exclama: ¡Gran Dios, como el ciervo sediento que suspira cerca de la fuente, así estoy yo impaciente de llegar á Vos, de abismarme en Vos, oh verdadera Fuente de consuelo y vida! (5).

Por otra parte, notad que los condenados, suspirando por Dios por el instinto de su naturaleza, le aborrecen por la malicia de

(1) Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. (*Rom.*, V.)
(2) Sicut aqua effusus sum. (*Ps.* XXI.)
(3) Accensus est ignis magnus, ita ut omnes mirarentur. (II, *Macch.*, I.)
(4) Tenebitur planta ejus laqueo; exardescit contra eum sitis. (*Job*, XVIII.)
(5) Quemadmocum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus. (*Ps.* XLI.)

su voluntad; buscándolo, le huyen; deseándolo, le odian; aspirando á bendecirlo, le blasfeman. Pero el alma en el purgatorio se siente arrastrada hácia Dios, no solamente por instinto de naturaleza, porque es la criatura de Dios, sino por la fuerza de la caridad divina, por la gracia santificante que la une á Dios como esposa. De manera que sólo á Él ama, en Él piensa, hácia Él gravita, se lanza hácia Él con todo el peso de su sér, con todo el ardor de sus deseos, con toda la violencia de sus transportes, y no pudiendo alcanzarlo, grita sin cesar con David: ¡Dios, oh Dios de mi corazon! ¿Cómo es que os conozco sin veros, que os busco sin encontraros, que os amo sin poseeros? Bien infinito, ¿hasta cuándo estaré léjos de Vos? Belleza infinita, ¿cuándo me será dado poseeros? Dulzura infinita, ¿cuándo podré gustaros? Tierno Padre, ¿cuándo podré arrojarme en vuestros brazos? Esposo bien amado, ¿cuándo podré abrazaros? (1). ¡Desgraciada de mí! Lo aguardo y no viene, lo llamo y no me oye, lo hablo y no me responde. Está en todas partes, y en ninguna lo encuentro. Todo me habla de Él, todo conduce á Él, y yo, separada de Él, lloro mis dolores (2).

¡Oh pena! ¡Oh tormento! ¿Hay en toda la creacion seres más desgraciados, más afligidos?

El paraíso es la mansion de todos los bienes de la gracia y de la gloria: todos los goces están allí unidos á todas las virtudes.

El infierno es el lugar de todos los males de culpabilidad y de castigo: todos los tormentos están allí unidos á todos los pecados. Luego el purgatorio, término medio de esos dos extremos, participa del uno y del otro. Con las penas, con las torturas del infierno, se encuentra allí la gracia y la santidad del cielo; y las almas que están allí detenidas, al experimentar los suplicios de los réprobos, practican todos las virtudes de los santos.

Esas son almas fieles á Jesucristo que han dejado la tierra victoriosas del demonio, del mundo y de sus pasiones; almas muertas en gracia del Señor con los sacramentos de la verdadera Iglesia, con la resignacion de los justos, con la caridad de los hijos de Dios, almas cuyos últimos pensamientos fueron para la religion, y los últimos esfuerzos, actos de virtud; cuyo último

(1) Quando veniam et apparebo ante faciem tuam. (*Ps.* XLI.)
(2) Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte dum dicitur mihi quotidie. Ubi est Deus tuus? (*Ibid.*)

ódio fué para el pecado, y el último suspiro de amor para Jesucristo. Son almas ornadas con la ropa nupcial de la gracia santificante, cuyo nombre está inscrito en el libro de la vida, cuyo derecho al cielo es incontestable. Los ángeles las tratan con reverencia, los santos las contemplan con interes, María las ve con maternal compasion, Jesucristo las envia miradas llenas de tierno amor.

Así como los presos por deudas sufren la pena sin quedar infamados, y son tratados y considerados más bien como desgraciados que culpables, así las almas del purgarorio, presas por deudas contraidas con Dios, están bajo el peso, no de una culpabilidad que desfigura el alma, sino de penas que, aunque excesivas, no las despojan de su nobleza, de sus gracias, de su belleza.

¡Si yo pudiese mostrároslas! Al verlas tan amables y apenadas; tan graciosas con los atractivos de la gracia santificante; tan afligidas con el signo de la predestinacion en el rostro, y la angustia en el fondo del corazon; ornadas de la caridad de los santos, y devoradas por las llamas de los réprobos; marcadas con el sello de la justicia de Dios, y objeto de su misericordia; tratadas con severidad, y llenas de amor; víctimas del infierno, y herederas presuntas de los cielos. ¡Oh! ¡Al verlas así, sería profunda la emocion de este piadoso auditorio, y universales sus lágrimas y gemidos!

Pero si no podemos contemplarlas con los ojos del cuerpo, podemos con los ojos del alma y á la luz de la fe. ¡Qué espectáculo! En medio de tantas penas, de tanto tormento, ni un acento amargo, ni una palabra de impaciencia, ni un acto de repugnancia, sino una invencible fuerza, una perfecta resignacion. Léjos de rebelarse contra el Juez que las ha condenado, alaban su justicia y la bondad que les ha evitado el eterno dolor. Léjos de sustraerse al fuego vengador, están ávidas de besar la mano que las castiga; porque es la mano de un Padre, de un Esposo que no hiere más que para curar, que da la muerte para preparar á una nueva vida.

¡Oh Dios! ¡Globos de llamas rodean y devoran á esas almas! ¡Qué horror! Y sin embargo, de sus corazones no se exhalan más que cánticos suaves de bendicion y alabanza al Cordero divino. ¡Qué ternura!

Hé ahí por qué el horno de Babilonia, en el cual se paseaban los tres jóvenes inocentes entre las llamas, fué una bella figura del purgatorio, donde la santidad está cautiva en medio de los tormentos. Pero los jóvenes de Babilonia bendecian á Dios, cuya bondad habia convertido el ardor de las llamas en un rocío vivificante, miéntras que las almas del purgatorio bendicen á Dios, cuya justicia lo cambia todo para ellas en fuego, en tormento y en dolor. Oid, pues, cómo cada una de ellas repite: «¡Bendecid al Señor, cielos, para mí de bronce! ¡Bendícele, tierra, para mí tan ingrata! ¡Bendecidle, montañas de la justicia de Dios, que me aplastais! ¡Bendecidle, centellas y truenos, que me heris! ¡Que bendigan al Señor estos tormentos que me desgarran con más crueldad que los dientes de las bestias feroces! ¡Que bendigan á Dios, el sol que me lanza sus rayos abrasadores, el dia que no quiere lucir para mí, la noche que me envuelve en su espeso velo, el frio que me hiela, el calor que me devora, el fuego que me consume! ¡Sí, que bendigan al Señor los hombres que me olvidan, y en fin, los sacerdotes del Señor que me han abandonado! En la pena que sufro de no ver á mi Dios, mi deseo es verlo bendecido de todos; en mi pena porque no lo poseo, quiero verlo amado.» ¡Oh almas heroicas, nobles y sublimes!

Si no hay criaturas más desgraciadas por lo que padecen, tampoco las hay más dignas de alivio por la santidad que las ennoblece y las virtudes de que están adornadas.

Por otra parte, no es solamente su causa la que hoy lloramos, sino tambien la nuestra. Al librar á esos pobres deudores que no pueden pagar, nos aseguramos los mayores bienes.

¡Cuánta no sería nuestra dicha si por nuestras oraciones llegásemos á sacar una de esas almas de la horrible prision donde las detienen las deudas contraidas con Dios, y que la desgraciada no puede pagar por sí! Su primer pensamiento al entrar en los cielos es hacer bien á los que se le han hecho. Por nosotros, pues, hará su primera súplica ante el trono de la misericordia; nosotros serémos los recomendados como sus bienhechores y libertadores; para nosotros solicitará todas las gracias, alejará todos los peligros. Para nosotros querrá obtener la conversion si somos pecadores, el perdon si somos ya penitentes, el fervor si somos tibios, la fuerza si somos tentados, el consuelo si somos afligidos, la perseverancia si somos justos, la paz si estamos

moribundos, y en fin, no cesará de rogar que lleguemos al término de nuestras esperanzas, á la salud eterna.

¡Oh hombres, que no economizais intrigas, ni presentes, ni servicios, ni áun humillaciones para obtener un protector, un abogado, un amigo de los reyes de la tierra! ¿Por qué no teneis el mismo celo en libertar las almas del purgatorio, seguros de que así tendréis protectores, abogados, amigos cerca del Rey de los cielos?

Solamente añadiré que por la buena obra del sufragio nos aseguramos apoyo, no solamente en el órden espiritual y celeste, sino en el temporal y terrestre. Así como José, gracias á los buenos oficios de su hermano Júdas, fué sacado de la cisterna donde se moria, y llegó á ser el salvador, no solamente de Júdas, sino de toda la casa de Jacob, así las almas santas libradas de la prision del purgatorio por los sufragios de los fieles, serán protectores, defensores poderosos de los que fueron sus piadosos bienhechores.

¡Ah! ¡Si fuese posible descubrir á nuestros ojos la divina economía del sufragio! Al mismo tiempo que veriamos terribles vicisitudes, grandes calamidades, lamentables cambios de fortuna, la miseria y la ruina herir á muchas familias en castigo de la asistencia fraudulenta sustraida á las almas del purgatorio y de los legados piadosos no ejecutados, veriamos en muchas otras familias desastres y enfermedades alejadas, vidas prolongadas, posesiones defendidas, intereses salvados y mejorados, y prosperidad acrecentada, gracias á la proteccion de las almas libradas por los generosos sufragios de esas familias verdaderamente caritativas. Á tal punto, que el venerable Beda no ha temido decir que por grande que sea el bien hecho por nosotros con nuestros sufragios á las almas de los difuntos, incomparablemente mayor es el bien que aseguramos á nuestras almas por semejante acto de caridad cristiana, cristianamente cumplida; de manera que lo que hacemos por su alivio, nos es devuelto con creces, pues la misericordia divina nos lo toma en cuenta como mérito personal, para que en su tiempo y ocasion seamos protegidos, defendidos, socorridos y libertados (1).

¡Pero cuán reducido es el número de los que se acuerdan de

(1) Omne quod defunctis pietatis causa impenditur in nostrum tandem meritum convertitur. (*Venerab. Beda.*)

ayudar á las almas del purgatorio! Con la debilidad de la fe se ha debilitado el celo de los cristianos para esta práctica de caridad sublime.

¿Qué sucede á la muerte de los grandes y de los ricos? Se dispone un cortejo numeroso, una magnífica pompa funeraria. Se visten de luto, no solamente los hijos y los criados, sino hasta los cocheros y los caballos. ¡Gran música, gran número de cirios, grandes inscripciones, gran mausoleo! ¿Para qué todo ese aparato? Lo exige el uso, lo reclama el orgullo de la familia; pero despues que se ha satisfecho hasta el escrúpulo lo que exige la vanidad, ¿quién piensa en los deberes de la caridad y la justicia? Despues que se ha hecho todo lo que puede lisonjear el amor propio de los vivos, ¿quién se interesa en hacer lo que puede aliviar los sufrimientos de los muertos? Despues que se ha cuidado que el cuerpo del difunto se pudra entre la seda y el mármol, ¿quién se inquieta por su alma, presa de las llamas expiatorias? ¡Cuán reducido es el número de los que en lugar de derramar lágrimas inútiles, abandonarse á espasmos calculados, arreglados siempre á propósito segun la hora y el tiempo oportuno, cuidan de rezar con devocion un rosario, de acercarse á los sacramentos con viva fe, de dar á los pobres secretas limosnas, de privarse de una sola diversion, excepto aquellos á quienes se lo prohiben las leyes del mundo, más severas que las de la religion! La mayor parte, despues de haber llevado algunos instantes la máscara de un dolor afectado, despues de haber tenido algunas horas las lágrimas en los ojos, con la alegría interior de recibir cumplidos de duelo, tan mentidos como su dolor, se apresuran á apoderarse de la herencia sin inquietarse del imbécil que se la ha dejado ¡Si eso se hace con los muertos de un dia, imaginaos lo que debe hacerse con los muertos despues de un año! ¿Quién se acuerda entónces de ellos?

Muchos se excusan con las dificultades de los tiempos, la insuficiencia de las rentas, la escasez del patrimonio.

Pero si no se puede ayudar á las almas del purgatorio pagando todas sus deudas, ¿por qué no cumplir el precepto de la caridad visitándolas, llevándolas consuelos á la horrible prision en que se encuentran? (1). Es decir, ¿por qué no oir misas, comul-

(1) Eram in carcere et visitastis me. (*Matth.*, XXI.)

gar, hacer penitencia y rezar? La Iglesia ha definido que todo acto de religion, de caridad y penitencia, al disminuir nuestras deudas para con la Justicia divina, es tambien eficaz para disminuir las de las almas del purgatorio, y consolarlas. Lo que es cierto, que con nosotros harán lo que hagamos con los otros (1). Si olvidamos á los que murieron, nos olvidarán los que nos hereden. Si nos mostramos sordos é insensibles á los lamentos de nuestros parientes, de nuestros bienhechores y amigos, los que nos deban á título de gratitud, parentesco y afeccion, responderán á nuestros gemidos con la más fria indiferencia (2).

Sabed, añade el venerable Beda, vosotros cristianos que olvidais las almas de los difuntos, que de todos los sacrificios que se ofrecen, de todas las oraciones que se hacen, de todas las indulgencias que se ganan en la Iglesia militante en provecho de la Iglesia del purgatorio, nada os alcanzará. La inmensa deuda de vuestros pecados quedará á vuestro cargo toda, para que vosotros la pagueis lentamente. Nadie pagará por vosotros lo que no habeis querido pagar por los demas; y miéntras que los compañeros de vuestro cautiverio encuentran en la sangre de Jesucristo paz y consuelo, vosotros, inmóviles, impotentes, olvidados, pasaréis siglos enteros llorando en vano en los ardores del mismo fuego. Es indigno de todo alivio el que en este mundo se olvida de aliviar á los difuntos (3). Sí, escuchemos al ménos la voz del interes, ya que seamos sordos á la voz de la caridad, insensibles á los males ajenos; pensemos en el triste destino que nos aguarda por nuestra insensibilidad. La mision que hoy cumplo cerca de vosotros en favor de los difuntos, será un dia cumplida cerca de vuestros herederos en favor de vuestras propias almas. Pero si mi voz no alcanza hoy nada de vuestra compasion para las almas de los demas, estad seguros que tampoco la voz de los oradores que me sucedan en este ministerio de caridad obtendrá nada para el alivio de vuestras almas. Por consiguiente, dad con generosidad, porque dando por los otros no haceis en realidad más que dar para vosotros mismos. La mise-

(1) Eadem mensura qua mensi fueritis remetietur vobis. (*Lúc.*, VI.)

(2) Qui obturat aures suas ad clamorem pauperis, et ipse clamabit et non exaudietur. (*Prov.*, XXI.)

(3) Indignus omni suffragio qui defunctorum fuit immemor in hoc sæculo. (*Ven. Beda.*)

ricordia de Dios y de su Iglesia no se nos promete ni asegura sino en proporcion de la caridad que mostremos para con los demas: *Eadem mensura qua mensi fueritis remetietur vobis.*

SEGUNDO PUNTO. Solamente me queda que combatir un error en cuanto á los sufragios ofrecidos por los difuntos, error que ilusiona al rico y desconsuela al pobre. Los ricos dirán: Poco me importa que mis herederos me olviden; tomaré mis disposiciones para asegurar á mi alma abundantes socorros. Desgraciados de nosotros, dicen por su parte los pobres; despues de padecer en esta vida, sufrirémos aún en la otra los inconvenientes de la miseria, puesto que á nuestra muerte no dejarémos nada para legados piadosos, y nuestras pobres familias no podrán ayudarnos con nada.

Pero á los ricos les digo: En vano esperais poder abreviar las penas del purgatorio con los sufragios que asegureis por medio de disposiciones testamentarias. No basta, os dice San Agustin, que las misas, las limosnas, las obras pías, las oraciones que os asegureis por vuestras últimas voluntades se ofrezcan en vuestro nombre para que podais recoger el fruto, pues no os serán provechosas sino en tanto que vuestra caridad en esta vida os haya hecho merecedores de que os aprovechen despues de la muerte (1).

Pues qué, ¿despues de haber vivido entre los honores, las riquezas, las comodidades y los placeres, ignorando hasta el nombre de mortificacion y penitencia, sin haber sufrido nada en este mundo, os lisonjeais de que mediante algunos legados no tendréis nada que expiar, nada que sufrir en el otro? No, no es tan fácil pasar de un paraíso á otro paraiso.

Por muy dichosos os tendréis si conseguís libraros del infierno. Y si obteneis esta gracia por la infinita misericordia de Dios, no espereis que su justicia renuncie por eso á exigiros las satisfacciones que le haya negado vuestra molicie. No lo espereis con sólo destinar al alivio de vuestra alma una porcion de vuestro patrimonio, que de grado ó por fuerza teneis que dejar, y que hasta el último momento habréis sentido no emplear en provecho de vuestro cuerpo. Si quereis que os sean útiles los legados piadosos, vivid de manera que podais sacar provecho de

(1) Hæc prosunt iis qui, dum viverent, ut ea sibi postea prodessent, meruerunt. (*S. Aug.*)

ellos. Ofreced desde ahora sufragios por el alivio de los demas, si quereis que vuestras fundaciones os aprovechen á vosotros: *Hæc prosunt iis qui, dum viverent, ut ea sibi postea prodessent, meruerunt.*

No sucederá lo mismo con vosotros, pobres que me escuchais. Cuanto más duramente seais tratados en este mundo, ménos padeceréis en el otro. Cuanto más desden é injusticia sufrais de los hombres, más misericordia obtendréis de Dios. Si los hombres os olvidan despues de vuestra muerte, Dios se acuerda de vosotros y cuida de que obtengais de otra parte los sufragios que no podeis esperar de la pobreza ó de la indiferencia de vuestros parientes; sufragios que os apresurasteis á ofrecer por los demas durante vuestra vida. Dios es justo y no permitirá que la riqueza, maldita por Él, pueda servir de ventaja alguna, ni que la pobreza, por Él bendita, sea un título de desgracia en su tribunal. En su justicia, conciliará todas las cosas de manera que ni el rico pueda prevalecerse ó alegrarse de sus riquezas, ni tú, cristiano pobre, pero humilde, sumiso, paciente y fiel, tengas en el otro mundo que llorar por tu pobreza.

El ángel de Dios que cogió por la cabellera al profeta Habacuc, obligándole á llevar á Daniel al foso de los leones, y la comida que el Profeta habia preparado para sus segadores, fué una bella figura y una profecía de la economía, segun la cual la justicia y la bondad de Dios obran respecto á las almas de los difuntos. Se ofrecen muchos sufragios á la muerte de los ricos; pero su vida no ha merecido que el fruto se les aplique despues de la muerte. Que esa misteriosa comida, dice el Señor á sus ángeles, donde está el verdadero Cordero, Jesucristo, preparado por las manos de la verdadera Rebeca, la Iglesia; que esa comida donde está el pan vivo descendido del cielo, el cuerpo del Salvador; que esa comida donde está el vino que regocija á Dios y á los hombres, la sangre de la alianza; que esos sacrificios, que esas misas, destinados por el orgullo más bien que por la caridad de los herederos al alivio de las almas de los ricos, verdaderos recolectadores de los recursos del pobre, y tan poco dignos de recoger semejante fruto; que todo eso se lleve á los verdaderos Danieles, á las almas justas que durante su vida mostraron tanto celo por mi gloria, y supieron con sus lágrimas, sus oraciones y sus sufragios apresurar la entrada en la córte celeste de tantas púdicas Susanas, devueltas al casto amor del Esposo eterno; y que aguardando, olvidada de los hombres, el alma del rico que fué tanto tiempo olvidadora de los sufrimientos de los demas, quede por mucho tiempo olvidada y sin alivio en la profunda prision del purgatorio (1).

¿Quién podria, despues de eso, expresar los sentimientos de sorpresa, de reconocimiento, de amor de que quedan penetradas esas almas benditas, cuando se ven así tratadas por la divina misericordia? ¡Ah! ¡No os sorprenda esto, les dirá el Señor, almas bien amadas! Os habia prometido que cada una de vosotras sería despues de la muerte tratada como hubiese tratado á las demas durante su vida, y que el bien hecho por mi amor se os pagaria centuplicadamente. Ahora no hago más que cumplir mi palabra. Esos sufragios que no esperabais de los hombres insensibles, y que os llegan tan inopinadamente, son una recompensa harto merecida. Nunca olvidasteis en vuestras oraciones las almas de los difuntos. ¡Cuántos actos de religion y caridad practicasteis, cuántas indulgencias ganasteis, cuántas misas oísteis, cuántas comuniones hicisteis por el alivio de las almas más necesitadas y más abandonadas! Hé aquí, pues, que se os da amor por amor; hé aquí que, abandonadas y olvidadas vosotras tambien por los hombres, encontrais en la justicia y en el amor de vuestro Dios la recompensa que se os debe; la sangre divina que os dejé en depósito por el acto de mis últimas voluntades, os habia asegurado la perseverancia en el estado de gracia, y os abre ahora la entrada en esta mansion de gloria, cuya posesion habeis anticipado á otros librándolos de esta prision de fuego (2).

¡Dichosos los que merezcan oir un lenguaje tan consolador de parte de la divina bondad! ¡Ah! Comportémonos con las almas de los que murieron de tal manera, que merezcamos oir repetir esas dulces y bellas palabras y obtener esas mismas recompensas. Así sea.

(1) Fer prandium Danieli qui est in lacu leonum. (*Dan.*, XIV.)

(2) Tu quoque in sanguine testamenti tui emisisti vinctos tuos de lacu in quo non est aqua. (*Zach.*, IX.)

VIGÉSIMA PRIMERA HOMILÍA.

LA CASA DE ORACION CONVERTIDA EN CAVERNA DE LADRONES,

Ó RESPETO Y PROFANACION DE LOS TEMPLOS.

Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis omnes ejecit de templo, oves quoque et boves, et nummulariorum effudit æs et mensas subvertit. (JOAN, II.)

Y haciendo de cuerdas como un azote, los echó á todos del templo, y las ovejas y los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas, y derribó las mesas.

¡Qué extraño y singular espectáculo nos presenta el Evangelio en este pasaje! El Dios salvador, cuyo corazon no late sino con las emociones de la bondad y del amor, cuya mirada es tan tierna, tan dulce su palabra, tan simpática su fisonomía y tan afectuosa su mano; Él, cuyo continente no anuncia más que mansedumbre y compasion, que responde con beneficios á las ofensas, á las calumnias con silencio, á los insultos con una paciencia inalterable, á las blasfemias con el perdon, se muestra repentinamente ardiendo en indignacion, con la frente amenazadora, los ojos centealleantes y el gesto severo; despues se arma de un azote, pega, hiere y rompe golpeando á derecha é izquierda, sin distincion, sin miramiento, á los que venden y compran en el templo los objetos necesarios al culto; arroja á los cambiantes, esparce por tierra el dinero, dispersa á las víctimas y pone en fuga á la multitud de profanos. ¡Qué enormidad debe ser profanar el templo de Dios, puesto que este crímen inspira tal celo, tal indignacion en Dios! ¡Qué crímen, cuando el Juez cree deber castigarlo por su propia mano, y lo hace con tanta prontitud, tan

severa, tan pública y tan solemnemente, sin admitir excusa, sin esperar el arrepentimiento, sin mostrar piedad!

Por eso al mismo tiempo que el Salvador arroja y pone en fuga, con el azote en la mano, á la turba, grita con el tono de la indignacion y la venganza, segun los Evangelistas: «Escrito está: Mi casa, casa de oracion será llamada; mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones» (1). Hé aquí que por estos símiles y figuras, casa de oracion, oficina de tráfico, cueva de ladrones, el Señor ha querido, uniendo á la demostracion de la accion la energía de la palabra, darnos la verdadera idea de nuestros santos templos, del pecado que cometen los profanadores y del castigo que se les reserva.

Expliquemos estas tres figuras, y aprendamos á respetar el templo si queremos obtener las gracias que se nos han prometido; aprendamos á evitar la profanacion si queremos librarnos del castigo que nos amenaza.

Primer punto. El hecho de que nos da cuenta el Evangelio tuvo lugar en el domingo que llamamos de Ramos, cinco dias ántes que nuestro bien amado Salvador se hiciese inmolar como Víctima por nosotros. Sucedió despues de haber hecho su entrada triunfal en Jerusalen, entre las aclamaciones de todo un pueblo, que, como San Mateo dice, se fué inmediatamente al templo (2). No nos sorprendamos, nos dice San Juan Crisóstomo; el templo de Dios, hasta para Dios mismo, es la verdadera casa de oracion. Correspondia, pues, á Jesucristo, Hijo amante, Hijo consustancial de Dios, dirigirse á la casa de su divino Padre para rogarle y ofrecerle un culto y un homenaje públicos (3). Y vosotros tambien, cristianos, añade San Juan Juan Crisóstomo, aprended de este ejemplo del Salvador, y en cualquier pueblo á donde llegueis, dirigid vuestros primeros pasos á la iglesia, á la casa de Dios, nuestro Padre celeste, para presentarle el homenaje de vuestra oracion, de vuestra adoracion, de vuestro amor (4).

(1) Domus meá domus orationis vocabitur; vos autem fecistis eam speluncam latronum. (*Matth.*, XXI.)

(2) Cum intrasset Jerusalem... et intravit Jesus in templum. (*Matth.*, XXI.)

(3) Hoc enim erat proprium boni filii ad domum currere Patris ut ei honorem redderet. (*S. Joan. Chrys.*)

(4) Et tu imitator Christi factus, in quamcumque civitatem fueris ingressus primo ad ecclesiam curras. (*S. Joan. Chrys.*)

¡Cuán bella y profunda es esta alegoría en que Dios mismo nos da la verdadera idea de su templo, llamándole «la casa de oracion!»

Hagamos por comprender bien el sentido. Observemos ahora que la palabra *oracion* es un término genérico, que expresa, no solamente la súplica, sino la adoracion, la alabanza, el sacrificio y todo acto de culto de parte del hombre para con Dios. Luego el templo casa de oracion significa que, si bien toda la tierra, como dice San Agustin (1), es un vasto templo donde Dios puede recibir los homenajes y escuchar las oraciones de los niños y de los hombres, los templos que se ha hecho erigir los ha elegido, dice el Profeta, como un lugar que le pertenece particularmente, que le ha sido exclusivamente dedicado y consagrado, donde ese Dios, que tiene su córte en el cielo, recibe particularmente las oraciones, los homenajes, las adoraciones y los sacrificios de los habitantes de la tierra. Y, en efecto, en el templo es donde los hombres, reuniéndose, se olvidan de ellos mismos para no ocuparse más que de Dios y la religion, elevándose más allá de los sentidos y penetrando á traves del velo que cubre la Divinidad, deponiendo los grandes el fausto de su pasajera grandeza, é inclinándose ante la grandeza suprema (2). Allí es donde todos los rangos de la sociedad, todos los estados, todas las condiciones, hombres y mujeres, niños y adultos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, vasallos y monarcas, seglares y sacerdotes, se confunden sin distincion, formando un solo pueblo ante Dios, y Dios solo aparece grande y es de una manera sensible reconocido, confesado, adorado como el Dios de todas las condiciones, de todos los estados. Allí es donde el Señor y Maestro de todos recibe un culto público, solemne, reune todos los corazones en el amor de un Padre comun, de un comun Soberano, recibe un culto que, siendo la reunion de todas las adoraciones particulares, forma como una adoracion universal y pública. Allí es donde aparece verdaderamente Dios (3). Por eso la Iglesia, inspirándose en los oráculos sagrados, no cesa de dirigirnos esta exhortacion: Venid, adoremos al gran Rey por quien todo tiene vida en el

(1) Omnis locus oratorium. (*S. Aug.*)

(2) Dominus in templo sancto suo, Dominus in cœlo sedes ejus. (*Ps.* X.)

(3) Exaltabitur autem Dominus solus in die illa. (*Is.*, II.)

universo (1). Venid á mezclar vuestras adoraciones con las de los ángeles, porque del templo, como de su palacio terrestre, nuestras oraciones se elevan á su palacio celestial (2).

Pero *oracion* significa tambien *sacrificio*, porque, en efecto, si el primero y mayor sacrificio del hombre á Dios es humillarse, inclinarse ante Él, rogarle como Príncipe, Manantial, Maestro y Árbitro de todo bien, hay en eso, dice Clemente de Alejandría, lo que puede llamarse, segun San Pablo, el sacrificio de los labios (3). El templo, casa de oracion, es, pues, el lugar donde debemos ofrecer á Dios el sacrificio de alabanza.

La oracion comprende tambien el sacrificio inmolacion real, porque el sacrificio es el acto de latría, es la adoracion, la oracion por excelencia. Luego cuando Dios afirma que el templo es la casa de oracion, exige de nosotros que vayamos al templo para ofrecerle un sacrificio. En efecto, de toda la inmensa multitud de judíos que tres veces al año, segun la ley de Dios, venía de la Palestina á rogar en el templo de Jerusalen, no habia uno que no ofreciese un sacrificio (4). Así, en las vastas explanadas del templo se vendian en gran cantidad, no solamente bueyes y corderos, sino palomas y tórtolas, para que el pobre que no pudiese comprar el buey ó el cordero, pudiese al ménos comprar la paloma ó la tórtola; porque de esta manera, dice San Jerónimo, no hubiese quien dejase de ofrecer su sacrificio (5), puesto que la ley habia prescrito que no se presentase nadie ante Dios con las manos vacías (6).

Debemos, pues, presentarnos en el templo con la disposicion santa, generosa y determinada de que estaba animado el Profeta, cuando decia: «Si quereis de mí un sacrificio, estoy pronto á ofrecerlo» (7).

(1) Regem cui omnia vivunt, venite, adoremus. (*Offic. def.*)
(2) Adorate Deum omnes angeli ejus; adorate Dominum in aula sancta ejus. (*Ps.* XCVI.)
(3) Sacrificium labiorum. (*Clem. Alexandr.*) Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo, fructum labiorum confitentium nomini ejus. (*Hebr.*, XIII.)
(4) Ter in anno apparebit omne masculinum tuum coram Domino Deo tuo. (*Exod.*, XXIII.)
(5) Ne absque sacrificio essent. (*S. Hieron.*)
(6) Non apparebit coram me vacuus. (*Exod.*, XXIII.)
(7) Quoniam si voluisses sacrificium dedissem utique. (*Ps.* L.)

Pero ¿cuál es el sacrificio que Dios exige de nosotros en el templo? ¿Puede ser el de las cosas exteriores y sensibles? No, esos holocaustos, á los cuales ha sucedido el grande y sublime holocausto de su Hijo en la cruz, perpetuado en la Eucaristía, no le son ya agradables (1). El sacrificio que nos pide, que no rechaza, que le es siempre agradable, es el de nosotros mismos, que debemos unir al sacrificio de su Hijo, ofreciéndonos á Él y con Él; es el sacrificio de un espíritu inclinado por la humildad, de un corazon henchido de contricion y amor (2). Por eso debemos, con el Profeta, añadir esa oracion que Dios acepta con la misericordia y bondad que prodiga á la nueva Sion, á la Iglesia, levantar un muro de division entre la mística Jerusalen de nuestro corazon y las profanas inclinaciones del mundo (3), y entónces, recogidos y concentrados en nosotros mismos, podrémos deponer en el altar nuestras pasiones y nuestros vicios, é inmolarnos á Dios en sacrificio de justicia y de santidad (4).

Pero esa expresion parabólica con que Dios ha designado el templo, llamándole casa de oracion, encierra otro sentido, fuente abundante de confianza y de consuelo para nosotros. Significa que como el templo es el lugar donde la Divinidad pide sea particularmente honrada, aunque toda la tierra sea el templo de Dios y el teatro de la divina misericordia (5), el templo es el lugar donde Dios se complace más en ejercer esa misericordia y en hacerla reinar como en su propia casa, la habitacion que prefiere y donde se complace más, y, en fin, que ha hecho del templo el trono de su majestad y el santuario de su amor.

Como en el templo hacemos más por la solemnidad del culto, tambien allí se complace Él en hacer más por nosotros. El amor le hace descender y permanecer en esos edificios materiales. Luego si en el cielo, Señor y Árbitro del mundo, prepara sus rayos, enciende el fuego vengador y lo envia á devorar la tierra,

(1) Holocaustis non delectaberis. (*Ps.* L.)
(2) Sacrificium Deo spiritus contribulatus, cor contritum et humiliatum Deus non despicies. (*Ib.*)
(3) Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri Jerusalem. (*Ib.*)
(4) Tunc acceptabis sacrificium justitiæ, oblationes et holocausta, tunc imponent super altare tuum vitulos. (*Ib.*)
(5) Misericordia Domini plena est terra. (*Ps.* XXXII.)

cuyos crímenes han llegado al colmo, al contrario en los templos, todo amor, no medita más que deseos de amor, de paz y misericordia. En el cielo ejerce la justicia, en el templo la clemencia y la piedad. En el cielo amenaza al pecador con el castigo, en el templo le ofrece el perdon. Desde el cielo hace llover el fuego que hiere y arrasa (1), en el templo derrama el bálsamo de la piedad que cura y restaura (2); y es porque en cualquier otro lugar ha fijado una mirada escrutadora y vengadora de la molicie de los hombres, y en el templo particularmente ha depositado su amor (3).

Hé aquí por qué tambien ha dicho que el templo es la casa de oracion. Ha querido mostrar que allí ha establecido, no solamente un trono de gloria para Él, sino tambien un lugar de consuelo, de asilo, de misericordia y de gracia para los hombres. Sí, Dios concede las gracias al mérito de la oracion, y las que escucha más favorablemente son las que se le dirigen en el templo.

En el cielo es necesario merecer las gracias, aquí basta pedirlas. Los votos formados al pié de los altares son particularmente los que, llevados en manos de los ángeles, atraen fácilmente las miradas de Dios y alcanzan sus gracias y bendiciones. En el cielo las gracias se distribuyen con peso y medida; en el templo, el amor divino las derrama con profusion. Allí sólo las almas privilegiadas son admitidas á presentar sus oraciones á Dios y esperar los efectos de ellas: aquí se les admite á todos sin excepcion, áun á los pecadores. La Iglesia es, pues, no solamente la sala del trono donde el Rey de los cielos recibe todos los homenajes, sino la gran sala de audiencia donde escucha todas las súplicas. Aquí no se necesitan títulos ni escudos nobiliarios; no hace falta, ni hombre poderoso que os recomiende, ni introductor que os presente; el Rey de la misericordia y de la bondad los admite á todos á exponer sus necesidades, á implorar sus socorros; nadie es rechazado, ninguno excluido; aquí, como Él ha dicho en el Antiguo y Nuevo Testamento, sus ojos están abiertos para las miserias de todos, sus oidos

(1) Si clausero cœlum et pluvia non fluxerit et mandavero et præcepero locustæ ut devoret terram et misero pestilentiam in populum meum. (II, *Paralip.*, VII.)

(2) Propitius ero peccatis eorum et sanabo terram eorum. (*Ib.*)

(3) Ut permaneant oculi mei et cor meum ibi. (*Ib.*)

están atentos para escucharlo todo, su mano pronta para socorrerlo todo (1).

Es verdad que no vemos en nuestros templos esos prodigios exteriores y sensibles de poder, de majestad, de terror y de espanto que tenian lugar en el templo de Jerusalen; pero en cambio se operan prodigios de gracia y misericordia en lo más secreto de los corazones, y esos prodigios, por estar velados y enteramente ocultos, no son ménos sorprendentes y preciosos. Cuando el cristiano está agobiado por el peso de la tribulacion y de la vida, va á llamar á la puerta de una iglesia, cae de rodillas, reza, y con la oracion se eleva hasta el cielo. En el recinto de esos muros santificados por la presencia de Dios, su alma respira una atmósfera de santidad y gracia que no puede penetrarse ni repirarse sin sentirse aliviados. Si es verdad que de las reuniones profanas, de los bailes y los teatros se sale siempre ménos hombre, al contrario, de nuestros santos templos, cuando se ha estado con la modestia y el recogimiento conveniente, se sale siempre más cristiano. Dadme al más pecador, al más vicioso, al más gangrenado; hacedle entrar en el templo y que permanezca algunos instantes como cristiano, y es imposible que no sienta nacer en su corazon un secreto disgusto de su mala vida, un atractivo por la virtud, un deseo de conversion, una esperanza de perdon y de salud; y si quiere corresponder á esta primera gracia, se ha convertido, se ha salvado. ¡Ah! Casa de oracion significa que no solamente es allí donde debe orarse, sino donde la oracion es atendida. Pero no, me engaño; hay una oracion que no es acogida en ninguna parte, ni áun en el templo; una oracion prohibida por la defensa de Dios mismo: la que se haga por la salud de los profanadores del templo, puesto que Dios mismo dijo: Profeta, no ruegues á Dios por Israel; la voz de la venganza que se eleva hácia Mí á causa de sus profanaciones, habla contra ellos; en vano la voz de vuestras lágrimas hablará en su favor. Israel no es ya mi pueblo más que para insultarme hasta en mi casa. Pues bien, Yo no soy ya su Dios más que para castigarlo (2).

(1) Oculi mei aperti sunt et aures meæ erectæ ad orationem ejus. (II, *Paralip.*, VII.)

(2) In domo mea fecit scelera; tu ergo noli orare, quia non exaudiam. (*Jerem.*, XI.)

Hé ahí cómo significa tambien que el templo es casa de oracion: por eso el pecado de los que le profanan es más grande y más imperdonable. En el foro de la justicia humana no hay atentado más injurioso para el príncipe, que el que se comete contra él á su presencia, en su mismo palacio; porque es una violacion de su morada y un ultraje á su persona, que prueba el desprecio á la majestad y el poco miedo á la justicia.

Pues tal es el crímen del que profana el templo. Este pecado se introduce hasta en el santuario, se pone ante el altar como para provocar frente á frente la majestad del Altísimo y desafiar el rayo de su venganza. ¿No teneis, pues, decia á los profanadores el apóstol San Pablo, casas para comer en ellas y beber á vuestro placer? ¿Por qué venis á insultar á Dios hasta en su iglesia? (1). ¿No teneis bastantes lugares sospechosos, bastantes malos teatros para satisfacer vuestra lascivia, bastantes plazas públicas para hacer triunfar el escándalo, bastantes salones de baile para divertiros, bastantes círculos donde se corteja á las mujeres, bastantes cafés para tratar de negocios y hablar de noticias, bastantes espectáculos profanos y paseos para pasar alegre el tiempo? ¿Por qué, pues, peores que los mismos judíos que fueron á apoderarse de Jesucristo en un huerto y le respetaron en el templo, por qué venis hasta la iglesia á insultar á ese Dios salvador, burlaros de Él y crucificarle de nuevo profanando su templo?

San Pablo ha dicho que el cristiano que peca es un judío que crucifica segunda vez en el mismo Jesucristo al Hijo de Dios (2). Pues esta palabra tan enérgica y tan profunda del gran Apóstol se verifica á la letra en la profanacion de las iglesias. En efecto, todos los dias se renueva en el altar el sacrificio del Calvario, y segun la manera con que asisten á él muchos cristianos, se renuevan tambien los horribles misterios de la iniquidad judaica, que hicieron temblar de horror la santa montaña. Por un buen ladron que le defiende y hace su apología, por algunas mujeres piadosas que con María y Juan le asisten, hay tambien un ladron que le blasfema, un pueblo desenfrenado que le insulta, una multitud de transeuntes que vuelven la cabeza y se burlan de Él. Y en efecto, por algunas almas fieles, por algunos penitentes sinceros que, humillados y recogidos fervorosamente le adoran, le alaban, le ruegan y le rinden homenaje, hay muchos impíos que no creen en el sacrificio, audaces, imprudentes que, con sus irreverencias, turban al sacrificador é insultan al sacrificio; hay una turba de almas endurecidas que no hacen más que pasar por la iglesia, echar una mirada desdeñosa, ó por lo ménos indiferente, al gran misterio, volviendo la cabeza á todos lados en señal de desprecio, desdeñando todo acto de religion y áun articular una oracion humilde, uniendo la burla á la blasfemia contra Dios, que se hace Víctima por ellos.

(1) Numquid domos non habetis ad manducandum et bibendum? Aut Ecclesiam Dei contemnitis? (I, *Cor.*, XI.)

(2) Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei. (*Hebr.*, VI.)

¿Por qué sacrilegio tan audaz? Hombres sin fe y sin pudor, ¿no os basta que os abandonemos el resto de la tierra? Os dejamos disfrutar pacíficamente de las casas, de las calles, de las plazas, de las reuniones, de los teatros. ¿Por qué no nos dejais al ménos el libre uso de las iglesias? ¿Vamos nosotros acaso á turbar vuestras locas diversiones, vuestros corruptores placeres, vuestros escándalos, vuestras orgías, vuestras intrigas? ¿Por qué venis á las iglesias á distraernos de nuestras oraciones, á turbar nuestras ceremonias sagradas? ¿Os falta sitio para ofender á Dios, para que vengais á insultarle en su templo, como si la tierra entera no bastase á la licencia de vuestras pasiones? No permitis que os falte nadie al respeto en vuestras casas, y os guardais bien de faltar á nadie en la suya: pues ¿por qué venis á insultar á Jesucristo en su propia casa? ¿Dios deberá, pues, ser el solo que no encuentre donde ponerse á cubierto de vuestros insultos? ¿Tal vez temeis que la voz de vuestros escándalos no se levante bastante para gritar venganza contra vosotros, y quereis unir á ella el grito de las abominaciones que llevais al lugar santo? ¿Tal vez temeis que vuestros vicios no basten para perderos si no forzais á que se levante contra vosotros la voz de la sangre de Jesucristo indignamente profanada en nuestros santos templos?

¡Ah desgraciados! Si pecais en otra parte, podréis al ménos refugiaros en la iglesia para encontrar misericordia; pero profanando la iglesia, ¿á dónde acudiréis para implorar socorro? ¿Dónde encontrar un lugar que os abrigue, un asilo que os pro-

teja, un tribunal que pueda absolveros? Así cerrais la puerta á todas las gracias. Lo mismo que vosotros osais cambiar la iglesia de Dios en un templo de Dagon, el santuario donde debe ser honrado en un lugar profano donde le ofendeis, así vuestro Dios cambiará en un tribunal de justicia el trono mismo de la misericordia, y la casa de oracion y de gracia en una casa de justo rigor y de severa correccion. En fin, puesto que insultais á Dios hasta en su casa, no habrá en ella oracion, no habrá intercesion en nuestro favor, no habrá misericordia que os salve: «Profetas, ellos han cometido demasiados crímenes en mi casa; guardaos de rogar por ellos, porque nada os concederé en su favor» (1).

Pero las indignidades que Dios reprochó en otro tiempo á su pueblo, cometidas en su templo, habian llegado á su colmo en la época de Jesucristo. Los sacerdotes hacian allí un vergonzoso comercio de las cosas santas; y porque muchos no tenian dinero para comprar víctimas que ofrecer en sacrificio, habian establecido banqueros, *nummularios*, dice el Evangelio, en el templo mismo, los cuales, mediante una buena garantía, les adelantaban todo el dinero que necesitaban con exorbitantes usuras (2). Por eso Jesucristo les reprocha haber convertido el templo de Dios en casa de banca, en tienda de tráfico: *Vos fecistis illam domum negotiationis* (3).

¡Dios mio! ¿Sería verdad que pudieseis quejaros lo mismo contra muchos templos cristianos? ¡Ah, ojalá no fuese así! ¡Cuántos vendedores y compradores de bueyes, ovejas, palomas y tórtolas; cuántos viles usureros se encuentran en los templos cristianos, más indignos y más audaces que los que fueron arrojados del templo mosaico por el Señor! ¡Cuántos que vienen al templo para comprar la estimacion de otro, bajo la máscara de una fingida piedad! ¡Cuántos que vienen, por su modestia y su lujo, á traficar con su pudor! ¡Cuántas para encontrar amante, ó al ménos marido! Por eso se escogen los dias y las horas en que está más concurrido el templo; por eso se viene como á un mercado público, donde cada cual expone su mercancía y usa de mil artificios para venderla mejor; por eso se ven tantas desnudeces escanda-

(1) *Jerem.*, XI.
(2) San Juan Crisóstomo.
(3) *Joan.*, II.

losas, que acuden á ver los jóvenes disolutos con una complacencia criminal, pero sin apreciarlas en más que una de esas muestras de los almacenes que el público mira y que no se venden nunca. Á vosotros tambien, cristianos, se dirige el reproche que Jesucristo dirigia á los judíos de haber convertido la casa de la oracion en un sitio de comercio, en una oficina de negocios, pero de un negocio vergonzoso, impío y sacrílego, puesto que se aprovecha el lugar santo, los santos dias, las santas solemnidades, el santo sacrificio para obtener ventajas criminales y profanas: *Domum negotiationis!*

¿Por qué el Señor acusaba á los judíos de haber convertido el templo en cueva de ladrones: *Speluncam latronum?* ¿Es porque aquellos vendedores asesinaban á sus parroquianos como se asesina á los viajeros en los caminos? Sí, y de una manera más cruel y más impía; porque los escándalos y los medios profanos enfriaban y extinguian en el corazon del pueblo la fe y la religion, y si se salvaban los cuerpos, se hacía una horrible carnicería en las almas. ¡Culpables judíos! ¡Pero ay! ¡Los cristianos cometen los mismos excesos! Y á nosotros tambien se dirige el reproche de haber convertido la casa de Dios en un antro de ladrones: *Vos autem fecistis eam speluncam latronum.*

Todos los dias la Iglesia, por boca de sus ministros, llama al pueblo al templo para el rezo y la adoracion: *Venite adoremus!* ¿Pero quién se muestra dócil á esta invitacion? ¿De qué sirven esos edificios sagrados tan suntuosos, esos templos magníficos de que Roma está llena? De decorarla, de ornarla, de presentar un espectáculo á la curiosidad de los extranjeros, que vienen de léjos á admirar la belleza y la majestad de la estructura, la armonía de las proporciones, la magnificencia y la pompa de los ornamentos, la excelencia de las pinturas, la calidad exquisita y la abundancia de los mármoles, la riqueza de los vasas sagrados y ornamentos sacerdotales. Sí, se admira todo, se interesa por todo ménos por Dios que allí reside. Y si exceptuais á esos extranjeros, ¿quién frecuenta esos templos santos? Las plazas públicas, las calles, los teatros, los lugares sospechosos, los paseos, los cafés no bastan á contener la multitud de ociosos; pero de los templos, á excepcion de algunas personas piadosas que oyen misa diariamente, nadie hace caso, nadie se cuida, se pasa por delante de ellas sin pensar hacer una afectuosa visita á Dios que está allí

oculto. Los grandes encierran en el secreto de sus habitaciones los débiles restos de una religion espirante, teniendo cuidado de no asistir más que los dias de fiesta á una misa que, segun la expresion de uno de ellos, está despachada en diez minutos por un sacerdote rebajado hasta la condicion de camarero ó de mayordomo. Se desdeñan de mezclarse á la multitud, como si la piedad envileciese la condicion, y como si fuesen ménos grandes por mostrarse más cristianos. Por eso el templo es habitualmente entre nosotros una caverna solitaria y desierta: *Speluncam*.

¿Pero por qué reprocho á los cristianos la soledad, el abandono en que dejan el templo? Esos dias de soledad son para el templo los de su reposo y su gloria. De todos modos, el Dios que allí reside es el Dios en quien no se piensa, y en los dias festivos es el Dios ultrajado. Esa caverna, desierta los demas dias, se llena, es verdad, los de fiesta; pero de ladrones y de asesinos que arrancan del corazon de los cristianos la religion y la fe, y que matan las almas: *Spelucam latronum*.

Vemos una multitud de señoras esclavas de la molicie, de la voluptuosidad, de la indiferencia, que despues de haber olvidado toda la semana á su Dios y su religion, se acuerdan el domingo de que son cristianas y de que es menester manifestarlo así; pero que idólatras de su belleza, dominadas por el deseo de agradar, vienen á la casa de la adoracion ornadas con todos los aparatos de la lascivia, vestidas con la misma ligereza, la misma irreverencia y lujo que si fuesen á un baile, á un espectáculo profano (1). Ocupadas constantemente de sí mismas y de la manía de que se ocupen de ellas, no piensan más que en hacer resaltar, por mil movimientos estudiados, el fasto odioso de su inmodestia y de su orgullo; no se ocupan más que de consultar el gusto público sobre la forma de los vestidos, ó ensayar el poder de sus atractivos funestos. Dichosas y contentas si consiguen hacer olvidar á Dios ó que se concrete en ellas toda la atencion, todas las adoraciones de un pueblo de jóvenes tan irreligiosos como imbéciles. De un lado se ve en la iglesia esta cátedra de verdad y santidad, desde la cual se predica contra el vicio, y de otro unas mujeres sin modestia que, como desde las cátedras de la volup-

(1) Saltatura ad ecclesiam pergis; lasciviæ oblectamenta quæris. (*Tertullianus.*)

tuosidad, segun la expresion de Tertuliano, predican el vicio y el desórden: *Suggestum libidinis mulier ornata*. De una parte, la verdadera arca del testamento, la divina Eucaristía; de otra, el infame ídolo de Dagon, la inmodestia, la vanidad, el lujo, la lascivia triunfante: altar contra altar, divinidad contra divinidad. Tambien los filisteos osaron poner el arca del Señor cerca del ídolo de su falso Dios (1).

Vemos que se viene á la iglesia los dias de fiesta, no por Dios, sino por el mundo, á fin de probarle, pues sin eso lo ignoraria, que áun son cristianos, ó más bien para advertir al mundo con su aire escandaloso, que no lo son ya. Se viene traidos por las conveniencias y el uso, para evitar la censura del mundo mismo más licencioso y corrompido. Se viene para ver y ser vistos, para distraer algunos instantes la ociosidad y distraer la de los otros, para recibir y devolver miradas lascivas, sonrisas elocuentes, sacrílegas adoraciones; en una palabra, para pecar y hacer pecar, para comenzar alguna intriga ó algunas relaciones que, ocultas en el templo, se revelan en seguida con tanta deshonra y daño para la familia, y con tanto escándalo en el mundo. Se escoge este lugar, el dia, la hora, la ocasion más favorable para cortejar y ser cortejada, y el aire y traje más á propósito para seducir y ser seducida, se elige la confusion de la multitud para abandonarse á horribles libertades y atentados sacrilegos contra el pudor, y como decia indignado San Agustin, las iglesias son más audazmente profanadas que los teatros, pues que en éstos no se hace más que simular las cosas inmorales, miéntras que en aquéllas se ejecutan realmente (2). Vemos aquí turbas de jóvenes hipócritas de libertinaje y de irreligion, hipocresía más detestable y vil que la de la virtud y la piedad. Sí, jóvenes hipócritas que, para agradar, se dan un aire de importancia en presencia de no sé qué mundo licencioso é impío, afectando en el exterior un libertinaje y una impiedad que no tienen realmente en el corazon; lo hacen sin duda por no envilecerse, por no descender al nivel de los ignorantes, y se guardan bien de hacer la señal de la cruz, de pronunciar un *Padre nuestro*, de

(1) Statuerunt arcam Domini juxta Dagon. (I, *Reg.*, V.)

(2) Deteriora sunt templa ubi hæc aguntur; quam theatra ubi hæc finguntur. (*S. Aug.*)

doblar la rodilla, de bajar una cabeza llena de orgullo y vacía de ciencia, de dar la menor señal de religion; tampoco se cuidan de un público respetable, y pasan el tiempo en la iglesia hablando, sonriendo, volviendo á todos lados la cabeza, señalando con el dedo los unos á los otros bellezas profanas, verdaderas antorchas preparadas por el demonio para encender en los corazones llamas adúlteras, impuras pasiones. Esos mismos jóvenes que cuando una bailarina impúdica se entraga á indecentes contorsiones, ó una cantatriz desvergonzada esfuerza la voz pera hacer oir ridículas necedades, están absortos en un diabólico éxtasis de embriaguez impúdica; sí, esos mismos jóvenes, en seguida, cuando asisten á la celebracion del terrible misterio de la Eucaristía, tienen un aire de irreverencia y desprecio, mostrando así, como decia San Juan Crisóstomo, que tienen más respeto á la voz y las coqueterías de una insidiosa cortesana, que á la majestad suprema de Dios Altísimo (1). En verdad que, en mi sentido, eso es una solemne apostasía de la fe, una pública profesion de impiedad. Ademas, ¿quién sabe cuán contagiosos y funestos son esos escandalosos ejemplos de libertinaje y de irreligion? ¿Quién puede decir la terrible influencia que ejercen debilitando en el corazon de los simples y los ignorantes los principios y los sentimientos de fe, de piedad, de modestia y de pudor? Así, los niños imitando el ejemplo de los adultos, las mujeres el de los hombres, las personas del pueblo el de las clases superiores, aprenden en la iglesia á profanar la iglesia, á ser inmodestos é impíos, acostumbrándose y animándose mutuamente á despreciar lo que la religion tiene de más augusto, á reirse de lo que tiene de más delicado la moral, y á igualarse por la audacia del escándalo, por las profanaciones, por el libertinaje, á aquellos á quienes no pueden igualarse en rango y fortuna.

Esos escándalos degradan la religion, quitan al culto ese carácter de majestad y de grandeza que es como el sello visible de la Divinidad. De manera que, como la religion y el culto son la propiedad del pueblo que los profesa, insultando al culto y al templo insultais igualmente á Dios y á los hombres, á la religion y á la sociedad.

(1) Neque Deo tantam reverentiam quantam meretricibus exhibemus. (*S. Joan. Chrys.*)

¿Qué son, pues, esos profanadores sacrílegos de los templos santos, sino verdaderos ladrones, verdaderos asesinos de las almas? Así, pues, lo mismo que á ciertas horas se evita pasar por ciertos sitios infestados de ladrones, así tambien, á causa de esos ladrones de las conciencias que acechan en las iglesias para sorprender á las almas simples é inocentes, es evidente que en ciertos dias y á ciertas horas es tan peligroso ir á la iglesia como á las reuniones profanas donde tienen su asiento los escándalos y las seducciones. Así la iglesia, ese gran camino del cielo, está entre nosotros infestada de asesinos y ladrones; y la casa de oracion, el asilo de la piedad y de la inocencia, se ha convertido en desierto, en cueva de bandidos: *Speluncam latronum.*

¡Pero hé aquí un gran ejemplo! Alarico, rey de los godos, devastó esta santa ciudad, y llevando por do quiera la desolacion y la carnicería, no se detuvo más que en presencia de los templos santos. Allí solamente, segun San Agustin, quedó subyugado por la majestad de los edificios sagrados y por el respeto que le inspiraban. Á su vista solamente la crueldad puso fin al exterminio, la avaricia al pillaje, la impudez á la violacion y al adulterio. Roma entónces no encontró más que en el templo refugio para el pudor, seguridad para las riquezas y la vida, y el bárbaro victorioso no puso freno á su furor sino ante las puertas de los templos. Entónces bastaba refugiarse en el templo para encontrar proteccion contra todo insulto, respeto de parte del más feroz guerrero, perdon en el enemigo (1).

¡Ay! ¡Cuán corrompidos están nuestros tiempos! El templo que tanto respeto inspiraba al bárbaro guerrero sin creencias, no inspira hoy á los verdaderos creyentes más que indiferencia y desprecio. El templo no es ya más que un lugar como cualquiera ó más bien un lugar que, más que los otros, anima á la profanacion, al sacrilegio, al crímen. Aquellos de quienes hablo son verdaderos asesinos; ¿y qué hubo jamas de sagrado para los asesinos? ¡Oh! ¡Cuán grande es la perversidad, la malicia y el horror de esas profanaciones.

¡Desgraciados! Dios, así despreciado por nosotros, cuando se canse su misericordia sabrá, como hizo en el templo de Jerusa-

(1) Huc usque sæviebat inimici rabies; ibi accipiebat limitem trucidatoris furor. (*S. Aug.*)

len, hablar como Señor, fallar como Juez, y castigar como Dios. De esto tratarémos, pues, en la segunda parte.

SEGUNDO PUNTO. Es una doctrina de los Padres y de los teólogos, fundada en la Escritura, que toda iglesia, como todo hombre, todo pueblo y todo reino, tiene su guardian. ¿Qué hace ese ángel de las iglesias? Ezechiel nos lo enseña cuando nos pinta al ángel guardian que lleva un escritorio sujeto á la cintura (1). ¿Qué ha de escribir este ángel? Escribe, dice San Basilio, las irreverencias, las profanaciones, los sacrilegios cometidos por los asistentes (2). Lo mismo que Baltasar pudo leer su sentencia en el momento en que profanaba los vasos de Jerusalen, así ellos empiezan á sufrir un castigo que, por ser oculto, no es ménos terrible. Una mano invisible escribe sobre cada uno de ellos el funesto MANE, THECEL, PHARES.—MANE: «Vuestros crímenes han llegado á su colmo.» THECEL: «En la balanza de la Justicia divina sois indignos de recibir ya ninguna gracia.» PHARES: «Desde este instante quedais fuera de la sociedad de los fieles en la tierra, esperando que quedeis tambien fuera de la sociedad de los bienaventurados en el cielo.»

¡Oh miserable! ¡Tú que no escuchas, tú que no te acuerdas, tú que no confiesas que eres culpable de irreverencia en el templo! No sabes que hay un espíritu que lo oye todo, un ojo que todo lo ve, una mano que escribe todo lo que piensas, todo lo que dices, todo lo que haces en el templo; y esos gestos atrevidos, esas miradas libres, esas sonrisas maliciosas, y el motivo de esos saludos, y las vergonzosas complacencias de esos pensamientos, y el fondo impuro de esas afecciones. Cuando llegue el tiempo en que Dios no quiera ya sufrir todo eso; cuando se colme la medida de los excesos sin número inscritos por el ángel y que forman la materia de tu proceso y tu acusacion, se pronunciará tu condenacion y empezará tu castigo. Entónces de nuevo Jesucristo hará un azote, es decir, lanzará sobre todas las cabezas sacrílegas un castigo que encerrará en sí muchos de diversas especies. En efecto, si aquel dia mostró tanta cólera y tanta indignacion para vengar la majestad desconocida del templo de Jerusalen, donde no habia más que el altar y las tablas

(1) Habens atramentarium scriptoris circa renes ejus. (*Ezech.*, XI.)
(2) Nutus et verba scribentes. (*S. Basil.*)

de la ley, ¿cuánto más seriamente, dice San Juan Crisóstomo, castigará á los que hubiesen desconocido la majestad del templo cristiano, santificado por la santa Eucaristía y por la presencia real del mismo Legislador? ¿Con cuánta más razon no cumplirá la terrible amenaza pronunciada contra los profanadores del antiguo templo? Su furor divino se encenderá, para no apagarse, cuando vea la casa de oracion convertida, por nuestra impiedad, en casa de escándalo, en mansion donde perecen las almas (1).

Hé ahí por qué sin duda alguna los Padres convinieron en decir que Dios debe á su justicia y su majestad el castigo, público y severo, de la profanacion de los templos, porque es un pecado que tiene un carácter especial de audacia y de rebelion; un pecado con el cual el pecador, no contento con insultar á la ley de Dios, insulta á Dios mismo; un pecado que tiende á destruir directamente el culto público; un pecado público, solemne, que ataca al órden social. Las calamidades públicas, las guerras, las pestes, las sequías, las tempestades, los incendios, las inundaciones que asolan tantos países y arruinan tantas fortunas, la miseria universal en presencia de los progresos sorprendentes de la industria, el pauperismo que se presenta cada dia más amenazante al lado del bajo precio del oro y de todas las apariencias de una gran prosperidad, las muertes prematuras de tantos jóvenes, la extincion de tantas familias, los golpes imprevistos que hieren á tantos adultos, las enfermedades que cada año diezman la poblacion, todo eso no es más que la venganza que Dios ejerce contra los profanadores de sus templos (2).

Pero el castigo corporal y visible que Jesucristo infligió á los judíos profanadores del templo, no fué nada en comparacion del castigo espiritual é invisible con que los hirió cuando quiso que Jerusalen, su patria, fuese envuelta en las ruinas del templo que habian profanado, y que fuesen arrojados del templo espiritual de su Iglesia. Así tambien, en el tiempo presente, los castigos temporales y visibles que Dios envia al mundo, no son nada en comparacion de los espirituales é invisibles con que castiga la profanacion de sus templos

(1) Et succendetur indignatio mea in loco hoc et non extinguetur. (IV, *Reg.*, XXII.)
(2) Ultio Domini est, ultio templi sui. (*Jér.*, LI.)

¡Oh! Si el velo que oculta á las miradas los misterios del mundo invisible y espiritual se rompiese, ¡cómo entónces, cual otro Baltasar, sentiriais vuestro corazon oprimido, temblar vuestras rodillas, y desaparecer la audacia de vuestros pálidos rostros! (1). Veriais que en el momento mismo en que profanabais el templo de Dios con vuestras irreverencias escandalosas, vuestra inteligencia se oscurecia, se endurecia vuestro corazon, vuestras pasiones se hacian más violentas, más indócil vuestra voluntad, las divinas misericordias más raras, vuestra conversion más difícil, vuestra reprobacion más cierta. Veriais á Dios alejarse de vosotros, espesar las tinieblas en vuestro interior á medida que desaparecian la luz y las inspiraciones de su gracia; veriais condensarse sobre vosotros esa noche terrible que sigue al abandono de Dios, y que se consumará, por vuestra impenitencia, para perpetuarse en el infierno por toda la eternidad. Está escrito que todo aquel que profane la tierra de la santidad, es decir, la casa de Dios en la tierra, será excluido de la morada en que Dios manifiesta su gloria, será excluido del cielo (2).

Sí, volved á la razon cuando es tiempo aún. Comprended bien que la indiferencia en el templo lo hace inútil para vosotros, y la profanacion hace un lugar funesto; y que si el respeto en el templo ha de ser vuestra salud, la impiedad y la ausencia de él será vuestra perdicion. Temed por vuestra fortuna, por vuestra reputacion, por vuestra familia, por vuestra persona, y sobre todo por vuestra alma. Renunciad más bien á venir á la iglesia, porque eso será ménos malo que venir únicamente para manchar la casa de Dios y atraer sobre vuestras cabezas los más terribles castigos.

Pero no: quiero más bien que vengais á este santo templo, aunque con disposiciones y sentimientos diferentes de los que habeis traido hasta ahora. No, Dios no quiere perderos, Él, que se inmola todos los dias en el altar por vosotros. Venid con el arrepentimiento de las irreverencias pasadas; venid con la humildad del espíritu, con la modestia de los ojos, con aire de recogimiento, con sentimientos de piedad y de religion. Empezad

(1) Tunc facies regis commutata est et genua ejus collidebantur ad invicem. (*Dan.*, v.)

(2) In terra sanctorum iniqua gessit, non videbit gloriam Dei. (*Is.*, XXVI.)

agradando á Dios con vuestro dolor en el mismo lugar donde lo habeis ofendido con vuestras alegrías culpables. Confesad con amarga contricion el detrimento que le habeis causado tantas veces; compensad con vuestro ejemplo el honor que le habeis arrebatado, el respeto que por vuestra falta ha dejado de obtener, y en este mismo templo donde vuestros escándalos no os habrán preparado más que castigos, encontraréis gracia, misericordia y perdon, y, reconciliados con Dios en el tiempo, podréis gozar eternamente de su sociedad. Así sea.

VIGÉSIMA SEGUNDA HOMÍLIA.

LOS SIERVOS VIGILANTES,

Ó LA VIGILANCIA CRISTIANA.

Vigilate ergo, ne cum (Dominus domus) venerit repente, inveniat vos dormientes. Quod autem vobis dico, omnibus dico: vigilate (MARCOS, XIII).

Velad, pues, porque no sabeis cuándo vendrá el dueño de la casa: si de tarde ó á media noche, ó al canto del gallo, ó á la mañana. No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo. Y lo que á vosotros digo, á todos lo digo: velad.

En estos términos hablaba el Salvador de su última venida al mundo. Pero si ninguno de los Apóstoles ni de los hombres que entónces vivian y que habian de morir bien pronto, debia sobrevivir hasta el último dia del mundo, ¿por qué Nuestro Señor quiso que todos estuviesen preparados, y que velasen para no dejarse sorprender en ese dia dormidos con el sueño del pecado? *Quod autem vobis dico: omnibus dico: vigilate.*

¡Ah! dice San Agustin. El momento de la muerte es para cada uno de nosotros como la suprema venida de Jesucristo, y el último dia de nuestra vida es para cada uno de nosotros el último dia del mundo, porque el juicio universal no será más que la repeticion pública y solemne del juicio particular que cada uno al morir haya merecido de una manera privada y secreta (1). El juicio final nos encontraria desprevenidos si así nos hubiera encontrado el dia de nuestra muerte (2). Luego si el Señor nos reco-

(1) Tunc enim unicuique veniet dies ille, cum venerit ejus dies; ut talis hinc exeat qualis est judicandus illa die. (*S. Aug.*)

(2) Imparatum enim inveniet dies ille, quem imparatum invenient suæ vitæ ultimus dies. (*S. Aug.*)

mienda estar preparados para el último dia del mundo, ha querido recordarnos que lo estemos para el último dia de nuestra vida, porque el juicio que recaiga á nuestra muerte decidirá sin apelacion de nuestra suerte el dia del juicio universal (1).

Ademas, el Señor no ha querido contentarse con recomendarnos en general la vigilancia para el dia de nuestra muerte, sino que quiso tratar de ello expresamente en la parábola de los siervos vigilantes. Así, pues, al explicar esta importante parábola en que el Señor nos ha expuesto la teoría, propuesto la recompensa é inculcado la necesidad de la vigilancia cristiana, pretendo exhortaros á todos sin excepcion: *Omnibus dico: vigilate.* Á fin de que, determinados á practicarla sériamente, sin dilacion, sin interrupcion, no nos sorprenda la muerte en el sueño del pecado; *Ne cum vederit repente, inveniat vos dormientes.*

Primer punto. Los judíos, cuando viajaban, tenian la costumbre de levantar un poco sus vestidos y sujetarlos con un cinturon alrededor de los riñones, á fin de estar más libres para marchar. Á este uso, dice un comentador, alude Nuestro Señor cuando nos recomienda que nos ciñamos los riñones (2), es decir, que nos quiere libres y desembarazados en el camino que debe conducirnos á la celeste patria (3).

Pero como se trata aquí de un viaje espiritual, en este sentido es en el que debemos estar preparados. Para comprender esto, notad, nos dice San Pedro Crisólogo, que en los riñones tiene su asiento la concupiscencia carnal, y que de ahí nacen todas las tentaciones de la carne, siendo por consecuencia la fuente funesta de la fragilidad humana y de nuestras más frecuentes caidas (4). Luégo, continúa el mismo San Pedro, cuando el Señor nos ha ordenado ceñirnos los riñones (5), ha querido inculcarnos bien que si queremos recorrer la vía que conduce á la salud eterna, es menestar comenzar por reprimir la carne con el cinturon de la castidad, porque las inclinaciones y los vicios de la carne

(1) Ac per hoc vigilare debet omnis christianus, ne imparatum eum inveniat Domini adventus. (*S. Aug.*)
(2) Sint lumbi vestri præcincti. (*Luc.*, XII.)
(3) Ut sitis expediti ad iter ad cœlum. (*Corn. à Lapide.*)
(4) Ex lumbis tota carnis negotia suscitantur. In lumbis est humani lapsus et humanæ fragilitatis occasio. (*S. Petr. Chrys.*)
(5) Sint lumbi vestri præcincti. (*Luc.*, XII.)

son como vestidos embarazosos y pesados que agobian el alma, inclinándola hácia la tierra é impidiéndole dar un solo paso hácia el cielo (1). Sí, apoya San Gregorio, ponemos realmente un cinturon sobre los riñones, segun el precepto de Jesucristo, cuando reprimimos la lujuria por la continencia cristiana (2). ¡Ah mis queridos hermanos! El Cristianismo es una ley de castidad y de pureza; la prueba es que sólo el Cristianismo dispone la castidad y la conserva. La castidad es, pues, segun San Pedro Crisólogo, el signo distintivo de la milicia cristiana, y sin la castidad no puede pretenderse marchar á la conquista del reino de los cielos, porque sin ella no seriamos verdaderos cristianos, verdaderos soldados de Jesucristo (3).

Pero así como las buenas obras no tienen valor sin la castidad, tampoco, dice San Gregorio, la castidad sola sirve de nada sin las buenas obras, sin la práctica de las virtudes y de todos los deberes cristianos (4). Por eso el Señor, despues de ordenarnos que nos ciñésemos, los riñones con la atencion severa de guardar la pureza, añade inmediatamente: «Y llevad en vuestras manos lámparas encendidas» (5). Porque, dice San Pedro Crisólogo, las lámparas encendidas en nuestras manos no son otra cosa que las buenas obras practicadas por nosotros (6).

En efecto, así como la lámpara esparce la luz delante del que la lleva, y en medio de las tinieblas ilumina su marcha, así las buenas obras y el ejercicio de las virtudes proyectan su luz ante quien las practica, favorecen su marcha á traves de las vías tenebrosas del siglo presente, y le ayudan á encontrar el camino derecho de la salud eterna (7).

(1) Constringenda est caro continentiæ cingulo; ne effusa vitiis ac peccatorum gravata pondere, cœlestibus non possit insistere ingressibus. (*S. Petr. Chrys.*)
(2) Lumbos præcingimus, cum carnis luxuriam per continentiam coarctamus. (*S. Greg.*)
(3) Cincti castitatis balteo quod est insigne militiæ christianæ. (*S. Petr. Chrys.*)
(4) Nec castitas magna est sine bono opere, nec opus bonum est aliquid sine castitate. (*S. Greg.*)
(5) Et lucernæ ardentes in manibus vestris. (*Luc.*, XII.)
(6) In manibus sanctorum ipsa bona opera lucernæ sunt. (*S. Petr. Chrys.*)
(7) Ut lucerna ante oculos, bonum opus in mentibus sic refulgeat. (*S. Petr. Chrys.*)

Notad, añade este santo y gran doctor, que la lámpara alumbre no solamente al que la lleva, sino al que la ve. Eso precisamente se verifica por relacion á las santas obras de la religion y la caridad: que iluminan, no sólo á los que las practican, sino á los que son testigos; y por la mágica virtud del ejemplo, infunden valor, con un aguijon, una guía para el que quiere marchar por el buen camino (1). ¡Oh, cuán bella y atractiva es la santidad y la virtud de los verdaderos cristianos! ¡Cómo brilla con esplendor celeste! Así como todos se aperciben de la luz, lo mismo los que la buscan que los que la huyen porque no pueden soportarla sus ojos, así la virtud cristiana se hace reconocer de todos, lo mismo de los que la admiran y la aprovechan, que de los que la critican y la huyen, porque es una perpétua censura de sus costumbres. Puede verdaderamente decirse que tenemos en nuestras manos la lámpara cuando, por la luz de nuestros actos virtuosos, cuando por la santidad de nuestra conducta, somos para los demas objeto de edificacion y de exhortacion al bien (2). En eso justamente consiste el deber de edificar al prójimo que el Señor ha creido recomendarnos cuando ha dicho: «Á este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y den gloria á vuestro Padre, que está en los cielos» (3).

Tales son, pues, las dos principales obligaciones que impone Jesucristo á todo cristiano, á saber: la pureza y la castidad del cuerpo, y la edificacion con la conducta de la vida, de manera que en la santidad de las obras que practica se reconozca la verdad divina de la fe que profesa (4). San Agustin habia dicho que tener un cinturon en los riñones y la mano en las lámparas encendidas, era huir del mal y practicar el bien (5).

(1) Non portanti tantum lucerna lucet, sed et multis; et bonum opus, dum fano in uno lucet, multos illustrat exemplo. (*S. Petr. Chrys.*)

(2) Lucernas ardentes in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla damus. (*S. Greg.*)

(3) Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est. (*Matth.*, V.)

(4) Duo autem sunt quæ jubentur: ut et munditia sit castitatis in corpore et lumen veritatis in operatione. (*S. Greg.*)

(5) Quid est lumbos restringere et lucernas tenere, nisi diverte à malo et fac bonum. (*S. Aug.*)

Desgracia, pues, dice Eusebio de Emeso, á aquellos cuyo discurso, cuya vida no esparce á su alrededor la luz de la virtud, sino infernales tinieblas, las tinieblas del escándalo, del vicio y del pecado. ¡Ah! Esos no tienen en sus manos las lámparas que pueden guiarlos y conducirlos á la salud, sino tizones del infierno que los arrastran con los demas á su perdicion (1).

En tercer lugar, añade el Señor, debeis estar prontos como criados que esperan que su señor vuelva de las nupcias, á fin de abrirle la puerta tan pronto como llame (2).

¿Pero cómo es que Jesucristo nos recomienda, á nosotros hombres, imitar la conducta de los otros? *Similes hominibus!* ¡Ah! Dice San Pedro Crisólogo. Hay una gran diferencia de hombre á hombre. Los que viven en una justa dependencia con relacion á Dios y en la exacta observancia de su ley, están prontos siempre á recibir á su celeste Esposo, y ésos son verdaderamente hombres (3). Porque el Espíritu-Santo ha dicho: Temer á Dios y observar sus mandamientos; hé ahí lo que constituye esencialmente al hombre inteligente y sabio. Eso es ser verdaderamente hombre (4). Los que, por el contrario, abandonan el servicio de Dios, no procuran más que satisfacer sus inclinaciones carnales, y no se ocupan más que de los apetitos sensuales, no tienen de hombres más que la forma exterior; son animales brutos, seres semejantes á todos los demas bípedos (5). Y en efecto, el profeta David no teme asimilar á las bestias los hombres voluptuosos que no conocen otra ley que el interes, otro señor que la carne, otro paraíso que el imperio de los sentidos. Y ciertamente no hay por qué sorprenderse de que cuando ellos degradan así su inteligencia, su corazon y su cuerpo, reciban la calificacion de brutos,

(1) Illorum lucernæ extinctæ sunt, qui neque doctrina: neque operatione alii refulgent. (*Eusebs. Emiss.*)

(2) Et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis, ut cum venerit et pulsaverit confestim aperiant ei. (*Luc.*, XII.)

(3) Homines sunt qui more debitæ servitutis, indefessis excubiis adventum sui domini præstolantur. (*S. Petr. Chrys.*)

(4) Deum time et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. (*Eccl.*, XII.)

(5) Qui vero ventri serviunt et de carnis voluptate solliciti divinam nesciunt servitutem, non sunt homines vocandi, sed jumenta. (*S. Petr. Chrys.*)

cuya vida imitan (1). Elevémonos, pues, de la region de la tierra á la del cielo, de la sociedad de los brutos á la de los verdaderos hombres, *similes hominibus;* sí, la sociedad de los hombres formados segun el modelo del Hombre perfecto, del Hombre por excelencia, que es Jesucristo, porque es Dios al mismo tiempo, y dado por eso como tipo perfecto á la humanidad: ¡Hé ahí el hombre! *Ecce homo!*

Ese Hombre perfecto, que es nuestro Dios y Señor, celebra todos los dias, segun Theophilacto, nupcias espirituales en el cielo, uniéndose como Esposo á las almas santas y elegidas que le llegan de la mansion terrestre (2). Pero miéntras celebra esas nupcias eternas en el cielo, dice este mismo intérprete, desciende á la tierra y se presenta á cada uno de nosotros en el momento de la muerte (3). Y en efecto, segun Euthymo, si Jesucristo interviene en la muerte de los justos, interviene tambien en la de los pecadores (4).

Jesucristo, pues, dice San Gregorio, viene á nosotros cuando se prepara á juzgarnos; llama á la puerta de nuestro corazon cuando, con los dolores y angustias de la última enfermedad, nos hace comprender que nuestra muerte está próxima (5). El que le abre enseguida es el ferviente cristiano, que al primer llamamiento de amor responde con un corazon tierno y confiado (6). Al contrario, al alma pecadora puede juzgársela por el temblor que de ella se apodera en su última hora; parece declarar que no quiere abrir al Señor, porque sabe que su Juez será el mismo á quien ha tratado con soberano desprecio durante la vida (7). Pero el alma verdaderamente cristiana, que tiene conciencia de la

(1) Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis. (*Ps.* XLVIII.)

(2) Quotidie nuptiæ fiunt in cœlo. Quotidie in cœlis Christus sibi desponsat animas sanctorum. (*Theophil.*)

(3) Revertitur ex cœlestibus nuptiis quia in unius cujusque propria morte inexpectatus advenit. (*Theophil.*)

(4) Christus advenit ad mortem non solum justorum sed etiam peccatorum. (*Euthym.*)

(5) Venit quippe Dominus, quum ad judicium properat; pulsat vero, cum jam per ægritudinis molestias esse mortem vicinam designat. (*S. Greg.*)

(6) Cui confestim aperimus, si hunc cum amore suscipimus. (*Ibid.*)

(7) Aperire enim judici pulsanti non vult qui exire de corpore trepidat et quem contempsisse se meminit judicem formidat. (*Ibid.*)

vida virtuosa que ha llevado, sostenida por la santa esperanza que ha conservado en su corazon, sabe que á su muerte no encontrará en Jesucristo un Juez que la condene, sino un Padre que la recompense, un Esposo que la acoja en sus brazos, de manera que, esperando habitar el cielo, goza desde luégo de la patria celeste como si hubiese alcanzado yá la posesion (1).

Por eso al decirnos el Señor: «Sois semejantes á hombres que aguardan que su señor vuelva de las bodas», ha querido darnos á entender que debemos continuamente esperar esa divina venida. Porque la vida del verdadero cristiano no es más que la perpétua espera de Jesucristo (2); y por eso el Profeta decia: «No hago en esta vida otra cosa más que agradar al Señor» (3). Despues, dirigiéndose á nosotros, añadia: Y tú, ¡oh hombre! aguarda tambien al Señor, y aguardándolo, compórtate como hombre de corazon; aprende á soportar el alejamiento de Dios con la esperanza de verlo pronto (4). Igualmente el apóstol San Pablo decia: «En esta vida no hagamos más que aguardar á nuestro Salvador y Señor Jesucristo» (5). En Él y por Él «esperemos salir del estado de servidumbre en que se encuentran nuestros cuerpos, y vernos para siempre entre el número de los hijos de Dios» (6).

Tal es, pues, la doctrina, la teoría de la vigilancia cristiana. Debemos velar con santo celo por la pureza y la santidad de nuestros corazones; esto es lo que significa el cinturon alrededor de los riñones. Debemos, por la santidad de nuestra propia vida y por la práctica de las buenas obras, concurrir á la santificacion y al bien espiritual de nuestros hermanos; esto es lo que significan las lámparas encendidas en nuestras manos. Debemos constantemente acordarnos de que somos criaturas inteligentes

(1) Qui autem de sua spe securus est, pulsanti confestim aperit; quia lætus judicem sustinet; et cum tempus propinquæ mortis advenerit, de gloria tribulationis hilarescit. (*S. Greg.*)

(2) Vita christiani est expectatio Christi.

(3) Expectans expectavi Dominum. (*Ps.* XXXVI.)

(4) Expecta Dominum, viriliter age; et confortetur cor tuum et sustine Dominum. (*Ps.* XXVI.)

(5) Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum. (*Philipp.*, III.)

(6) Adoptionem filiorum Dei expectantes redemptionem corporis nostri. (*Rom.*, VIII.)

creadas por el cielo, y no brutos condenados á arrastrarse por la tierra: á los hombres, pues, debemos parecernos. Debemos únicamente suspirar por la venida de Jesucristo y vivir únicamente por el placer de amarlo, con la esperanza de poseerlo el dia en que, despues de las celestes nupcias con otras almas, venga á celebrarlas tambien con nosotros: *Quando revertatur à nuptiis.* Así dispuestos, siempre vigilantes y prontos, irémos á su encuentro para responder incontinenti á su llamamiento y arrojarnos en sus brazos á la hora de nuestra muerte: *Confestim aperiant ei.*

¡Oh, dichosas las almas verdaderamente piadosas y cristianas que aquí en la tierra no tienen deseos más que para el cielo, y que viviendo entre los hombres no aspiran más que á Dios! «¡No, decia el Profeta, esas almas no se verán jamas cubiertas de confusion!» (1). Pero ¿qué digo? ¡El Profeta! El Señor mismo ha proclamado la dicha de esos buenos cristianos, cuando ha añadido estas palabras: «Bienaventurados aquellos siervos que halláre velando el Señor cuando viniere: en verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa y pasando los servirá» (2). ¡Ah! ¡Qué bellas palabras! Con este lenguaje el Señor, despues de haber expuesto la doctrina de la vigilancia cristiana, ha querido hacernos conocer la recompensa.

La palabra «se ceñirá» recuerda la pronunciada al principio de la parábola: «Ceñid un cinturon á vuestros riñones.» Lo que quiere decir: así como los servidores fieles tienen cuidado de ceñirse por Mí, Yo haré otro tanto por ellos. Pero ¿cuál será ese misterioso cinturon? David habia dicho: «El Señor reinará en todo el esplendor de su majestad; aparecerá revestido, rodeado de su poder y de su fuerza como de un cinturon» (3). Y Isaías añade que la justicia será el cinturon de sus riñones (4). Así como Jesucristo aparece en el momento de la muerte revestido de fuerza y de justicia para castigar al pecador, siervo infiel y rebelde, así en ese supremo momento, para recompensar al justo, siervo dócil y fiel, aparecerá revestido de misericordia y amor,

(1) Non confundentur qui expectant eum. (*Is.*, XLIX.)
(2) Beati servi illi quos cum venerit Dominus invenerit vigilantes! Amen dico vobis quod præcinget se et transiens ministrabit illis. (*Luc.*, XII.)
(3) Dominus regnavit; decorem indutus est; et præcinxit se. (*Ps.* XCII.)
(4) Erit justitia cingulum lumborum ejus. (*Is.*, XI.)

¡Qué dicha, dice Eusebio de Emeso, verle venir así á nuestro encuentro, vestido, rodeado solamente de bondad y de clemencia, con el aire de la más viva simpatía, de la más afectuosa ternura! (1). Sí, tal será entónces. Cambiará de condicion y de oficio. *Transiens*, es decir, segun la explicacion de San Pedro Crisólogo, así como con relacion al pecador cambia, de Señor bueno y misericordioso que era, en Juez severo é inexorable, así tambien, con relacion al justo, cambia en sentido contrario: de soberano Señor que es, se convierte en Servidor de sus servidores, y llena con ellos los humildes y piadosos deberes, como si á su vez fuesen los señores (2).

¿Qué significa esta expresion: «Los hará sentar?» Porque, efectivamente, dice el texto: «Los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá.» ¡Qué bellísima expresion! dice San Cirilo. Con ella el Señor nos ha hecho conocer que si nos encuentra fieles á la hora de la muerte, nos conducirá Él mismo al reposo de la bienaventuranza eterna, y allí, con la dulce quietud, con la riqueza y la abundancia de las delicias espirituales, nos hará descansar de nuestros largos trabajos por servirlo, de las miserias y las privaciones de la vida presente (3). ¡Excesiva condescendencia! ¡Extraño cambio de cosas! Exclama San Pedro Crisólogo (4). ¡El señor se rebaja á servir á su propio siervo sentado á la mesa! (5). Jesucristo mismo llenó con sus siervos los más bajos oficios (6). Un Dios lleno de bondad y de atenciones delicadas cerca del hombre que reposa (7). Que nadie se sorprenda de esto, nos dice Theophilacto; Jesucristo nos lo ha dicho; serémos tratados en el cielo como lo tratemos en la tierra. Si ahora lo servimos en la persona de los pobres, que lo representan, hará despues lo mismo con nosotros (8). ¡Dichosos, pues, mil veces

(1) In eo quod præcinget se et transibit quo affectu, quo amore, quibus charitatis visceribus eos suscipiet manifestissime ostendit. (*Eusebs. Emiss.*)
(2) De dominatione ad fidelium suorum pia transibit officia; ad alios de misericordi Patre severissimum transibit in judicem. (*S. Petr. Chrys.*)
(3) Quasi fessos refocillans et apponens spirituales delicias. (*S. Cyrill.*)
(4) En inaudita mutatio rerum. (*S. Petr. Chrys.*)
(5) Epulanti servo servit Dominus accinctus. (*Ibid.*)
(6) Pueris suis ministerium suum facit Christus. (*Ibid.*)
(7) Discumbenti assistit Dominus. (*Ibid.*)
(8) Pars eis tribuens, sicut enim ipsi ei ministraverunt, ita eis vicissim ipse ministrat. (*Theophil.*)

dichosos los siervos que encuentre el divino Señor vigilantes á su llegada! Poco importa, añade Jesucristo, que el divino Señor llegue á la segunda ó la tercera velada de la noche: á cualquier hora, los siervos que encuentre vigilantes y fieles serán siempre dichosos (1).

Para la inteligencia de esta parábola es menester recordar que entre los judíos la duracion de la noche se dividia en tres partes, que se llamaban veladas. Pero la noche de que habla el Señor, observa Euthymo, es la vida humana, que es como una noche oscura, á causa de las tinieblas que en ella esparcen los errores de los hombres y los artificios del demonio (2). Explicado esto, las tres veladas ó partes de la noche de que habla Nuestro Señor son, segun Theophilacto, los tres principales períodos de la vida: la adolescencia, la edad viril y la vejez (3). Luego Jesucristo, al decirnos que asegurará la dicha de los siervos vigilantes, ha querido, segun San Gregorio, darnos una idea de su longanimidad, de su paciencia y de su excesiva misericordia; porque áun cuando el hombre no le haya sido fiel en todas las épocas de su vida, con tal que el Señor le encuentre en estado de gracia en el momento de la muerte, ya sea en el último período de la edad viril ó en el de la vejez, está dispuesto á acogerlo y recompensarlo (4).

No nos hagamos, pues, ilusiones, añade San Gregorio; el Dios que ha prometido perdon al arrepentimiento, áun en la vejez, no ha prometido concedernos esta edad avanzada, no ha asegurado un solo dia al pecador. Por eso, Jesucristo hace seguir su parábola de esta reflexion: «Sabed que si el padre de familia supiese á qué hora ha de venir el ladron, velaria y no dejaria robar su casa» (5). Por el padre de familia, segun Haymon, el Señor entiende nuestra alma (6). La llegada del ladron es el dia,

(1) Et si venerit in secunda vigilia, aut in tertia vigilia venerit et ita invenerit.

(2) Nocti præsens vita comparatur propter infusam ei caliginem à dæmoniis et erroribus. (*Euthym.*)

(3) Prima vigilia qua adolescentes sumus, secunda qua viri, tertia qua senes. (*Theophil.*)

(4) Longanimitatis patientiam insinuans Dominus ait: et si in tertia vigilia ita invenerit, beati sunt servi illi. (*S. Greg.*)

(5) Hoc autem scitote quoniam si sciret pater familias qua hora fur veniret, vigilaret utique et non sineret perfodi domum suam. (*Luc.*, XII.)

(6) Pater familias est noster animus. (*Haym.*)

el momento, la causa de nuestra muerte, que viene siempre de improviso; y si nos encuentra sumidos en el letargo del pecado, nos roba para siempre el tesoro de nuestra alma (1). Hé ahí por qué Jesucristo concluye por esta exhortacion: «Vosotros, pues, estad apercibidos; porque á la hora que no pensais vendrá el Hijo del hombre» (2). Es decir, que el Salvador, despues de habernos propuesto la doctrina y la recompensa de la vigilancia cristiana, nos indica aún su necesidad y su importancia, que es una consecuencia evidente de la incertidumbre del momento de la muerte.

¡Desgraciados de nosotros! Ciertamente todos morirémos; ¿pero cuándo y cómo sucederá esta terrible catástrofe, que de un mismo golpe ha de arrojar nuestro cuerpo á la tumba y nuestra alma á la eternidad? No lo sabemos ni podemos saberlo; el hombre ignora su fin (3). ¿Verá cada uno de nosotros el cumplimiento, el resultado de sus planes, de sus esperanzas, de sus proyectos, de los negocios que tiene entablados? ¡Nada sabemos!

Á la incertidumbre del tiempo se une la de todas las circunstancias de la muerte. ¿Cuál será nuestra muerte? ¿Será natural ó violenta, precedida de una larga enfermedad ó repentina? ¿Morirémos en nuestra casa ó fuera de ella, dormidos ó despiertos? ¿Morirémos como hombres, en el uso de nuestras facultades, ó como brutos en la estupidez en que hemos vivido? ¿Con la asistencia de un sacerdote, ó privados de los consuelos de la religion? Y lo que más importa, ¿morirémos en estado de gracia ó de pecado? ¿Nuestro último suspiro será un acto de piedad ó de blasfemia? ¡Nada de todo eso nos es conocido! Espesas tinieblas cubren el misterio del porvenir, que no podria penetrarse sin un secreto horror. ¡Oh nube sagrada que rodea el trono de Dios, urna fatal que recibes en tu seno el destino de cada hombre, y que dejas ignorar á cada uno en particular el suyo! Pero ¿por qué, dice San Agustin, Dios ha querido ocultarnos nuestro último dia? Precisamente para que cada dia, que puede ser el últi-

(1) Furis adventus mors est, quæ improvisa dum non speratur advenit, et thesaurum animæ nostræ ad pœnas rapit. (*Haym.*)

(2) Et vos estote parati quia qua hora non putatis filius hominis veniet. (*Luc.*, XII.)

(3) Nescit homo finem suum. (*Eccl.*, IX.)

mo, se esté en vela y preparado (1). Y en efecto, por estar oculto el tiempo de nuestra muerte, por ser ésta un acontecimiento imprevisto, Jesucristo ha deducido la necesidad de que estemos siempre prontos: «Vosotros, pues, estad apercibidos, porque á la hora que no penseis vendrá el Hijo del hombre» (2).

Pero, ¡oh funesto artificio del enemigo de nuestra salud! No pudiendo, como hizo con nuestros padres, arrastrarnos al pecado con la promesa de la inmortalidad (3), nos arrastra al mal, segun hace notar Haymon, haciéndonos olvidar que somos mortales, haciéndonos mirar siempre como lejana la hora de la muerte, y, por mucho que vivamos, haciéndonos desear vivir más aún (4), de manera que, cediendo á la ilusion, convertimos en veneno mortal el remedio mismo. Porque ignoramos el término de la vida, vivimos como si ésta no debiera tener término; y porque ignoramos cuál será nuestro último dia, vivimos todos en una seguridad, hija de una estúpida indiferencia.

¿Quiénes son los que así olvidan la muerte? ¿Es quizás la vírgen pura, la honesta madre de familia, el buen cristiano, el sacerdote celoso, el solitario devoto, el ferviente penitente? ¿Son tal vez las almas piadosas de todos estados, condiciones y sexo? No, no, esos piensan voluntariamente, piensan siempre en el último dia, llevando el cinturon de la mortificacion evangélica, en sus manos las lámparas encendidas con sus buenas obras, como siervos fieles; siempre están vigilantes, siempre prontos á recibir á su Señor.

Es decir, que esos precisamente piensen en la muerte, los que tal vez podrian dispensarse de esa preparacion. Entre tanto que aquellos que olvidan la muerte son los que fueron esclavos de todas las pasiones, de todos los vicios; los que tendrian muchos pecados que llorar, muchos escándalos que hacer desaparecer, muchos males que reparar, muchos vicios que corregir; aquellos, en una palabra, para quienes morir y condenarse es una misma cosa. ¡Es decir, que piensan ménos en la muerte aquellos á quienes más importa pensar y deben más temer la sorpresa de su fin!

(1) Ideo voluit omnes latere ultimum diem, ut dum ignoratur unus, observentur omnes dies. (*S. Aug.*)

(2) Et vos estote parati, quia qua hora non putatis filius hominis veniet: vigilate, quia nescitis diem neque horam. (*Luc.*, XII.)

(3) Nequaquam moriemini. (*Genes.*, III.)

(4) Solet diabolus tepidos christianos decipere, ut quibus suadet culpam, longam promittat et vitam. (*Haym.*)

¿En qué fundais esa seguridad insensata? El vigor de vuestras fuerzas no podrá defenderos, ni la juventud garantiros, ni poneros á cubierto del peligro una constitucion robusta. La historia de la vida humana nos demuestra que la muerte abate las más veces al árbol ántes que haya dado su fruto; que corta la trama ántes que la tela se concluya; que avanza más de lo que debe esperarse del curso ordinario de la naturaleza, porque acaba con más niños que adultos, con más jóvenes que viejos. Las nueve décimas partes del género humano no llegan á los cincuenta años. Cuando la Santa Escritura nos representa el poder divino que blande su clava y prepara su arco para lanzar sus flechas (1), la clava representa la muerte pronta á inmolar á los viejos puestos bajo su mano, y el arco y las flechas son los golpes mortales que van á encontrar á los jóvenes que se lisonjean de estar aún léjos de su alcance.

Á cada instante una revolucion en los humores del cuerpo, un golpe de sangre, una opresion de corazon, la rotura de una vena, una congestion cerebral, un bocado que se atraviesa, pueden quitarnos la vida. Á las causas naturales se reunen las violencias. Cada instante sabemos un caso de muerte por envenenamiento, ó efecto de una caida, ó un asesinato. Á cada instante podeis encontrar la muerte en vuestra casa ó en el teatro, en el paseo, en la mesa ó en la cama; no hay año, dia ni hora en que podais lisonjearos de estar al abrigo de los golpes de la muerte. Entónces, ¡qué contradiccion, qué locura es la vuestra! ¡Poder morir á cada instante, y atreverse á vivir en estado de pecado! (2).

Así como el profeta Habacuc estaba suspendido en los aires de los cabellos por la mano del ángel, y sobre la fosa de los leones, á los que estais en estado de pecado os veo suspendidos sobre el infierno por un hilo delgado y frágil que va rozándose cada dia y puede romperse ó ser cortado por una mano enemiga; ¡y estais

(1) Gladium suum vibrabit; arcum suum tetendit et paravit illum; et in eo paravit vasa mortis. (*Ps.* VII.)

(2) Quomodo vivere audes ubi mori non times?

suspendidos sabiéndolo y queriéndolo, con la risa en los labios, los manjares en la boca, los naipes en la mano y en flagrante delito de pecado y crímen! ¿Cómo atreverse á entregarse al desórden, á la risa, al reposo, en peligro tan manifiesto de condenarse?

Que Holoférnes se durmiese ante Bethulia y que no temiese recibir el golpe mortal de manos de aquella Judith tan amiga en apariencia; que Susana cediese á la fatiga y al sueño sin temer nada de Jahel tan cortés y prevenido; que Saul reposase sin temor de ser sorprendido por David, á quien creia desarmado y errante en los bosques, lo comprendo; pero vosotros que sabeis que teneis á Dios por adversario y sois á sus ojos objeto de aborrecimiento y de abominacion por vuestros vicios, y que nada puede poneros al abrigo de su justa cólera; vosotros que debeis á cada instante esperar ser llevados á su terrible tribunal, ¿cómo osais dormir tranquilos en el seno de las voluptuosidades?

Hoy que las muertes repentinas son tan frecuentes; hoy que la muerte hiere sin haber dejado ver el brillo de su clava; hoy que por un misterioso castigo, justa pena de nuevos misterios de iniquidad, se muere ó es uno muerto ántes de sentirse morir; hoy, dejar un intervalo entre el pecado y el arrepentimiento, es más que una temeridad, es una desesperacion, una resolucion infernal de condenarse. ¡Ah! ¡Salid de ese profundo letargo que os oprime! Invocad al Dios de bondad á fin de que os cure de esa soñolencia mórbida que os ciega junto al mismo peligro á que os expone (1).

Velad y renunciad á vuestros desórdenes, jóvenes esclavos del placer. Velad y renunciad á vuestras intrigas, jóvenes que correis ciegamente á vuestra perdicion. Velad y poned fin á vuestras especulaciones tan sórdidas como injustas, hombres dedicados á la concupiscencia. Velad y poned límites á toda esa insaciable ambicion, á ese fasto, hombres perdidos de ambicion. Velad y renunciad á esa vida de tedio, de molicie y de disipacion, eclesiásticos sin celo y sin fervor. Velad y dominad vuestro amor propio, almas dominadas por las rencillas y los resentimientos. Velad y poned término á los pasatiempos, á las fiestas mundanas, hombres profanos. Velad todos, á fin de que cuando Jesu-

(1) Ut quid tu sopore deprimeris? Surge et invoca Deum tuum. (*Jon.*, I.)

cristo venga á juzgaros en el momento de vuestra muerte, no os sorprenda en ese estado de funesto sueño, causa de vuestra reprobacion. Puesto que la muerte, semejante á un enemigo astuto, os prepara emboscadas en todas partes, puesto que puede sorprenderos á cualquier hora, sabed prevenirla, sabed desarmarla, y con la vigilancia cristiana sabed esperar á toda hora y en todo lugar (1).

Mucha es vuestra dicha, almas justas, si estais siempre en guardia contra las ocasiones peligrosas, contra los lazos del demonio y de los hombres, contra las seducciones del mundo, contra las inclinaciones de la carne; si estais siempre atentas á examinar vuestros pensamientos, á purificar vuestras afecciones, y no cerrais jamas los ojos á los peligros de que estais rodeadas con relacion á la salud eterna, y poneis toda vuestra solicitud en enriqueceros de méritos, en practicar la virtud en su perfeccion. Vosotras estais siempre vigilantes, y así como los pecadores duermen espiritualmente, por más que estén despiertos sus ojos corporales, así vosotras, en sentido contrario, por más que repose vuestro cuerpo, velais con el espíritu; porque vuestras buenas obras, os dice un piadoso intérprete, son para vosotras como ángeles guardianes que velan por vosotras, que ruegan por vosotras cerca de Dios, y os tienen siempre unidas á Él (2).

Dichosas vosotras y todos nosotros, si cuando el Soberano Señor venga á sacarnos de este mundo nos encuentra con las manos en la obra de nuestra salud! ¡Dichosos si en el momento de la muerte nos encontramos como siervos fieles y vigilantes! Porque, segun la promesa de Jesucristo, serémos, por la bondad del divino Maestro, introducidos en su celeste palacio y puestos en posesion de sus bienes eternos.

Segundo punto. Cuando el Señor nos recomienda velar, *vigilate*, no quiere decir que prevenidos por la caducidad de nuestra existencia, velemos alarmados por la conservacion de nuestros dias, y que á fuerza de multiplicadas precauciones, de rebuscadas delicadezas, procuremos sostener el edificio de arcilla de nuestro cuerpo: lo que quiere decir es que hagamos lo posible

(1) Mors te ubique expectat, si sapiens es tu ubique eam expecta.
(2) Justus etiamsi dormiet, ipsa sua bona opera pro eo vigilabunt et orabunt.

para fortificar el alma con la práctica de las buenas obras, y por eso es útil pensar en lo que hace á la muerte más temible, á saber, que si su venida es cierta, si las circunstancias son desconocidas, es menester no olvidar que sólo viene una vez, *semel mori* (1), y que por tanto es irreparable en sus consecuencias.

Si se muriese dos veces, la muerte no sería un suceso crítico, decisivo, temible. Para la segunda muerte podrian repararse los errores de la primera; pero no, no hay más que una muerte, y si en esa única se pierde uno, se pierde para siempre. Así como el árbol, nos dice la Santa Escritura, al caer al golpe del hacha queda del lado que ha caido, así el alma, á su primera salida del cuerpo, quedará para siempre en el estado en que se encontraba (2). En esta vida no hay ningun estado, por funesto que sea, que no pueda cambiar. Si estamos en estado de pecado, podemos recobrar el de gracia por la penitencia, puesto que la voluntad del hombre en este mundo no está irrevocablemente ligada al mal, ni agotada la misericordia divina. El dia de la salud no ha concluido, la gracia está pronta, las fuerzas no faltan, los medios abundan, la voz de Dios invita, los ejemplos alientan, los socorros animan el valor. La muerte, al hacer de lo pasado la nada, hace inmutable lo porvenir; es el clavo fatal con que el intrépido Jahel clavó en el suelo la cabeza de Sisara en el mismo sitio en que se habia dormido. Si en el gran paso del tiempo á la eternidad sucede que el pié resbala hácia el infierno, no será ya posible salir de él: «Del lado que caiga el árbol, permanecerá.» No hay sitio para la huida, ni medio de recurrir á la gracia, ni tiempo para arrepentirse, ni perdon que esperar. El juicio emanado del tribunal de Jesucristo no se revisará, su sentencia no tiene apelacion. Seis mil años hace que murieron Abel y Caín. ¿Cuál es su suerte ahora? La que merecieron al dejar la vida. Tal será de nosotros en el momento de nuestra muerte: justos ó pecadores, elegidos ó réprobos, en el paraíso ó en el infierno, será para toda una eternidad. Sin duda el paso de la vida á la muerte, de este mundo al otro, no es más que un momento; pero este momento encierra la eternidad, porque de ese momento depende de una manera absoluta la eternidad dichosa ó desgraciada (1). ¡Oh muerte! ¡Oh momento! ¡Oh eternidad!

(1) Statum est hominibus semel mori. (*Hebr.*, XII.)

(2) Si ceciderit lignum ad austrum aut ad aquilonem, in quocumque loco ceciderit ibi erit. (*Eccl.*, XI.)

Ademas, así como la muerte cierta en cuanto á su venida debe disponernos al desprendimiento de las criaturas, y la muerte incierta en cuanto á sus circunstancias debe inculcarnos la necesidad de una vigilancia contínua, lo mismo la muerte única é irreparable, en cuanto á sus consecuencias, debe inspirarnos el fervor.

Gran príncipe, decia á un poderoso rey de Francia el santo pontífice Inocencio XI, si yo tuviera dos almas, podria sacrificar una para obligaros; pero no teniendo más que una y no queriendo ni pudiendo perderla, porque con ella se perderia para siempre todo para mí, no quiero ni puedo condescender á vuestros deseos. Tal es tambien la respuesta que podriamos oponer á las exigencias de la concupiscencia, de la vanidad, del placer, á los ruegos del mundo y de sus pasiones. Si yo tuviera dos vidas, podria sin gran inconveniente consagrar una á la voluptuosidad y la otra á la penitencia; la una al vicio, la otra á la virtud; la una al mundo, la otra á Dios. Pero no teniendo más que una vida que me ha sido dada para prepararme á la muerte, no puedo, ni debo, ni quiero sacrificarla para asegurarme los tesoros, los honores, los placeres de un dia, con la certeza de encontrarme mal dispuesto á la muerte, y de arriesgar así mi eternidad.

En una palabra: la vida entera no nos ha sido dada más que para disponernos á bien morir, á fin de que con una buena muerte obtengamos la vida eterna. Así, pues, todo el tiempo en que nada se hace para procurarnos una buena muerte, es un tiempo estéril y perdido (2). Consagremos á Dios nuestra vida, ántes que venga á demandárnosla. Muramos de corazon para el mundo, ántes de dejarlo corporalmente; hagamos desde ahora lo que en el momento de la muerte quisiéramos hacer, puesto que ahora todo se hace con más mérito, más provecho, más seguridad. Debemos mirar como obra de todos los dias la oracion y la vigilancia, las piadosas lecturas y la frecuentacion de los sacramentos, el alejamiento del mundo y la mortificacion de las

(1) Momentum à quo pendet æternitas! (*S. Aug.*)

(2) Inutiliter hoc tempore vivitur, nisi ad comparandum meritum in æternum vivitur. (*S. Euch.*)

pasiones, la correccion de los vicios y la práctica de las virtudes, la mortificacion del cuerpo y el ejercicio de la caridad, el arrepentimiento de las faltas y todas las obras del fervor cristiano.

¡Desgraciados de nosotros si, semejantes á las vírgenes descuidadas de que habla Jesucristo en el Evangelio, saliésemos al encuentro del celeste Esposo sin haber provisto la lámpara de nuestra fe con el aceite de la gracia y de la caridad! Desgraciados de nosotros si en ese instante fatal nos encontramos cargados de vicios é indignos de virtud. En vano llamarémos á la puerta del cielo, rogando que se nos abra: Señor, Señor, abridnos (1), podrémos decir. Se nos responderá: Es tarde, no os conozco (2); y para siempre serémos excluidos del festin de las nupcias eternas. ¡Dichosos, por el contrario, si semejantes al siervo del Evangelio, nos encontramos vigilantes, con las manos en la obra de nuestra salud, cuando el soberano Señor venga á sacarnos de este mundo! Dios nos introducirá en su eterna mansion y nos hará partícipes de todos sus bienes: *Amen dico vobis super omnia bona sua constituet eum!* Así sea.

(1) Domine, Domine, aperi nobis! (*Matth.*, XXV.)
(2) Amen dico vobis: nescio vos! (*Ibid.*)

VIGÉSIMA TERCERA HOMILÍA.

PARA EL 25 DE MARZO, FIESTA DE LA ANUNCIACION.

LA PERLA DE GRAN PRECIO,

Ó EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

Similè est regnum cœlorum homini negotiatori quærenti bonas margaritas: inventa autem una pretiosa dedit omnia sua et comparabit eam (MATH., XIII).

Semejante es el reino de los cielos á un hombre negociante que busca buenas perlas. Y habiendo hallado una de gran precio, se fué, y vendió cuanto tenía, y la compró.

No habiendo recibido la existencia más que de Dios y por Dios, la creacion entera no es más que la manifestacion exterior de los atributos de Dios; de manera que todas las criaturas que la componen con su existencia, con sus propiedades, con ese órden admirable segun el cual, subordinadas las unas á las otras, conspiran á un fin único y forman las grandes armonías del universo, todas las criaturas, digo, se dirigen la una á la otra y trasmiten á todos los puntos del espacio y del tiempo la gran palabra de alabanza, para proclamar la existencia, la sabiduría, el poder, el amor del Creador: «El dia repite al dia su palabra, la noche trasmite á la noche su ciencia» (1).

Considerando el universo, con todas las maravillas que lo componen, sólo una idea de la divina Inteligencia, realizada y producida como acto exterior, ese universo será el magnífico espejo de la creacion que refleja algun pálido rayo del eterno Sol de la naturaleza divina.

En una sola de sus obras el Dios que es todo sabiduría, poder

(1) Dies diei eructat verbum; et nox nocti indicat scientiam. (*Ps.* XVIII.)

pasiones, la correccion de los vicios y la práctica de las virtudes, la mortificacion del cuerpo y el ejercicio de la caridad, el arrepentimiento de las faltas y todas las obras del fervor cristiano.

¡Desgraciados de nosotros si, semejantes á las vírgenes descuidadas de que habla Jesucristo en el Evangelio, saliésemos al encuentro del celeste Esposo sin haber provisto la lámpara de nuestra fe con el aceite de la gracia y de la caridad! Desgraciados de nosotros si en ese instante fatal nos encontramos cargados de vicios é indignos de virtud. En vano llamarémos á la puerta del cielo, rogando que se nos abra: Señor, Señor, abridnos (1), podrémos decir. Se nos responderá: Es tarde, no es tiempo, no os conozco (2); y para siempre serémos excluidos del festin de las nupcias eternas. ¡Dichosos, por el contrario, si semejantes al siervo del Evangelio, nos encontramos vigilantes, con las manos en la obra de nuestra salud, cuando el soberano Señor venga á sacarnos de este mundo! Dios nos introducirá en su eterna mansion y nos hará partícipes de todos sus bienes: *Amen dico vobis super omnia bona sua constituet eum!* Así sea.

(1) Domine, Domine, aperi nobis! (*Matth.*, XXV.)
(2) Amen dico vobis: nescio vos! (*Ibid.*)

VIGÉSIMA TERCERA HOMILÍA.

PARA EL 25 DE MARZO, FIESTA DE LA ANUNCIACION.

LA PERLA DE GRAN PRECIO,

Ó EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

Similè est regnum cœlorum homini negotiatori quærenti bonas margaritas: inventa autem una pretiosa dedit omnia sua et comparabit eam (MATH., XIII).

Semejante es el reino de los cielos á un hombre negociante que busca buenas perlas. Y habiendo hallado una de gran precio, se fué, y vendió cuanto tenía, y la compró.

No habiendo recibido la existencia más que de Dios y por Dios, la creacion entera no es más que la manifestacion exterior de los atributos de Dios; de manera que todas las criaturas que la componen con su existencia, con sus propiedades, con ese órden admirable segun el cual, subordinadas las unas á las otras, conspiran á un fin único y forman las grandes armonías del universo, todas las criaturas, digo, se dirigen la una á la otra y trasmiten á todos los puntos del espacio y del tiempo la gran palabra de alabanza, para proclamar la existencia, la sabiduría, el poder, el amor del Creador: «El dia repite al dia su palabra, la noche trasmite á la noche su ciencia» (1).

Considerando el universo, con todas las maravillas que lo componen, sólo una idea de la divina Inteligencia, realizada y producida como acto exterior, ese universo será el magnífico espejo de la creacion que refleja algun pálido rayo del eterno Sol de la naturaleza divina.

En una sola de sus obras el Dios que es todo sabiduría, poder

(1) Dies diei eructat verbum; et nox nocti indicat scientiam. (*Ps.* XVIII.)

y amor, ha querido llegar al más alto grado de sus manifestaciones, ha querido revelar el más íntimo de sus secretos, y ha agotado, por decirlo así, todo su poder; y esa obra es el profundo, el insondable, el tierno, el divino misterio cuya memoria recuerda hoy la Iglesia, el misterio de la Encarnacion del Verbo Eterno en el seno de la Purísima Vírgen María.

Por eso Jesucristo apellidó á ese misterio el reino de los cielos, manifestado á los hombres en la tierra; por eso lo llamó la perla más rica, más noble, más exquisita, en cuyo descubrimiento la humanidad entera se ha fatigado inútilmente durante cuatro mil años, y por el cual, despues de encontrarlo al fin, debe dar todo lo que posee: *Simile est regnum cœlorum*, etc.

¡Qué bella y magnífica idea nos da Jesucristo, en esa parábola, de su adorable misterio, representándolo bajo el símbolo de lo que tiene más valor entre los hombres! En efecto, es la más grande, la más noble, la más preciosa, la más rica de las obras de Dios.

Nos detendrémos á desenvolver, á explicar esa bella figura, puesto que hoy hemos de ocuparnos del misterio de la Encarnacion; y despues de convencernos de que es verdaderamente una perla inapreciable, ya por la magnificencia con que se ha operado, ya por el valor de los tesoros que encierra, nos determinarémos á ofrecer con prontitud y generosidad todos nuestros bienes y todo nuestro sér para obtener su posesion, para aplicarnos su mérito, para alcanzar su fruto: *Dedit omnia sua et comparavit eam.*

PRIMER PUNTO. De todo cuanto existe en la naturaleza física lo que más estiman los hombres son las piedras preciosas, y entre éstas la perla. ¿Por qué razon? Porque miéntras las demas piedras preciosas se forman de la combinacion de diversos elementos en el seno de la tierra, la perla se forma del más puro rocío y de los más puros rayos de la luz solar. En los dias más bellos de la primavera, en el momento en que el sol aparece en el horizonte, cuando el aire es más sereno y la luz más benigna, la concha marina se eleva lentamente desde el fondo de las algas, se detiene flotante sobre la tranquila superficie de las aguas, abre su seno y recibe una gota del más puro rocío del cielo; y de esa gota, calentada por los rayos del sol y encerrada en el interior de la concha, se forma la perla del más alto precio.

¡Gracioso símbolo! ¡Bella imágen! dice San Jerónimo, citado por Theophilacto. ¡Qué admirablemente está figurado el misterio de este dia! María, verdadero Nácar predestinado y elegido entre todos, ha sabido, desde el fondo de su humildad, por el poder encantador de su pureza, de su obediencia, de su docilidad y de su amor, elevarse sobre las aguas de la corrupcion humana y abrir su seno púdico á las operaciones inefables del Espíritu Santo. El Verbo eterno, llamado en las Escrituras Rocío de la mañana, *Ros matutinus*, figurado en el rocío que no humedece más que el toison de Gedeon, y deja seco y árido el terreno de los alrededores, invitado por los Profetas y los justos de los antiguos tiempos á descender como un rocío celeste para refrescar la tierra (1); este Verbo divino ha descendido al seno de la Vírgen inmaculada, la más pura y más santa entre todas las criaturas, ha tomado allí carne humana, ha sido allí concebido como la perla, sin cooperacion del hombre, por obra del rayo purísimo del Espíritu Santo (2).

La perla se forma en un instante por el rocío recogido en la concha. Así tambien, apénas María pronunció esta sublime respuesta: «Que me sea hecho segun vuestra palabra (3)», en el mismo instante el Espíritu Santo formó de la más purísima sangre de María el santísimo cuerpo de Jesucristo, perfecto en todas sus partes, y unió á este cuerpo un alma racional; el Verbo divino al mismo tiempo lo tomó y unió sustancialmente á su Persona por la union hipostática, y desde entónces Jesucristo todo entero, ese *compuesto* sublime, como le llaman los Padres, de dos naturalezas unidas en una sola Persona, apareció allí viviendo con su doble vida divina y humana (4). Desde entónces el alma del Salvador estuvo llena de gracia y de gloria, y admitida á la vision beatífica en virtud de su union con el Verbo. Jesucristo desde entónces adoró á su divino Padre, se ofreció Él mismo como víctima y sacrificio por la salud de los hombres, y así se formó la verdadera Perla á que nada iguala en precio, ya sea en el cielo, ya en la tierra; porque Jesucristo, segun Theophilacto,

(1) Rorate cœli desuper. (*Is.*, XLI.)
(2) Margarita ex rore et fulgore concipitur. Sic Christus in Virgine conceptus est ex superno fulgore Spiritus Sancti. (*Theophil.*)
(3) Fiat mihi secundum verbum tuum. (*Luc.*, I.)
(4) Quod in ea natum est. (*Ibid.*)

es la Perla de las perlas (1). En efecto, añade San Agustin, así como la perla vale segun su blancura, su tamaño, su redondez y su peso, así Jesucristo es una perla de deslumbradora blancura, por la inocencia y la pureza de su vida; de radiante trasparencia, por el esplendor de su sabiduría; de una redondez perfecta, por la perfeccion de todas las virtudes; de un peso inmenso, por su divinidad (2).

Una sola diferencia existe entre esta bella figura y su divino prototipo, y es que el rocío celeste que desciende á la concha para formar allí la perla, deja de existir en el aire, miéntras que el Verbo divino, al descender real y temporalmente al seno de una Madre terrestre, no sale del seno de su Padre celeste, que lo engendra de toda eternidad, y llega á ser Hombre sin dejar de ser Dios.

¿Pero como es posible que este Verbo divino se encuentre al mismo tiempo con su Padre en el cielo y todo entero en el seno de María, formando así la Perla preciosa de la tierra? Esto es, sin duda, un gran misterio; pero un misterio, dice San Agustin, cuya explicacion ha querido Dios hacernos encontrar en nosotros mismos. ¿Qué es, en efecto, la palabra del hombre sino el pensamiento interior, el verbo engendrado de su inteligencia, que toma formas sensibles, se encarna y se manifiesta exteriormente en la voz y la escritura? Este verbo explica bien el Verbo eterno, el pensamiento interior de Dios, el Verbo engendrado en la inteligencia de Dios, que tomando carne humana se ha hecho visible (3). Notad bien, continúa San Agustin, que la palabra del hombre, la palabra que yo os dirijo en este momento, este pensamiento, salido de mí encarnado en la voz y revestido de formas sensibles, por el órgano de los oidos, llega á vosotros, se reproduce en vuestra inteligencia, donde ántes no estaba, y no abandona mi inteligencia donde estaba. Miéntras teneis mi pensamiento presente, lo veis, lo aprobais ó lo criticais, despues de haberlo oido; yo lo tengo, yo, siempre presente en mí mismo, lo escucho, lo contemplo, yo mismo que lo he reproducido y lo expreso (1). Así, pues, lo mismo que este pensamiento hecho sensible en la voz, miéntras que lo percibis por medio de vuestros sentidos, no abandona mi inteligencia, así el Verbo eterno, el eterno pensamiento, la eterna, la inefable, la infinita palabra de Dios, tomando carne humana, habitando en el seno de María, haciéndose sensible á los ojos de los hombres, no abandona á su Padre, no se separa de Él (2). Por eso precisamente, dándose una madre entre los hombres, no ha perdido á su Padre celeste, y viniendo á habitar entre los hombres, no se ha separado de Dios, y tomando la forma del esclavo no ha dejado de ser soberano Señor, ni siendo Hijo del hombre ha dejado de ser Hijo de Dios; por eso precisamente es la Perla inapreciable á nuestros ojos, no sólo en razon de la manera inefable como ha sido formada, sino en razon del inmenso valor que en sí misma encierra.

(1) Christus est gemma gemmarum. (*Theophil.*)

(2) Pretiosissima margarita est ipse Christus, candidissima per vitæ innocentiam; lucidissima per sapientiam; rotundissima per omnis perfectionis possessionem, habens pondus propter divinitatem. (*S. Aug.*)

(3) Verbum meum apud me erat et processit in vocem; Verbum Dei erat apud Patrem et processit in carnem. (*S. Aug.*)

La perla no es más que una gota de rocío solidificada; pero por su rareza y su belleza es de un valor infinito. No es más que una pequeña bola, y sin embargo, vale un tesoro. Semejantemente, Jesucristo no es más que un Hombre perteneciente á nuestra débil naturaleza, nacido de una humilde Vírgen en la habitacion de un pobre artesano. Pero este Hombre pobre, humilde, despreciable á los ojos de los hombres, es un Hombre raro, singular, único; es el solo Hijo del hombre que sea al mismo tiempo Hijo verdadero y consustancial de Dios, es verdadero Dios; por eso tiene una dignidad, un mérito infinito; es una Perla de un precio inestimable para los hombres, en cuyo favor se ha encarnado; es un Tesoro en el cual están unidos y ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la virtud de Dios (3).

El hombre, por su pecado, lo mismo que toda la raza á la cual lo habia comunicado por la generacion carnal, habia llega-

(1) Verbum quod vobis loquor in corde meo prius habui, processit ad te, et non recessit à me; mansit apud me cum exiret ad te. (*S. Aug.*)

(2) Sicut ergo verbum meum prolatum est sensui tuo nec recessit à corde meo, sic verbum illud prolatum est sensui nostro nec recessit à Patre suo. (*S. Aug.*)

(3) In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi. (*Coloss.*, II.)

do á ser, en toda la extension de la palabra, el vil esclavo del demonio que lo habia seducido, el deudor, al mismo tiempo que el enemigo de Dios que lo habia creado. Así como el demonio habia vencido al hombre en la lucha en que éste hubiera podido y debido defenderse, así el hombre, y no el poder de Dios, era quien debia á su vez triunfar del demonio. El hombre habia ofendido á Dios, y el hombre debia satisfacerlo por sí mismo. Si el hombre no hubiese triunfado del demonio, el imperio de éste sobre aquél hubiese continuado; si el hombre no satisfacia por el pecado cometido, la justicia de Dios quedaba sin venganza.

Luego, para sustraerse de la esclavitud del demonio, para quedar en paz y en sociedad con Dios, era menester que el hombre se elevase á una santidad, á una inocencia, á una pureza sobre la cual nada hubiese podido pretender el demonio, y que indignamente tratado por éste, le hiciese perder el derecho funesto de que, por su connivencia y su temeridad, el hombre lo habia investido. Para entrar en gracia y en sociedad con Dios, era menester que el hombre estuviese en posesion de un mérito infinito, á fin de que, satisfaciendo á la Majestad infinita, pagase la deuda infinita que habia contraido con Ella, y que comprase el acceso y la posesion del cielo de que habia sido despojado.

En una palabra, el hombre debia, dice San Agustin, para cambiar de condicion, y con relacion al demonio, y con relacion á Dios, sufrir, satisfacer, pagar su deuda como hombre verdadero, y tener al mismo tiempo la santidad, la justicia, el mérito, el infinito valor de los actos de un Dios (1).

¿Y era posible al hombre, por su inteligencia, por la profunda corrupcion de su corazon, por la abyeccion de sus vicios, al hombre, por decirlo así, descendido á la condicion de bruto (2), le era posible elevarse hasta el sér de Dios? Debia, pues, desesperar absolutamente de sustraerse jamas de la servidumbre del infierno, de rehabilitarse, de reconciliarse con Dios. Su miseria, su eterna ruina, no tenía remedio. Por eso el Profeta, al

(1) Peccatum Adæ tantum erat, ut illud non deberet solvere nisi homo, non posset nisi Deus. (*S. Aug.*)

(2) Homo cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus. (*Ps.* XLVIII.)

dirigirse á Dios, representa en su propia persona á la humanidad como pobre y mendigante, privada de todo, sin un óbolo para comprar el primer pedazo de pan de la verdad y de la gracia divina, para satisfacer el hambre de su inteligencia y su corazon, para sostener en su alma la vida espiritual (1). Así, pues, como un negociante arruinado que va en busca de alguna piedra preciosa, de algun tesoro oculto para poder, por este medio extraordinario y único, pagar todas sus deudas y reconquistar la dignidad y el crédito perdido; así tambien, segun Jesucristo, la humanidad, afligida bajo el yugo de la servidumbre del demonio, privada de la herencia celestial, fué cuatro mil años errante á traves de los campos, en los desiertos de las opiniones y de las doctrinas humanas, en busca de esta Perla rara, este precioso Tesoro oculto, tan necesario para pagar su deuda y recobrar la amistad y el reino de Dios. En tan largo período, dice Theophilacto, tomó por perlas de gran precio, ya las tradiciones generales, ya los cultos particulares de los diversos países del mundo, ya los sistemas de moral de los filósofos, ya la ley y la religion de los judíos (2). Pero, ¿cómo con doctrinas, con medios puramente humanos, con leyes privadas de la gracia divina podia el hombre llegar á ser Dios, para satisfacer á Dios, para recobrar la libertad de Dios, el reino de Dios? Durante largos siglos, de religion en religion, de escuela en escuela, buscó siempre sin encontrar, pidió sin obtener la Perla inapreciable que podia hacerle rico y dichoso: en lugar de esta Perla encontró las piedras falsas de las religiones erróneas, las perlas de vidrio, las perlas de la ley mosáica, de esa ley que no puede justificarse, y las tomó por perlas de valor, miéntras que ninguno tenian.

Sí, la verdadera Perla de que el hombre tenía necesidad no debia tener su orígen en la tierra, sino descender del cielo; no debia nacer de las luces del espíritu profano, sino del rayo del Espíritu Santo; no debia fabricarse artificialmente por los hombres, sino ser la obra milagrosa de Dios. La Perla de alto precio, el verdadero Tesoro de la humanidad, era la verdad, la sabiduría personal de Dios que debia hacerse hombre, era Jesucristo (3).

(1) Ego vero egenus et pauper sum. (*Ps.* LXIX.)
(2) Multæ margaritæ multorum sapientium opiniones sunt. (*Theophil.*)
(3) Una autem pretiosa, una est veritas quæ Christus est. (*Ibid.*)

Así, pues, esta Perla de tan alto precio es hoy cuando se ha formado, hoy cuando se ha encontrado, cuando se ha descubierto. Hoy el Verbo de Dios, el verdadero Rocío celeste, ha descendido al seno purísimo de María; hoy se ha hecho Hombre para habitar entre los hombres y repartir entre ellos los tesoros infinitos de la verdad y de la gracia divina de que está colmado como Hijo de Dios (1).

Hagamos, pues, por penetrar y comprender, tanto como es posible, este profundo misterio de la infinita condescendencia de Dios, de nuestra esperanza y de nuestra salud.

El Verbo eterno toma carne humana; pero la toma de la carne virginal y santa de María, por la sola virtud del Espíritu Santo, sin cooperacion del hombre, sin la concupiscencia y el desórden del pecado. Esta humanidad es, pues, inocente, santa, pura, inmaculada; y por tanto hé ahí un Hombre que nada debe al demonio, que no está sujeto á su imperio, que no es su esclavo, que puede combatirlo y vencerlo. Á esta naturaleza humana esta unida hipostáticamente la Persona del Verbo, el Hijo de Dios, de manera que, en Jesucristo, Dios es verdaderamente Hombre y el Hombre es verdaderamente Dios. Hé aquí, pues, un Hombre justo, santo, puro, con la justicia, la santidad y la pureza de Dios mismo, agradable á Dios, objeto de las paternales complacencias de Dios, como Hijo de Dios, al cual se deben de derecho la gracia, la vision, la posesion, la gloria de Dios su Padre. ¡Oh Perla verdaderamente inapreciable y única!

¡Pero ay! ¡Desgraciados de nosotros! ¿De qué sirve á la humanidad entera que en Jesucristo haya un Hombre tan santo, si todos los demas son pecadores? ¿De qué sirve que haya un Hombre libre de la tiranía del demonio, si los demas son sus esclavos? ¿Que haya un hombre querido de Dios, amigo de Dios, digno de todos los favores, los dones y el amor de Dios, si los demas son enemigos de Dios, aborrecibles á sus ojos, dignos solamente de sus anatemas, de su indignacion, de su justicia, de sus castigos? ¿Qué nos importa que Jesucristo esté colmado de todos los privilegios y riquezas de la Divinidad, si por eso mismo está á una distancia infinita de nosotros y no podemos tener nada de comun con Él? ¡Ay, así las gracias, los privilegios, la dicha de la santa

(1) Verbum caro factum est et habitavit in nobis. (*Joan.*, I.)

humanidad de Jesucristo no sirven más que para hacernos sentir más vivamente nuestra degradacion y nuestra miseria!

Pero no, no es así. Este Rocío elegido no ha descendido de los cielos para formar una Perla tan excelente, sino expresamente para nosotros, hombres desgraciados, para nuestra redencion y nuestra salud eterna (1).

Para nosotros es este Niño divino que el ángel declara haber ya *nacido* en el seno de María (2); para nosotros este admirable *compuesto* que la virginidad de María ha concebido (3). Dios mismo por su Profeta nos ha dado la seguridad de que nos lo ha cedido en su misericordia, que lo ha hecho nacer expresamente para nosotros (4). Es nuestra propiedad, nuestra riqueza, nuestro tesoro; es una Víctima en nuestro provecho, y así, todo lo que esta Humanidad santa opera, lo merece, lo obtiene por nosotros, ó más bien, nosotros lo operamos, lo merecemos, lo obtenemos en Él; como ha llegado á ser lo que nosotros somos, nosotros, por nuestra union con Él, llegamos á ser lo que Él es. Dios se ha hecho Hombre, y así como todo hombre ha sido asociado é incorporado á esta humanidad, así todo hombre, dice San Agustin, puede llegar á ser Dios (5); llegando á ser Dios cada uno de nosotros, dice San Pablo, llega á ser la santidad, la inocencia, la justicia misma de Dios (6). Y hé aquí por qué (¡grande y consolador misterio!), añade el mismo Apóstol, en el Hijo de Dios hecho hombre Dios nos ha dado todas las cosas, porque todas están en Él; y en Él y por Él somos ricos de toda la riqueza espiritual (7).

¡Oh, cómo ha cambiado nuestra condicion por este misterio! Dios habia creado al hombre para que pudiese adquirir derechos á la vision beatífica en el reino de los cielos, en cambio de las perlas preciosas de una buena conducta. Pero el hombre, en vez de procurar de obtener de Dios su gracia y su reino á precio de

(1) Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis.
(2) Quod in ea natum est. (*Luc.*, I.)
(3) Nostrum est quod concepit materna virginitas. (*S. Aug.*)
(4) Puer natus est nobis, filius datus est nobis. (*Is.*, IX.)
(5) Deus factus est homo, ut homo fieret Deus. (*S. Aug.*)
(6) Ut nos efficeremur justitia Dei in illo. (II, *Cor.*, V.)
(7) Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit. (*Rom.*, VIII.) In omnibus divites facti estis in illo. (I, *Cor.*, I.)

la docilidad en escuchar la palabra de Dios y de la fidelidad en observar sus mandamientos, entró en tratos con el demonio, ese odioso comerciante de imposturas y engaños, creyendo adquirir la semejanza con Dios, la ciencia de Dios, la inmortalidad de Dios, á precio de la desobediencia y del desprecio de Dios (1). Sabemos cuál fué el resultado de este contrato igualmente insensato y criminal. En lugar de obtener lo que deseaba, perdió lo que poseia. En lugar de obtener la semejanza con Dios por la ciencia, perdió lo que constituia la integridad y la perfeccion de su naturaleza de hombre; en lugar de compartir la vida y la inmortalidad de Dios, quedó sujeto á la muerte como los brutos. Es decir, que aquel comerciante imprudente y sacrílego, sufrió la quiebra más deplorable y funesta. Quedó pobre de todas las cosas, desnudo de todo, vendido al demonio á título de esclavo, deudor para con Dios, arrojado del trono de gloria que ocupaba como rey de toda la creacion, relegado al último grado de los seres animados, confundido con el bruto por la ferocidad de sus instintos, despues de haber estado por su inteligencia asociado á la vida de los ángeles y de Dios mismo.

Ahora, para venir al socorro de este negociante arruinado, Jesucristo ha descendido, rico negociante del cielo para tratar con nosotros de nuestra salud, así como el demonio habia venido para negociar nuestra ruina. Jesucristo nos propone un admirable tráfico, un cambio de valores en que todas las pérdidas, todas las fatigas son para Él; la ventaja y el provecho todo para nosotros (2). Ha venido para recibir de nosotros la perla falsa de nuestra caida, y nos ha dado en cambio la preciosa joya de su gloriosa naturaleza; es decir, que ha tomado sobre Sí nuestro pecado, nuestras miserias, nuestros delitos, nuestra condicion de esclavos, nuestros pecados y los castigos que merecemos, para comunicarnos su santidad, su gracia, sus méritos, sus derechos, sus divinos privilegios; se ha puesto en nuestro lugar y nos ha colocado en el suyo, y al aceptar nuestras pérdidas nos prepara el remedio (3).

(1) Eritis sicut dii scientes bonum est malum. (*Genes.*, III.)
(2) Venit negociator cœli, et permutatione mirabili nobiscum commercium iniit salutare.
(3) Venit nostra accipiens et sua retribuens; infirmitatis nostræ effectus participando curabat.

¡Oh precioso comercio! ¡Oh saludable tráfico, en virtud del cual, por este Hijo del hombre y al mismo tiempo Hijo de Dios, podemos cubrir nuestra antigua quiebra! ¡Tráfico ventajoso que Jesucristo nos permite hacer con Él para que recobremos lo que habiamos perdido en el primer tráfico con el demonio! No se trata más que de asociarse á Dios hecho Hombre, de comprar esta Perla descubierta para todos, que á todos se ofrece y se da: *Inventa una pretiosa;* no se trata más que de tomarla, de poseerla, de ponerla en nuestro corazon. Con ella podrémos pagar nuestro rescate de la esclavitud del demonio, la deuda inmensa contraida con la Justicia divina, y hacernos devolver el funesto autógrafo, la obligacion suscrita por nosotros, segun la cual, como deudores insolventes, estábamos condenados á eterna prision. Con Ella podemos pagar toda la deuda, obtener todo mérito, recobrar todo derecho; y no solamente podrémos entrar en nuestro antiguo estado, en nuestra primitiva condicion, sino áun mejorar, llegar á ser, no únicamente siervos de Dios, sino sus amigos y sus hijos, y como tales sus herederos, herederos de Dios, coherederos de Jesucristo (1), posedores de su reino, compañeros de su gloria, asociados á su felicidad; de manera que el misterio de la Encarnacion es un misterio en el cual, con Jesucristo, tenemos todas las cosas, lo recobramos todo, entramos en posesion de todo, somos ricos, y abundamos en todo bien: *In omnibus divites facti estis!* Puesto que hemos encontrado la Perla por excelencia, á Dios mismo, el solo precio que podemos dar por el reino de los cielos, no nos queda más que sacrificar todo lo que nos pertenece para adquirirla. De esto, pues, hablarémos en la segunda parte.

SEGUNDO PUNTO. Quien primero supo experimentar y apropiarse el valor infinito de la incomparable Perla de los cielos, ha sido María, en cuyo seno se cumple hoy el augusto misterio de un Dios encarnado.

En el momento en que María concibió el Verbo eterno, recibió todas las gracias, todos los dones, todos los privilegios que ninguna criatura fué capaz de recibir. Segun el testimonio unánime de todos los Padres, de todos los teólogos é intérpretes, obtuvo el hábito de todas las virtudes, obtuvo en su mayor per-

(1) Hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. (*Rom.*, VIII.)

feccion todos los frutos, todos los dones del Espíritu Santo, todas las beatitudes, los favores, los privilegios divinos en su más grande extension, la revelacion de su predestinacion eterna en toda su claridad, la vision de la esencia divina que habitaba en Ella en todo su esplendor; como Madre de Dios, fué despues de Dios el Sér más noble, más augusto, más digno de veneracion y de homenaje, la Reina de los ángeles, la Madre de los hombres, la Potencia soberana del universo entero. Salomon profetizó con razon sobre este punto, que por el solo misterio del Verbo encarnado en el seno de María, le sería dado sobresalir en riqueza, en gloria, en mérito y en virtud entre las más nobles y virtuosas de todas las criaturas (1).

Pero esta riqueza ¿debe ser toda exclusivamente de María? No; porque Jesucristo mismo ha dicho: «Porque el que hiciere la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana y mi madre» (2). Y María misma, segun San Agustin, ántes de concebir á Jesucristo en su seno, le habia concebido en su corazon por la práctica de todas las virtudes (3). Así, todos podemos de la misma manera concebir y engendrar en nosotros espiritualmente el Verbo de Dios; porque desciende verdaderamente, habita realmente en la inteligencia del cristiano por su verdad, en su corazon por su gracia, y más realmente aún en su cuerpo por el sacramento de la Eucáristía. Así el verdadero cristiano, el humilde hijo de la Iglesia que cautiva su inteligencia por la sumision de una verdadera fe en Jesucristo, que somete su corazon á los sacrificios exigidos por su ley, que se le aproxima por medio del sacramento de la Eucaristía, recibe el Verbo mismo de Dios, lo concibe, lo engendra, se une á Él, se identifica con Él, se trasforma y llega á ser una misma cosa en Él y con Él: es rico como María, aunque no sea con la misma abundancia; participa de una manera real, efectiva, eficaz, de todas las gracias de Jesucristo, de todos sus méritos, de todos sus derechos, de todos sus privilegios; posee la Perla verdaderamente preciosa

(1) Multæ filiæ congregaverunt divitias; tu supergressa es universas. (*Prov.*, XXXI.)

(2) Quicumque fecerit voluntatem Patris mei, hic meus frater, et soror, et mater est. (*Marc.*, III.)

(3) Prius concepit verbum Dei mente quam corpore. (*S. Aug.*)

que lo enriquece durante su vida, le regocija á su muerte y le asegura la posesion de la bienaventuranza eterna; posee en la tierra del reino de Dios, y se lo asegura para el cielo (1).

Pero si María ha sido digna de concebir á Jesucristo, de poseer esta Perla incomparable, es únicamente porque, ánticipándose al consejo evangélico, se ha dado á Sí misma todo lo que poseia para hacer la adquisicion, y por medio de la humildad más profunda, del amor más ferviente, de la virtud más intacta, del desprendimiento más heróico, habia ofrecido á Dios su inteligencia, su corazon, sus bienes, su cuerpo virginal, su vida entera, habia dado todo lo que tenía, todo lo que era: *Dedit omnia sua.*

¡Sí, los Apóstoles, los mártires, los confesores han vertido su sangre, dado su vida, se han inmolado con todo género de sacrificios para adquirir esta Perla preciosa, para poseer á Jesucristo! Á nosotros no se nos pide tanto. Sólo se nos exige que no corramos locamente tras los honores, que son un vapor que tan pronto se disipa; que no anhelemos las riquezas que tan pronto debe robarnos la mano de la muerte; que renunciemos á una pasion vergonzosa y á los placeres de la carne que nos degradan á nuestros propios ojos, así como nos pierden ante Dios; que mortifiquemos un poco este cuerpo que pronto debe estar en putrefaccion. Á tan bajo precio podemos comprar á Jesucristo, á Dios su amistad, su gracia, su divina filiacion, su gloria.

¡Qué negociantes tan insensatos somos si no aprovechamos la ocasion que se nos ofrece de hacer tan ventajosa compra, de adquirir, á precio de ligeras fatigas en el tiempo, las riquezas de la eternidad!

Sí, tomemos como San Pablo la resolucion de despreciar las cosas terrestres, las cosas sensibles, para tener la dicha de adquirir á Jesucristo, nuestro tesoro, nuestra riqueza, nuestro bien nuestro todo (2).

Cuando poseamos todo eso, no hagamos lo que los insensatos mundanos, que llevan como adorno las perlas materiales y hacen de ellas un objeto de vanidad y de orgullo á los ojos de los hombres. Sepamos llevar con ornamento la Perla espiritual,

(1) Regnum Dei intra vos est. (*Luc.*, XVIII.)

(2) Omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam. (*Philipp.*, III.)

Jesucristo; hagamos de Ella un título de gloria ante Dios (1).

Llevemos esa joya preciosa en nuestra frente por una verdadera profesion de fe, en nuestro pecho por la pureza de nuestro corazon, en nuestra cabeza por la elevacion de nuestros pensamientos, en los dedos por la práctica de las buenas obras, en nuestra cintura por una pureza sin mancha, en nuestros vestidos por la humanidad y la modestia. En una palabra, que por la edificacion de todos reine y se manifieste en nosotros la vida simple, mortificada y pura de Jesucristo (2). De esta manera, nos dice un intérprete, llevando á Jesucristo en nuestro corazon, Él nos llevará en el suyo; siendo Jesucristo la Perla única, el ornamento que preferimos á todos, serémos tambien la perla preciosa y preferida, el ornamento con que se glorificará Jesucristo (3).

¡Oh María, santísima, purísima, bienaventurada, de cuyas manos hemos recibido, gracias á vuestro consentimiento, el precioso Tesoro de Dios hecho Hombre, haced que comprendamos la excelencia de ese Tesoro; que conozcamos todo el valor de la Perla única que es vuestro Hijo; que para adquirirla lo sacrifiquemos todo, á fin de que, tambien nosotros lleguemos á ser perlas de gran precio y podamos tener la dicha de entrar en la construccion de los muros de la celeste Sion. Haced que nosotros, que nos encontramos reunidos en este templo de la Jerusalen terrestre, podamos tambien ser del número de las piedras preciosas de que se componen los muros y las torres de la celeste Jerusalen, y que deben eternamente realzar su gloria (4).

(1) Glorificate et portate Deum in corpore vestro. (I, *Cor.*, VI.) Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi... Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. (*Gal.*, VI.)

(2) Ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. (II, *Cor.*, IV.)

(3) Ut efficiamur ipse margarita pretiosa. (*Salmeron.*)

(4) Lapides pretiosi omnes muri tui, et turres Jerusalem gemmis ædificabuntur. (*Offic. Dedic.*)

VIGÉSIMA CUARTA HOMILÍA.

EL SAMARITANO,

Ó EL AMOR DE DIOS Á LA HUMANIDAD.

Venit Filius hominis quærere et salvum facere quod perierat. (SAN LUCAS, XIX.)

Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que habia perdido.

Grande es y profunda esta revelacion de San Juan: «Porque la ley fué dada por Moises; más la gracia y la verdad fué hecha por Jesucristo» (1). Lo que significa, que tanto es Moises inferior á Jesucristo en dignidad y mérito personal, cuanto, bajo el punto de vista de la excelencia y la perfeccion es la ley inferior al Evangelio.

En efecto, segun San Pablo, la ley fué una alianza de severidad y de rigor; el Evangelio es una alianza de misericordia y de bondad. La ley fué una alianza entre señor y siervo; el Evangelio es una alianza entre amigo y amigo, entre el padre y sus hijos. La ley fué una alianza fundada sobre el temor; el Evangelio es una alianza cuyo principio es el amor (2).

Toda esta doctrina la ha resumido y formulado Jesucristo en pocas palabras, diciendo: «Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que habia perdido: *Quærere et salvum facere quod perierat.*»

(1) Lex per Moysem data est, gratia et veritas per Jesum Christum facta est. (*Joan.*, I.)

(2) Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore. Sed accepistis spiritum adoptionis filiorum in quo clamamus abba, Pater. (*Rom.*, VIII.)

Jesucristo; hagamos de Ella un título de gloria ante Dios (1).

Llevemos esa joya preciosa en nuestra frente por una verdadera profesion de fe, en nuestro pecho por la pureza de nuestro corazon, en nuestra cabeza por la elevacion de nuestros pensamientos, en los dedos por la práctica de las buenas obras, en nuestra cintura por una pureza sin mancha, en nuestros vestidos por la humanidad y la modestia. En una palabra, que por la edificacion de todos reine y se manifieste en nosotros la vida simple, mortificada y pura de Jesucristo (2). De esta manera, nos dice un intérprete, llevando á Jesucristo en nuestro corazon, Él nos llevará en el suyo; siendo Jesucristo la Perla única, el ornamento que preferimos á todos, serémos tambien la perla preciosa y preferida, el ornamento con que se glorificará Jesucristo (3).

¡Oh María, santísima, purísima, bienaventurada, de cuyas manos hemos recibido, gracias á vuestro consentimiento, el precioso Tesoro de Dios hecho Hombre, haced que comprendamos la excelencia de ese Tesoro; que conozcamos todo el valor de la Perla única que es vuestro Hijo; que para adquirirla lo sacrifiquemos todo, á fin de que, tambien nosotros lleguemos á ser perlas de gran precio y podamos tener la dicha de entrar en la construccion de los muros de la celeste Sion. Haced que nosotros, que nos encontramos reunidos en este templo de la Jerusalen terrestre, podamos tambien ser del número de las piedras preciosas de que se componen los muros y las torres de la celeste Jerusalen, y que deben eternamente realzar su gloria (4).

(1) Glorificate et portate Deum in corpore vestro. (I, *Cor.*, VI.) Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi... Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. (*Gal.*, VI.)

(2) Ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. (II, *Cor.*, IV.)

(3) Ut efficiamur ipse margarita pretiosa. (*Salmeron.*)

(4) Lapides pretiosi omnes muri tui, et turres Jerusalem gemmis ædificabuntur. (*Offic. Dedic.*)

VIGÉSIMA CUARTA HOMILÍA.

EL SAMARITANO,

Ó EL AMOR DE DIOS Á LA HUMANIDAD.

Venit Filius hominis quærere et salvum facere quod perierat. (SAN LUCAS, XIX.)

Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que habia perdido.

Grande es y profunda esta revelacion de San Juan: «Porque la ley fué dada por Moises; más la gracia y la verdad fué hecha por Jesucristo» (1). Lo que significa, que tanto es Moises inferior á Jesucristo en dignidad y mérito personal, cuanto, bajo el punto de vista de la excelencia y la perfeccion es la ley inferior al Evangelio.

En efecto, segun San Pablo, la ley fué una alianza de severidad y de rigor; el Evangelio es una alianza de misericordia y de bondad. La ley fué una alianza entre señor y siervo; el Evangelio es una alianza entre amigo y amigo, entre el padre y sus hijos. La ley fué una alianza fundada sobre el temor; el Evangelio es una alianza cuyo principio es el amor (2).

Toda esta doctrina la ha resumido y formulado Jesucristo en pocas palabras, diciendo: «Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que habia perdido: *Quærere et salvum facere quod pereriat.*»

(1) Lex per Moysem data est, gratia et veritas per Jesum Christum facta est. (*Joan.*, I.)

(2) Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore. Sed accepistis spiritum adoptionis filiorum in quo clamamus abba, Pater. (*Rom.*, VIII.)

Pero ántes de poner en ejecucion este deseo de su amor, por su propio ministerio y por el de sus Apóstoles, por Él mismo dando su vida, por sus Apóstoles confiándoles la predicacion de su doctrina, la administracion de sus sacramentos, el establecimiento y propagacion de su Iglesia, ha querido revelarnos su deseo y representarlo al vivo en la parábola del Samaritano compasivo. Explicarémos, pues, hoy esta deliciosa parábola, en la cual el Señor nos ha pintado todos los cuidados, generosidad y ternura de su amor por nosotros, á fin de que nosotros tambien, por efecto de una gratitud sincera, de un amor generoso y ferviente, seamos del número de aquellos buscados y salvados por su amor y su gracia: *Quærere et salvum facere quod perierat.*

Primer punto. En todo tiempo ha habido, dice San Ambrosio, maestros y doctores, ministros de la religion que, ansiosos de sacar de un ministerio sagrado todas las ventajas y honores posibles, se han cuidado poco de practicar las virtudes, y que teniendo sin cesar la ley de Dios en la boca, no la tienen ni en el corazon ni en sus obras (1).

Uno de es os falsos teólogos, de esos moralistas hipócritas, era el doctor de la ley que, segun San Lúcas, se presentó un dia al Salvador del mundo con la intencion diabólica de tentarlo (2), es decir, como lo explica San Cirilo, para llevar pérfidamente al Señor á decir alguna cosa contra Moises, á fin de poder calumniarlo y perderlo (3). Este doctor, aprovechando que Jesucristo habia dicho que para salvarse es menester amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo, le preguntó: ¿Y quién es mi prójimo? (4).

¡El miserable doctor, exclama San Cirilo, al preguntar quién es su prójimo, muestra bien que no lo conoce, y que no conociéndolo, no puede amarlo; y pues no tiene el amor al prójimo, muestra claramente tambien que no lo tiene á Dios, porque no ama á Dios quien no tiene caridad para el prójimo, imágen y representante de Dios (5). ¡Pero cuánto debemos á esta insi-

(1) Qui verba legis tenent, vim legis ignorant. (*S. Ambros.*)
(2) Et ecce quidam legis peritus surrexit tentare eum. (*Luc.*, x.)
(3) Ut aliquid contra Moysem loqueretur. (*S. Cyril.*)
(4) Et quis est meus proximus? (*Luc.*, x.)
(5) In hoc quod quærit: quis est? vacuus à dilectione proximi ostenditur, et consequenter à dilectione divina. (*S. Cyril.*)

diosa pregunta del malicioso doctor! Ella dió lugar á la magnífica parábola del Samaritano, con que el Señor ha querido pintarse á Sí mismo.

Habia, segun San Jerónimo, entre Jerusalen y Jericó, un desierto llamado por los judíos *Adommim*, es decir, lugar de la sangre, tristemente famoso por las muertes que allí hacian los ladrones. Justamente en ese desierto, dice el Señor, un hombre que iba de Jerusalen á Jericó, cayó en manos de los ladrones, que no contentos con robarle, lo acribillaron de heridas y lo abandonaron en medio del camino, bañado en su sangre (1). Pasó luégo por allí un sacrificador judío, y viendo al pobre viajero en tan lastimoso estado, se contenta con echarle una mirada de estéril compasion, y prosigue su camino (2). Poco despues acertó á pasar un levita, y aunque oyó los gemidos y vió las heridas del desgraciado, no se mostró más sensible que el sacrificador, y pasó sin prestarle el menor socorro (3). Pero la asistencia que el desgraciado no obtuvo de los judíos, sus compatriotas y hermanos, la obtuvo de un extranjero. Un hombre natural de Samaria, y por consiguiente, enemigo de los judíos, pasó por allí, y al ver al otro tendido en tierra y bañado en su sangre, tuvo compasion de él; y bajando del caballo, se aproxima, se inclina ssbre él, lo consuela, lava con vino sus heridas, les echa aceite para templar la irritacion, las venda, lo levanta afectuosamente, lo acomoda en su montura, y siguiéndolo á pié, lo conduce á la posada vecina, lo pone en la cama, lo medicina y lo asiste como si fuese un hermano ó un hijo (4). Al dia siguiente, como tenía que seguir su viaje, llama al dueño de la posada: Os recomiendo, le dice, á ese pobre herido; cuidadlo como si fuese yo mismo. Tomad estas dos monedas, gastadlas en sus necesi-

(1) Homo quidam descendebat de Jerusalem in Jericho et incidit in latrones, qui etiam despoliaverunt eum, et plagis impositis abierunt, semivivo relicto. (*Luc.*, x.)
(2) Accidit autem ut sacerdos quidam descenderet eadem via et viso illo præterivit. (*Luc.*, x.)
(3) Similiter et Levita, cum esset secus locum, et videret eum pertransivit. (*Ibid.*)
(4) Samaritanus autem quidam iter faciens, venit secus eum et videns eum misericordia motus est, et appropians alligavit vulnera ejus infundens oleum et vinum; et imponens illum in jumentum suum, duxit in stabulum et curam ejus egit. (*Luc.*, x.)

dades; y si es necesario para su curacion, gastad más, que á mi vuelta dentro de pocos dias os recompensaré por vuestros cuidados, vuestro trabajo y vuestra caridad (1).

Tal es en su sentido histórico y literal la conmovedora parábola del Samaritano; tal la cuenta el Señor en el Evangelio. Expliquémosla ahora en su sentido alegórico y místico, y veamos las bellas é importantes lecciones que encierran la sabiduría y el amor del divino Maestro.

Jerusalen significa *vision de la paz*, y es la imágen del estado de inocencia y de gracia, en el cual se posee, y por decirlo así, se ve y se contempla la paz. La palabra *Jericó* significa la *luna*, y es la figura de nuestra carne mortal; porque así como la luna aparece, crece, mengua y desaparece, nuestra carne mortal tambien crece, envejece, declina y perece. Así el viajero que de Jerusalen desciende á Jericó, es Adan y toda su posteridad: es el hombre, dice San Agustin, que por su pecado ha caido de la verdadera Jerusalen, de la verdadera vision de la paz, del estado de inocencia y de amistad con Dios, para comenzar á vivir con una vida material, variable, inconstante, sujeta á decadencia como el astro de la noche (2).

Los ladrones entre cuyas manos cae el hombre en su funesto viaje, son los ángeles de las tinieblas, dice San Ambrosio, los espíritus infernales (3), esos malignos espíritus que como ladrones nos han despojado de todo. En efecto, dice el venerable Beda, ellos nos han quitado el vestido interior de la inocencia, ese vestido que impedia á nuestros primeros padres apercibirse de que estaban desnudos (4). En segundo lugar nos han quitado, dice San Ambrosio, todos los ornamentos de las gracias espirituales con que el hombre habia sido enriquecido en su creacion primitiva (5). En tercer lugar, nos han quitado, dice San Agustin,

(1) Et altera die protulit duos denarios et dedit stabulario et ait: curam illius habe; et quodcumque supererogaveris, ego cum venero reddam tibi. (*Luc.* x.)

(2) Homo qui descendit est Adam, Jerusalem civitas pacis, à cujus beatitudine lapsus est. Hiericho, id est Luna, significat mortalitatem nostram propter hoc quod, sicut Luna, nascitur, crescit et occidit. (*S. Aug.*)

(3) Qui sunt isti latrones, nisi angeli noctis et tenebrarum? (*S. Ambros.*)

(4) Exspoliaverunt innocentiæ veste. Hæc est illa stola, qua amissa, protoplasti cognoverunt se esse nudos. (*Ven. Beda.*)

(5) Indumentis gratiæ spiritualis. (*S. Ambros.*)

las buenas costumbres, que eran el ornamento exterior de nuestra dignidad (1). En fin, dice San Juan Crisóstomo, nos han quitado el privilegio de la inmortalidad del cuerpo y el derecho de ciudadanos del cielo (2). No contentos con este sacrílego robo, esos ladrones sin piedad han herido cruelmente al hombre, porque, dice San Agustin, despues de la caida, el libre albedrío se ha debilitado singularmente (3), y han dejado á la humanidad cubierta de llagas, es decir, de pecados; porque, dice el venerable Beda, el pecado altera, desfigura la integridad del alma, como las llagas desfiguran el cuerpo (4).

Así, pues, el desgraciado viajero de la parábola que, despojado, acribillado de heridas, debilitado por la pérdida de la sangre, torturado por el dolor de sus llagas, no tiene fuerza para moverse; que muriendo sin socorro ni asistencia del médico, implora con voz apagada y con gemidos, sin encontrar quien lo asista, representa á la humanidad entera que, por la falta primitiva y los pecados actuales, está privada de gracia, sobrecargada de crímenes, impotente para levantarse de su corrupcion, impotente para procurarse socorros espirituales, y sin esperanza de obtenerlos de sus semejantes; y que en su abandono, desesperando de la curacion y de la vida, se consideraba víctima destinada inevitablemente á la muerte espiritual (5).

El sacrificador y el levita que pasan cerca del viajero sin socorrerlo, representan, segun San Juan Crisóstomo, la esterilidad del sacerdocio figurativo de Araon y la ineficacia del ministerio levítico de la ley de Moises, ministerio y sacerdocio que han podido ver, indicar las llagas de la humanidad, medir su profundidad y peligro, pero no remediarlas (6).

Segun otros intérpretes, el sacrificador y el levita figuran los sacerdotes y los filósofos del paganismo, que pudieron ver las

(1) Ornamentis morum. (*S. Aug.*)

(2) Immortalitate et dignitate cœlestis. (*S. Joan. Chrys.*)

(3) Liberum arbitrium vulneratum. (*S. Aug.*)

(4) Plagæ peccata dicuntur, quia his naturæ integritas violatur. (*Ven. Beda.*)

(5) Totum genus humanum est homo iste, qui jacebat in via; quia vires ei propriæ ad surgendum non sufficiebant. (*S. Aug.*)

(6) Nec sacerdos Aaron transiens sacrificio potuit profuisse; nec ejus frater Moyses levita per legem potuit subvenire. (*S. Joan. Chrys.*)

miserias y heridas de la humanidad, y que con sus doctrinas licenciosas y crueles no hicieron más que irritarlas en lugar de curarlas.

Recordemos ademas, que cuando los judíos, con tono de sacrílego insulto, dijeron un dia á Jesucristo: «Tú eres un samaritano y un poseido del demonio» (1), Jesucristo, con aire de paciencia, mansedumbre y dulzura infinita, se contentó con responderles: «No soy un poseido del demonio» (2). Es decir, como lo hace observar Orígenes, que de las dos alegaciones ultrajantes que le echaron en cara, no rechazó más que la segunda, la de estar poseido del demonio; pero dejó subsistente la primera, la aceptó como un título de honor, como su nombre propio, y no temió reconocer y confesar que era un samaritano; y en efecto, la palabra *samaritano* significa *guardian*. ¿Cómo, pues, podia negar que fuese samaritano y guardian el Dios salvador de quien se ha dicho en los salmos que jamas se duerme ni cesa de velar por su pueblo (3), y que nos protege y nos guarda como á las niñas de sus ojos? (4).

No hay duda, dice San Agustin, que bajo la figura del Samaritano compasivo, Jesucristo ha querido pintarse y representarse (5). ¡Ved, si no, cuán expresiva y fiel es esta pintura!

Se ha dicho del Samaritano, que pasando á una gran distancia del viajero herido, se le acercó (6). Por consiguiente, dice San Agustin, no puede haber mayor distancia que la que media entre Dios y el hombre, entre el Sér inmortal y el mortal, el Dios justo y santo, y el hombre corrompido y pecador (7). Y ese Dios ha venido cerca del hombre de quien estaba léjos. Ha venido, dice San Agustin, cuando el Verbo divino ha descendido de los cielos y se ha hecho Hombre (8).

(1) Samaritanus est tu et dæmonium habes. (*Joan.*, VIII.)
(2) Ego dæmonium non habeo. (*Ibid.*)
(3) Non dormitabit neque dormiet qui custodit Israel. (*Ps.* CXX.)
(4) Custodi nos, Domine, ut pupillam oculi. (*Ps.* XVI.)
(5) In Samaritano Dominus se voluit intelligi. (*S. Aug.*)
(6) Et appropians. (*Luc.*, X.)
(7) Quid tam longinquum at remotum quam Deus ab homine, immortalis à mortalibus, justus á peccatoribus. (*S. Aug.*)
(8) Venit secus eum: quia descendit de cœlis et Verbum caro factum est. (*Ibid.*)

La montura en que viajaba el Samaritano es, segun todos los intérpretes, la humanidad de que Jesucristo se ha dignado revestirse para venir hasta nosotros (1).

Se ha dicho del Samaritano que habiendo visto de cerca al viajero en el miserable estado en que se encontraba, se sintió movido á compasion (2), y que bajando de su montura, tomó en sus brazos al herido. Jesucristo tambien, viendo el estado miserable en que se encontraba la humanidad, movido solamente por una caridad infinita en su extension, así como eterna en su principio, ha venido á nosotros, nos ha recibido en sus brazos, en su corazon, por un puro movimiento de misericordiosa compasion (3). Ha descendido de su montura, es decir, de su misma humanidad, pues no contento con hacerse hombre, ha querido hacerse servidor del hombre y ha tomado la semejanza exterior de su pecado (4). Ha pasado por todos los estados, se ha colocado en todas las situaciones, se ha sometido á las tentaciones de todo género, á todas las pruebas, á todas las penas del pecado del hombre, sin asumir la culpabilidad ni la mancha (5). ¡Oh! ¡Cómo se cumplió en Jesucristo esta circunstancia: «El Samaritano se aproximó al herido», puesto que, segun San Ambrosio, el que estaba á tan grande distancia de nosotros, se ha acercado realmente por la misericordia, llegando á ser como uno de nosotros! (6).

Se ha dicho del Samaritano que lavó las llagas del viajero con vino, y les puso aceite (7). Lo cual significa, segun San Juan Crisóstomo, los sacramentos de los muertos y de los vivos, instituidos por Jesucristo, la sangre de su pasion con que lava las heridas de nuestra alma, la uncion misteriosa de la gracia con que nos santifica, nos vivifica, templa el ardor de nuestras penas y nos hace gustar la dulzura de sus dones (8).

(1) Jumentum est caro qua Verbum Dei ad nos venire dignatus est. (*Ori.*, *S. Aug.*, *S. Joan. Chrys.*, *Theophil.*, *Emiss.*, *Haym.*)
(2) Et videns eum misericordia motus est. (*Luc.*, X.)
(3) In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans. (*Jeremías*, XXXI.)
(4) In similitudine carnis peccati. (*Rom.*, IV.)
(5) Tentatum per omnia..... absque peccato. (*Hebr.*, IV.)
(6) Factus est misericordia vicinus. (*S. Ambros.*)
(7) Infundens oleum et vinum. (*Luc.*, X.)
(8) Vinum et oleum id est: sanguinem passionis et oleum Chrismatis

Tambien San Juan habia dicho que Jesucristo ha lavado realmente nuestras almas con su sangre (1). El Profeta rey habia dicho que derramaria el aceite sagrado de su gracia sobre nuestras cabezas, desde donde se esparciria por todo el cuerpo (2).

Se ha dicho del Samaritano que vendó las llagas, uniendo sus bordes para apresurar la cicatrizacion. Lo que significa, segun el venerable Beda, que Jesucristo tambien, en los sacramentos, no solamente nos ha preparado el remedio contra los pecados cometidos, sino áun dado un freno y un preservativo contra nuevas faltas (3).

Pero si el Samaritano, contentándose con haber practicado tan gran caridad con el pecador, lo hubiese dejado solo donde lo habia encontrado, en su debilidad, sin poder moverse ni tener quien lo cuidase, hubiera muerto de hambre y de dolor. ¿Qué hizo, pues, este hombre compasivo? Lo levantó dulcemente, lo puso sobre su propia montura y lo depositó en la posada vecina.

¡Óh! En todo esto está explicado, de la manera más sensible, lo que ha hecho por nosotros la caridad del verdadero Samaritano, viniendo á buscarnos y á salvarnos (4). Su pasion, su muerte, los sacramentos instituidos por Él, no nos hubieran servido de nada si nos hubiese abandonado en el desierto de la vida, sin apoyo y entregados á nosotros mismos. Las llagas de nuestra alma se habrian abierto nuevamente, irritado y gangrenado por falta de caritativos y asiduos cuidados. Nos ha llevado Él mismo á la posada, ó segun la expresion griega, al *pandochium*, á la casa abierta para todos, es decir, nos ha llevado y depositado en el asilo de la Iglesia. Sí, nos dice Orígenes, la Iglesia es verdaderamente la posada pública, abierta en todo tiempo á cualquiera que quiere entrar, que nos recibe y nos acoge á todos, que á nadie niega su asistencia (5). Y casi en los mismos términos,

quibus delictorum vulnera curantur et sanctificationis medela præstatur. (*S. Joan. Chrys.*)

(1) Qui lavit nos in sanguine suo. (*Apoc.*, I.)

(2) Impinguasti in oleo caput meum. (*Ps.* XXII.)

(3) Alligatio vulnerum est cohibitio peccatorum. (*Ven. Beda.*)

(4) Venit Filius hominis quærere et salvum facere quod perierat. (*Luccas*, XIX.)

(5) Pandochium quod universos suscipit intrare volentes, Ecclesia intelligitur quæ omnes suscipit, nulli auxilium denegat. (*Orig.*)

San Juan Crisóstomo nos ha dicho: La posada es la Iglesia que acoge á todos los viajeros de este miserable mundo, á todos los que se presentan, ya para encontrar reposo, fatigados de la marcha, ya para buscar alivio y curacion de las heridas hechas por el pecado (1).

El Samaritano condujo por sí mismo al herido despues de haberlo puesto sobre su montura (2). Y eso significa, segun Theophilacto, que Jesucristo ha puesto nuestra naturaleza herida sobre su propia humanidad, y se ha dignado hacer de nosotros sus miembros (3). Nos condujo Él mismo, añade San Juan Crisóstomo, porque ninguno entra en la Iglesia sino llevado por Jesucristo, por medio del bautismo que nos ha unido á su cuerpo (4).

Llegado á la posada, el buen Samaritano cuida á su enfermo, le pone en la cama y le prepara alimentos y medicamentos (5). Y eso significa que Jesucristo, despues que por su resureccion levantó del suelo á la humanidad herida, despues de llevarla á la Iglesia nuevamente fundada, le prodiga los cuidados de la más tierna solicitud, por la institucion de los sacramentos, por el alimento de la doctrina presentada á las almas de los primeros neófitos y por los frecuentes consuelos de sus numerosas apariciones, en que les hablaba del reino de los cielos (6).

Pero como el Samaritano tenía interes en continuar su viaje, llamó al posadero y le dijo: Os recomiendo á este pobre hombre; cuidadlo como si fuese yo mismo; emplead este dinero en sus necesidades; si es menester gastar más para su curacion, hacedlo, porque debo volver pronto y os entregaré todos vuestros gastos, vuestro trabajo, vuestra caridad (7). Luego, segun Orígenes, el dueño de la posada es el que preside la Iglesia, es de-

(1) Stabulum est Ecclesiæ quæ in mundi itinere lassatos et sarcina delictorum defessos suscipit venientes. (*S. Joan. Chrys.*)

(2) Imponens illum super jumentum suum duxit in stabulum. (*Luc.*, X.)

(3) Imposuit super jumentum quia membra sua nos fecit. (*Theophil.*)

(4) Quia nemo nisi per baptismum Christi intrat in Ecclesiam. (*S. Joan. Chrys.*)

(5) Curam illius egit. (*Luc.*, X.)

(6) Loquens de regno Dei. (*Act.*, I.)

(7) Altera die protulit duos denarios et dedit stabulario et ait: curam illius habe; et quodcumque supererogaveris ego cum rediero reddam tibi. (*Luc.*, X)

cir, Pedro, el soberano pontífice, y los obispos que con él no forman más que un cuerpo pastoral, al cual está confiada la dispensacion de los divinos misterios y el cuidado de las almas (1). Las dos monedas, segun San Ambrosio, son las Escrituras de los dos Testamentos, que presentan de una manera sensible el carácter de la inspiracion sobrenatural, y las líneas, por decirlo así, de la faz divina, en los dogmas de la naturaleza de Dios y de Jesucristo su Hijo, lo mismo que las monedas llevan el nombre y la efigie de los reyes de la tierra (2). Ademas, las dos monedas representan la verdad y la gracia : la verdad, que cura la inteligencia esclareciéndola ; la gracia, que santificando el corazon lo cura y fortifica ; la verdad, en el depósito de la doctrina; la gracia, en la institucion de los sacramentos. Tales son, segun San Juan Crisóstomo, las dos preciosas fuentes que suministran el medio de regenerar al hombre, de curarle sus heridas, de cuidarle en su convalecencia, de fortificarle en su salud (3).

Advertid que el Samaritano no da las dos monedas al enfermo, sino al posadero. En cuanto al enfermo, le recomienda solamente obedecer al dueño de la posada y tener confianza en él. Solamente al posadero da instrucciones, le confia el dinero, le recomienda el enfermo, le dice cómo ha de asistirlo y cuidarlo, con promesa de recompensarle á su vuelta.

¡Qué magnífico cuadro! exclama Orígenes. ¡Todo en él es armonioso, expresivo, gracioso! ¡Cómo se encuentra en él indicada en unos cuantos simples trozos toda la economía del gobierno de la Iglesia, el objeto de su institucion, su ministerio! (4).

Hé aquí cómo se condenan, de la manera más benigna y clara todos los errores de la herejía, y cómo se proclama, expone y confirma la verdad de la doctrina católica. Se nos enseña que Jesucristo, el celeste Samaritano, no ha dejado á los cristianos, sin distincion, el depósito de la Escritura, con libertad de entenderla, de creerla y de practicarla á su manera, sino que la ha

(1) Stabularius Ecclesiæ præsidem significat, cui dispensatio credita est. (*Orig.*)
(2) Denarii sunt duo Testamenta quæ imaginem in se habent æterni regis expressam. (*S. Ambros.*)
(3) Hi sunt denarii per quos eriguntur lapsi, sanantur vulnerati, confirmantur sani, curantur ægroti. (*S. Joan. Chrys.*)
(4) Hæc rationabiliter et pulchræ dicuntur. (*Orig.*)

dejado al dueño de la posada, á Pedro, á los pastores de la Iglesia. No ha constituido á cada cristiano sacerdote y depositario de su gracia para hacer por sí mismo uso de ella. No ha querido que enfermo se curase sin medicina, que discípulo ignorante se instruyese sin maestro, que débil rebaño estuviese sin pastor, que viajero extraviado caminase sin guía, que miembro del cuerpo de Jesucristo viviese sin Jefe, que soldado sin experiencia se batiese sin capitan, que miembro de la ciudad viviese sin soberano. No, á los simples fieles no ha dado otro cargo que el de creer, someterse y obedecer á los pastores de la Iglesia, de tal manera, que los que tienen el cargo de velar por el estado sanitario de las almas de los fieles confiadas á sus cuidados, den cuenta al Samaritano celestial, cuando vuelva á este mundo, en el juicio final, á traer la sentencia suprema (1).

Pero en cuanto á la mision de enseñar (2), en cuanto á la interpretacion de la Escritura, en cuanto al depósito de la fe y de la gracia, en cuanto al cargo de exponer y de explicar la doctrina evangélica y de administrar la gracia de los Sacramentos, ha confiado el cargo á los legítimos pastores de la Iglesia, diciéndoles : Vosotros sois la luz del mundo para alumbrarle, la sal de la tierra para preservarla de la corrupcion (3).

Tambien San Pablo ha dicho : Debemos ser considerados por los hombres como los ministros de Jesucristo, encargados por Él de dispensar los misterios de Dios (4).

Meditemos un instante la profunda palabra con que el celeste Samaritano invistió á los pastores, los ministros de su Iglesia, del cargo de cuidadores de esta miserable humanidad herida y débil : «Cuídamele» (5). Esta palabra, pronunciada por el que no tiene más que pronunciar para crear, nombrar para producir, esta palabra fué como una institucion, un mandato, un decreto. Por ella hizo pasar á su Iglesia su propio espíritu, su corazon,

(1) Obedite præpositis vestris et subjacete eis; ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri. (*Hebr.*, XIII.)
(2) Euntes docete. (*Matth.*, XXVIII.)
(3) Vos estis lux mundi. Vos estis sal terræ. (*Matth.*, V.)
(4) Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei. (I, *Cor.*, IV.)
(5) Curam illius habe. (*Luc.*, X.)

sus sentimientos, sus solicitudes, sus cuidados, el desinteres, la generosidad de su caridad.

En efecto, desde que se pronunció esta palabra en la Iglesia por el Samaritano divino, su fundador, esta palabra tan afectuosa, tan poderosa, fué repetida y va repitiéndose sin cesar con un eco siempre enérgico, siempre fecundo, eficaz, que despierta y mantiene vivo el espíritu de caridad para aliviar todas las miserias, para curar todas las llagas de la humanidad.

Por eso la Iglesia católica, tierna madre, con la mirada fija en la humanidad, amada hija que le ha confiado el Padre celeste, no la olvida ni la abandona jamas; por eso suena sin cesar en sus oidos el divino mandamiento: Cuídamele: *Curam illius habe.* Y miéntras haya un solo pueblo en la tierra, un solo hombre á quien enseñar el Evangelio, un solo pagano á quien traer al verdadero conocimiento de Dios y de Jesucristo su Hijo, un solo pecador á quien convertir, un solo afligido á quien consolar, una sola criatura desprovista del pan material ó de los alimentos del alma; miéntras haya entre los hombres pecados y miserias, escándalos ó contagios; miéntras se oigan en alguna parte los gemidos y lamentos de la humanidad herida y afligida, habrá siempre obispos, sacerdotes, misioneros, religiosos, vírgenes que, á costa de todos los sacrificios, socorrerán á la miserable humanidad, y lucharán, haciendo prodigios de virtud, de abnegacion y caridad, contra todas las desdichas que hayan venido á herir á sus hermanos.

¡En vano los Gobiernos enemigos de la humanidad harán leyes para poner obstáculos á las órdenes de los sacerdotes, á las vocaciones religiosas, á los viajes de los misioneros, á las instituciones piadosas y caritativas; en vano querrán impedir la irrupcion de la verdadera doctrina evangélica, las santas peregrinaciones de la caridad! La caridad de la Iglesia, que inflama con su celo á tantos de sus generosos hijos, sabrá romper todas las barreras, desafiar la injusticia de los edictos y la crueldad de su ejecucion. No se detiene ante las prisiones, ni el hacha, ni los verdugos, ni los tormentos, ni la muerte; siempre encuentra medio de penetrar en los países más intolerantes y más bárbaros para esparcir la luz del Evangelio y los consuelos de la religion; encuentra siempre nuevos medios, nuevas industrias, nuevos artificios que la política ni la filosofía habian sabido prevenir ni podrian impedir. Más fuerte que todas las prohibiciones humanas es el mandamiento de Dios que prohibe abandonar á la humanidad entre las miserias, los dolores, los males de todo género de que es víctima: *Curam illius habe!*

¡Desdichada, cien veces desdichada la humanidad si no tuviese á la Iglesia, que, bajo la accion del divino mandamiento, se dedica á aliviarla! El mundo entero, no sólo de los infieles, sino de los heréticos y cismáticos, y áun de los católicos, está trabajado por enfermedades mortales. Todos los vicios dominan en él á la sombra de todos los errores. La filosofía, la legislacion, los Gobiernos no pueden curar esas enfermedades, cicatrizar esas llagas. La filosofía más sábia y más enérgica, la legislacion más equitativa y más severa, el Gobierno más justo, no pueden hacer más que aconsejar, juzgar, castigar. Pero ¡ay! dar consejos á las pasiones, ¡qué locura! Convertir en justicia la miseria, ¡qué estupidez! Castigar la necesidad, ¡qué crueldad! La política no conoce las verdaderas necesidades del mundo enfermo, y no puede curarlas. Se le dan ferro-carriles y embarcaciones de vapor, manufacturas y comercio, cajas de ahorros y sociedades de seguros, casas de prostitucion y teatros, cafés y billares, y, para colmo de generosidad, prisiones y cadalsos. Y como con todos esos medios se ve multiplicarse los crímenes, aumentar cada dia la prostitucion y los hijos abandonados, los pobres y los débiles, los homicidios y los envenenamientos, los suicidios, los robos, los incestos, los sacrilegios; como se ve el órden público vacilar sobre su base, y las debilidades morales y físicas extenderse de una manera espantosa, desesperando de curar la enfermedad, se aleja de ella hasta el pensamiento; y esos males, precursores de otros más horribles, se miran con indiferencia, y, como el levita de la parábola, se pasa adelante sin sentir vergüenza ni compasion: *Viso illo præterivit.*

Sólo la Iglesia conoce las necesidades y debilidades del mundo, de sus hijos cubiertos de llagas. Ella sola sabe distinguir el sitio de las heridas, conoce que el error es su mal, y que la disolucion de las costumbres es la corrupcion y la gangrena. Ademas, miéntras los filósofos, los magistrados, los gobernantes, para asegurar á la sociedad enferma el bien efímero, vano é ineficaz que le prometen, le piden sus aplausos, su oro y su sangre, porque, pobres por sí mismos, no tienen que dar al enfer-

mo más que aquello que le toman; la Iglesia solamente, porque tiene con ella al celeste Samaritano que lleva el vino y el aceite milagroso; porque ha recibido de Él las dos preciosas monedas, la verdad y la gracia para curar todas las llagas, todas las enfermedades; ella sola que tiene en sí todo lo que debe dar, nada pide, porque nada necesita; no tiene que despojar al enfermo; lo ama sin interes, se ofrece á servirle sin compensacion, acordándose de que no es aquí donde debe aguardar la recompensa, sino que la obtendrá rica y superabundante en el cielo cuando el divino Samaritano venga para hacer reposar de todas sus solicitudes y trabajos á los hombres de caridad y de celo, para hacerles descansar de todas las fatigas y recompensar todos los sacrificios que hayan hecho más allá del estricto deber, ayudando á los hombres heridos por el error ó el pecado: «Cuanto gastares de más, yo te lo daré cuando vuelva» (1). La Iglesia, pues, no reivindica más que la libertad de servir á los hombres, de llevarles la luz, la gracia, la esperanza y la paz. No pide más que una cosa, que se la deje predicar; y donde quiera que su accion es libre, es milagrosamente fecunda, la mejora es sensible, la cura está asegurada; los pueblos supersticiosos, bárbaros, corrompidos, llegan á ser, como por encanto, piadosos, caritativos, de costumbres puras. Todas las virtudes empiezan á germinar allí donde pululaban los vicios; de las antiguas heridas no quedan ni las cicatrices, y con las virtudes cristianas, curacion y ornamento de las almas, la Iglesia lleva el órden público, las virtudes sociales, la verdadera civilizacion, que pone en equilibrio los bienes temporales, asegura el órden y mejora la condicion de los cuerpos.

Pero acordémonos que Jesucristo ha contado esta bella y misteriosa parábola en respuesta al malicioso doctor de los judíos que le interrogaba diciéndole: «¿Y quién es mi prójimo?» (2).

Al añadir Jesucristo que el Samaritano compasivo es el prójimo del que habia caido en manos de los ladrones, y al pintarse Él mismo con los más vivos colores en el Samaritano, nos revela, dice Heric, que nuestro afectuoso Salvador es verdaderamente nuestro prójimo, pues que, ya aproximado á nosotros por

(1) Si quid supererogaveris ego cum rediero reddam tibi. (*Luc.*, x.)
(2) Et quis est meus proximus? (*Ibid.*)

su divinidad, en nosotros y con nosotros, se ha acercado más por su humanidad (1). Por otra parte, en la parábola, dice Haymon, el Samaritano es llamado prójimo del viajero herido, porque se muestra por él lleno de compasiva bondad. ¿Y quién ha dado nunca pruebas de más compasion hácia la humanidad herida que Jesucristo, que la ha redimido con su sangre? Es, pues, realmente nuestro prójimo (2).

Pero ¡ay! por más que la ley divina nos prescriba amar al prójimo como á nosotros mismos, ¿quién ama á ese Prójimo celestial que es Jesucristo? Se ama á los parientes, aunque muchas veces son infieles; los bienes del mundo, por vanos que sean; los placeres sensibles, aunque llenos de veneno peligroso; el mundo, aunque pérfido; la vida, aunque fugitiva; y no se ama al verdadero Prójimo, nuestro verdadero Padre siempre afectuoso, nuestro verdadero Amigo siempre leal, nuestro verdadero Bien sólido, real, eterno; no se ama al que es la bondad misma, la ternura, el amor personificado, el amor viviente, el amor infinito, nuestro tesoro, nuestro consuelo, nuestra vida, el solo objeto que tiene derechos verdaderos, reales, á nuestro amor: «El Amor no es amado» (3).

¡Desgraciados de nosotros! Porque San Pablo ha dicho: «Si alguno no ama á Nuestro Señor Jesucristo, que anatema sea» (4). Para librarse de este anatema, de esta excomunion, hagamos por amar á ese Samaritano afectuoso, no solamente en su Persona, sino tambien en su doctrina, en su gracia, en sus sacramentos, en su Iglesia, en sus ministros, en sus siervos, en sus pobres. Amémosle como á Dios Nuestro Señor que es, con toda nuestra alma, con todo nuestro corazon, con todas nuestras fuerzas (5). Amémosle como á nosotros mismos, en tanto que es nuestro Prójimo, que es Hombre (6). Así cumplirémos la ley

(1) Christus proximus per divinitatem, qua non longe est ab unoquoque nostrum factus et proximus ex humanitate. (*Heric.*)
(2) Nemo tam proximus quam Dominus Jesus qui suo sanguine nos redemit. (*Haymon.*)
(3) Amor non amatur. (*S. Cathar. Sen.*)
(4) Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema. (I, *Cor.*, XVI.)
(5) Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua. (*Luc.*, x.)
(6) Diliges proximum tuum sicut teipsum. (*Ibid.*)

divina, que se encierra toda en estos dos mandamientos, y toda está comprendida en la ejecucion de los mismos (1). Así obtendrémos la vida eterna; por este camino de amor aseguraremos nuestra salud (2). Así, con nuestra cooperacion, el Señor habrá llenado la mision bienhechora que habia aceptado al venir á buscarnos cuando estábamos extraviados, á salvarnos cuando estábamos perdidos, á resucitarnos cuando estábamos muertos (3).

SEGUNDO PUNTO. No sin razon el Señor, en la parábola que acabamos de explicar, ha insistido sobre la circunstancia de que el sacrificador y el levita pasaron cerca del viajero herido sin socorrerle, miéntras que el Samaritano extranjero tuvo compasion. Como hablaba á sacrificadores y levitas, fué como si les dijese: Vosotros sois, pues, peores que los seglares; sin compasion, sin caridad para el prójimo, y envaneciéndoos de conocer la ley de Dios, no la cumplís; miéntras que teneis sin cesar esa ley en los labios, no la teneis en el corazon (4).

¡Ojalá que esta dureza para el prójimo, que habia llegado á ser el carácter propio de los sacerdotes judíos, no haya pasado al corazon de muchos sacerdotes cristianos. Me complazco en reconocer y confesar que el clero de Roma, en general, reune, á la integridad de las costumbres, el ejercicio de la caridad, y que en Roma, en particular, la inmensa profusion de socorros que se reparte á los pobres no es solicitada y distribuida más que por manos eclesiásticas. Me complazco en reconocer y en confesar que en esta insigne capital la solicitud y la caridad para con los pobres es como hereditaria, hasta el punto de ser un vulgar proverbio entre los que viven á la sombra de la Cátedra de San Pedro, cerca de esta insigne Basílica, que «Pedro no abandona á nadie.»

Pero á fin de que ese espíritu de caridad no se aminore, consideremos, en vista de la parábola de este dia, que sería para un sacerdote, para un levita cristiano una cosa monstruosa, escu-

(1) In his duobus mandatis universas lex pendet et prophetæ. (*Mattheus*, XXII.)
(2) Si vis ad vitam ingredi, serva mandata. (*Ibid.*)
(3) Venit Filius hominis quærere et salvum facere quod perierat. (*Lucas*, XIX.)
(4) Opportune alloquens legisperitum superbientem voluit exprimere quoniam nec sacerdos, nec levitæ proposita legis implerent.

char la narracion de las miserias del pobre sin conmoverse ni privarse de un óbolo; y si en tanto que el Samaritano, es decir, el seglar, el hombre, la mujer del mundo, el jóven elegante, no pasan casi nunca cerca del pobre sin socorrerlo y mirarlo con compasion, el sacerdote, grave ministro del Dios de caridad, volviese á otro lado los ojos y siguiese su camino: «El sacrificador vió á este hombre y pasó» (1). ¡Qué sería si con voz hipócrita le dijera piadosamente: «Dios os asista!»

Sí, á esos desgraciados eclesiásticos les diria yo en semejante caso: Sí, ciertamente, Dios asistirá á ese pobre que enviais á su Providencia, miéntras que su Providencia os lo enviaba á fin de que le dieseis una pequeña parte de los bienes que su Providencia os ha confiado. Dios lo asistirá moviendo á compasion más eficazmente el corazon de algunos samaritanos caritativos, puesto que no ha podido conmover el vuestro. No, no temais que la Providencia de Dios les falte. No se pondrá el sol sin que ese pobre abandonado por vosotros encuentre algun seglar compasivo que lo asista. Pero ese Dios, un dia tambien, castigará severamente vuestra dureza, negándoos toda misericordia, á vosotros que no la habeis tenido (2).

¡Ah! Veamos cómo se dirige á nosotros la gran parábola dirigida por Jesucristo al doctor judío: «Pues vé y haz tú lo mismo» (3).

Sí, penetrémonos bien de que este mandato á un sacerdote de la antigua ley se ha dirigido más aún á nosotros, sacerdotes de la nueva ley: *Vade et tu fac similiter.* Pensemos que si la generosidad cristiana ha depositado en la Iglesia, ha confiado á los sacerdotes y á los levitas sus riquezas, no es para instalar en el santuario el lujo, el fausto, la molicie del siglo profano, sino á fin de preparar á la sombra del altar un asilo siempre abierto á la virtud desgraciada; no ha querido hacer ricos que puedan vivir entre comodidades y lujo, sino acudir al honesto sosten y decoro de sus ministros, y al mismo tiempo á la majestad del culto y al alivio de los pobres.

No olvidemos que lo que viene de la caridad debe volver á la

(1) Sacerdos viso eo præterivit. (*Luc.*, X.)
(2) Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam. (*Jacobus*, II.)
(3) Vade et tu fac similiter. (*Luc.*, X.)

caridad; que las riquezas del mundo que entran en el santuario no deben quedar allí, sino salir sábiamente distribuidas en beneficio de los pueblos; que la tribu sacerdotal no tiene sobre las rentas eclesiásticas un derecho de posesion, sino un deber de paternal economía; porque Dios, la Iglesia y los fieles que las han legado, han estipulado la inversion de un tercio en favor de los pobres, y que, por consecuencia, los pobres tienen en ellas su parte. Luégo si se excluye al pobre, si nos aplicamos á nosotros mismos lo que no hemos recibido para nosotros solos, el mundo mismo, con sus censuras, con sus sátiras, nos advertirá que somos injustos, y este juicio del mundo será confirmado en el tribunal de Dios. No cesemos, pues, de imitar al Samaritano compasivo, á fin de que, practicando siempre la misericordia, obtengamos la beatitud que Jesucristo ha prometido á los misericordiosos (1). Así sea.

(1) Beati misericordes quoniam ipsi misericordiam consequentur. (*Mattheus*, V.)

VIGÉSIMA QUINTA HOMILÍA.

EL BUEN PASTOR.

Ego sum Pastor bonus. (JOAN., X.)

Yo soy el buen Pastor.

Lo habeis oido en el Evangelio de este dia (1); porque el ciego de nacimiento, despues de su curacion milagrosa, habia reconocido y adorado á Jesucristo como Hijo de Dios, verdadero Mesías y Redentor del mundo; porque habia ante sus mismos enemigos confesado, predicado, defendido á Jesus con la libertad de un apóstol, con la intrepidez de un mártir y el fervor de un santo, los sacerdotes judíos, furiosos contra él, reunidos lo maldijeron, lo excomulgaron y arrojaron de la sinagoga (2).

¿Qué hizo el buen Salvador para consolar de esta maldicion y excomunion á su nuevo confesor? Expuso en seguida la bella y deliciosa doctrina respecto á los caractéres del buen Pastor, aplicándosela por estas dulces palabras: «Yo soy el buen Pastor.»

Con esto quiso el Señor hacer comprender al ciego, que es una verdadera dicha salir de la sinagoga y de los conventículos de la incredulidad, de la herejía y del cisma, para entrar en la Iglesia; ser maldito por los fariseos, por los herejes, por los impíos, para conversar con los Apóstoles y sus sucesores; ser excomulgados por los Caifás y los sacerdotes del error, para entrar en la sociedad de los que siguen á Jesus.

(1) Esta homilía fué predicada el dia de la cuarta feria despues del cuarto domingo de Cuaresma.

(2) Male dixerunt ergo ei et ejecerunt eum extra synagoga. (*Joan.*, IX.)

caridad; que las riquezas del mundo que entran en el santuario no deben quedar allí, sino salir sábiamente distribuidas en beneficio de los pueblos; que la tribu sacerdotal no tiene sobre las rentas eclesiásticas un derecho de posesion, sino un deber de paternal economía; porque Dios, la Iglesia y los fieles que las han legado, han estipulado la inversion de un tercio en favor de los pobres, y que, por consecuencia, los pobres tienen en ellas su parte. Luégo si se excluye al pobre, si nos aplicamos á nosotros mismos lo que no hemos recibido para nosotros solos, el mundo mismo, con sus censuras, con sus sátiras, nos advertirá que somos injustos, y este juicio del mundo será confirmado en el tribunal de Dios. No cesemos, pues, de imitar al Samaritano compasivo, á fin de que, practicando siempre la misericordia, obtengamos la beatitud que Jesucristo ha prometido á los misericordiosos (1). Así sea.

(1) Beati misericordes quoniam ipsi misericordiam consequentur. (*Mattheus*, V.)

VIGÉSIMA QUINTA HOMILÍA.

EL BUEN PASTOR.

Ego sum Pastor bonus. (JOAN., X.)
Yo soy el buen Pastor.

Lo habeis oido en el Evangelio de este dia (1); porque el ciego de nacimiento, despues de su curacion milagrosa, habia reconocido y adorado á Jesucristo como Hijo de Dios, verdadero Mesías y Redentor del mundo; porque habia ante sus mismos enemigos confesado, predicado, defendido á Jesus con la libertad de un apóstol, con la intrepidez de un mártir y el fervor de un santo, los sacerdotes judíos, furiosos contra él, reunidos lo maldijeron, lo excomulgaron y arrojaron de la sinagoga (2).

¿Qué hizo el buen Salvador para consolar de esta maldicion y excomunion á su nuevo confesor? Expuso en seguida la bella y deliciosa doctrina respecto á los caractéres del buen Pastor, aplicándosela por estas dulces palabras: «Yo soy el buen Pastor.»

Con esto quiso el Señor hacer comprender al ciego, que es una verdadera dicha salir de la sinagoga y de los conventículos de la incredulidad, de la herejía y del cisma, para entrar en la Iglesia; ser maldito por los fariseos, por los herejes, por los impíos, para conversar con los Apóstoles y sus sucesores; ser excomulgados por los Caifás y los sacerdotes del error, para entrar en la sociedad de los que siguen á Jesus.

(1) Esta homilía fué predicada el dia de la cuarta feria despues del cuarto domingo de Cuaresma.
(2) Male dixerunt ergo ei et ejecerunt eum extra synagoga. (*Joan.*, IX.)

Así, pues, para afirmarnos más y más en esta verdad, yo tambien quiero predicar hoy, segun el ciego del Evangelio, la doctrina del buen Pastor; explicar esta bella alegoría tal como el Señor la ha propuesto, y trazar, como en un cuadro, la ventaja de vivir en union de Jesucristo, bajo la direccion de los pastores de la Iglesia católica, á fin de que, reconociendo en Jesucristo el verdadero, el tierno, el afectuoso Pastor de nuestras almas, adorándolo como á nuestro Dios y Señor, nos hagamos dignos de ser de su pueblo, de su rebaño, del número de sus ovejas (1).

PRIMER PUNTO. El Señor habia dicho por boca del profeta Ezequiel: «Porque esto dice el Señor Dios: Hé aquí que Yo mismo iré á buscar mis ovejas. Y las sacaré de los pueblos, y las recogeré de las tierras. En pastos muy fértiles las apacentaré, y en los montes altos de Israel serán los pastos de ellas. Y levantaré sobre ellas un solo Pastor que las apaciente» (2).

Puesto que el Señor ha dicho hoy: «Yo soy el buen Pastor; tengo otras ovejas que no son de este rebaño, y debo recogerlas para que no haya más que un rebaño y un pastor (3)», ¿no es evidente que se aplicaba á Sí mismo la profecía de Ezequiel, y que es el verdadero y único Pastor de las almas anunciado desde tantos siglos?

Segun esta doctrina, y al decir de los herejes, si Jesucristo es el solo y único Pastor de las almas, ¿Pedro y los Apóstoles, el soberano Pontífice, los obispos, los sacerdotes no son pastores? Estais en el más completo error, les responderá San Agustin, puesto que Jesucristo mismo ha declarado á Pedro pastor universal, no solamente de los corderos, sino de las ovejas (4). Despues San Pedro ha reconocido tambien que los sacerdotes, encargados del cuidado de las almas, son tambien verdaderos pas-

(1) Quoniam ipse Dominus Deus noster; nos autem populus ejus et oves pascuæ ejus. (*Ps.*, LXXVIII.)

(2) Hæc dicit Dominus: Ecce ego ipse requiram oves meas... et congregabo eas de terris... in pascuis uberrimis pascam eas in montibus excelsis Israel... et suscitabo super eas pastorem unum qui pascat eas. (*Ezech.*, XXXIV.)

(3) Ego sum Pastor bonus; et alias oves habeo quæ nont sunt de hoc ovili; et illas oportet me adducere; et erit unum ovile; et unus pastor. (*Joan.*, X.)

(4) Pasce oves meas, pasce agnos meos. (*Joan.*, XXI.)

tores: «Pastad, ha dicho, al rebaño de Dios que está entre vosotros» (1). Es, pues, verdad que como el sacerdocio es uno en Jesucristo, en Él tambien está la unidad del ministerio pastoral. Así como Jesucristo es solo, grande, único y eterno Pontífice, así tambien es el solo y único, el eterno, el universal Pastor de las almas. Pero como los sacerdotes de la nueva alianza no hacen más que renovar, ejercer y perpetuar el verdadero y único sacerdocio de Jesucristo, y como sacerdotes verdaderos no forman juntos con Jesucristo más que un solo sacerdote, y Jesucristo reune en su Persona todos los buenos pastores, hablando en ellos, haciéndose escuchar en cada uno de ellos, no hacen más que continuar, perpetuar, ejercer su única accion pastoral; y verdaderos pastores no forman más que un pastor en Jesucristo (2). Luego si Jesucristo habla de un solo pastor, quiere solamente definir que su Iglesia es una, que su jefe es uno (3).

¡Oh! ¡Cuán importante y bella es esta doctrina! La profecía y el Evangelio hablan de un solo pastor (4); luego allí donde muchos pastores no son más que uno solo, y donde muchas reuniones de cristianos forman un solo rebaño, allí está el solo rebaño de Dios, el solo pueblo de Dios (5).

Ahora bien, ¿dónde se encuentra una reunion de cristianos que sea una, un cuerpo de pastores que no sea más que un solo pastor? Las iglesias de Photin, de Nestorio, de Eutycho, de Lutero, de Calvino; las iglesias anglicanas, reformadas, evangélicas, cismáticas en el mismo cisma, heréticas en la misma herejía, divididas en sus divisiones mismas, discordantes entre ellas en su misma discordia, por una diversidad infinita de creencias, de moral, de culto, no son un rebaño, sino muchos, ovejas descarriadas; los llamados pastores ó ministros, privados de un jefe comun que los una y ponga de acuerdo, independientes los unos de los otros, rivales, enemigos, no son un cuerpo de pastores que tengan por carácter la unidad. En la sola Iglesia católica to-

(1) Pascite qui in vobis est gregem Dei. (I, *Petr.*, V.)

(2) Ecce per suos ipse loquitur: et per quos mitti auditur. Pastores boni membra sunt Christi; et ideo pastor est unus. (*S. Aug.*)

(3) In uno pastore docet unitatem. (*Ibid.*)

(4) Et unus erit pastor omnium eorum. (*Ezech.*, XXXVII.) Et erit unum ovile et unus pastor. (*Joan.*, X.)

(5) Populus ejus et oves pascuæ ejus. (*Ps.* LXXVIII.)

dos los católicos están en union con los mismos curas, los mismos sacerdotes, todos los sacerdótes con el mismo obispo, todos los obispos con el mismo Pontífice, vicario de Jesucristo y sucesor de San Pedro. Una é idéntica es la fe que se profesa, la moral que se observa, el sacrificio, el culto, la accion pastoral, la jurisdiccion, la autoridad eclesiástica que, descendiendo de un solo y mismo jefe, reune juntos todos los miembros, y forma un cuerpo solo. En la sola Iglesia católica se ven doscientos millones de cristianos esparcidos en toda la superficie del globo, unidos por los lazos, ni políticos ni humanos, sino divinos y espirituales, de una autoridad y de una obediencia voluntariamente aceptadas, no formar más que un solo rebaño, una sola Iglesia. Ahora bien; en vista de ese majestuoso espectáculo, único sobre la tierra, frente á esa milagrosa unidad que armoniza tan gran multitud, y que hace sensible en ella la presencia de Jesucristo y su accion, ¿no es menester negar toda evidencia, todo razonamiento, todo buen sentido, para no reconocer al único y verdadero Pastor, la verdadera y única Iglesia de Jesucristo?

Pero Jesucristo, no solamente es en Sí mismo y en el cuerpo de los pastores de la Iglesia el verdadero y único Pastor, sino el Pastor bueno por excelencia: *Ego sum Pastor bonus;* y por eso, dice San Agustin, ha querido hacernos comprender que fuera de Él y de su pastorado, hay quien usurpa la jurisdiccion y el nombre de pastor; pero que son falsos pastores, malos pastores absolutamente extraños á la accion, á la gracia, al ministerio del buen Pastor. «No, Jesucristo no añadiria el epíteto *bueno* al título de pastor, si no hubiese malos pastores» (1). Luego esos malos, esos falsos pastores son aquellos de quienes San Pablo ha dicho que buscan sus propios intereses, no la gloria, el conocimiento, el culto de Jesucrito (2). Tales son los rabinos judíos, los muftis musulmanes, los sacerdotes idólatras, los maestros del cisma, los ministros de la herejía, que ejercen su dominio sobre tantos pueblos desgraciados, con el solo interes de su ambicion, de su avaricia, de su autoridad.

Por eso el Señor, al decir el buen Pastor, presenta á los po-

(1) Non adderet BONUS, nisi essent mali pastores. (*S. Aug.*)

(2) Mali pastores sunt de quibus Apostolus ait: quærunt quæ sua sunt, non quæ Jesu Christi. (*S. Aug.*)

bres que son dignos de Él, añadiendo: «Yo conozco mis ovejas, como ellas me conocen» (1).

¿Pues qué, el conocer á sus ovejas es un signo cierto de la bondad del Pastor? ¡Ah, nos dice Eusebio de Emeso, acordémonos de que ese Pastor es Dios! Luego en Dios, conocer y amar es una misma cosa, y por consecuencia, decir: «Yo conozco mis ovejas como ellas me conocen», equivale á decir: «Yo las amo como soy amado de ellas» (2).

En efecto, observad el profundo y consolador pensamiento que añade en seguida: «Como conozco á mi Padre y soy conocido de mi Padre» (3); es decir, que Jesucrito conoce á sus ovejas, no solamente de una manera especulativa, sino tambien práctica; no solamente como hombre, sino como Dios; no solamente como conoce á todas las criaturas, y de la manera, por ejemplo, que conoce á los réprobos, sino en tanto que somos sus ovejas, como su Padre lo conoce y como Él conoce á su divino Padre. El conocimiento, pues, del Padre y el Hijo en la Santa Trinidad, no es un conocimiento de pura nocion intelectual, sino de afeccion la más intensa; es un conocimiento de complacencia mística, de amor infinito, en virtud del cual el uno se fija, se reposa, se deleita en el otro, y de donde procede el Santo Espíritu, que es el amor infinito del Padre y del Hijo.

¡Cuán sublime y bella es esta doctrina!, dice Eusebio de Emeso. Jesucristo conoce á sus ovejas con el mismo conocimiento, y las ama con el mismo amor que conoce y ama á su celeste Padre (4). Y en efecto, ha dicho: «Sabed que os amo con un amor tan tierno como el amor de mi Padre para mí» (5).

Despues, para probar que su amor por sus ovejas, si es tierno y sincero, no es ménos eficaz y activo, añade el Señor: «El guardian mercenario de un rebaño, que no es el pastor, si ve venir el lobo huye y abandona el rebaño á la voracidad de la fiera, que

(1) Ego sum Pastor bonus; et cognosco oves meas; et cognoscunt me meæ. (*Joan.*, X.)

(2) Cognoscere Dei, diligere est. Cognosco oves meas, et cognoscunt me meæ, idem est ac diligo eas et diligor ab eis. (*Eusebs. Emiss.*)

(3) Sicut novit me Pater et ego agnosco Patrem. (*Joan.*, X.)

(4) Sic cognosco, id est, diligo eas, sicut cognosco et diligo Patrem. (*Eusebs. Emiss.*)

(5) Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos. (*Joan.*, XVI.)

queda en libertad de acometerlo y dispersarlo» (1). Pero el verdadero pastor, el pastor celoso y afectuoso, no vacila para salvar á sus ovejas en exponer y dar voluntariamente su propia vida (2). Yo tambien, porque soy el buen Pastor y amo verdaderamente á mis ovejas, doy voluntariamente mi vida por conservar la suya (3).

En efecto, contemplad esta cruz: ¿qué os dice? Que el Hijo de Dios se ha expuesto voluntariamente á la rabia del lobo infernal, de ese lobo tanto tiempo encarnizado en el rebaño de Dios, en la miserable humanidad, y que ha muerto para obligar al demonio á dejar su presa; esta cruz os dice el exceso de amor, de indecible generosidad del divino Pastor que ha dado toda su sangre y su vida para libertar á sus ovejas de una muerte afrentosa, de una muerte eterna.

Pero ese amor generoso que ha llevado al Señor á sacrificarlo todo por la salud de su rebaño, no ha tenido fin en Él y con Él. Así como ha legado á los verdaderos pastores su propia autoridad sobre las ovejas, les ha inspirado tambien los mismos sentimientos, y, asociados á su ministerio pastoral, son tambien amados con su amor.

Fuera de la Iglesia no se encuentran las virtudes pastorales. Puede haber bellas palabras, puede usurparse el nombre de pastor, pero no la cualidad; léjos de tener los sentimientos de tales, no se tiene ni la idea, ni siquiera se sospechan sus deberes. De hecho los ministros de la herejía, sin solicitud ninguna por los desgraciados cristianos sometidos á su dominio, toleran que el lobo infernal, el racionalismo, el deismo, el ateismo, la absoluta incredulidad, hagan presa en ellos, sin que se interesen en su moralidad ni en su eterna salud; y léjos de exponerse á la persecucion, no sacrifican una hora de su reposo, uno solo de sus intereses, de sus gustos, de sus diversiones. Siempre, en la Iglesia católica los soberanos pontífices, los obispos, los misioneros, los simples sacerdotes han arrostrado y arrostran sin cesar el furor de los idólatras, la rabia de los musulmanes, el ódio intolerante

(1) Mercenarius et qui non est pastor, cujus non sunt oves propriæ, videt lupum venientem et dimittit oves et fugit. Et lupus rapit et dispergit oves. (*Joan.*, x.)
(2) Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. (*Ibid.*)
(3) Ego sum Pastor bonus et animam meam pono pro ovibus meis. (*Ibid.*)

de los cismáticos y de los herejes, y todos los peligros del contagio; han sacrificado y sacrifican todos los dias, no solamente su reposo, sus fuerzas, sino su misma vida junto al lecho de los pestíferos ó sobre crueles potros de tormento, y son mártires de la fe y la caridad ántes que abandonar á las almas que les están confiadas, ántes que dejar de mantenerlas en la verdadera fe durante su vida, y procurarles en su muerte los últimos sacramentos.

No nos sorprendamos: los ministros del error son pastores para esquilar las ovejas, para quitarles, no solamente la lana, sino la carne; no son pastores para defenderlas. La herejía es ventajosa para los heresiarcas, pero no para sus sectarios; los heresiarcas son mercenarios, y no pueden tener celo ni amor por las ovejas que no han comprado, sino robado á Pedro el verdadero pastor. Esas ovejas las deben á la fuerza, á la seduccion, á pasiones criminales; no son la conquista del amor; por eso en caso de necesidad, en el momento del peligro para las ovejas, huyen, ó se ocultan, ó se encierran en su egoismo (1).

Los pastores católicos son verdaderos pastores, buenos pastores, herederos del espíritu y del corazon del buen Pastor, como de su ministerio y de su autoridad; son, dice San Agustin, sus miembros por el espíritu y por la gracia (2); y hé ahí por qué ahora Jesucristo, en la persona de sus verdaderos pastores, de sus fieles ministros, es aún el buen Pastor que renueva sin cesar el sacrificio de su vida por sus ovejas (3).

En tercer lugar, áun fuera de los momentos del peligro, el buen Pastor tiene el más afectuoso cuidado de sus ovejas. Á su balido, su instinto pastoral adivina todas sus necesidades. Cuando están sobrecargadas de vellones, cuida de esquilarlas; cuando tienen necesidad de purificarse, las lava; enfermas, las cura; cuando pare á sus corderos, lleva en sus brazos á la madre y á los hijos; cuando tienen miedo, las hace dormir á su lado, á sus piés; y afligidas, las consuela y las prodiga sus caricias. Tal es la solicitud afectuosa que Jesucristo, el buen Pastor, tiene para

(1) Mercenarius autem fugit quia mercenarius est, et non pertinet ad eum de ovibus. (*Joan.*, x.)
(2) Si illi fecerint, membra ejus sunt. (*S. Aug.*)
(3) Bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis. (*Joan.*, x.)

todas nuestras almas; y ha expresado todas esas tiernas funciones con una sola palabra, cuando ha dicho: «El ladron no viene al rebaño más que para robar, degollar y destruir. Yo he venido para que mis ovejas tengan, no solamente la vida, sino una vida sana y próspera» (1). Ciertamente, la experiencia acredita que las ventajas temporales de una posicion honrosa, de una vida cómoda, de una salud perfecta, figuradas por la lana de las ovejas, nos enervan, nos retrasan en el camino del cielo, nos disponen á enfermedades del alma más sérias y funestas que la fatiga y el embarazo causados á las ovejas por el peso de los vellones. Hé ahí por qué el buen Pastor nos despoja de la lana, privándonos de recursos considerables, de protectores poderosos; nos despoja del vellon con la pérdida de los honores, de la salud y de las riquezas. Y semejante al pastor que esquila á la oveja, Jesucristo, pareciendo despojarnos, nos enriquece; pareciendo afligirnos, nos acaricia; miéntras que parece mostrarse duro, severo, inflexible, nos ama y nos demuestra que le somos verdaderamente queridos (2). En nuestro comercio social nos manchamos con el polvo del mundo, y nos lava, no con agua, sino con su propia sangre por medio de los sacramentos de su Iglesia; porque Pastor atento á nuestra salud, y al mismo tiempo Víctima inmolada por nosotros, por la efusion de su sangre ha instituido un baño saludable para sus ovejas, que blanquea su vellon y las purifica de toda mancha de pecado (3). Cuando débiles, vacilantes, somos impotentes para dar un solo paso en las vías de la salud, nos fortifica con su gracia, nos anima con sus consuelos interiores, nos sostiene con su apoyo; en una palabra, justifica lo que Él mismo habia dicho: «Venid á Mí todos los que estais trabajados y cargados, y Yo os aliviaré» (4). En fin, cuando estamos desconsolados, cuando tememos caer en las garras de la bestia infernal, nos alienta, nos coloca en sus brazos y en su seno, y como Él ha dicho: ¿Qué audacia, qué violencia podrá arrebatar

(1) Fur non venit nisi ut furetur et mactet. Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant. (*Joan.*, X.)
(2) Ego quos amo arguo et castigo. (*Apoc.*, III.)
(3) Lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo. (*Apoc.*, I.) Sanguis Jesu Christi emundat nos ab omni peccato. (I, *Joan.*, I.)
(4) Venite ad me omnes qui laboratis. (*Matth.*, XI.)

á las almas justas y fieles de este divino Asilo, del seno y del corazon de Jesus? (1).

En cuarto lugar, el buen Pastor que tiene cien ovejas, cuando una se escapa del redil, dejará las otras noventa y nueve en sitio seguro en el desierto; y por montes y valles, á traves de espinos y malezas, corre tras la que se ha escapado; y si de léjos la descubre, la llama por su nombre, la detiene, y cuando la recupera, no la castiga ni la reconviene, sino que la acaricia y la toma en brazos; y aunque fatigado y sin aliento, se considera dichoso por haberla encontrado; y esta alegría le recompensa sus fatigas, los peligros que ha arrostrado; y orgulloso y contento con su dulce carga, la vuelve al redil.

En este conmovedor pasaje del Evangelio, Jesucristo ha pintado con vivos colores otro rasgo inefable de su corazon afectuoso, en el cual debemos reconocerle por el buen Pastor de nuestras almas. La humanidad entera, que es como uno á noventa y nueve con relacion á los ángeles, ha sido la centésima oveja perdida. Y esto es lo que el rey David habia dicho en nombre de la humanidad: «Yo he caminado errante como una oveja que se extravía. ¡Cuando, oh Dios mio, vendréis á buscar á vuestro siervo!» (2). Isaías lo habia dicho igualmente: «Todos nos hemos extraviado como ovejas dispersadas; cada uno, á cual más, se ha separado del buen camino» (3). Pero por medio del profeta Ezequiel, el buen Pastor habia prometido venir á buscar las ovejas descarriadas y perdidas: «Yo buscaré y reuniré mis ovejas» (4). Como lo habia prometido lo ha hecho. Dejando á los ángeles en los cielos, ha venido á traves del espacio infinito que separa la santidad de Dios del pecador, y ha venido hasta el valle, hasta los confines de la creacion, se ha hecho Hombre buscando á los hombres en la tierra y diciendo: «Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que habia perecido» (5). Nos ha reunido, nos ha alentado por la voz de sus Apóstoles, de sus predicado-

(1) Non rapiet eas quisquam de manu mea. (*Joan.*, X.)
(2) Erravi sicut ovis quæ periit; quære servum tuum. (*Ps.* XVIII.)
(3) Omnes quasi oves erravimus; unusquisque in viam suam declinavit. (*Is.*, LIII.)
(4) Ecce ego requiram et congregabo oves meas. (*Ezech.*, XXXIV.)
(5) Venit Filius hominis quærere et salvum facere quod perierat. (*Lucas*, XIX.)

res; nos ha puesto sobre sus espaldas desgarradas á latigazos; nos ha llevado al redil de su Iglesia; y si somos cristianos, si tenemos la dicha de pertenecer á la verdadera Iglesia, de formar parte del verdadero rebaño del Señor, acordémonos, nos dice el apóstol San Pedro, que éramos ovejas descarriadas, perdidas, sin pastor; que gracias á la misericordia del Salvador, á las lágrimas que derramó, á su amoroso llamamiento, nos vemos reunidos junto al buen Pastor, vigilante de nuestras almas, que las rodea de tanta solicitud (1).

No pararon, ni áun paran en esto, los cuidados de su ternura. Ahora tambien, ya por la voz de sus predicadores, ya por la lectura de los escritos proféticos, ya por el disgusto que nos inspira el vicio, ó por el atractivo de la virtud, ya por el temor de sus juicios ó por la perspectiva de sus recompensas, haciéndolo todo, invitaciones y amenazas, males y beneficios, luces presentes á la inteligencia, fuertes impulsos impresos á la voluntad, consuelos y atractivos interiores, angustias y remordimientos, busca, llama á las almas extraviadas, hundidas en los terrenos fangosos de las supersticiones paganas, errantes en los campos estériles de la herejía, ó caidas en el abismo de la duda (2). ¡Ah! ¡Desgraciados de nosotros si ese divino Pastor no hubiese venido á buscarnos despues que lo hemos abandonado! ¡Entregados á nosotros mismos, no hubiéramos encontrado jamas el camino del verdadero redil, hubiéramos perdido para siempre de vista el sendero de la salud eterna, hubiésemos sido siempre la presa desdichada del lobo infernal!

El buen Pastor, continúa diciendo Jesucristo en su parábola, llama por su nombre á sus ovejas y las guia marchando el primero por vías fáciles y seguras (3). Todo esto conviene en el más alto grado á Jesucristo, Pastor de nuestras almas; llama á sus ovejas por sus nombres, es decir, conduce sin violencia á las almas que le son fieles. Para ellas dispone todas las cosas con

(1) Eratis sicut oves errantes; sed conversi estis ad pastorem et Episcopum animarum vestrarum. (I, *Petr.*, II.)

(2) Vocat per apostolos, vocat per prophetas, vocat per beneficia, vocat per flagella. (*S. Greg.*)

(3) Et proprias ovas vocat nominatim, et educit eas et ante eas vadit. (*Joan.*, X.)

dulzura (1); prestándose á las inclinaciones de cada una, al temple particular de su corazon; atrayéndolas de la manera que mejor les conviene; no exigiendo de cada una más que lo que puede dar (2). Las conduce por caminos rectos. Porque miéntras los sacerdotes paganos ó los ministros heréticos conducen á los hombres por las vías de la supersticion, del error, de la voluptuosidad, del interes, base única de todo sistema de religion humana, Jesucristo, sólo en la persona de los legítimos pastores de su Iglesia, nos conduce por las vías de la verdadera fe, de la verdadera moral, del verdadero culto, de la verdadera virtud, de la verdadera penitencia, del verdadero desprendimiento, de la verdadera abnegacion, de la verdadera pureza, vías desconocidas al mundo, odiosas á las pasiones, pero que conducen á la salud eterna, segun Él mismo ha dicho, que es la vía, la verdad y la vida (3). Y para que sus ovejas no teman caminar por estas vías, que se presentan á nosotros como solitarias, estrechas, montuosas, ásperas y difíciles, se ha puesto á su cabeza, marcha el primero; así, su vida entera no ha sido más que una cadena dolorosa de humillaciones, de ultrajes, de miserias, de penas, de persecuciones, de sufrimientos, de angustias, de sacrificios y de contínua muerte. Y por eso, no solamente les ha abierto esas nuevas vías, sino que las ha hecho más practicables, dejando en ellas la huella ensangrentada de sus pasos divinos, de sus ejemplos, que inspiran fuerza y valor (4). Las pone al abrigo de las incursiones de los lobos y de los malignos espíritus, segun la profecía (5). Y como marcha el primero, los lobos caen humillados á derecha y á izquierda de los senderos por donde camina el divino Pastor: de manera que no osan aproximarse á las ovejas protegidas por el poderoso báculo de la cruz (6). Ha hecho seguras estas vías, dejando en ellas como vigilantes, de trecho en trecho, á sus ángeles, su vicario, sus obispos, sus sacerdotes,

(1) Disponit omnia suaviter. (*Sap.*, VIII.)

(2) Vocat quomodo scit congruere. (*S. Aug.*)

(3) Ego sum via, veritas et vita. (*Joan.*, XIV.)

(4) Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus. (I, *Petr.*, II.)

(5) Non timebis à timore nocturno... ab incursu et dæmonio meridiano. (*Ps.* XC.)

(6) Cadent à latere tuo mille et decem millia à dextris tuis. (*Ps.* XC.)

que deben velar por sus ovejas para que no vacilen, que deben fortificarlas para que no desfallezcan, sosteniéndolas y evitando toda caida (1).

Hombres de poca fe, vosotros á quienes el camino del Calvario, único que conduce al cielo, os parece solitario, difícil, lleno de obstáculos y de espinas, porque no lo veis más que de léjos, aproximaos, entrad en el rebaño del Señor, y poniendo el pié en las huellas de sus pasos, á la sombra de su proteccion divina, alentados y sostenidos por sus verdaderos ministros, veréis que, en esta vía, las espinas son rosas, la tristeza alegra, la soledad anima, la amargura endulza, y el camino que os parece tortuoso, escarpado, difícil, os parecerá recto, llano, agradable, cómodo (2).

Pero en fin, ¿á dónde puede guiarnos el buen Pastor sino á los pastos abundantes y saludables? Así, pues, el divino Pastor, segun la profecía, conduce las almas á los pastos saludables y abundantes de la verdad, la gracia, la vida, que no se encuentran más que en las montañas de Israel (3). Miéntras que los desgraciados que siguen á los falsos pastores de la herejía y todas las religiones erróneas, vagan en los campos estériles donde les falta el pasto de la verdad, las aguas de la gracia, y no teniendo símbolo cierto, ni moral apoyada sobre bases fijas, ni sentimientos eficaces, no terminan más que en la perdicion y en la eterna muerte; los discípulos de Jesucristo, como Él mismo lo ha dicho, entran y salen á su placer, y pueden libremente esparcirse entre fértiles pastos, donde encuentran seguramente la salud y la vida (4). ¡Oh, cuánta es nuestra dicha por pertenecer á la verdadera Iglesia! Aquí solamente, en las montañas de Israel en que nos encontramos, segun la profecía, entre pastos verdaderamente saludables y abundantes (5); aquí solamente la doctrina es pura, la enseñanza uniforme, la fe cierta, la moral segura, el

(1) Angelis sui mandavit de te ut custodiant te in omnibus viis tuis. (*Ps.* XC.)

(2) Et erunt prava in directa et aspera in vias planas. (*Luc.*, II.)

(3) Et pastor pascet eas pascuis uberrimis in montibus Israel. (*Ezechiel*, XXX.)

(4) Per me si quis introierit ingredietur et egredietur et pascua inveniet. (*Joan.*, X.)

(5) In loco pascuæ ibi me collocavit. (*Ps.* XXII.)

culto verdadero; aquí solamente tenemos la predicacion sincera, los sacramentos eficaces, las prácticas de piedad multiplicadas, los socorros de la gracia abundantes; aquí solamente podemos alimentar la inteligencia con la doctrina, el corazon con los dones de la gracia, y regocijar nuestros sentidos con el esplendor del culto divino; aquí podemos alimentarnos con seguridad, reposar con alegría, en este lugar donde la amenidad compite con la excelencia del pasto; y despues que en esta tierra hayamos sido saturados de verdad y de gracia, el buen Pastor nos conducirá á los pastos eternos de la beatitud y de la gloria, á la union con Dios y con la inefable Trinidad, que forma la eterna sociedad de los elegidos en el cielo.

«Pastor lleno de bondad, verdadero pan de las almas, Jesus, tened piedad de nosotros. Dadnos pasto y proteccion; hacednos contemplar los bienes y las bellezas de la tierra de los vivos» (1).

SEGUNDO PUNTO. Dice el Salvador, segun San Mateo: Y cuando viniere el Hijo del hombre en su majestad, y todos los ángeles con Él, se sentará entónces sobre el trono de su majestad. Y serán todas las gentes ayuntadas ante Él, y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas á su derecha, y los cabritos á su izquierda (2).

¡Desgraciado, pues, en ese terrible dia en que el lobo infernal tendrá libertad completa de arrojarse sobre el rebaño, y hacer una horrible carnicería; desgraciado del que se encuentre separado de las ovejas! Ellas no más, colocadas á la derecha, estarán al abrigo del furor del lobo, bajo la proteccion y á la sombra de la cruz de Jesucristo.

¿Qué hacer para prevenir tan deplorable calamidad, cuyas consecuencias deben ser eternas? Es menester desde ahora ser

(1) Bone Pastor, panis vere,
Jesu, nostri miserere.
Tu nos pasce, nos tuere,
Tu nos bona fac videre
In terra viventium. Amen.

(2) Cum venerit Filius hominis in majestate sua et omnes angeli ejus cum eo; congregabuntur ad eum omnes gentes et separabit eos ad invicem, sicut pastor segregat oves ab agnis; et statuet quidem oves á destris suis, hœdos autem á sinistris. (*Matth.*, XXV.)

del número de las ovejas del Señor, si queremos formar parte de su rebaño, y para eso es preciso conducirse como verdaderas ovejas.

Por consecuencia, el primer deber de las ovejas es conocer á su pastor; y así las verdaderas ovejas de Jesucristo son las que lo reconocen, lo adoran como su salvador y su Dios: «Mis ovejas me conocen» (1). Pero no basta conocer su persona; es menester escuchar dócilmente su voz, y obedecer á su direccion: «Mis ovejas escuchan mi voz», ha dicho el buen Pastor (2). ¿Y cuál es la voz de Jesucristo? La voz de Pedro; porque indudablemente cuando Pedro predicaba, era la voz de Jesucristo la que se oia por su boca, puesto que el Salvador habia dicho: «Quien os escuche, me escucha» (3). La voz de Jesucristo es la voz de los Apóstoles, porque les habia prometido que no serian ellos los que hablarian, sino por su boca su propio espíritu (4).

Y Pedro y los Apóstoles no se encuentran más que en la Iglesia católica, en la persona del soberano Pontífice y de los obispos sucesores de los Apóstoles. Luégo el segundo deber de las ovejas buenas y fieles es escuchar la voz de la Iglesia, recibir con humildad de espíritu y docilidad de corazon las decisiones de la Iglesia, las leyes de la Iglesia, la direccion, la autoridad de la Iglesia. Esta voz de la Iglesia la reconocerán en su tono humilde, en su acento afectuoso; y siguiendo esta voz fiel, sincera y consoladora, se encuentran siempre en el camino de Jesucristo (5). Esta docilidad implica tambien el deber de no escuchar á los impíos y á los incrédulos, ni las doctrinas de los herejes; porque estas voces son voces extrañas, engañosas, que se atreven á sustituir la voz del verdadero Pastor; pero las ovejas fieles serán sordas á las voces de los extraños. Cuanto más hagan oir sus gritos esos falsos pastores, más se alejarán de ellos las ovejas, porque saben discernir esas voces pérfidas; y en lugar de

(1) Conoscunt me meæ. (*Joan.*, x.)
(2) Oves meæ vocem meam audiunt. (*Joan.*, x.)
(3) Qui vos audit me audit. (*Luc.*, x.)
(4) Prædicabat Petrus, Christus prædicabat. Quæ est vox Christi? Vox apostolorum; quia quidquid locuti sunt apostoli Dominus locutus est per ora ipsorum. (*Haym.*)
(5) Oves illum sequuntur, quia sciunt vocem ejus. (*Joan.*, x.)

ceder á la seduccion de las doctrinas lisonjeras de todos esos novadores, huirán léjos (1).

Pero no basta escuchar la voz de Jesucristo con los oidos del cuerpo, sino con los del corazon. Escuchar con los oidos del corazon, nos dice Haymon, implica la sumision á todos los divinos mandamientos; porque, segun el lenguaje de la Escritura, escuchar la voz de Dios es obedecer dócilmente á sus prescripciones (2). . . . .

. . . .
seguirlo, imitar sus ejemplos, entrar en la vía donde nos precede, unirse á sus pasos. . . . .

«Aquéllos que le sigan hasta la muerte, le seguirán necesariamente en una nueva vida; aquéllos que no han temido marchar con Él hácia los oprobios, lo acompañarán necesariamente en su gloria, porque ha dicho: Donde Yo esté, tambien estará mi siervo. ¿Dónde, pues, estará el siervo? En el cielo, donde Jesucristo está sentado á la diestra de Dios» (3).

Quien en esta vida no reconoce á Jesucristo por su Pastor y su Dios, como son los infieles y los idólatras; quien no escucha la voz sincera que se hace oir por medio de la Iglesia, como son los cismáticos y los herejes; quien no cumple los mandamientos del Salvador y no imita sus ejemplos, como son los malos católicos, todos ésos, ó visible ó invisiblemente, están fuera del rebaño del buen Pastor; forman parte del rebaño inmundo, del cual Lucifer, en la persona de los impostores, de los heresiarcas, de los escandalosos, es ménos el pastor que el lobo, el tirano, el verdugo; y si la muerte los sorprende en ese estado de separacion, de excision voluntaria con el jefe de la Iglesia por el error, con el espíritu de la Iglesia por el pecado, no sucederá jamas que despues de la muerte reciban la gracia, y escuchen, en fin, la voz del buen Pastor despreciado durante la vida. Separados para siempre del rebaño del Señor, se encontrarán el dia del juicio amontonados como cabritos inmundos á la izquierda del soberano juez, miéntras que las ovejas de Jesucristo, alegres y segu-

(1) Alienum autem non sequuntur, sed fugiunt ab eo: quia non noverunt vocem alienorum. (*Joan.*, x.)
(2) Audiunt, id est, præceptis meis obediunt. In auditi auris obedivit mihi. (*Ps.* XVII.) (*Haym.*)
(3) *Ibid.*

ras, se encontrarán á la derecha. Como en la vida han seguido al demonio, así, despues de la muerte, irán á unírsele donde se encuentre; así como aquéllos que hayan seguido á Jesucristo aquí abajo lo encontrarán donde resida; es decir, que quien ha seguido al demonio en los transportes de la cólera, del orgullo y de todo género de pecados, lo seguirá en la mansion de las penas, y quien ha seguido á Jesucristo en el camino de los sufrimientos y oprobios, lo seguirá en la mansion de la alegría y de la gloria.

Hagamos, pues, por ser de los ménos, del número de los afligidos, en el redil de los verdaderos cristianos, para ser un dia del número de los elegidos. Concedednos, Señor, un lugar entre las ovejas; separadnos de los cabritos inmundos, y ponednos á vuestra derecha: *Inter oves locum præsta: et ab hædis me sequestra, statuens in parte dextra.* Así sea.

VIGÉSIMA SEXTA HOMILÍA.

LA SEMILLA,

Ó LA PALABRA DE DIOS.

Beati qui audiunt verbum Dei. (Luc., xi.)

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios.

Así como Dios no tiene más que una sola naturaleza, tampoco tiene más que un solo pensamiento interior, un solo Verbo, una sola palabra. Así, la misma palabra de Dios que ha operado prodigios tan sorprendentes, tan admirables en el órden de la naturaleza, ha operado y opera perpétuamente prodigios más sorprendentes, más admirables en el órden de la gracia. La misma palabra de Dios que fecundó la nada, que creó todos los seres, que embelleció los cielos, que pobló la tierra, es la que ilumina las inteligencias, penetra los corazones, doma las pasiones, confunde el error, persuade la verdad, destruye los vicios, hace germinar la virtud, cambia al infiel en cristiano, al pecador en justo, al hombre en ángel, y apartándole de su corrupcion nativa, que le hace arrastrarse por la tierra como al bruto, hace de él el destinado á los cielos, el amigo, el hijo, el heredero, el asociado de Dios.

Por eso Jesucristo llama bienaventurados á los que escuchan dócilmente la palabra divina, la guardan cuidadosamente en la memoria, y la cumplen fielmente: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

El Salvador no se ha contentado con indicarnos como de paso en el Evangelio la excelencia y el fruto de la palabra divina y las disposiciones con que debe escucharse; ha querido ademas,

ras, se encontrarán á la derecha. Como en la vida han seguido al demonio, así, despues de la muerte, irán á unírsele donde se encuentre; así como aquéllos que hayan seguido á Jesucristo aquí abajo lo encontrarán donde resida; es decir, que quien ha seguido al demonio en los transportes de la cólera, del orgullo y de todo género de pecados, lo seguirá en la mansion de las penas, y quien ha seguido á Jesucristo en el camino de los sufrimientos y oprobios, lo seguirá en la mansion de la alegría y de la gloria.

Hagamos, pues, por ser de los ménos, del número de los afligidos, en el redil de los verdaderos cristianos, para ser un dia del número de los elegidos. Concedednos, Señor, un lugar entre las ovejas; separadnos de los cabritos inmundos, y ponednos á vuestra derecha: *Inter oves locum præsta: et ab hædis me sequestra, statuens in parte dextra.* Así sea.

VIGÉSIMA SEXTA HOMILÍA.

LA SEMILLA,

Ó LA PALABRA DE DIOS.

Beati qui audiunt verbum Dei. (Luc., xi.)

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios.

Así como Dios no tiene más que una sola naturaleza, tampoco tiene más que un solo pensamiento interior, un solo Verbo, una sola palabra. Así, la misma palabra de Dios que ha operado prodigios tan sorprendentes, tan admirables en el órden de la naturaleza, ha operado y opera perpétuamente prodigios más sorprendentes, más admirables en el órden de la gracia. La misma palabra de Dios que fecundó la nada, que creó todos los seres, que embelleció los cielos, que pobló la tierra, es la que ilumina las inteligencias, penetra los corazones, doma las pasiones, confunde el error, persuade la verdad, destruye los vicios, hace germinar la virtud, cambia al infiel en cristiano, al pecador en justo, al hombre en ángel, y apartándole de su corrupcion nativa, que le hace arrastrarse por la tierra como al bruto, hace de él el destinado á los cielos, el amigo, el hijo, el heredero, el asociado de Dios.

Por eso Jesucristo llama bienaventurados á los que escuchan dócilmente la palabra divina, la guardan cuidadosamente en la memoria, y la cumplen fielmente: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

El Salvador no se ha contentado con indicarnos como de paso en el Evangelio la excelencia y el fruto de la palabra divina y las disposiciones con que debe escucharse; ha querido ademas,

en la parábola de la semilla, entrar en los más leves detalles sobre este punto. Esta importante parábola es la que me propongo, no explicar, puesto que el mismo Hijo de Dios la explicó á sus Apóstoles, sino desenvolver en toda su sencillez y segun toda su importancia, á fin de que instruidos de la excelencia, de las ventajas, de las riquezas, del poder de esa palabra santa, y al mismo tiempo de los obstáculos que la hacen ineficaz, así como de las disposiciones que aseguran su éxito, cuidemos de apartar aquéllos y presentar éstas, y merezcamos la recompensa de la beatitud que Jesucristo nos ha prometido: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

Primer punto. El corazon afectuoso de Jesucristo, su ardiente deseo de procurar nuestro bien espiritual y nuestra salud, se ha manifestado en todas sus obras y en todos sus discursos. Hé aquí, pues, entre los testimonios de su tierno amor, las primeras palabras con que expuso la parábola de la semilla, cuando exclamó con acento de la más dulce caridad: «Un hombre salió á sembrar su simiente» (1). La semilla de que nos habla el Señor es, como lo ha declarado Él mismo, la predicacion de la palabra divina (2); pero recordemos que Jesucristo ha dicho tambien: «He salido de mi Padre, y he venido á este mundo» (3); y ademas ha dicho: «Yo no he venido á este mundo más que para dar testimonio de la verdad» (4). El hombre, pues, que sale á sembrar la semilla en su campo, no es otro, nos dice Haymon, segun San Juan Crisóstomo, que Jesucristo mismo, que ha salido del seno de su Padre y ha venido al mundo, no cambiando de lugar, puesto que Dios se encuentra en todas partes, sino asumiendo una nueva existencia y haciéndose Hombre, ha venido á esparcir la semilla, es decir, á predicar la doctrina evangélica, la misma que hasta ahora se encuentra en la Iglesia, y no cesa de repetirse y de enseñarse allí (5).

(1) Exiit qui cœpit seminare semen suum. (*Luc.*, VIII.)
(2) Semen est verbum Dei. (*Ibid.*)
(3) Exivi à Patre et veni in mundum. (*Joan.*, XVI.)
(4) Ad hoc veni in mundum ut testimonium perhiberem veritati. (*Joannis*, XVIII.)
(5) Intelligimus Christum qui exiens de sinu Patris venit in mundum. (*Haym.*)... Non localiter qui ubique est, sed per amictum carnis. (*Chrys.*)... Et cœpit seminare semen suum, id est prædicare evangelium, doctrinam, quæ modo in Ecclesia recitatur. (*Haym.*)

Pero notad, nos dice Haymon, segun Tito de Bostro, toda la belleza y misterio que hay en esa expresion, su semilla, su semilla propia; porque la doctrina que Jesucristo ha venido á predicar en el mundo no es una doctrina extraña, sino la que le pertenece (1). Todo lo que anunciaban los Profetas lo decian en nombre del Espíritu de Dios, y no lo daban como una doctrina propia. Por eso se servian siempre de esta expresion: «Hé aquí lo que dice el Señor» (2). Pero Jesucristo, en lugar de esta fórmula: «Dios me envia para deciros», se servia constantemente de esta otra: «Y Yo os digo»; porque Jesucristo posee la semilla celeste (3). Tito de Bostro dice igualmente: «La doctrina que predican San Pablo, San Juan, no les pertenece; no la poseen sino porque la han recibido. Sólo Jesucristo tiene propia esta divina semilla: porque no viene á revelar doctrinas y palabras tomadas de otro, puesto que por su naturaleza divina es el Verbo, la palabra, la sabiduría misma de Dios vivo, sino que Él toma su palabra del fondo mismo de su naturaleza divina» (4).

Pero en tanto que Hijo del hombre el Señor habia dicho á los judíos: «Mi doctrina no es mia; pertenece al Padre que me ha enviado» (5). Y dijo en seguida á los Apóstoles: «Como mi Padre me ha enviado, Yo os envío. Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. Quien á vosotros oye, á Mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á Mí me desprecia» (6). Resulta de esto evidentemente, que como el Padre celeste ha enviado á su Hijo para anunciar su doctrina al mundo, así Jesucristo no ha podido enviar á los Apóstoles y sus sucesores más

(1) Semen suum; proprius enim ejus est sermo doctrinæ, non alienus. (*Haym.*)
(2) Prophetæ enim quæcumque dixerunt, è spiritu dixerunt et non ut propria, unde dixerunt: Hæc dicit Dominus. (*Haym.*)
(3) Christus vero proprium habet semen; idcirco non dicebat, hæc dicit Dominus; sed: Ego dico vobis. (*Haym.*)
(4) Non accipit verbum quasi mutuatum, cum ipse naturaliter sit verbum Dei vivi. Non est igitur suum semen Paulo et Joanni; sed habent cum acceperint. Christus autem habet proprium semen proferens doctrinam ex natura sua. (*Tit. Bostrens.*)
(5) Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me. (*Joan.*, VII.)
(6) Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. (*Joan.*, XX.) Euntes in mundum universum prædicare Evangelium. (*Marc.*, XVI.) Qui vos audit me audit, et qui vos spernit me spernit. (*Luc.* X.)

que para predicar esa misma doctrina. Luego así como la doctrina de Jesucristo no es más que la del Padre celeste, así la predicacion de los Apóstoles no es más que la doctrina de Jesucristo; porque «como el Padre está siempre en el Hijo y con el Hijo» (1), así Jesucristo está siempre en los Apóstoles y con los Apóstoles, ó en la Iglesia y con la Iglesia (2). Quien fuere dócil á la voz de Jesucristo, será discípulo de Dios Padre (3); y lo mismo quien escuche dócilmente la predicacion de los Apóstoles y de los ministros de la Iglesia, escucha tambien á Jesucristo: *Qui vos audit me audit.*

Por consecuencia, aunque miserables y pecadores, desde que somos ministros de la Iglesia, con la legítima mision de predicar recibida de la Iglesia, desde que tomamos por base de nuestra doctrina el Evangelio, por intérpretes las decisiones de la Iglesia, los sentimientos de los Padres, las máximas de los santos, los monumentos venerables de la antigüedad sagrada, desde entónces tenemos la buena semilla destinada á sembrarse en el campo evangélico de nuestras almas; y esta semilla es verdaderamente divina, está verdaderamente en nosotros en un sentido real y no figurado la palabra de Dios mismo; de Dios recibimos la materia, la fuerza, la autoridad de nuestros discursos; es Dios quien os exhorta por nuestra boca (4). Esta palabra la tenemos de Dios, la predicamos en compañía de Dios, os la traemos de parte y en nombre de Dios. Somos discípulos de la misma escuela, formados por el mismo Maestro, os predicamos la misma palabra, la misma doctrina que los doctores de la Iglesia han tomado de los Padres, los Padres de los Apóstoles, los Apóstoles de Jesucristo, y Jesucristo de Sí mismo. Es, pues, la misma doctrina, la misma palabra divina que, saliendo del corazon de Dios, del espíritu de Dios, pasando por la boca santa del Hijo de Dios, y por Él conservada siempre pura en boca de los hombres encargados por Él de repetirla y anunciarla, queda siempre la palabra de Dios; es Dios quien la dicta; Dios el Autor de ella. Verdad es que nosotros podemos tener la desgra-

(1) Pater in me est et ego in Patre. (*Joan.*, x.)
(2) Ecce ego vobiscum sum. (*Matth.*, xxviii.)
(3) Erunt omnes docibiles Dei. (*Joan.*, vi.)
(4) Tamquam Deo exhortante per nos. (ii, *Cor.*, v.)

cia de engañarnos ó de engañar; pero al momento nos advierte la Iglesia, nos corrige, nos retira su mandato, su mision, nos condena al silencio. Pero en tanto que la Iglesia nos envia, nos sostiene, nos aprueba; en tanto que estamos con la Iglesia en union de fe, de doctrina, de amor, somos el canal sagrado por donde las aguas saludables de esa fuente divina se esparcen sobro vosotros, ó más bien somos la mano del divino Sembrador que esparce en la tierra de vuestras almas la semilla de su palabra.

¡Oh, qué bien comparada está á la semilla la predicacion de la divina palabra! *Semen est verbum Dei!* Hélo aquí:

1. Así como el trigo no se deposita grano á grano en el surco, y la mano del sembrador lo esparce en derredor en un terreno bien preparado, así la boca del predicador esparce la palabra sobre las almas de la atenta asamblea (1).

2. Así como la semilla es el principio de todas las plantas, de las hojas y los frutos, así en el proceder ordinario de la Providencia, á comenzar por la fe, la palabra de Dios es en el hombre el principio y la causa de la fe y de todas sus buenas obras. «La fe viene del oido», ha dicho San Pablo (2).

3. Así como la tierra, si no está sembrada, no produce más que inútiles hierbas, abrojos y espinos, así el terreno del corazon del hombre, si la palabra de Dios no le es anunciada, no produce más que pensamientos, afecciones, obras pecaminosas ó inútiles y vanas (3).

4. Si la semilla tiene necesidad del terreno, éste es fecundado por aquélla; y así como la palabra de Dios tiene necesidad de la cooperacion del libre albedrío del hombre, toda virtud por parte del hombre, toda fuerza productiva de obras espirituales, sobrenaturales, divinas, agradables á Dios y meritorias de la vida eterna, depende de la palabra de Dios y de la gracia que ésta lleva consigo (4).

5. Así como las diversas especies de semillas producen diver-

(1) Qui docet seminat; sermo autem cadit in audientes. (*Theophil.*)
(2) Fides ex auditu. (*Rom.*, x.)
(3) Quomodo credent ei quem non audierunt? Quomodo audient sine prædicante? (*Rom.*, x.)
(4) Sine me nihil potestis facere. (*Joan.*, xv.)

sas especies de granos, así las diversas sentencias de la doctrina evangélica producen diversas clases de virtudes.

6. Así como para que la semilla fructifique es preciso que el terreno esté roturado y labrado, así para que la palabra divina dé su fruto, es menester que el corazon que la recibe esté conmovido por el placer de escucharla, abierto con el surco de la humilde docilidad y de la pronta obediencia para practicar esta palabra.

7. Así como la semilla debe en la tierra calentarse y descomponerse para germinar, así la divina palabra en el secreto del corazon tiene necesidad de disolverse, de fermentar por el calor de la meditacion y por los santos ardores de la oracion.

8. Así como luégo que el gérmen empieza á apuntar en la superficie es menester labrarlo alrededor para facilitar el desarrollo y arrancar las malas hierbas, así para que fructifique la palabra de Dios cuando comienza á germinar en el corazon, es menester arrancar las malas hierbas de los pensamientos, de las afecciones, de los cuidados profanos, empleando la hoz de la mortificacion y la penitencia. La palabra de Dios es, pues, una semilla espiritual: *Semen est verbum Dei!*

Todas estas condiciones necesarias para que la divina palabra fructifique en los corazones, nos las ha indicado magistralmente Jesucristo en la parábola.

Una parte de la misteriosa semilla, nos ha dicho, cayó en el camino público, y ya porque fuese pisada, ya comida por los pájaros, se perdió (1). Esto significa que la palabra divina encuentra muchas veces espíritus disipados, vanos, orgullosos, y por tanto, como caminos públicos, abiertos al paso de las doctrinas profanas de todos los sistemas erróneos, abiertos á la libre accion de los demonios; y éstos, como aves, se la llevan, es decir, hacen olvidar absolutamente la palabra divina, borran todo vestigio en el espíritu ó en el corazon, á fin de que el alma no piense ni crea en ella y no pueda salvarse (3).

Una segunda porcion de la semilla cayó sobre terreno pedregoso, y, apénas germinada, se secó; porque no teniendo bastante tierra ni humedad, no pudo echar raíces ni fructificar (1). Esto significa que muchas veces en corazones endurecidos por antiguos hábitos en el error y el vicio, la divina palabra produce al pronto alguna impresion, despertando la complacencia en la virtud; pero de una manera débil, superficial. Esas almas se convierten á la verdad evangélica; pero á la primera ocasion, al primer choque que reciben, á la primera tentacion, vuelven á sus primeros errores, á sus primeras supersticiones (2).

(1) Aliud cecidit secus viam et conculcatum est et volucres cœli comederunt illud. (*Matth.*, XIII.)

(2) Qui autem secus viam, hi sunt qui audiunt; deinde venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant. (*Ibid.*)

Una tercera porcion de la semilla cayó en los espinos, que creciendo más rápidamente que los granos, no tardaron en hacerlos perecer (3). Lo que quiere decir que la palabra evangélica encuentra almas subyugadas por la ambicion, la vanidad, el amor á las riquezas, el hábito de los placeres carnales, y esas almas pueden recoger y guardar la semilla, es decir, creer en la predicacion evangélica y no olvidarla; pero esta palabra queda sofocada por las espinas de los vicios, de los intereses, de las preocupaciones, de las pasiones siempre crecientes. Y esas espinas crecen sin cesar, y las verdades se olvidan, y los remordimientos se adormecen, y queda ahogada la voz de la conciencia, y los deseos de conversion se abandonan, y se vuelve á las costumbres interrumpidas momentáneamente, y la divina semilla no da ningun fruto para la salud eterna (4).

En fin, la cuarta porcion de la semilla cayó en buen terreno y bien preparado, y fructificó y dió treinta, sesenta, más de ciento por uno (5). Lo que significa, que cuando la palabra divina cae sobre almas buenas y perfectas, es decir, dóciles, deseosas de escuchar la verdad de Dios, prontas á aprovecharla, pacientes para

(1) Aliud cecidit supra petram et natum aruit quia non habebat humorem. (*Matth.*, XIII.)

(2) Nam qui supra petram, qui cum audierint cum gaudio suscipiunt verbum: et hi radices non habent, quia ad tempus credunt; et in tempore tentationis recedunt. (*Ibid.*)

(3) Et aliud cecidit inter spinas, et simul exortæ spinæ suffocaverunt illud. (*Ibid.*)

(4) Quod autem inter spinas cecidit, hi sunt qui audierunt, et à sollicitudinibus et divitiis et voluptatibus vitæ euntes suffocantur et non referunt fructum. (*Ibid.*)

(5) Et aliud cecidit in terram bonam et ortum attulit fructum. Aliud centessimum, aliud sexagesimum, aliud trigesimum. (*Ibid.*)

soportar el peso de los sacrificios que esa palabra les pide, produce un fruto verdadero, sólido y real, unas veces menor, otras considerable y otras verdaderamente prodigioso, segun la medida, la diversidad de su celo, sus esfuerzos, su generosidad para cooperar (1).

Tales son, pues, segun la magnífica interpretacion que el Salvador mismo nos ha dado de la parábola, las cuatro clases de personas que puede encontrar la palabra evangélica. La primera es de aquéllos que escuchan y no creen; la segunda de los que creen y no conservan en el corazon; la tercera de los que creen y conservan, pero que no aprovechan; la cuarta, en fin, de las almas afortunadas que escuchan, creen, conservan en el corazon y hacen fructificar por buenas obras para la salud eterna.

Á la primera clase pertenecen los falsos filósofos, los judíos, los infieles, los herejes, que aborrecen la predicacion de la verdadera fe, llevada por el mundo entero por los misioneros y predicadores de la Iglesia, y que rehusan convertirse, ya por su disipacion habitual, ya porque son esclavos del demonio que domina su espíritu por la vana ciencia del orgullo, y que ahoga ó borra en ellos todo principio de verdad, todo impulso virtuoso y saludable. Aquellos que la escuchan con desprecio, la combaten con obstinacion, la persiguien con furor y perseveran en su incredulidad, en su perfidia, en su supersticion, en su herejía, y se pierden para siempre.

Á la segunda clase pertenecen los neófitos, que del seno de las supersticiones paganas, de la perfidia judaica, de los sistemas de incredulidad, atraidos á la verdadera fe por la predicacion evangélica, no la acogen más que superficialmente, á medias, y que no teniendo una fe sólidamente arraigada, no perseveran, ceden al atractivo de los bienes sensibles, á la amenaza de los castigos temporales, á las seducciones de la incredulidad, del judaismo, del paganismo, de la herejía.

Á la tercera clase pertenecen ciertos católicos que escuchan la divina palabra, la creen y la retienen en la inteligencia por la fe, sin guardarla tambien en su corazon; que la confiesan con la boca sin cumplirla con las obras, y que, en la corrupcion de sus vicios, no se atreven á hacer al Evangelio el sacrificio de su ambicion, de su avaricia ó de su lujuria.

(1) Quod autem in bonam terram, ii sunt qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent et fructum afferunt in patientia. (*Matth.*, XIII.)

En fin, la cuarta clase comprende todos los buenos católicos que escuchan la divina palabra con la humildad y la docilidad del corazon, y no solamente se adhieren á ella por la fe, sino por la afeccion, de tal manera que se corrigen de sus vicios y progresan en toda clase de virtudes, y recogen frutos más ó ménos abundantes, segun la disposicion de su corazon más ó ménos generoso, segun la energía de su voluntad más ó ménos perfecta. Así puede decirse que la divina palabra fructifica como treinta en los que principian, como sesenta en los que progresan, como ciento en los perfectos; ó bien como treinta en las personas casadas, como sesenta en los que se resignan á la viudez, como ciento en las vírgenes; ó bien como treinta en los que observan los que observan los mandamientos de Dios, como sesenta en los que practican los consejos evangélicos, como ciento en los que se dedican sin reserva á las obras de celo y al ejercicio de la caridad. En fin, si se quiere, como treinta en los confesores, como sesenta en los doctores, como ciento en los mártires; y aunque las recompensas sean diversas á proporcion de la diversidad de los frutos y de los méritos, como todos escuchan y cumplen la palabra divina, todos son dichosos, todos se han salvado: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

¿Quién podrá indicar solamente todo lo que esta magnífica doctrina encierra de verdad, todo lo que presenta de útil enseñanza? No, ni las prácticas de piedad, ni ningun acto de religion, ni áun la oracion, la limosna, el estudio de la Escritura Santa, pueden suplir á la eficacia de la palabra divina anunciada por sus ministros.

Pero ¿por qué la palabra de Dios, palabra de vida que da y restituye la gracia, que otros siglos, otros pueblos vieron tan fecunda, tan poderosa en prodigios, hasta persuadir la humildad en la grandeza, la penitencia en las delicias, el desprendimiento en la opulencia, esa palabra que ha enriquecido los desiertos con los despojos del mundo y ha hecho brillar en el mundo las virtudes del desierto, por qué esa palabra está hoy sin fuerza, sin vigor entre nosotros? ¿Por qué, léjos de renovar entre nosotros sus antiguos prodigios, nos deja en las garras de nuestros vicios y nuestras pasiones?

Notad ahora, dice Theophilacto, que de la semilla más exquisita de la palabra de Dios, tres partes se pierden por diversas razones, y que solamente la cuarta da su fruto ; y eso porque tres cuartas partes del género humano son un terreno, ó sin roturar, ó pedregoso, ó lleno de espinos ; una parte sola es el buen terreno ; es decir, que para las tres cuartas, los hombres son, ó rebeldes, ó infieles, ó ingratos, y por consecuencia, se pierden ; una sola parte es dócil, fiel y reconocida, y por consecuencia, se salva. Luego las disposiciones con que se escucha, las diversas maneras de recibir la palabra de Dios, explican el grande y terrible misterio del número mayor de réprobos, de los pocos elegidos. Y en efecto, segun se acoge ó se desprecia, se escucha ó se combate, se ama ó se aborrece, se honra ó se persigue, se descuida ó se hace fructificar la gracia de la divina palabra, el hombre es infiel ó cristiano, incrédulo ó creyente, hereje ó católico, pecador ó justo. En fin, la palabra de Dios es la gracia de las gracias, el medio de los medios, el misterio de los misterios, de donde depende la condenacion ó la salud del hombre (1).

Notad, en segundo lugar, que una semilla, segun la diversidad de los terrenos en que cae, llega á ser pisada, ó comida por las aves, ó seca por falta de humedad, ó ahogada por los espinos, ó fructifica en éste como treinta, allí como sesenta ó como ciento aquí. De lo cual resulta evidentemente que lo poco ó nada del fruto que produce muchas veces la predicacion evangélica, no proviene del defecto de los predicadores, sino de las diversas disposiciones de los oyentes. Porque, ya lo hemos dicho, la predicacion católica, de cualquier manera que sea tratada por el ministro de la Iglesia, es siempre la semilla celeste, la palabra de Dios. En tercer lugar, segun la doctrina de San Pablo, la predicacion evangélica es una especie de sacramento ; y como la gracia de los sacramentos no depende de la santidad del ministro, tampoco la eficacia de la palabra divina depende del mérito ni del talento del que la anuncia.

Dios ha elegido el hombre para esclarecer, instruir, evangelizar, santificar á los hombres ; pero no ha querido que la eficacia de los ministerios confiados al hombre dependa de la virtud del

(1) Tres sunt partes eorum qui pereunt, una eorum qui salvantur ; ita multi sunt vocati, pauci vero electi. (*Theophil.*)

hombre ; de otra manera los hombres habrian debido al hombre su santificacion y su salud. La eficacia de la palabra divina ha sido, pues, unida, no á la santidad del ministro, sino á la divinidad del ministerio ; ha sido unida á la palabra del hombre, en tanto que habla en nombre de Jesucristo, ó más bien en tanto que Jesucristo habla en el hombre, en tanto que lo que dice el hombre es la palabra de Dios : *Semen est verbum Dei.*

En este ministerio el hombre no es nada, Dios es todo : « No es quien planta ni quien riega la planta, que es cualquier cosa ; es quien la hace crecer, es Dios » (1). Hé ahí la diferencia que existe entre la elocuencia sagrada y la profana. Esta debe su poder al talento, á las cualidades, al arte del hombre : aquélla lo debe todo al Espíritu, á la gracia de Dios. Obtener el perdon de un acusado, ganar un pleito, hacer pasar una ley, una medida puramente política, hacer que todo un pueblo abrace el partido de una paz humillante ó de una guerra ruinosa, son triunfos que puede obtenerlos el orador político ó civil con sólo los resortes de la retórica. Pero elevar al hombre hasta los sentimientos que rehusan la naturaleza corrompida, persuadirle á renunciar á sus vicios, á sus pasiones, á él mismo, hacer del pecador un santo, es un éxito que no puede obtenerse por un hombre con sus solos recursos y sus solos esfuerzos. El más gran orador no puede conseguirlo ; y si lo consigue, aunque parece ser el hombre, es Dios quien ha operado el prodigio. *Neque qui plantat est aliqutd, neque qui rigat ; sed qui incrementum dat Deus.* El corazon de los hombres no está entre las manos del predicador, sino en las de Dios. Su conversion y la reforma de sus costumbres no depende de nuestra elocuencia, sino de la gracia divina. En vano hablamos si estamos solos, si Dios no habla en nosotros y con nosotros. Somos los instrumentos y no los actores, la ocasion y no la causa de las conversiones. Nuestros talentos, nuestros esfuerzos, nuestros sacrificios, no tienen por eso ninguna fuerza ; despues de haber hecho todo lo que hemos podido, es nuestro deber confesar que somos servidores inútiles, y que no podemos hacer ninguna otra cosa.

Pero si nuestra habilidad, nuestras virtudes no pueden acrecentar en nada la eficacia de la palabra divina, nuestros defec-

(1) Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat ; sed qui incrementum dat Deus. (I, *Cor.*, III.)

tos, nuestros vicios no pueden debilitarla; lo mismo nuestra habilidad que nuestras virtudes, sin la gracia del ministerio, de nada sirven, así como nuestros defectos no pueden tampoco impedir el éxito. Cualquiera que sea el hombre que Dios haya empleado, ya sea Moises ó Balaam, Pedro ó Júdas, Juan ó Caifás, Dios habla siempre por boca de su ministro legítimo; y por consecuencia, cualquiera que sea el ministro, depende de los oyentes hacer útil ó infructuoso el ministerio.

La palabra santa por sí misma es capaz de esclarecer todas las inteligencias, de subyugar todos los corazones, de destruir todos los vicios, de hacer abrazar todas las virtudes: «La semilla que fecundiza las almas es la palabra de Dios.» Si escuchada por todos no produce sus frutos más que en algunos, proviene de la naturaleza del terreno, es decir, de la falta de los oyentes, que sólo una parte de éstos es la buena tierra.

La palabra evangélica es la doctrina más noble en su orígen, puesto que viene de Dios; es una doctrina de la más alta importancia, puesto que Dios se digna predicarla con nosotros; es una doctrina de la mayor estima, puesto que la predicamos en nombre de Dios; y por consecuencia, debe escucharse con humildad con atencion, con amor. Debemos guardarnos de ir á escucharla por curiosidad, de recibirla con indiferencia.

Así como podemos tener una doble intencion cuando vemos las pinturas y estatuas de los santos: una, edificarnos venerándolas por un sentimiento religioso, y la otra, el placer de admirar el arte, así tambien hay dos maneras de escuchar la palabra de Dios: la una, de los que vienen á oir á Dios que habla por boca del hombre, y la otra, de los que quieren únicamente saber cómo el hombre habla de Dios; la una, para recibir la instruccion divina, la otra, para admirar las gracias y los artificios de la elocuencia humana. Estos últimos no tienen oidos para oir; no vienen más que para repetir en seguida los más bellos pasajes, las frases, los rasgos más elocuentes, como se hace de una cancion que se ha oido, de un aire musical que ha gustado en el teatro. Dios habia hecho la observacion de esto al profeta Ezequiel: «Escuchan los discursos, y no los ponen en práctica; los toman como cantos frívolos» (1).

(1) Audiunt sermones tuos, et non faciunt eos, quia in canticum oris sui vertunt illos. (*Ez.*, XXXIII.)

La palabra divina, que alimenta el alma y la prepara á la vida eterna, no es ménos dón de Dios que el alimento que nutre el cuerpo y sostiene la vida temporal. Por un puro efecto de la misericordia divina estamos nosotros en posesion de ese pan de vida y de inteligencia de que los judíos se hicieron indignos por su ingratitud.

Echemos una mirada sobre tantos pueblos sumidos aún en las tinieblas de la herejía, de la supersticion, de la infidelidad; miéntras que entre nosotros brilla la luz del Evangelio en todo su esplendor, allí no se oye una palabra salida de la boca del divino Maestro; miéntras que entre nosotros, en los templos y en todas partes, resuenan las divinas lecciones, allí, bajo un cielo de bronce, sobre la tierra árida y seca, no germina un solo grano del trigo de los elegidos; miéntras nosotros tenemos cuanto necesitamos en los graneros inagotables de la verdadera Iglesia, allí jamas se oye una conversacion edificante, una sola palabra de Dios; miéntras que casi á todas las horas del dia tenemos nosotros predicaciones, exhortaciones y explicaciones de los misterios de Dios y de sus santas leyes, miéntras que entre vosotros casi cada discípulo encuentra un maestro, allí pueblos enteros no tienen un solo apóstol, un solo predicador.

¿Qué hemos hecho para merecer tales ventajas? ¿Qué han hecho ellos para no obtenerlas? ¿Son nuestras virtudes ó sus crímenes lo que ha producido esa desigualdad tan grande? ¡Ah! ¡Es, Dios mio, vuestra sola condescendencia, vuestra sola misericordia, vuestra sola predileccion por nosotros quien ha hecho ese discernimiento adorable! ¡Y por eso, compadeciendo la triste condicion de tantos infieles, debemos continuar bendiciéndoos por nuestra suerte dichosa! Comprended, pues, cristianos, el precio de un favor divino tan manifiesto, de una gracia tan señalada; gocémosla para nuestro bien, á fin de que un dia no se nos retire para nuestra condenacion.

Escuchemos la palabra santa con respeto, y practiquémosla con fidelidad; porque los dichosos no son los que solamente la hayan escuchado, sino los que la conservan en su corazon con amor, la practican con sus obras: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

Cuando los reyes de la tierra envian á sus ministros para anunciar sus voluntades á los pueblos, ¡con cuánto respeto se les aco-

ge, con cuánta atencion se les escucha, con qué prontitud se les obedece! Entónces, ¡con cuánto mayor respeto debe acogerse, con cuánta mayor docilidad debe escucharse á los predicadores cristianos, que vienen á notificarnos las voluntades eternas del gran Monarca de los cielos!

Segundo punto. Así como los que no se curan las enfermedades del cuerpo suelen atribuirlo á impericia del médico y no á la malignidad de los humores, así tambien los pecadores que no se convierten, en lugar de culpar á la ceguedad voluntaria de su propio espíritu y á la dureza de su corazon, lo atribuyen á falta de celo, de santidad y de mérito del predicador. ¡Oh, dicen, qué cambio en nuestras iglesias! ¡Los predicadores de hoy no son los de otro tiempo! ¡Oh, si Dios resucitase á los Ambrosio, los Agustin, los Juan Crisóstomo, los Leon, los Gregorio, los Antonio de Padua, los Vicente Ferrer, los Javier, los Andres Avelino! ¡Cómo se vería la predicacion evangélica, la divina semilla esparcida por tales manos, fecunda en conversiones maravillosas, fructificando centuplicadamente en el campo del Señor! Despues, volviéndose á nosotros, nos dicen: ¡Sed Nathan, y nosotros serémos penitentes como David! ¡Sed de los Esdras, y serémos fervientes israelitas! ¡Sed de los Jonás, y serémos Ninivitas convertidos!

¡Ah! Es demasiado verdad: no somos ni Apóstoles ni Profetas; no tenemos ni la santidad ni el celo de los hombres apostólicos. Pero tambien es verdad que semejante queja, semejante excusa en boca de los pecadores, de los mundanos, es injuriosa, hipócrita y absurda.

Es injusta, porque si hay malos predicadores, son la causa los mismos que de ello se quejan. Dios me libre de querer patrocinar una degeneracion de la elocuencia sagrada que buscase más bien los aplausos de un pueblo de admiradores, que los gemidos y la conversion de un pueblo penitente; que haciendo servir al deseo de agradar el grave ministerio que debe instruir, y empleando la palabra de verdad en mendigar la alabanza, halagasen los oidos y dejasen en paz las pasiones; que fuesen á perderse en frívolos conceptos, en períodos redondos, en expresiones rebuscadas, en artificios, en flores retóricas, en ornamentos profanos, obligando á la santa verdad á enrojecerse como una mujer honesta que se viese engalanada con los vestidos inmodestos de una bailarina.

Pero al condenar esa elocuencia sacrílega y profanadora de la palabra de Dios, debe reconocerse que lo que la alienta, lo que la sostendria, sería el gusto depravado de nuestros cristianos modernos. Los predicadores que exponen los grandes misterios de la religion, que se levantan valerosamente contra el vicio, que afrontan las pasiones en cualquiera condicion que las encuentren, y que las amenazan con la severidad de los juicios de Dios, con el horror de los divinos juicios, á esos predicadores, vosotros, nuevos Achab, les llamais profetas de desgracias: «¡No me profetizan más que el mal, nunca el bien!» (1).

Quereis una voz agradable, un elegante estilo, imágenes rientes, gran arte cuando se os habla de vuestros intereses eternos. Eso es más de histrion que de predicador, recuerda el teatro y hace olvidar la casa de Dios, lleva el espíritu al escenario y hace perder de vista el altar, tiene más gracia y ménos verdad, halaga más que reprende, acaricia más que censura, agrada más que instruye, es más indulgente, atrae un numeroso auditorio; porque siempre se ve á la multitud correr tras esos predicadores; se les escucha con más atencion y se les preconiza con más entusiasmo. Pretendeis, en una palabra, que los predicadores de cuaresma sean una diversion, continuacion de las del carnaval. Eso es lo que se veia en tiempo de Isaías: «No nos digais más que cosas que puedan agradarnos» (2).

¿Y cuál es la consecuencia de semejantes pretensiones? ¡Ay! Lo mismo que un mal pueblo no puede formar más que un mal soberano, un mal auditorio no puede formar más que un mal predicador. Los predicadores se aperciben de que no conmueven vuestro corazon, de que no hay medio de atraeros á la iglesia sino hablándoos un lenguaje medio profano, y olvidan fácilmente el lenguaje divino. Al ver que preferis discursos filosóficos á los preceptos de una probidad toda natural, os predican la filosofía más bien que el Evangelio; y cambiando el santuario en academia, la cátedra sagrada en tribuna, os ofrecen disertaciones sábias en lugar de predicaciones. Vosotros, pues, los reducis á esa triste necesidad, les inspirais el estilo profano en que os hablan. Vosotros sois causa de que hagan una mezcla adúltera de la pa-

(1) Non prophetant mihi bonum, sed malum. (*Reg.*, XXII.)
(2) Loquimini nobis placentiam. (*Is.*, XXX.)

labra divina, haciéndola descender hasta el lenguaje del hombre. Sois, pues, injustos al deplorar que no haya hoy predicadores santamente celosos. Añadid en segundo lugar que esa queja es hipócrita.

No, no, no es verdad que deseeis sinceramente en los ministros de la divina palabra el celo, la doctrina y la santidad de los hombres apostólicos. Lo decis con la lengua; pero en el fondo de vuestro corazon temeis á esos predicadores.

Si se levantasen hoy hombres que á toda la erudicion de los doctores reuniesen todas las virtudes, el celo y la libertad de los santos, estas cualidades os dasagradarian más que los defectos de que los acusais. Su celo irritaria la vanidad de vuestro amor propio; su lenguaje popular ofenderia la delicadeza de vuestro gusto; su libertad haria estremecer vuestras pasiones; sus virtudes serian la materia de vuestras censuras. En general se busca al predicador que agrada, no al apóstol que convierte. En el teatro se exige la pintura y la expresion fiel de las pasiones, porque el teatro tiene por objeto halagarlas y encenderlas en los corazones; pero no se sufre eso en la cátedra que desenmascara las pasiones, que las humilla, que las condena.

Desgraciados de nosotros si, por ejemplo, elevamos nuestra voz contra la pasion del amor impuro, cuyo fuego consume todas las edades, extiende sus estragos en todas las condiciones, y á despecho del Cristianismo va siempre creciendo con una licencia espantosa, que es la perdicion de las almas. Se tolera, se pretende, se exige que esa funesta pasion se represente en todos los teatros, se describa en todos los libros, sea objeto de todas las conversaciones, para fomentarla, justificarla, llevarla en triunfo; pero no se tolerará que el ministro de Dios hable de ella en la cátedra para condenarla. Entónces se dice que nuestros predicadores no respetan las conveniencias en el lugar santo, la inocencia del niño, el pudor de los oidos castos, y con un celo hipócrita se hace un crímen de la santa libertad evangélica de que San Pablo nos ha dado ejemplo.

Más desgraciados aún, si nos levantamos contra la dureza de los ricos, las opresiones, las injusticias de los grandes, los adulterios, las rapiñas que se cometen bajo el manto del poder, de la funcion, del nombre, de la dignidad. Una palabra escapada á nuestro celo contristado nos atrae las más severas censuras.

Éstos nos tratarán de imprudentes, aquéllos de fanáticos; otros pedirán reprimendas, muchos proscripciones y destierros; quién nos acusará de ultrajes á la decencia, quién de insultos á la autoridad; unos nos tratarán de insolentes, y otros de rebeldes.

¡Ah! Si tuviésemos, como pretendeis desear, el celo y el espíritu de los Profetas y los Apóstoles, no seriais hoy para con nosotros ni más tolerantes, ni más justos, ni más discretos que lo fueron los antiguos perseguidores de los Apóstoles y de los Profetas. Veriamos renovarse contra nosotros los conventículos de la córte de Sedecías contra Jeremías, los accesos de cólera de Darío contra Daniel, la intriga de Aman contra Mardocheo, la injusticia de Jezabel contra Elías, el furor de Heródes contra Juan Bautista; la horrible, la sacrílega, la infernal oposicion de los judíos contra Jesucristo. Todas vuestras pasiones se rebelarian contra nosotros, así como se han rebelado constantemente contra los Apóstoles, y nos harias pagar nuestro celo con nuestra prision y la pérdida de nuestra vida. Luego todas esas quejas sobre que no tenemos el espíritu de los verdaderos predicadores son quejas injustas, quejas hipócritas, y añadirémos quejas absurdas y sin motivo.

¿Con qué disposiciones se viene á oir la predicacion? Cada uno se cree llegado á la perfeccion, é irreprochable en materia de moral y religion, de manera que cree que con respecto á esto nada tiene que recibir. Se va, pues, al sermon, los unos por curiosidad, los otros por costumbre; quién por ligereza ó por respeto humano, quién para criticar ó para admirar al orador. Muy pocos van para sacar el provecho espiritual y escuchar la palabra de Dios. La mayor parte no van como cristianos que creen, sino como censores que examinan, como jueces que deciden, como filósofos que desdeñan, como mundanos que buscan un pasatiempo. Si con tales disposiciones tuviésemos nosotros el espíritu de los Apóstoles y de los Profetas, no sacariais ningun fruto de nuestras predicaciones.

¿No eran profetas Isaías, Jeremías, Elías y Juan Bautista? ¿No eran apóstoles Pedro, Pablo y Santiago? ¿Y qué precio recibieron por sus predicaciones á los hombres dominados por la lujuria y por el orgullo; qué precio de los hombres que no los escucharon sino con un espíritu de maligna curiosidad, soberbia ó indiferencia?

¡Ah! Ya os lo hemos dicho y no cesarémos de repetirlo : las virtudes del predicador no hacen las virtudes de un pueblo, sino las virtudes, las buenas disposiciones del pueblo son las que dan el éxito al predicador. Si fueseis lo que debeis ser, humildes, dóciles, ávidos de recoger la semilla de la divina palabra, vuestras disposiciones suplirian la habilidad que nos falta. La semilla divina, al caer en una buena tierra, daria frutos abundantes; pero miéntras seais vanos, frívolos, disipados, orgullosos, corrompidos, endurecidos, determinados, obstinados contra todo lo que podria conmoveros, penetraros de compuncion y convertiros, la semilla divina, en un terreno tan miserable, tan seco, tan duro, tan lleno de abrojos, aunque fuese esparcida por la man y con el espíritu de los Apóstoles, no fructificaria jamas.

Hagamos, pues, por ir á oir los sermones con las disposiciones necesarias, de llevar un corazon dócil y lleno de sinceridad, un ardiente deseo y una afeccion verdaderamente piadosa. Hagamos por que la semilla divina caiga en buen terreno y bien preparado : *In terram bonam.* Sólo así será pronta la germinacion y bueno el fruto. Para un alma sincera y fiel, no hay discurso inútil. Dios habla siempre para quien quiere escucharlo. El Espíritu Santo hará lo que el hombre no puede hacer ; dirá en secreto lo que el hombre no puede decir. El más mediano predicador será con tales oyentes un apóstol y un profeta, y entónces la santa predicacion será para cada uno de nosotros una semilla que fructifica, una antorcha que alumbra, una doctrina que instruye realmente, un elemento que sostiene, una bebida que restaura, un bálsamo que da la salud, una llama que, destruyendo todo lazo profano, encenderá en nosotros el fuego del amor divino, y nos asegurará la beatitud prometida á los que escuchan con docilidad, conservan cuidadosamente y cumplen con fidelidad la palabra divina : *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

VIGÉSIMA SÉTIMA HOMILÍA.

PARÁBOLA DE LA LEVADURA,

Ó LA GRACIA.

Quorum os locutum est vanitatem..... Beatum dixerunt populum cui hæc sunt. Beatus populus cujus Dominus Deus ejus. (Ps. CXLIII.)

Cuya boca habló vanidad..... Bienaventurado han llamado al pueblo que tiene estas cosas : bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por Dios.

Los partidarios del mundo son tan estúpidos en sus juicios, en sus máximas, en sus ideas, como corrompidos é injustos en su conducta. En efecto, ¿quiénes son esos que los mundanos admiran, envidian, sirven, respetan, alaban y honran? Los hombres rodeados de lujo, colmados de riquezas, entregados á los placeres; los hombres elevados en dignidad, en poder ó en autoridad. Á éstos les llama el mundo seres privilegiados, favorecidos de la fortuna. Á su presencia el hombre del mundo siente en su corazon la envidia por la posicion, un deseo importuno de sustituirle, de ser lo que el otro es á sus ojos. ¡Ah, dice, qué dichosos son ésos! ¡Hé ahí la felicidad! *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt!*

¡Pero, engañosos pensamientos! dice el Profeta. ¡Vanos aplausos! ¡Estúpida admiracion! ¡Insensato lenguaje! *¡Os eorum locutum est vanitatem!* El hombre verdaderamente digno de envidia, verdaderamente afortunado, verdaderamente dichoso, es el que está en gracia de Dios, que pertenece á Dios, y cuya sola riqueza, cuya sola gloria es Dios : *Beatus populus cujus est Dominus Deus ejus.*

¡Ah! Ya os lo hemos dicho y no cesarémos de repetirlo: las virtudes del predicador no hacen las virtudes de un pueblo, sino las virtudes, las buenas disposiciones del pueblo son las que dan el éxito al predicador. Si fueseis lo que debeis ser, humildes, dóciles, ávidos de recoger la semilla de la divina palabra, vuestras disposiciones suplirian la habilidad que nos falta. La semilla divina, al caer en una buena tierra, daria frutos abundantes; pero miéntras seais vanos, frívolos, disipados, orgullosos, corrompidos, endurecidos, determinados, obstinados contra todo lo que podria conmoveros, penetraros de compuncion y convertiros, la semilla divina, en un terreno tan miserable, tan seco, tan duro, tan lleno de abrojos, aunque fuese esparcida por la man y con el espíritu de los Apóstoles, no fructificaria jamas.

Hagamos, pues, por ir á oir los sermones con las disposiciones necesarias, de llevar un corazon dócil y lleno de sinceridad, un ardiente deseo y una afeccion verdaderamente piadosa. Hagamos por que la semilla divina caiga en buen terreno y bien preparado: *In terram bonam.* Sólo así será pronta la germinacion y bueno el fruto. Para un alma sincera y fiel, no hay discurso inútil. Dios habla siempre para quien quiere escucharlo. El Espíritu Santo hará lo que el hombre no puede hacer; dirá en secreto lo que el hombre no puede decir. El más mediano predicador será con tales oyentes un apóstol y un profeta, y entónces la santa predicacion será para cada uno de nosotros una semilla que fructifica, una antorcha que alumbra, una doctrina que instruye realmente, un elemento que sostiene, una bebida que restaura, un bálsamo que da la salud, una llama que, destruyendo todo lazo profano, encenderá en nosotros el fuego del amor divino, y nos asegurará la beatitud prometida á los que escuchan con docilidad, conservan cuidadosamente y cumplen con fidelidad la palabra divina: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

VIGÉSIMA SÉTIMA HOMILÍA.

PARÁBOLA DE LA LEVADURA,

Ó LA GRACIA.

Quorum os locutum est vanitatem..... Beatum dixerunt populum cui hæc sunt. Beatus pópulus cujus Dominus Deus ejus. (Ps. CXLIII.)

Cuya boca habló vanidad..... Bienaventurado han llamado al pueblo que tiene estas cosas: bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por Dios.

Los partidarios del mundo son tan estúpidos en sus juicios, en sus máximas, en sus ideas, como corrompidos é injustos en su conducta. En efecto, ¿quiénes son esos que los mundanos admiran, envidian, sirven, respetan, alaban y honran? Los hombres rodeados de lujo, colmados de riquezas, entregados á los placeres; los hombres elevados en dignidad, en poder ó en autoridad. Á éstos les llama el mundo seres privilegiados, favorecidos de la fortuna. Á su presencia el hombre del mundo siente en su corazon la envidia por la posicion, un deseo importuno de sustituirle, de ser lo que el otro es á sus ojos. ¡Ah, dice, qué dichosos son ésos! ¡Hé ahí la felicidad! *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt!*

¡Pero, engañosos pensamientos! dice el Profeta. ¡Vanos aplausos! ¡Estúpida admiracion! ¡Insensato lenguaje! *¡Os eorum locutum est vanitatem!* El hombre verdaderamente digno de envidia, verdaderamente afortunado, verdaderamente dichoso, es el que está en gracia de Dios, que pertenece á Dios, y cuya sola riqueza, cuya sola gloria es Dios: *Beatus populus cujus est Dominus Deus ejus.*

Esta importante leccion sobre el precio único, imperecedero de la gracia, esta leccion que el Señor nos habia dado por medio de su Profeta, ha querido de nuevo inculcarla por la parábola de la levadura. Porque los efectos producidos en la masa por la levadura expresan precisamente todos los efectos que debe producir en las almas la gracia del Redentor. Vamos, pues, á estudiar hoy en esta parábola todos esos maravillosos é inefables efectos de la gracia. Verémos cómo ese fermentador celeste, introducido y esparcido en nuestros corazones por medio de los sacramentos, nos trasforma, nos hace verdaderamente dichosos; y si tenemos la dicha de poseerlo, lo conservarémos con la más vigilante solicitud; y si nos falta, emplearémos todas nuestras fuerzas para adquirirlo.

Primer punto. El Salvador del mundo estaba un dia sentado en la popa de la barca de Pedro, en la ribera cerca de Capharnaum. Los discípulos rodeaban al divino Maestro, y sus palabras las escuchaba con atencion el pueblo que habia acudido. Entónces fué cuando el Señor propuso y explicó diversas parábolas en un mismo discurso; semejante, dice San Jerónimo, á un hombre opulento que presenta en una misma comida variedad de manjares, á fin de que cada cual tome y se regale con los que sean más de su gusto y más á propósito para su temperamento (1).

Entre esas parábolas, de las cuales hemos explicado algunas, y con la ayuda de Dios esperamos explicar las demas, propuso la de la levadura en estos terminos: «Semejante es el reino de los cielos á la levadura que toma una mujer, y la esconde en tres medidas de harina, hasta que todo queda fermentado» (2).

Hemos podido ver que el reino de los cielos de que el Salvador habla á cada página de su Evangelio, es su doctrina, su ley, su culto, su Iglesia, su religion, en una palabra, Él mismo en sus relaciones con el hombre de la tierra para conducirlo al cielo; de manera, dice San Hilario, que en esta parábola, es su gracia, es el mismo Señor que se compara á la levadura (3). Y en efecto, añade San Ambrosio, si el Señor es el trigo, el trigo de los elegidos, como Él mismo se llama en las Escrituras, es tambien la levadura, puesto que ésta se hace con aquél (1).

¡Oh, continúa el mismo santo doctor, cuán justa es esta comparacion que el Señor hace de Sí mismo con la levadura! Esta es una porcion de masa, pequeña en extension, simple por su naturaleza, abyecta en apariencia. Cuando se mezcla á otra cantidad de masa, despliega una fuerza, una actividad maravillosa, y la penetra, la trasforma y la convierte en lo que es ella. Así el Señor, no siendo en apariencia más que un hombre pobre, débil, humillado, perseguido, escarnecido, crucificado, apénas fué mezclado, levadura divina, con las tres medidas de harina, es decir, apénas hubo esparcido y como ingerido su religion en las tres razas principales descendidas de los tres hijos de Noé, que forman la masa del género humano, operó por la virtud oculta, pero poderosísima, de su gracia un cambio maravilloso; quiso que los hombres fuesen lo que Él era, los trasformó en Él mismo, y desde Jesucristo y por Jesucristo los hombres fueron cristianos, no solamente de nombre, sino por las costumbres (2).

Ademas, notad, dice San Ambrosio, que la harina se compone de una cantidad infinita de pequeños glóbulos sin cohesion; pero apénas se mezclan con la levadura, la masa forma un cuerpo sólido; y lo mismo los hombres que estaban entre sí divididos por el interes y las pasiones, dispersados en la vasta superficie de la tierra, apénas oyeron la narracion de la pasion y muerte de Jesucristo, apénas obtuvieron las ventajas y las gracias unidas á su santa religion, se encontraron unidos por los lazos de una misma fe, de una misma ley, de un mismo culto, de un mismo amor, y formaron una masa sólida, compacta, homogénea, en una palabra, la sociedad cristiana, la Iglesia, que es el cuerpo místico de Jesucristo (3).

¿Pero quién es esa mujer que ha mezclado en la masa de la

(1) Quasi dives pater familias invitatos diversis reficiens cibis, ut unusquisque secundum naturam stomachi sui varia alimenta suscipiat. (*S. Hierom.*)

(2) Simile est regnum cœlorum fermento quod mulier abscondit in farinæ satis tribus, donec fermentatum est totum. (*Matth.*, XIII.)

(3) Fermento hic sese Dominus comparat. (*S. Hilar.*)

(1) Si triticum est Dominus, et fermentum est; quia fermentum nonnisi de tritico fieri solet. (*S. Ambros.*)

(2) Ita Dominus cum se cœpit per totum orbem divinitatis suæ vigore diffundere; statim omne genus in substantiam suam, sua potestate pertraxit, id est Christianos cunctos fecit esse quod ipse est. (*S. Ambros.*)

(3) Sic nos qui per totum orbem dispersi et diminuti farina videbamur, vigore passionis Christi adhæsimus; et in ipsius corpus redacti sumus. Omnes enim sumus corpus Christi. (*S. Ambros.*)

humanidad esa levadura divina? ¡Ah! Esa mujer, dice San Ambrosio, de acuerdo con San Jerónimo, esa mujer es la Iglesia, que despues de haber recibido la mision, no ha cesado de emplearse en insinuar en los espíritus y en los corazones la doctrina y la religion de Jesucristo (1).

Segun esta explicacion, continúa San Ambrosio, podemos comprender tambien otra parábola que el Señor propuso en estos términos : «Dos mujeres molerán en un molino : la una será tomada, y la otra será dejada» (2). Estas dos mujeres, segun San Ambrosio, son : la una la Iglesia, y la otra la Sinagoga (3). Ambas están empleadas en moler el verdadero grano, puesto que tanto la verdadera Iglesia como las falsas, predican, explican, trituran, es decir, procuran poner al alcance de todos las doctrinas de la Santa Escritura, de los dos Testamentos, la ley de los Evangelios, los escritos de los Profetas y los Apóstoles; pero como sólo la Iglesia verdadera posee á Jesucristo, ella sola tambien, por la administracion fiel de los sacramentos y por la enseñanza de su doctrina, echa el trigo divino de la sangre de Jesucristo en el corazon de los convertidos, y los une (4). Tambien ella sola es la verdadera Rebeca, que cuando ha molido, hace un pan sabroso, digno de servir de alimento al verdadero Isaac. Ella sola hace á los verdaderos cristianos humildes de espíritu, puros de corazon, generosos de sentimiento, desligados de las afecciones del mundo. Ella sola hace cristianos que imitan á Jesucristo, y por consecuencia ella sola tendrá la dicha de ser elevada con su pan hasta Dios Altísimo y presentarle en esas almas convertidas, santificadas y perfectamente puras, un alimento que será agradecido en los cielos (5).

Al contrario, es en vano que la sinagoga, es en vano que las iglesias separadas lean y hagan leer, expliquen y hagan explicar las Escrituras; es en vano que tengan en los labios y en las manos la Santa Biblia. Puesto que no tienen á Jesucristo con ellas, no pueden disponer de la gracia de su fe, de la gracia de su ley, de la gracia de sus sacramentos; y con las doctrinas predicadas por ellos, no les es posible mezclar á la masa del corazon de los hombres la levadura divina de la uncion santa, que sólo puede, bajo la accion del Santo Espíritu, hacerles fermentar y cambiar su condicion y su naturaleza. Por eso es inútil que se tomen tanto trabajo en preparar el alimento de las almas (1). Como en lugar del trigo divino no pueden disponer más que del trigo humano, es decir, de motivos, de consideraciones, de razonamientos puramente humanos, que no tienen ninguna fuerza, ninguna accion sobre el corazon de los hombres para cambiarlo, para santificarlo, para unirlo á Dios; como no tienen otra levadura que la de los juicios privados, de las opiniones personales, la del error y el vicio que atrae y corrompe hasta las sanas doctrinas de la Escritura y de la divina palabra; como no tienen para unir á los hombres sometidos á funestas influencias más que la levadura negativa de una oposicion comun con la verdadera Iglesia, levadura que, en lugar de unir, disuelve y divide ó no produce más que una apariencia de union precaria, sin solidez y sin realidad, resulta que esas iglesias desgraciadas no forman más que en apariencia un pan coherente, pero en realidad un pan sin cohesion, sin sustancias, sin levadura, sin sabor, que se disuelve y pudre, un pan que Dios no puede aceptar para alimento de su divino corazon. Por eso las desgraciadas mujeres de la sinagoga y de la herejía se fatigan en hacer rodar la piedra de su perfidia y de su mala fe, y jamas harán más que moler sin conseguir la panificacion; jamas podrán elevarse de la tierra al cielo; y las desgraciadas, con su pan odioso, aparente, engañoso, preparado para las almas por ellas viciadas, corrompidas, seducidas y engañadas, se verán pasar desde la mansion de la tierra á la del infierno (2).

Pero descendamos aún más en el particular, y veamos en cada

(1) Mulier est sancta Ecclesia, quæ quotidie doctrinam Christi in cordibus nostris conatur adscondere. (*S. Ambros.*)

(2) Erunt duæ molentes in mola, una assumetur, altera relinquetur. (*Matth.*, XXIV.)

(3) Una est Ecclesia, altera synagoga. (*S. Ambros.*)

(4) Molit Ecclesia per legem, per apostolos, per prophetas cum catechumenos facit, ut emollitos eos in farinæ modum, aptos faciat fermento Dominici corporis adhærere. (*S. Ambros.*)

(5) Una Ecclesia salubriter molit. Assumetur ergo in æternam requiem quæ Dominicum cibum sanctitatis emoluit. (*S. Ambros.*)

(1) Molit synagoga; sed inutiliter, per Moysem et prophetas, quia massam suam Christi doctrina non temperat. (*S. Ambros.*)

(2) Relinquetur cruenta synagoga gyrum semper suæ passura perfidiæ. (*Ibid.*)

cristiano los maravillosos efectos de la levadura divina, de la gracia de Jesucristo, y de que la Iglesia sola es depositaria, árbitra y dispensadora.

La levadura produce tres efectos naturales en la masa á que se mezcla: 1.°, la transforma en ella misma; 2.°, la dilata; 3.°, la hace sabrosa y saludable; en una palabra, hace el pan, que es el alimento más agradable, más sustancioso y más necesario al hombre.

Por su parte el hombre, inteligencia, corazon y organismo, presenta una triple medida de pensamientos, de afecciones y de operaciones; y así, cuando la industriosa mujer de la parábola, la Iglesia, mezcla con estas tres medidas que son todo el hombre, la levadura de la gracia de Jesucristo (1), produce tres efectos sobrenaturales, tres milagros: 1.°, transforma totalmente al hombre; 2.°, lo eleva y ennoblece; 3.°, lo satisface y hace dichoso.

Primer efecto de la gracia; transforma totalmente al hombre. Y en efecto, la divina levadura no queda circunscrita y limitada en una sola parte del sér humano, penetra en todos sentidos, opera sobre lo intelectual y lo esclarece; opera sobre el corazon y lo limpia y purifica; opera tambien sobre los sentidos y los doma y santifica, y no cesa de obrar hasta que hace fermentar el sér humano por un calor sobrenatural y divino (2). Así introduce en el hombre una nueva forma de pensamientos, de voluntades, de operaciones, de nuevas inclinaciones, gustos, deseos, afecciones é intereses. Destruye, mortifica al hombre de la antigua decadencia, al hombre corrompido, depravado; y sobre sus ruinas edifica, forma el segundo Adan, el hombre regenerado, el hombre santificado, el hombre divino que no vive más que de Dios, en Dios y por Dios. Lo mismo que la levadura transforma la harina en ella misma, y no ella en harina, así absolutamente, el fermentador de la gracia de Jesucristo no transforma á Jesucristo en el hombre, sino al hombre en Jesucristo (3). Así la gracia de Jesucristo y de que el cristiano es investido, penetrado, colmado, es una gracia de fe que corrige la inteligencia, una gracia de amor que purifica el corazon, de fuerza que santifica y

(1) Fermentum quod mulier abscondit in farinæ satis tribus. (*Matth.*, XIII.)
(2) Donec fermentatum est totum. (*Ibid.*)
(3) Sicut fermentum totam masam facit esse quod ipsum est..... Sic Christus christianum facit esse quod Christus est. (*S. Ambros.*)

perfecciona el organismo; en una palabra, hace pasar al hombre al órden deífico, sobrenatural, perfecto, y forma de él, segun la expresion de Tertuliano, otro Jesucristo (1). El Apóstol ha dicho: «Hasta que Jesucristo sea formado en vosotros» (2).

En efecto, penetremos con la mirada de la inteligencia en el alma transformada con la levadura de la gracia de Jesucristo. Probemos á adivinar su vida en Dios, vida de misterio invisible en sí misma, que se manifiesta solamente por las obras, y por obras que sólo ella es capaz de producir, y que se manifiesta á las miradas del público por todo lo que es deber, justicia, órden, amor. ¡Espectáculo admirable! Allí están reunidos los tesoros, las riquezas, los encantos de todas las virtudes.

Una fe viva que pone á la inteligencia en posesion de la verdad infinita, verdad que da el sentido práctico de las cosas haciéndolas ver bajo su verdadero aspecto y segun su valor real, y preserva de la desgracia de ser el juguete de las ideas, de los juicios y de las opiniones humanas.

Una esperanza sublime, contra la cual vienen á estrellarse todos los deseos, todas las aspiraciones de la tierra, y que en los arrebatos de sus transportes tiende sin cesar á perderse en los abismos de los cielos.

Un amor de Dios sincero, afectuoso, suave, que cautiva, purifica, inmola todo otro amor, y que no tiende sino á ser siempre más activo y más puro.

Una confianza inquebrantable, porque es independiente de la voluntad de los hombres, de las vicisitudes humanas, y está fundada únicamente sobre el entero abandono del alma en el seno de un Dios esencialmente bueno, afectuoso, todopoderoso, y que á todo acude.

Un temor de Dios todo filial, á la vez tormento y atractivo del corazon que domina, temor que es como el pudor del alma, como la reserva de una esposa, que léjos de excluir la familiaridad, la sostiene, la embellece y la perfecciona.

Una resignacion piadosa en las crueles vicisitudes de la vida, miradas como pruebas pasajeras, como manantiales de mérito, como afectuosas preferencias de parte del Dios crucificado, y cuyo

(1) Christianus fere alter Jesus. (*Tertull.*)
(2) Donec formetur Christus in vobis. (*Galat.*, IV.)

término y recompensa son gracias más abundantes, un amor más perfecto, y los eternos goces.

Una superabundancia de sentimientos generosos y puros que nos acerca á nuestros semejantes, que obliga á tomar parte en sus penas, á endulzarlas, á remediarlas con los cuidados y sacrificios de una tierna é infatigable caridad.

Es, por consecuencia, un hombre que no piensa en el cuerpo más que para mortificarlo, en el mundo solamente para huir de él, en los malos procederes de otro para perdonarlo, en el prójimo para socorrerlo. Un hombre que no abriga un solo pensamiento que no sea santo, un solo deseo que no sea leal, una sola afeccion que no sea pura, una sola accion que no sea justa; un hombre que no gusta más que de la oracion, que no tiene ódio más que para el pecado, que no tiene amor más que para Dios, que no tiene interes más que por la gracia, ni deseo más que por el cielo. ¡Oh espectáculo, prodigio, encanto!

En todo esto no hay nada que deba sorprender; es la levadura divina de la gracia, es la caridad de Dios esparcida en el corazon del hombre, el fuego divino lo que ha operado este prodigio de trasformar un vil insecto terrestre, el hombre frágil, material, sensual y corrompido, en un sér espiritual, celestial, divino. Es Jesucristo quien lo ha transformado así para hacer otro Él: *Christianus fere alter Jesus!*

El segundo efecto de la levadura en la masa es dilatarla, hacerla subir; y la gracia tambien levanta al hombre de su pequeñez, lo ennoblece sobre toda la creacion, lo eleva hácia el cielo, lo diviniza.

Las pasiones tienen su lógica inflexible, su buen sentido; y por consiguiente, no pueden tener más que antipatía y desprecio para las personas que están en gracia de Dios, para los siervos de Jesucristo, porque en ellas encuentran su condenacion; no tienen para los verdaderos cristianos más que amargas ironías, ultrajes, calumnias, insultos, y tratarlos de imbéciles é insensatos. El apóstol San Pablo lo sabía bien, que por Jesucristo es menester resignarse á ser tachados de tontos (1). En efecto, la divina piedad no tiene ni puede tener en este mundo otra diadema que una corona de espinas, otro cetro que la cruz, otro

(1) Nos stulti propter Christum. (I, *Cor.*, IV.)

manto que la pobreza, otros honores que los oprobios. Pero ¿qué importa que así sea tratada en este mundo, si es grande, noble y sublime ante Dios?

¡Ah! La verdadera elevacion no se encuentra en lo que es elevado segun la naturaleza, en la jerarquía social, política, civil, material, visible, exterior, sino en la elevacion interior, invisible, sobrenatural de la gracia, del mérito y de la virtud. El nacimiento, la fortuna, el genio no son nada ante Dios. Lo que es algo á los ojos de Dios es la elevacion personal debida á los esfuerzos de una virtud que, en cualquier estado en que nos encontremos reproduce en nosotros una imágen verdadera, un parecido real de la divinidad. Esta elevacion no se obtiene más que por la gracia. La gracia es, dice San Pedro, la que hace descender sobre el alma una emanacion misteriosa, y la prepara á una participacion de la naturaleza divina (1). ¡Qué honor, pues, qué nobleza, qué elevacion, qué grandeza para el hombre que posee la gracia y está poseido en ella! Con un cuerpo semejante en muchas cosas á los brutos, está ligado en parentesco en cierto modo con Dios. ¡Despreciable insecto condenado á arrastrarse sobre la tierra, es el destinado á los cielos! Considerado como cosa divina, es tratado con respeto por los ángeles, contemplado con interes por los santos, mirado con amor por María, tiernamente amado por Jesucristo. Se establece entre él y el Sér infinito una comunicacion íntima de familiaridad y de confianza. Dios es de él como él es de Dios; Dios está en él como él está en Dios. No es solamente la imágen viviente, sino el hermano, el esposo, el hijo bien amado de Dios.

Comprendamos una vez la nobleza de la condicion á que somos llamados como hijos de Dios (2). ¿Por qué, pues, tantos afanes, tormentos, sacrificios y bajezas para obtener los honores del mundo? ¡Honores vanos que no nos dan méritos que no tenemos, que nos hacen más bien odiosos ó ridículos á los ojos de los hombres, al mismo tiempo que no nos elevan á los de Dios! ¡Mentidos honores que halagan el orgullo, hacen desgraciado el corazon! ¡Honores fugitivos, que en el curso de algunos años, tal vez de algunos dias, los arranca la mano inexorable de la

(1) Divinæ consortes naturæ. (I, *Petr.*, I.)
(2) In spe gloriæ filiorum Dei. (*Rom.*, V.)

muerte, sin dejar en el alma más que el disgusto de haber disfrutado de ellos, el remordimiento de haber abusado de ellos! ¿Por qué, pues, espíritus limitados que somos, corazones carnales, por qué buscar esos honores, por qué amarlos hasta sacrificar el cuerpo y el alma, el tiempo y la eternidad? (1).

Fe de Jesucristo, ¿qué ha sido de tí entre los cristianos? ¡Cuánto no hacemos para alcanzar empleos y honores, para llegar á ser siervos de los reyes de la tierra, y cuán poco nos apresuramos para ser, no solamente siervos, sino hijos del gran Monarca de los cielos! ¡Ah! si somos sensibles al aguijon de la verdadera gloria, si nos arrastra la ambicion, sepamos aspirar á cosas más sólidas y más duraderas. Apresurémonos á entrar en la gracia de Dios, á tomar el espléndido traje de la caridad divina, que desde luégo nos transformará en hijos de Dios, y podrémos decir: Dios, el Creador, el Señor del cielo y de la tierra es mi Padre, y yo soy su hijo, el heredero de su gloria y de su felicidad en el cielo. Con esta ropa nupcial, divina, el hombre entra en sociedad íntima con Dios, es un miembro de su familia (2).

¡Contemplad al verdadero cristiano el dia de la persecucion, cautivo, privado de todos sus derechos, despojado de todos sus bienes, pero jamas esclavo! La gracia de que está ornado le eleva sobre su condicion: sometido á la voluntad de Dios, miéntras es víctima del capricho, del instinto brutal del hombre, tiene en su conciencia un dominio libre donde no penetran los espías, y desde el cual, como desde una ciudadela inexpugnable, noblemente activo y santamente soberbio, reina sobre sus opresores y conserva su dignidad de criatura de Dios, dotada de un alma espiritual y eterna.

¡Las fuerzas cristianas pueden oprimir al cristiano; pero degradarlo, jamas! Llevado ante los tribunales, arrojado al fondo de una oscura prision, el aire del calabozo que pesa sobre sus pulmones y le hace difícil la respiracion exterior, deja respirar libremente su corazon. Su palabra pasa á traves de los guardias del pretorio, penetra por las bóvedas de su prision, sube

(1) Filii hominum usquequo gravi cor[illegible]? Ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendacium. (*Ps.* IV.)

(2) Sócietas nostra sit cum Patre et Filio ejus Jesucristo. (I, *Jo.*, I.)

al cielo y hace descender sobre su alma la resignacion y la calma.

Dadme el primer hombre que se presente, un hombre de rango inferior, sin nacimiento, sin fortuna, sin genio, aplicado á las ocupaciones más viles, á dar vueltas á una rueda, á barrer las calles. Nadie se digna mirarlo, nadie se ocupa de saber quién es; se le mira como una máquina animada más bien que como una criatura inteligente. El mundo no lo considera nada; se tendria vergüenza de ser saludado por él, y mucho más de ser su amigo. Y sin embargo, si ese hombre posee la gracia, esta levadura divina lo eleva hasta Dios, atrae sobre él la atencion, el interes, la mirada y el amor de Dios, y derrama en su corazon torrentes de amor puro, de manera que Dios reproduce en él su propia imágen, lo pone en comunicacion inmediata con Él; y desde entónces, tanto como este hombre es bajo y abyecto en su condicion civil y natural, tanto es elevado, noble, grande, segun la jerarquía del mérito en el órden espiritual. Tambien lo mismo que el hereje ha envidiado más de una vez la suerte del católico, así el pecador está muchas veces en el caso de envidiar la suerte del justo. Su vida le entristece, le humilla, le confunde. Pero la calma habitual, la serenidad inalterable, un no sé qué de puro, de dulce que del corazon del hombre lleno de esperanza y de amor se desborda y sale á su rostro, y le da una expresion celeste, un aire divino, hiere al pecador y le arranca del fondo del corazon involuntarios suspiros. ¡Ah, por qué no soy bueno como él! ¡Ah, cuán dichoso es el hombre que no ama más que á Dios, no sirve más que á Él, no aspira más que á Él! *Beatus populus cujus est Dominus ejus!*

¿Qué puede ver en el justo el ojo material y grosero del pecador para admirarlo y tenerle envidia? No ve más que ciertos signos exteriores, que son como la radiacion exterior, como la aureola de la gracia y de la vida. ¡Oh, si pudiese penetrar en el santuario de la conciencia, allí donde la virtud recibe en este mundo las primicias de su recompensa por el secreto contento que experimenta!. . . . .

. . . .

En fin, el tercer efecto de la levadura en la masa es darle el gusto, el sabor, la naturaleza de pan, y así. . . . .

. . . .

¡Oh partidarios insensatos del mundo, que hablais sin cesar de placeres, de diversiones, de regocijos, de fiestas! ¿Hay placeres comparables á los de la inocencia? Hasta las lágrimas del arrepentimiento tienen una dulzura más verdadera, más exquisita, más intensa que las que hacen derramar los goces sensuales, los goces culpables. El corazon del cristiano en estado de gracia es como un festin contínuo (1). Las espinas de su penitencia ocultan la miel de las delicias espirituales. Su modestia, su reserva, su gusto por el retiro, su silencio, su recogimiento es más fecundo en consuelos que todos los placeres licenciosos del siglo. Su vida, en apariencia melancólica y triste, es una vida verdaderamente dichosa. ¿No tiene más goces entre las privaciones á que se condena por amor á Jesucristo, que el mundano entre las febriles voluptuosidades á que se abandona?

¿Es acaso pequeña ventaja ser humilde en la prosperidad, resignado en la tribulacion, tranquilo durante la vida, lleno de confianza en la muerte? ¿Es acaso una dicha que debe desdeñarse estar exento de remordimientos y poder decir: Espero estar en gracia de Dios; mi conciencia, gracias al cielo, no me reprocha nada; confío en Dios, y si vivo no pecaré; y si muero, me salvaré; si vivo, mi vida será un acrecentamiento de méritos; si muero, la muerte será para mí la mensajera de las recompensas y de la felicidad?

En efecto, ¿qué hay más dulce que la muerte del verdadero cristiano? No teme la muerte, al contrario, la aguarda con calma, la invoca con seguridad y la desafia intrépidamente, atreviéndose á decirle cara á cara: ¡Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está la presa de tu guadaña? (2). No, la aproximidad de la muerte no le espanta, el juicio de Dios no le llena de estupor, la idea del infierno no le desconsuela. Sabe que despues de su muerte encontrará en su Dios, no un extraño, sino un Padre; no un juez, sino un Hermano; no un enemigo, sino un Esposo; no un vengador severo, sino un generoso Remunerador. Sabe que al salir el alma del cuerpo no tendrá que recibir reproches, sino elogios; no muestras de desden, sino caricias; no penas, sino gracias; no castigos, sino coronas. Así, con la alegría en la frente, la sonrisa en los labios, la confianza en el corazon, asiéndose al madero de la cruz, lleno de valor, se lanza de la tierra al cielo, hasta el seno de la felicidad y del amor de Dios.

(1) Quasi juge convivium! (*Prov.*, XV.)
(2) Ubi est, mors, victoria tua? Ubi est, mors, stimulus tuus? (I, *Cor.*, XV.)

Dichosos, pues, aquéllos que, dóciles á la accion de Dios y de la Iglesia, se dejan penetrar por la accion de la levadura de la gracia! ¡Dichosos si esa levadura no penetra solamente en una porcion, sino en toda la extension de su sér; en su inteligencia, por la gracia de la verdadera fe; en su cuerpo, por la gracia de la santificacion, de la modestia y de los ejemplos de Jesucristo, de manera que el hombre todo entero, penetrado de ese elemento divino, sea vivificado por el santo amor, y alcance una dichosa fermentacion! *Donec fermentatum est totum!* Así son transformados en Jesucristo, elevados al más alto grado de honor en esta vida, y colmados de felicidad y de paz hasta que obtienen la posesion del reino de los cielos.

Segundo Punto. El apóstol San Pablo, escribiendo á los corintios, les decia: «Haced de manera que echeis fuera de vosotros la antigua levadura, á fin de que llegueis á poseer sinceramente la santidad y la virtud (1)»; luego si hay una levadura divina, hay tambien una levadura diabólica; si hay una levadura que prepara al reino de los cielos, hay tambien otra que predispone al infierno; si hay una de que es menester hacer provision, hay tambien otra que debe arrojarse de sí; si la una es la gracia, la otra es el pecado. Y en efecto, así como la gracia transforma al hombre en un sér divino, lo ennoblece, lo perfecciona y lo hace dichoso, así tambien el pecado transforma al hombre en un sér abyecto, lo degrada, lo hace soberanamente desdichado.

Considerad aquellos cristianos en quienes queda la levadura del pecado y las pasiones. ¡Oh! ¡Si pudiésemos ver un alma en pecado! ¡Qué espectáculo nos presentaria! ¡Qué lascivas vaguedades en la imaginacion, qué inconstancia en la voluntad, qué bajeza de gustos, de deseos, de intereses, de cuidados! ¡Qué vanidad en sus pensamientos, qué ligereza en sus deseos, qué torpeza en sus afecciones, qué desenfrenado desórden en sus cos-

(1) Expurgate vetus fermentum ut sitis azymi. (I, *Cor.*, V.)

tumbres! ¡Cómo le turba cualquiera cosa, cuán hipócrita es en su disimulo, cuán frívola en sus resentimientos, cuán vil en la adulacion, cuán injusta en sus pretensiones, cuán impaciente en el sufrimiento! La Santa Escritura lo ha dicho: El alma humana se concentra toda entera, se identifica, se transforma en lo que ama. Así, pues, lo mismo que el alma en estado de gracia que no ama más que á Dios y todo lo que se relaciona y pertenece á Dios se hace un alma espiritual, celeste, divina; así tambien el alma que no ama más que los placeres, los bienes, los honores de la tierra, llega á ser un alma ciega, dura, insensible á todo lo que es noble, delicado y virtuoso; un alma carnal, terrestre, todo animal: «Se han hecho semejantes á lo que aman», ha dicho un Profeta (1). Ademas, por consecuencia de esta horrible transformacion debida á la levadura del pecado, el carácter del cristiano se degrada, el sér humano desaparece, la razon que le distingue del bruto se oscurece, se confunde en la materia y queda como envuelta allí: «Desdeñan á los brutos privados de razon, ha dicho el Profeta, y se les parecen» (2).

Vanamente, de los placeres gozados pasa el pecador á otros. En vano su concupiscencia aspira sin cesar á nuevas sensaciones ilícitas, su ambicion á nuevos honores y títulos, su impudencia á nuevos atentados contra el pudor. Miéntras no posee los objetos de su afan, viéndolos de léjos en la perspectiva engañosa de bienes considerables é infinitos, porque todo lo que de léjos se ve es como sin fin, los busca con todo el ardor de sus transportes; pero cuando los ha obtenido á precio de mil fatigas, de mil sacrificios, la venda cae, el encanto se disipa, el prestigio y la ilusion se desvanecen, y se apercibe de su error; ve que ha sido engañado, se irrita porque no puede seguir en su engaño, y acabando por tocar con la mano el vacío, la nada de lo que ha obtenido, lo desprecia, lo desdeña: *Possessa vilescunt!*

No: el hombre no está nunca ménos contento de sí mismo, segun la Santa Escritura, que cuando se entrega á sus propios deseos. Cuanto más se afana por contentarse, más se atormenta; cuanto más se satisface, es mayor su miseria, y miéntras espera

(1) Facti sunt sicut ea quæ dilexerunt. (*Os.*, IX.)
(2) Comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis. (*Psalmus* XLVIII.)

alcanzar paz y reposo, no le queda en definitiva más que el sufrimiento. Su vida está sembrada de espinas, sus placeres están mezclados de amargura, sus alegrías se cambian en llanto, y léjos de encontrar la dicha, no descubren ni áun el camino de ella (1).

La beatitud consiste en el reposo del apetito satisfecho en cuanto á todos sus deseos naturales y legítimos. Luego si los deseos naturales y legítimos de un corazon creado por Dios y para Dios no pueden ser satisfechos más que en Dios, el hombre que tiene el corazon ligado al amor de los bienes terrestres, y por consecuencia léjos de Dios, no puede experimentar la calma de la paz. Nada perecedero y finito podrá jamas satisfacer el alma humana, tan infinita en sus deseos cuanto es inmortal en su duracion. Por lo mismo que el corazon humano, creacion de Dios para Dios, se separa de Dios para ligarse á las cosas del mundo, experimenta una lucha intestina entre el espíritu y el cuerpo, entre la religion y las pasiones; la levadura de la naturaleza corrompida obra contrariamente á la de la gracia que tiende á dominarla.

Las nobles facultades del alma que rebaja, degrada, envilece, revindican sus derechos ultrajados, sembrando espinas, amarguras, venenos de todas clases en el camino del desórden, advirtiéndole sin cesar que hay otra ley que la de los sentidos, otra beatitud que la de la voluptuosidad. Todo su sér moral está en tortura. Á la corta embriaguez del placer sucede siempre el remordimiento, acompañado de interminables angustias.

Vanamente hastiado de todo, irritándose contra todo, áun contra la esperanza, se entrega á una alegría sombría entre sus propias torturas, y en el embrutecimiento de su razon ilusionada busca una imágen de reposo.

En vano procura distraerse fuera de las diversiones é ilusiones del mundo; le sucede, dice San Agustin, como á un hombre que se va de su casa para librarse de los accesos del mal carácter de su esposa (2). Á donde quiera que vaya, áun fuera de sí mismo, se encuentra siempre, es siempre desgraciado. ¡Así lo habeis

(1) Contritio et infelicitas in viis eorum et viam pacis non cognoverunt. (*Ps.* XIII.)
(2) Mulier rixosa conscientia mala. (*S. Aug.*)

decretado, Dios mio, exclama San Agustin, y así será siempre: un corazon que se dedica al crímen, es un corazon en desórden; y todo corazon en desórden es para sí mismo su castigo, su suplicio, su verdugo! (1).

Entre tanto, para ese corazon en pecado llega, como para todos, el momento determinado por la ley general. La última enfermedad lo sorprende en ese estado de inmensa miseria y de degradacion profunda. Entónces, á la vista del abismo sin fondo donde va á caer, á la vista de esa sombría soledad, de ese eterno silencio, de ese frio sueño, de esa privacion de todo bien que le aguarda en la region de los muertos, en la mansion de su eternidad, ¡ay, cuántas ideas desconsoladoras vienen á pesar sobre esa inteligencia degradada, cuántos remordimientos á agobiar ese corazon corrompido, trastornándolo, torturándolo y comenzando por él en la tierra el suplicio del infierno!

Con la consternacion en el alma, vuelve sus miradas en derredor; y en el pasado no ve más que placeres desvanecidos como una sombra, pecados acumulados, escándalos reiterados, la ley de Dios despreciada sin pudor. En el presente no apercibe más que un resto de vida fugitiva, un alma que no tiene ningun arrepentimiento del mal que ha hecho, y que no puede hacer bien; un alma agobiada por el horror de sus desórdenes y por la impotencia en que se encuentra de repararlos. En lo porvenir no ve más que un Dios sin piedad para él, un Soberano sin clemencia, un Padre sin tierna compasion; no ve más que el infierno abierto á sus piés, un peso, una medida, una balanza, un tribunal incorruptible, un juez severo, una culpabilidad cierta, una sentencia irrevocable, eterna en sus efectos. Busca en su corazon la esperanza, y le responde la desesperacion; invoca la nada, y, como un espectro terrible, la eternidad se le presenta.

Así, pues, transformacion deplorable, depravacion real de todo el sér moral, envilecimiento, degradacion hasta la condicion de la materia y de lo bruto, miseria durante la vida, horror en la muerte; tales son fatalmente los efectos que produce en el alma la funesta levadura del pecado. ¡Ah! Hagamos todos por alejar de nuestro corazon esa levadura funesta, esa antigua levadura de corrupcion, que no más que putrefaccion puede producir en nosotros: *Expurgate vetus fermentum.* Purifiquémonos por medio de la penitencia: *Ut sitis azymi.* Así la Iglesia, esa mujer tan industriosa como llena de afeccion, echando en nuestras almas la divina levadura de la gracia miéntras que estamos en la tierra y activándola por una total reforma de nosotros mismos, podrá hacer de nosotros panes sabrosos y celestes, dignos de ser presentados á Dios en el banquete de la vida eterna. Así sea.

(1) Jussisti, Domine, et sic est, ut pœna sua sibi sit animus inordinatus. (*S. Aug.*)

VIGÉSIMA OCTAVA HOMILÍA.

LO ÚNICO NECESARIO,

Ó LA UNION DEL HOMBRE CON DIOS.

Martha, Martha, sollicita es et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium. (LUC., X.)

Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola es necesaria.

Dichosos aquellos de entre los discípulos que se encontraron con Jesus sobre el monte Thabor. Aunque simples viajeros en la tierra, pudieron, en la contemplacion de su Maestro transfigurado, disfrutar de un ensayo anticipado de la beatitud de los elegidos habitantes de los cielos.

Despues de esto nada tiene de extraño que Pedro, olvidando el mundo y sus bienes, las pasiones y sus intereses, la vida corporal y sus dulzuras, no desease, no pidiese otra cosa más que vivir en aquella bienaventurada montaña en presencia y en compañía de Jesucristo. «¡Señor, aquí se está bien!» (1).

Es decir, que Pedro, con ese instinto religioso de fe y de amor, dón del divino Padre, habia como adivinado la preciosa doctrina que más tarde el Hijo de Dios reveló á los hombres en la casa de Marta y de Magdalena, cuando con voz severa y magistral pronunció estas palabras: «Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.»

Hoy me propongo explicar ese lenguaje breve, sentencioso, así como las circunstancias que lo acompañaron, y mostraros cómo, bajo la alegoría y la parábola de lo *único necesario* y de *la*

(1) Domine, bonum est nos hic esse. (*Matth.*, XVII.)

mejor parte, Jesucristo nos ha revelado la misma doctrina que Pedro proclama con su conducta sobre el Thabor. Hé aquí esta doctrina : la única cosa importante y necesaria para el hombre es la union íntima, la familiaridad con su Dios por la gracia en esta vida y por la gloria en la otra. Espero, al indicaros los medios de conseguirlo, excitaros á la adquisicion de esta union divina, que es la beatitud, porque, dice San Agustin, se adquiere en esta vida y se completa en la eternidad, donde jamas nos será quitada (1).

Primer punto. Marta y Magdalena eran, dice San Agustin, doblemente hermanas por los lazos de la sangre y por la conformidad de sentimientos y de religion (2). El Evangelista nos dice que Nuestro Señor entró en un pueblo, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa (3). Pero el Evangelista, al añadir en seguida que Marta tenía una hermana llamada María (4), nos ha dado á entender suficientemente que las dos dieron hospitalidad al Hijo de Dios con la misma veneracion, con la misma piedad y el mismo amor. ¡Oh hermanas fervientes! exclama San Agustin. Cuando acogieron en su casa á Jesucristo, fueron las criaturas las que recibieron á su Creador, las siervas á su Señor, las enfermas á su Salvador (5).

María, segun San Gregorio y la constante tradicion de la Iglesia, era pecadora, la pecadora Magdalena. Pero como, por una contricion sincera, por una conversion perfecta, habia ya recibido á Jesucristo en su corazon, se consideraba entónces doblemente dichosa de recibirlo en su casa. De esta casa, segun el venerable Beda, habia sido desterrada toda iniquidad, toda huella de pecado; por el solo hecho de la entrada de Jesucristo; puesto que siendo Jesucristo la Santidad por esencia, no puede cohabitar con el pecado en una misma mansion, en un mismo corazon. No habia, pues, allí más que dos almas puras y santas : Marta,

(1) In præsenti vita augetur, in altera perficietur et nunquam auferetur. (*S. Aug.*)

(2) Ambæ non solum carne, sed et religione germanæ. (*Ibid.*)

(3) Intravit Jesus in quoddam castellum; et mulier quædam, Martha nomine, excepit illum in domum suam. (*Luc.*, x.)

(4) Et huic erat soror nomine Maria. (*Luc.*, x.)

(5) Suscepit creatorem creatura, famula Dominum, ægra salvatorem. (*S. Aug.*)

que tenía el mérito de una inocencia conservada sin mancha, y María, que tenía la gloria de una penitencia generosa y ejemplar (1).

Luego Jesucristo, en la casa de Marta y Magdalena, es Jesucristo que, con tanto abandono como condescendencia, se establece, se complace, encuentra sus delicias, tanto en el corazon inocente como en el corazon penitente. Pero bien que el Salvador, al hacerse hombre y tomar la forma del esclavo, hubiese tenido necesidad de un alimento terrestre y hubiese querido ser alimentado por sus mismos siervos, no lo hizo tanto, dice San Agustin, por necesidad de condicion como por condescendencia de su amor (2).

Como Jesucristo daba á los hombres lo que podia servirles de alimento, entró á casa de Marta, más bien que para comer, para darle á ella en su gracia un alimento espiritual y divino (3), y por eso, miéntras Marta se cuidaba de preparar la comida (4), María fué á sentarse á los piés del Salvador para escuchar las palabras de vida que salian de su boca (5). Es decir, añade San Agustin, que miéntras Marta no se preocupa más que del cuidado de alimentar corporalmente á Jesucristo, María sólo piensa en alimentarse espiritualmente (6); y en tanto que Marta prepara al Señor un banquete terrestre, María, sentada á los piés de Jesus, es dichosa; suspendida á sus labios, se encuentra en el colmo de la felicidad, como admitida á un banquete celeste (7). Así Marta, con más sencillez que penetracion, sin comprender nada del misterio del amor de Jesucristo, que se complacia más en alimentar las almas que en ser alimentado, más en hacer bien

(1) Intrante Jesu in domum vita iniqua etsi aliquando fuerat aufugit, et remanent duæ vitæ innocentes. (*Vener. Beda.*)

(2) Accepta forma servi, in illa à servis pasci voluit dignatione, non conditione. (*S. Aug.*)

(3) Suscepit spiritu pascenda, in carne pascendum. Ipse quo pasci voluit pascenti præstitit. (*S. Aug.*)

(4) Martha sollicita erat circa frequens ministerium. (*Luc.*, x.)

(5) Quæ etiam sedebat secus pedes ejus et audiebat verba illius. (*Ibid.*)

(6) Intenta erat Martha quomodo pasceret Dominum; intenta erat Maria quomodo parescetur à Domino. (*S. Aug.*)

(7) A Martha convivium Domino parabatur, in cujus convivio Maria jam delectabatur. (*Ibid.*)

que en recibirlo, en amar que en ser amado, dijo á Jesucristo: «Señor, ¿cómo no os cuidais de mí que me ocupo exclusivamente de Vos? ¿Por qué es esto? Discurrís con mi hermana y no fijais la atencion en mí, que tengo que ocuparme de todo y hacerlo todo. Decidle que venga y me ayude» (1). Á lo cual el Señor respondió con gravedad: «Marta, Marta, estás muy cuidadosa y preocupada de cosas inútiles. En verdad te digo que una sola cosa es necesaria. María, á quien acusas, lo ha comprendido mejor que tú: ha elegido de dos ocupaciones la mejor, aquella cuyo mérito es grande, inmenso, eterno» (2).

¿Pues qué, Marta, que tan solícita se muestra por Jesucristo, ha merecido ser así reconvenida? ¿Condena el Señor, cuando se practica con su misma Persona, la hospitalidad y la caridad, cuya práctica ha recomendado con los pobres, prometiendo recompensarla como si se practicase con Él mismo? (3).

No, dice Theophilacto, el Señor, al hablar así, no ha condenado la hospitalidad; pero ésta, tal como María la entendia y la practicaba, la hospitalidad inquieta, la caridad que se apresura demasiado á prodigar sus cuidados al hombre y que, llegando á ser un objeto de disipacion, haria olvidar el comercio íntimo y la union con Dios (4).

¿Pero cuál es este único necesario que Jesucristo proclama como cosa que debe ser buscada á cualquier precio y á costa de cualquier sacrificio, y que dió á Magdalena inmortales y eternas ventajas? (5). Ciertamente no es ninguna criatura, porque toda criatura es múltiple, y preocuparse de ella es preocuparse de muchas cosas, segun la palabra de Nuestro Señor: *Erga plurima.* No hay en la criatura, añade San Agustin, nada de singular y de único, porque la criatura es carnal, temporal, contradictoria, diversa, y, aunque buena, no es ménos fugitiva ni está ménos sujeta á faltas (1). No, ésa no es la criatura, insiste Jesucristo, porque la criatura es un manantial de inquietudes, de turbacion y de ansiedad: *Sollicita es et turbaris erga plurima.* La criatura cambia, nos dice San Agustin, se hace áspera y dura, enojosa, incómoda para sí misma: fuera de su Dios, el hombre no encuentra reposo en ninguna parte (2).

¿Cuál será, pues, esa cosa única y únicamente necesaria al hombre? Para comprender este oráculo tan importante del Señor, es menester que yo descienda á los oscuros abismos del espíritu y del corazon humano. Es menester tambien que yo interrogue á los sentidos para conocer cuál es la cosa única sin la cual no puede absolutamente pasar el hombre, la cosa que siempre y por todas partes busca y ambiciona; porque allí debe estar justamente lo que debe ser para el hombre lo único necesario.

El Rey profeta dice que el hombre siempre y en todas partes busca á Dios, desea á Dios, aspira á Dios como su único y verdadero bien, como su verdadera riqueza, su tesoro, el centro único de su reposo, de su felicidad, no solamente en el cielo, sino áun en la tierra, no sólo para la eternidad por venir, sino para el tiempo presente. Nos ha dicho que sus sentidos, su carne, su cuerpo todo, lo mismo que su corazon, se estremecen con un afecto de impaciencia por unirse á ese Dios, vivo sólo por Sí mismo, principio sólo de la vida (3). Es decir, que el hombre busca á su Dios con toda su inteligencia, con toda su alma y áun con todos sus sentidos.

De hecho lo busca y tiende hácia Él con todas las facultades de su inteligencia, porque por la inteligencia el hombre tiende necesariamente á Dios, está en relacion con Dios. Para convencerse de esta verdad, basta observar que los hombres, ya vivan en el seno de la civilizacion ó en la más completa barbarie, en la más elevada esfera de la más pura religion ó en las tinieblas de la supersticion más corrompida, en todos tiempos, en todas

(1) Quæ stetit et ait: Domine, non est tibi curæ quod soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi ut me adjuvet. (*Luc.*, x.)

(2) Martha, Martha, sollicita es et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium. Maria optimam partem elegit quæ non auferetur ab ea. (*Ibid.*)

(3) Qui recipit vos, me recipit..... Amen dico vobis non perdet mercedem suam. (*Matth.*, x.)

(4) Non hospitalitatem prohibet sed plurimorum turbationem, scilicet abstractionem et tumultum. (*S. Aug.*)

(5) Maria optimam partem elegit quæ non auferetur ab ea. (*Luc.*, x.)

(1) Multa sunt, quæ diversa sunt, quia carnalia sunt, quia temporalia sunt, et si bona sunt, quia transitoria sunt. (S. *Aug.*)

(2) Versa et reversa, dura sunt omnia, et tu solus requies. (*Ibid.*)

(3) Quid mihi est in cœlo, et à te quid volui super terram? Deus cordis mei et pars mea, Deus in æternum. Caro mea et cor meum exultaverunt in Deum vivum. (*Ps.* LXXXIII.)

partes, en todos los estados y en todas las condiciones posibles, tienen siempre de Dios una idea fija, inmutable y firme.

En los diversos pueblos del mundo Dios es conocido más ó ménos perfectamente, pero es conocido en todas partes; es decir, que la diferencia consiste solamente en el grado del conocimiento, no en la certeza de su existencia. Todos los hombres reconocen esta existencia y la creen con una fe invariable, constante y firme. Lo mismo que la ciencia de la física da á conocer mejor la naturaleza corporal, sus leyes, sus fuerzas y sus propiedades, pero sin dar á los hombres más certeza de la existencia de los cuerpos; así la filosofía y la teología dan un conocimiento más extenso, más razonado de la naturaleza de Dios, del modo de su existencia, de sus atributos, de sus obras; pero no dan una certeza más profunda de su existencia.

La humanidad entera está bajo la posesion de la idea de Dios. Las blasfemias de los ateos son voces aisladas, que no escucha la humanidad sino con horror, viendo pasar á esos monstruos con el mismo espanto que los cometas precursores de grandes calamidades; pero sin cuidado por la idea inmutable de Dios que la domina.

Las ideas de pura invencion, de pura creacion humana, son inconstantes, efímeras; no hacen más que aparecer y desaparecer. Un hombre las introduce en el mundo, y otro las destierra; tienen su cuna en un libro y su sepulcro en una biblioteca. Al contrario, la idea de Dios es inmutable, fija, constante, inmortal en la humanidad entera. Todas las partes del tiempo, todos los puntos del espacio le pertenecen. Esta idea llena el universo, habita en todas partes, donde quiera se encuentra; no hay fuerza que pueda borrarla ni sacrilegio que pueda destruirla.

No solamente la humanidad, sino todo hombre está en relacion necesaria con la idea de Dios. El genio en la ciencia, en la literatura, en las artes, ¿qué busca siempre? La verdad, lo sublime, lo bello, lo perfecto, lo infinito; y estas palabras no son más que términos generales y abstractos, bajo los cuales se oculta la grande, la verdadera realidad de Dios. Dios es, pues, el objeto constante y único del genio científico, literario y artístico, al cual se relaciona todo, todo lo sacrifica sin cesar, procura acercársele, se esfuerza por descubrirlo él mismo para revelarlo á los demas. Y cuando pone en tortura su naturaleza y su inteligencia para hacer salir de ella cualquiera cosa que no es Dios, esa cualquiera cosa no es sino un velo diáfano bajo el cual se oculta; Dios está siempre en el fondo de las especulaciones del filósofo, de las rimas del poeta; bajo el pincel, el lienzo ó el cincel del artista; y áun imaginando entónces el filósofo un sistema absurdo, el poeta un canto profano, el artista un falso ídolo, como Dios es la verdad infinita, la infinita belleza, la infinita perfeccion, es menester decir que el hombre, al imaginar su obra, áun sin pensar directamente en Dios, áun desobedeciendo á Dios, áun para hacerle olvidar, no ha hecho más que representar á su pesar algun rasgo de la Divinidad; no ha hecho mas que tomar algo de la idea del bello absoluto, del verdadero absoluto, del perfecto absoluto, de la idea misma de Dios que está grabada en su alma. Estas partes de verdad, de belleza, de perfeccion que ha reproducido en su obra; todo lo que á ésta la hace preciosa y admirable, todo eso, poco ó mucho, habla de Dios, representa á Dios. Á traves del razonamiento, la poesía, el color y el mármol, atraviesa la idea de Dios, se hace traslúcida, se manifiesta, parece decir: ¡Héme aquí! *Ecce adsum!*

Muchas veces el hombre, en el extravío de su razon y más áun en la perversidad de su corazon, segun observa el Profeta, con un lenguaje secreto, íntimo, que por pudor se disimula él mismo, pero lenguaje diabólico, infernal y verídico, el hombre se atreve á decir á Dios: Aléjate de mí; no puedo sufrir tus misterios, ni tus mandamientos, ni tu recuerdo, ni tu amor (1). Pero no puede arrojar uno de su casa más que lo que ha entrado, y por eso el hombre no arroja á Dios de su corazon, porque ya se encuentra en él, porque está allí anteriormente á todo otro pensamiento. Dios es la primera idea que brilla en su inteligencia, el primer rayo de luz que le alumbra, y el último que para él debe extinguirse; lo primero que ocupa su inteligencia humana, y lo último que sale de ella. Desgraciada de tí, alma infortunada, inteligencia degradada, si alguna vez á fuerza de sacrilegios, de blasfemias, de esfuerzos furibundos, diabólicos, consigues que Dios se aleje de tí (2)! ¡Por otra parte, cuando un alma osa de-

(1) Dixerunt Deo: Recede à nobis; scientiam viarum tuarum nolumus. (*Job*, XXI.)

(2) Væ eis cum recessero ab eis. (*Oz.*, IX.)

cirle á Dios: ¡Alejaos de mí! *Recede à me!* prueba que la presencia de Dios está siempre ante ella, que la encuentra en todas partes como un espectro importuno, y que por más que se esfuerce en evitarla, siempre la encuentra delante de sus ojos. Por eso dice: Nada quiero contigo: *Nolumus!* Responde á su palabra, que se hace oir sin cesar; lo confiesa por su negacion misma, hasta por su blasfemia, y casi me atreveria á decir que lo adora como al Sér necesario, primitivo, inseparable de la misma inteligencia que lo rechaza, del mismo pensamiento que le huye.

Esta relacion necesaria, indestructible entre el espíritu humano y Dios, era reconocida por otro Profeta cuando decia: ¡Gran Dios, por más que haga, no me es posible separar mi espíritu del vuestro; no encuentro asilo donde refugiarme para sustraerme á vuestra presencia (1)! Si en el orgullo de mi pensamiento me elevo más allá de las esferas celestes, si en la bajeza de mis afecciones desciendo hasta el fondo de los infiernos, mi alma, huyendo, siempre os encuentra (2).

Ave vanamente temeraria, llevada en alas de mi ligera imaginacion, voy recorriendo la tierra y los mares para detenerme en las extremidades del mundo. Y cuando he creido viajar solo, me apercibo de que es vuestra mano la que me ha conducido; cuando creo haberme separado de Vos, me encuentro á mi pesar en vuestros brazos (3). Algunas veces deseo que las tinieblas envuelvan mi inteligencia, y como una delicia invoco la noche para que me oculte á vuestra mirada. Busco, llamo á esa noche funesta con el mismo afan que se busca la luz, con la misma impaciencia del que suspira por el dia (4). ¡Todo es en vano! Esas tinieblas que creo voluntariamente, no os ocultan; arrojada de un lado, vuestra imágen se presenta en otro; relegada de la inteligencia, surge del fondo del corazon; comprimida en el corazon, se presenta en la inteligencia; y entre las tinieblas de mis

(1) Quo ibo à spiritu tuo? et quo à facie tua fugiam. (*Ps.* CXXXVIII.)

(2) Si ascendero in cœlum, tu illic es; si descendero in infernum, ades. (*Ps.* CXXXVIII.)

(3) Si sumpsero pennas meas diluculo et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua. (*Ibid.*)

(4) Et dixi: forsitan tenebræ conculcabunt me; et nox illuminatio mea in deliciis meis. (*Ibid.*)

errores, me veo obligado á contemplaros y á veros como á la luz del dia (1).

No solamente el hombre tiende necesariamente á Dios por su inteligencia, sino por su corazon; aspira necesariamente no sólo á conocerlo, sino tambien á amarlo; no solamente tiene la idea, sino tambien el amor apasionado á Dios innato en él. Y en efecto, semejante al hidrópico que tiene más sed cuanto más bebe, el hombre aspira más á gozar cuanto más goza. ¿Qué esfuerzos no hace, qué artificios no emplea, qué estratagemas no inventa para prolongar los instantes de satisfaccion y de placer? No le basta gozar de tiempo en tiempo, sino gozar siempre. Aunque obtenga todo lo que desea, todo lo que pide, no se satisface. Sus deseos no tienen límite; semejantes al fuego, á medida que son satisfechos se inflaman hasta el infinito. El mundo entero no puede llenar el vacío inmenso de su voluntad ni apaciguar la infatigable actividad de sus deseos. ¿Por qué del placer que experimenta en lo presente se lanza con tanta ansiedad hácia los placeres que puede disfrutar en lo por venir? ¿Por qué en la ilusion de su deseo entreve en todo bien lejano algo de infinito? En una palabra, todo lo que es pasajero y finito, le disgusta, le importuna y le enoja. Lo quiere todo, y lo quiere para siempre. Aspira á un bien infinito en extension, eterno en duracion. Y como el bien infinito en extension y eterno en duracion no es otro que Dios, resulta que el hombre, con una inclinacion natural, necesaria, indestructible, tiende contínuamente á Dios, lo busca, lo quiere, lo desea. La tendencia necesaria que tenemos hácia todo lo que es verdadero, no es más que el síntoma de la tendencia necesaria de nuestro corazon hácia Dios. Lo mismo que es á Dios, soberana verdad, á lo que aspira en todo lo que desea conocer, es tambien á Dios, soberano bien, á lo que aspira en todo lo que se pone á amar (2). En los mismos placeres que lo degradan, no busca más que el bien infinito, que es infinita perfeccion. En la union con las criaturas, no busca implícitamente más que la union con el Creador. En todo lo que proyecta y se esfuerza por obtener, áun en lo que ofende á Dios, es siempre Dios el

(1) Quia tenebræ non obscurabuntur à te; et nox sicut dies illuminabitur, sicut tenebræ ejus ita et lumen ejus. (*Ps.* CXXXVIII.)

(2) Cognoscunt in omni cognito, adamant in omni amato.

objeto misterioso de sus investigaciones, el objeto lejano de su esperanza. Áun abandonándose á los placeres creados por Dios, y de los cuales abusa para ofenderlo, no ama implícitamente más que á Dios; y miéntras se aleja de Dios, parece decirle con el Profeta: «¡Dios mio, sois el único objeto capaz de llenar, de contentar mi corazon; sois mi porcion, mi herencia necesaria en el tiempo y en la eternidad» (1).

En fin, el hombre tiende necesariamente á Dios, no solamente por la inteligencia y por el corazon, sino ¡quién lo creeria! por los sentidos mismos. Si no le basta creer en la existencia de Dios, no le basta tampoco amarlo; pero quiere verlo y escucharlo; quiere tenerlo de una manera sensible cerca de sí y en su compañía. De ahí la propension que han tenido siempre los hombres á representar bajo una imágen sensible á Dios, ó lo que han tomado por Dios, y á reproducir su efigie; propension que ha hecho nacer las artes, esas artes que luégo se han prostituido en las criaturas; y todo eso no es debido más que al deseo innato, indestructible que tienen los hombres de representarse al Creador bajo formas sensibles. De ahí el ardor febril con que los gentiles multiplicaban los ídolos, llenando, no solamente los templos, sino los palacios, las casas, las calles, las ciudades, los campos; llevándolos aún sobre ellos mismos, como para tener en sus dioses compañeros inseparables de sus destinos, compartir con ellos las penas y los placeres de la vida, y tenerlos siempre á la vista en su sociedad. De ahí la solicitud de los verdaderos católicos que hacen lo mismo con las imágenes del verdadero Dios y de los verdaderos amigos de Dios; y de ahí su apresuramiento á multiplicar indefinidamente las santas imágenes, á honrar con ellas todos los lugares, á rendirles un culto religioso, y á llevarlas sobre su persona. Por esto se comprende fácilmente que los iconoclastas antiguos y modernos, al hacer la guerra á las santas imágenes, han pecado, no solamente contra la religion, sino contra la razon; no solamente contra la fe, sino contra la naturaleza; y que son, no solamente sacrílegos, sino absurdos en último grado, puesto que tienen la pretension de ir contra el sentimiento, la necesidad universal, constante, innata en todos los hombres, de representarse á Dios de una manera sensible.

(1) Deus cordis mei et pars mea Deus in æternum.* (*Ps.* LXXII.)

¿Qué ha sucedido con esto? ¿Se ha renunciado á esculpir y á pintar? No, porque eso es imposible. Pero al dejar de pintar y de esculpir imágenes de Dios, los hombres se han puesto á esculpir y á pintar á Satanas. En lugar de los puros misterios de nuestra religion, han esculpido y pintado los misterios impuros del paganismo. En vez de santos en quienes resplandecen los atributos divinos, han esculpido y pintado héroes profanos en quienes se encarna la inspiracion diabólica. En lugar de llenar las habitaciones de imágenes de Jesucristo, de su Madre inmaculada y de santos, las llenan de imágenes del adúltero Júpiter, de gracias impúdicas, de musas inmodestas, de Vénus prostituidas; porque el hombre no puede dejar de representar, por los colores ó el cincel, á Dios ó á cualquiera cosa que ocupe su puesto; si no pinta al Dios verdadero, representa á los falsos dioses, y no vacilará en poner ante sus ojos las funestas prosopopeyas del vicio si se le impide poner las nobles imágenes de la virtud.

Más diré aún: no solamente el hombre tiene una invencible propension á representarse sensiblemente á Dios, á tenerlo cerca de sí, sino á unirse íntimamente á Él por los sentidos, á transformarse en Él, á llegar á ser sensiblemente, áun corporalmente, una cosa misma con Él. Y como la manera más simple de asimilarse una cosa es alimentarse con ella, porque el alimento se transforma en nuestra propia sustancia, el hombre abriga en el fondo de su corazon el misterioso deseo, el apetito sobrenatural de alimentarse de Dios. De ahí el uso constante en todos los pueblos de comer una parte de las víctimas sacrificadas á la Divinidad, imaginándose así participar de alguna cosa de lo divino. De ahí ese apetito de la divina Eucaristía que experimentan las almas verdaderamente cristianas. ¿Y por qué? Porque en la Eucaristía, Dios, no solamente conversa familiarmente con nosotros, sino que se comunica en manera de alimento, no en figura, no por la fe sola, sino en realidad por el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Así se comprende cómo el misterio eucarístico, ese gran prodigio del poder y del amor de Dios, ha sido el medio inefable elegido por Dios para satisfacer el deseo de unirse á Dios de una manera sensible, llegando á ser ese misterio el complemento, la perfeccion de la verdadera religion, que no es verdadera y perfecta sino en tanto que satisface todos los instintos legítimos del hombre. Por eso el hombre, hasta en su carne y su hueso, sus-

pira por su union física con el Dios de vida, porque aspira á ser vivificado por Dios y sacado de su humillacion. El Profeta lo ha dicho: « Mi corazon y mi carne se han estremecido con el deseo de unirse al Dios vivo. Mi osamenta humillada se estremecerá cuando la alegría divina llegue á mis sentidos» (1).

Sentado esto, hé aquí cómo razono: lo único necesario para el hombre es aquello sin lo cual no puede pasar, aquello á que el hombre tiende sin cesar y universalmente con toda la fuerza de sus inclinaciones, con toda la impetuosidad de sus deseos, con toda la violencia de sus afecciones. Lo hemos visto: el hombre, no solamente por su inteligencia y por su corazon, sino áun por todos sus sentidos, sus facultades, sus entrañas, todo su sér, está en relacion natural, íntima, perpétua, indestructible con Dios; busca á Dios siempre y en todo; está siempre fijo en Dios, áun cuando se entrega á los excesos con que ofende á Dios y se aleja de Dios. Luego, dice San Agustin, lo único necesario para el hombre es esa unidad superior, inefable, infinita, perfecta, en la cual el Padre, el Verbo y el Espíritu-Santo no son más que un solo y mismo Dios (2). Lo único necesario para el hombre es que ese Dios *trino* y *uno*, esa Trina unidad, esa única Trinidad se repita, se reproduzca en el hombre; á fin de que él tambien, como ha dicho Jesucristo, llegue á ser por la gracia una divina unidad, se una con Dios, en Dios y de Dios, como el Verbo es uno con su divino Padre y con el Espíritu-Santo en unidad de naturaleza: «Padre, decia Jesucristo, que sean ellos uno, como nosotros somos uno» (3).

¿Pero cómo se obtiene esa union íntima de nosotros con Dios, ese único necesario, que sólo puede llenarlo todo, y cuya ausencia no puede suplirse con nada? Contemplad á María, hermana de Marta. Se ha dicho que estaba humildemente sentada á los piés de Jesus, escuchando con sumision su palabra y acogiéndola en su corazon con un amor afectuoso: *Maria sedens secus pedes Domini audiebat Verbum illius.* ¡Oh! ¡Qué bellas palabras!

(1) Cor meum et caro mea exsultaverunt in Deum vivum. (*Ps.* LXXIII.) Auditui meo dabis gaudium et lætitiam et exultabunt ossa humiliata. (*Psalmus* L.)

(2) Unum est necessarium: unum illud supernum ubi Pater, Verbum et Spiritus Sanctus unum sunt. (*S. Aug.*)

(3) Ut sint unum, sicut nos unum sumus. (*Joan.*, XVII.)

¡Qué grande es el misterio que nos revelan! ¡Qué importante es la verdad que nos enseñan!

El niño, apénas nace, siente esa vida de las entrañas que se llama hambre. Se queja y lo expresa con gemidos. Pero ántes que la madre le haya acercado el pecho, ignora que el remedio á esta sensacion penosa es el alimento; ménos inteligencia tiene aún para la eleccion de los alimentos y saber procurárselos; y cuando por experiencia aprende cómo se satisface el hambre, se abandona á sí mismo y lleva estúpidamente á la boca todo lo que coge, y traga como alimento de vida la piedra, la madera, el metal, el insecto que puede matarlo. Tal es, justamente, segun San Pedro, la condicion del hombre en este mundo: « Nos parecemos á niños recien nacidos» (1). Es verdad que el hombre tiene un instinto divino, en virtud del cual, por su inteligencia, por su corazon y por sus sentidos, tiende sin cesar hácia Dios; pero esa necesidad y esa hambre no las conoce, no las siente sino de una manera confusa; y sin una enseñanza exterior que le instruya, sin una madre divina que le acerque el pecho y, como dice San Pablo, le destile abundantemente la leche de la doctrina evangélica (2), el hombre no conoce, no concibe que no puede satisfacer el hambre y la sed de su inteligencia más que con la verdad divina; que no puede satisfacer el hambre y la sed de su corazon, ávido de amor, sino por la bondad de Dios; y que sus sentidos, que reclaman una alimentacion sustancial, no pueden ser satisfechos más que por la virtud de Dios. Tambien, abandonado á sí mismo, este niño débil, no sabiendo elevarse hasta el cielo, pide á la tierra lo único necesario que reclama su instinto divino; coge todo lo que se le presenta: el error, y alimenta con él su inteligencia; el vicio, y alimenta su corazon; la supersticion y los goces sensuales, y alimenta sus sentidos. Así, en lugar del Creador que puede vivificarlo, abraza la criatura que lo mata.

¿Cuál es, pues, el medio para evitar un mal tan grande, para encontrar la union íntima con Dios, lo único necesario capaz de contentarnos y de hacernos dichosos? Magdalena nos lo enseñará: es menester como ella estar á los piés de Jesucristo, escu-

(7) Sicut modo geniti infantes. (I, *Petr.*, II.)

(8) Tanquam parvulis Domini lac vobis potum dedi. (I, *Cor.*, III.)

char su palabra, recibir su doctrina, profesar su religion; porque el hombre, viniendo de Dios y yendo á Dios, no puede atravesar el intervalo que le separa más que con la ayuda de Dios, en compañía de Dios. Entre dos extremos divinos no hay, no puede haber más que un medio divino; y ese medio divino es la religion de Jesucristo, la revelacion del hombre Dios, del mediador entre Dios y el hombre, la expresion de los oráculos divinos: *Maria sedens secus pedes Domini audiebat verbum illius.*

Y de hecho, como el hombre es inteligencia, corazon y organismo, y Dios es verdad, amor y fuerza, la doctrina evangélica, la religion de Jesucristo es por sí misma dogma, moral y culto, y con relacion al hombre es fe, obediencia y piedad. Así, por medio de la fe á sus dogmas, la religion hace participar á la inteligencia del hombre de la verdad infinita, y la esclarece; por medio de la obediencia á sus leyes, eleva el corazon del hombre al amor infinito, y lo satisface; por medio de la piedad, de las prácticas de su culto, puede esparcir, hasta sobre los sentidos del hombre, alguna cosa del poder y de la nobleza que está en el infinito, y los perfecciona. Ahora bien, la verdad infinita, el amor infinito, el poder infinito, no son otra cosa que Dios mismo. Luego la palabra, la doctrina, la religion de Jesucristo, son el medio divino dado al hombre para encontrar á Dios, para ponerse, en cuanto á todas sus potencias, en comunicacion real, en comercio eficaz con Dios; recibir á Dios todo entero en sí mismo, unirse íntimamente á Dios, vivir de la vida de Dios, estar identificado, segun San Pablo, y transformado en Dios, llegar á ser una misma cosa con Dios por una transformacion de todo su sér en el esplendor de las perfecciones y del sér de Dios (1). Y porque ese Dios es *uno* y *trino*, el cristiano lo copia y lo reproduce en sí mismo *uno* y *trino*, como es, por medio de una triple comunicacion de la naturaleza divina; y por eso obtiene y posee en sí mismo ese Soberano necesario, único, perfecto, infinito, en el cual el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo forman una real y verdadera Trinidad, la Unidad esencial y eterna: *Unum est necessarium, unum illud supernum, ubi Pater, Verbum et Spiritus Sanctus unum sunt.* Preciosa unidad, unidad necesaria, donde el hombre encuentra todo lo que desea, que lo pone, se-

(1) Qui adhæret Domino, unus spiritus est. (I, *Cor.*, VI.)

gun el órden natural y divino, en armonía, en paz consigo mismo por su union con Dios, que contenta todos sus deseos, satisface todos sus instintos, remedia todas sus debilidades, le comunica todo lo que le santifica, le diviniza, le perfecciona. Porcion la mejor de todas, que, asegurada por la invariable perseverancia, no puede sernos arrebatada; ¡pero porcion que no se obtiene más que á los piés de Jesucristo, escuchando su doctrina, profesando su religion! Todo eso no se obtiene más que en la verdadera Iglesia.

Contemplad á Marta y Magdalena, y guardaos de despreciarlas. Estas dos mujeres simples y piadosas representan, segun Eusebio de Emeso, algo de grande y de sublime (1). Marta es inocente, y María penitente. Marta trabaja, y María se dedica á la oracion. Marta se cuida de los preparativos del festin que debe ofrecer á Jesucristo, y María escucha las palabras del Salvador. Hé aquí, continúa el mismo Padre, en esta dichosa casa una figura de la verdadera Iglesia. En la verdadera Iglesia, en efecto, no hay más que fieles, inocentes ó penitentes; puesto que los pecadores no pertenecen más que á su cuerpo y no á su espíritu, no hay en la Iglesia más que dos géneros de vida: la activa y la contemplativa; el celo atento al ejercicio de la caridad con el prójimo, y el espíritu de oracion y de amor que se dedica sobre todo á conversar con Dios. Hé aquí, pues, una imágen fiel de la verdadera Iglesia, de la Iglesia católica (2). Luego Jesucristo que, en la casa de Marta y de María, hace oir su palabra, es Jesucristo que, en el seno de su Iglesia, sostiene su doctrina y su religion; Magdalena que, en esta sola casa, encuentra á Jesucristo y obtiene allí la parte mejor, es el cristiano que, en la Iglesia católica solamente, puede encontrar á Jesucristo, sentarse á sus piés, participar de su enseñanza y de su gracia, y obtener la union con Dios, ese único necesario para que ha sido creado.

¡Ay! Fuera de la Iglesia católica divinamente establecida, en la cual está presente para hacer oir su palabra ese mismo Jesucristo que la ha fundado, no hay más que Iglesias edificadas por mano de los hombres en interes de sus pasiones; y por eso no po-

(1) Utraque magnum aliquid significat. (*Eusebs. Emiss.*)
(2) In his duobus Ecclesia consistit. (*Ibid.*)

dria encontrarse en ellas á Jesucristo, ni hay en ellas más que la palabra humana, la enseñanza humana, la religion humana que el hombre ha creado á imágen de su naturaleza degradada, y que por consecuencia lleva el sello de su nulidad, de su debilidad, de su ligereza, de su corrupcion. Son casas de Caifas donde se blasfema de Jesucristo; pero no la casa de Marta y de Magdalena, donde Jesucristo enseña con bondad y acoge con amor y consuelo. Porque en esas Iglesias profanas la fe no tiene otra regla que el juicio particular, la moral no tiene otra sancion que la voluntad individual, ni el culto más reglas que el interes propio.

La fe no es más que la opinion, la moral el capricho, el culto una vana ceremonia; porque cada uno puede creer lo que bien le parezca, vivir segun su creencia, y rendir á Dios el culto que le plazca. Así, todo cristiano es un pontífice que decide, un legislador que manda, un sacerdote que sacrifica; pero en su interior, y no tomando más que de sí mismo la regla de la creencia, de las costumbres y de la oracion.

Vanamente el hereje, que no admite de la revelacion divina más que lo que conviene á su razon, á su sentimiento, á su sentido puramente humano, y que por consecuencia está fuera de la casa de Marta y Magdalena, es decir, de la verdadera Iglesia, vanamente, digo, el verdadero hereje se lisonjea de obtener lo único necesario al hombre. Vanamente el fanático pietista, por medio de oraciones que, sino manchadas por la impudencia, no son inspiradas más que por un estusiasmo insensato y sostenidas por un piadoso delirio, cree poder ponerse en contacto inmediato con Dios. Sólo la verdad de Dios, la gracia, el amor, la fuerza y la virtud de Dios, pueden producir la union verdadera, positiva, eficaz del hombre con Dios. Las opiniones vagas y erróneas del hombre y su defectuosa moral, no pueden más que viciar, corromper y perder al hombre separándolo de Dios. Por eso Jesucristo ha dicho que aquel que no escucha á la Iglesia está fuera de la Iglesia, y que debe ser mirado como un publicano, como un cismático, como separado, dividido, excomulgado de Dios (1). Está separado de Dios en el tiempo, y será separado más completamente en la eternidad, y aprenderá por ex-

(1) Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus. (*Mattheus*, XVIII.)

periencia lo que no quiso admitir por la sumision de la fe; sabrá que fuera de la verdadera Iglesia no se puede encontrar á Jesucristo, ni la verdadera union con Dios, ni la verdadera religion, ni la verdadera salud.

Segundo punto. Hemos visto que nuestra union con Dios es lo único necesario. Pero ese único necesario, esa mejor parte á la cual están ligados nuestro reposo, nuestra dicha en la vida presente y en la futura, ese único necesario depende únicamente de nuestra libre eleccion: *Optimam partem elegit.* ¿Que nos queda, pues, que hacer para asegurarlo? Contemplad á Magdalena: todo lo olvida: la afeccion por su hermana, su propio alimento, su rango de señora de la casa, para sentarse á los piés de Jesucristo. Eso es justamente lo que tenemos que hacer: apartar nuestro corazon de las cosas terrestres; sacrificar todo lo que poseemos, todo lo que somos; abjurar y renegar del orgullo de nuestra propia razon, del desórden de nuestro corazon, de la fragilidad de nuestra carne, en fin, de nosotros mismos; porque, como ha dicho Jesucristo, con esta condicion solamente podemos estar cerca de Él y seguirlo, á Él que es la vía, la verdad y la vida (1).

En efecto, no es posible que la razon crea en los dogmas infalibles de Jesucristo, sin que se baje; que el corazon obedezca á sus rígidas leyes, sin que renuncie á sí mismo; que los sentidos se sometan á su culto, sin que se inmolen.

No es posible que el hombre, sér débil, corrompido y que lleva los estigmas del vicio y de las pasiones, se eleve hasta la luz, la santidad, la virtud infinita, y se una por una trasformacion real, sin que se despoje de todo lo que tiene en sí mismo que se oponga á esta elevacion, al contacto del alma con la inaccesible divinidad.

No es posible unir dos naturalezas tan opuestas, tan desproporcionadas, Dios y el hombre, sin despojarse de todo eso, sin un violento esfuerzo sobre sí mismo, sin someter la inteligencia, el corazon y el cuerpo á la accion de Dios.

Así, pues, las religiones de invencion humana, las doctrinas de la incredulidad y de la herejía, del protestantismo y del ra-

(1) Si quis vult post me venire abneget semetipsum..... et sequatur me. (*Matth.*, XVI.) Ego sum via, veritas et vita. (*Joan.*, XVI.)

cionalismo, por lo mismo que desconocen ó condenan la sujecion de la razon á la autoridad de la Iglesia, el sacrificio del corazon á las leyes evangélicas, la mortificacion, la penitencia corporal como preparacion para la Eucaristía; por lo mismo que dejan al hombre en libertad de no sujetarse más que á los dogmas que le parezcan creibles, de no obedecer más leyes que las que le parezcan practicables, de no rendir á Dios sino un culto que no incomode á la carne; por lo mismo que en lugar de exigir el sacrificio de la inteligencia, del corazon y de los sentidos, los halagan; por lo mismo que en lugar de condenar el orgullo, las afecciones profanas, la molicie, tienden á fomentarla; por lo mismo que en lugar de poner al hombre en un estado de dependencia, de sacrificio, de pena, único estado que naturalmente conviene á un sér ciego, débil, enfermo, corrompido, lo ponen en un estado diametralmente opuesto á su condicion; por lo mismo que le hablan de independencia, de libertad, de comodidad y de goces sensibles; que le persuaden á que se atribuya él mismo la infalibilidad, la certeza, la justicia y la fuerza, y le inspiran una licencia sin freno y sin límite, un imperio absoluto y arbitrario sobre sí mismo; por lo mismo que le disminuyen la amargura saludable, solo remedio que puede curarlo, le presentan, con la apariencia de una dulzura homicida, el veneno que debe darle la muerte; por lo mismo que en lugar de instruirlo para corregirlo, lo halagan para corromperlo; que en lugar de exigir de él los trabajos, los esfuerzos, los sacrificios necesarios para obtener la posesion de Dios, le sugieren que para obtener á Dios, para adquirir lo único necesario, es inútil imponerse ningun sacrificio, dando así un mentís sacrílego á los ejemplos de los Apóstoles, de los mártires y de los Santos, y á las mismas palabras de Jesucristo; por lo mismo que esas pretendidas religiones, esas llamadas doctrinas no son en nada evangélicas, sino mundanas; no son divinas, sino diabólicas, son, no solamente sacrílegas, sino absurdas, y no ménos contrarias á la razon que á la fe, no ménos contrarias á la filosofía que al Evangelio.

Pero ¡ay! no son ménos estúpidos é insensatos que los incrédulos y los herejes esos católicos que porque tienen la dicha de vivir en la verdadera Iglesia, donde está la verdadera palabra, la verdadera doctrina de Jesucristo, creen estar en la vía segura para llegar á la union con Dios, á la posesion de Dios por Jesu-

cristo, y eso sin cumplir sus leyes, sin practicar su culto. Es decir, que se contentan con sacrificar su inteligencia por la sumision de la fe, rehusan inmolar el corazon por la obediencia á los preceptos, é inmolar el cuerpo por los ejercicios de la verdadera piedad.

Pero así como no bastó á Magdalena estar en la misma casa que Jesucristo, tampoco debe bastar al cristiano estar en la verdadera Iglesia. Así como Magdalena, á los piés de Jesucristo, no solamente dedicaba su inteligencia á su doctrina y grababa en su corazon con amor su enseñanza, sino que tambien le rendia homenaje por su actitud exterior, así el verdadero cristiano no debe limitarse á permanecer en el cuerpo de la Iglesia por la profesion de la fe, sino que tambien debe esforzarse en pertenecer al espíritu de la Iglesia por el cumplimiento de la ley y por la práctica del culto, sin lo cual no llegaria jamas á lo único necesario, á la union con Dios.

Ó se posee á Dios todo entero, ó nada de Él se posee; ó Dios está enteramente unido al hombre, ó enteramente separado. No puede pertenecerse á Dios solamente á medias. Así como el hereje, por fiel que sea á ciertos preceptos del Decálogo, por más que practique algunas mortificaciones, por multiplicadas que sean sus oraciones, por lo mismo que no tiene la fe divina, y que, no estando unido á Dios por la inteligencia, no comunica con Dios ni por el corazon ni por los sentidos, y que separado de Dios por un lado está separado todo de Él, así tambien el católico que no reza, que no frecuenta los sacramentos, que no escucha la palabra divina, que no se mortifica, que no hace penitencia y que, por tanto, no participa de la virtud divina que se comunica por estos medios sensibles, ese católico permanece débil, cae en el pecado, y desde entónces cesa de participar del amor divino. Ademas, por lo mismo que ha llegado á ser vicioso y corrompido, si no pierde la fe, si no cae en la incredulidad especulativa, cae en la incredulidad práctica; si no pierde totalmente la fe, al ménos le da un golpe mortal. Aun conserva la fe, es verdad; pero, segun Santiago (1), no la conserva más que como un cadáver que se descompone, no como un remedio que vivifica; como un peso que agobia, no como un apoyo que sostiene; como

(1) Fides sine operibus mortua est. (*Jacob.*, II.)

un remordimiento que desgarra, no como un espejo en el cual se ve á Dios tal como puede verse desde la tierra, y del cual se reciben los resplandores vivificantes de la razon infinita; y así no participa de una manera eficaz y saludable de la verdad divina. Por consiguiente, el cristiano que no se cuida de unirse á Dios por los sentidos, por medio de piadosas prácticas de culto, cesa tarde ó temprano de estar unido de corazon á Dios por la sumision á los divinos preceptos, y cesa, en fin, un dia de estarle unido por la inteligencia con una fe viva y eficaz. Así, pues, ese mal católico, perteneciendo al cuerpo de la Iglesia por la profesion exterior de la fe, está separado de su espíritu, y por tanto, separado tambien del Espíritu de Dios, puesto que no puede participar del Espíritu de Dios más que por su union al espíritu de la Iglesia, que es Jesucristo. Está, pues, en estado permanente de cisma, de separacion con Dios; y si la muerte lo sorprende en este estado, esa separacion real de Dios en que se encuentra será irreparable, eterna.

Así, pues, cuidemos de inmolar á Dios, de someter á Dios, no solamente la inteligencia por la humildad de la fe, sino tambien el corazon por la humildad á la ley evangélica, y los sentidos por la práctica del culto, de la oracion, de los sacramentos y de la penitencia. Así, unidos enteramente á Dios en este mundo por el corazon y por los sentidos, merecerémos estar unidos á Él tambien en los cielos, obtendrémos ese único necesario por que hemos sido creados, y participarémos, con Magdalena, de la ventaja de haber escogido en esta vida esa parte mejor que no puede sernos jamas arrebatada, y que nos hará dichosos en la eternidad: *Optimam partem elegit quæ non anferetur ab ea*. Así sea.

VIGÉSIMA NOVENA HOMILÍA.

LA MUJER QUE PARE,

Ó LOS HOMBRES NACIDOS ESPIRITUALMENTE DE MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ.

Mulier, cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus. Cum autem pepererit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. (JOAN., XVI.)

Cuando pare la mujer, se entristece, porque ha llegado su hora. Pero luégo, cuando ha parido un hijo, olvida sus grandes dolores y se alegra, porque ha venido un hombre al mundo.

Así como Adam, despues del pecado, fué condenado á vivir á costa de un trabajo penoso, tambien Eva fué condenada á parir con dolor (1).

Al ponerse Jesucristo en el lugar de Adan para expiar su falta, aceptó la pena debida al pecado. Y en efecto, su pan, que, como El mismo ha declarado, era hacer la voluntad de su Padre, acabando la obra de nuestra salud (2), este pan tan duro, pero al mismo tiempo tan dulce y tan delicioso para su tierno corazon, quiso el nuevo Adan ganarlo, no sólo con el sudor de su frente (3), sino con un sudor de sangre que brotase de todo su cuerpo (4).

Tambien es cierto que María fué llamada para ocupar el lugar de Eva, á fin, dice San Bernardo, de que los dos sexos concur-

(1) In dolore paries. (*Genes.*, III.)
(2) Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me ut perficiam opus ejus. (*Joan.*, IV.)
(3) In sudore vultus tui vesceris pane tuo. (*Gen.*, III.)
(4) Factus est sudor ejus quasi guttæ sanguinis decurrentis in terram. (*Luc.*, XXII.)

un remordimiento que desgarra, no como un espejo en el cual se ve á Dios tal como puede verse desde la tierra, y del cual se reciben los resplandores vivificantes de la razon infinita; y así no participa de una manera eficaz y saludable de la verdad divina. Por consiguiente, el cristiano que no se cuida de unirse á Dios por los sentidos, por medio de piadosas prácticas de culto, cesa tarde ó temprano de estar unido de corazon á Dios por la sumision á los divinos preceptos, y cesa, en fin, un dia de estarle unido por la inteligencia con una fe viva y eficaz. Así, pues, ese mal católico, perteneciendo al cuerpo de la Iglesia por la profesion exterior de la fe, está separado de su espíritu, y por tanto, separado tambien del Espíritu de Dios, puesto que no puede participar del Espíritu de Dios más que por su union al espíritu de la Iglesia, que es Jesucristo. Está, pues, en estado permanente de cisma, de separacion con Dios; y si la muerte lo sorprende en este estado, esa separacion real de Dios en que se encuentra será irreparable, eterna.

Así, pues, cuidemos de inmolar á Dios, de someter á Dios, no solamente la inteligencia por la humildad de la fe, sino tambien el corazon por la humildad á la ley evangélica, y los sentidos por la práctica del culto, de la oracion, de los sacramentos y de la penitencia. Así, unidos enteramente á Dios en este mundo por el corazon y por los sentidos, merecerémos estar unidos á Él tambien en los cielos, obtendrémos ese único necesario por que hemos sido creados, y participarémos, con Magdalena, de la ventaja de haber escogido en esta vida esa parte mejor que no puede sernos jamas arrebatada, y que nos hará dichosos en la eternidad: *Optimam partem elegit quæ non anferetur ab ea.* Así sea.

VIGÉSIMA NOVENA HOMILÍA.

LA MUJER QUE PARE,

Ó LOS HOMBRES NACIDOS ESPIRITUALMENTE DE MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ.

Mulier, cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus. Cum autem pepererit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. (JOAN., XVI.)

Cuando pare la mujer, se entristece, porque ha llegado su hora. Pero luégo, cuando ha parido un hijo, olvida sus grandes dolores y se alegra, porque ha venido un hombre al mundo.

Así como Adam, despues del pecado, fué condenado á vivir á costa de un trabajo penoso, tambien Eva fué condenada á parir con dolor (1).

Al ponerse Jesucristo en el lugar de Adan para expiar su falta, aceptó la pena debida al pecado. Y en efecto, su pan, que, como El mismo ha declarado, era hacer la voluntad de su Padre, acabando la obra de nuestra salud (2), este pan tan duro, pero al mismo tiempo tan dulce y tan delicioso para su tierno corazon, quiso el nuevo Adan ganarlo, no sólo con el sudor de su frente (3), sino con un sudor de sangre que brotase de todo su cuerpo (4).

Tambien es cierto que María fué llamada para ocupar el lugar de Eva, á fin, dice San Bernardo, de que los dos sexos concur-

(1) In dolore paries. (*Genes.*, III.)
(2) Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me ut perficiam opus ejus. (*Joan.*, IV.)
(3) In sudore vultus tui vesceris pane tuo. (*Gen.*, III.)
(4) Factus est sudor ejus quasi guttæ sanguinis decurrentis in terram. (*Luc.*, XXII.)

riesen á nuestra restauracion, puesto que ambos habian cooperado á nuestra ruina (1); y que, por consiguiente, para cooperar la mujer á la expiacion del pecado de Eva, tuvo tambien que sufrir el castigo de parir con dolor: *In dolere paries.*

¿Pero cuándo y cómo ha podido verificarse esto en María, puesto que Jesucristo, su Hijo, así como fué concebido sin concupiscencia, fué parido sin dolor? ¡Ah!, dice San Juan Damasceno. Los dolores, las penas que María no sufrió en Belen, las sufrió mil veces más terribles en el Calvario al parir al hombre pecador (2). ¡Ay! ¡Alegrías pagadas con usura! ¡Doloroso cambió que se verificó así en la condicion de María! Esto es lo que Jesucristo, segun San Agustin y el venerable Beda, ha querido describir en la parábola de la mujer que, llegada la hora de su misterioso parto, se entristece, y cambia su afliccion en alegría cuando ve que ha venido un hombre al mundo: *Mulier cum parit tristitiam habet!*

Penetremos, pues, en el espíritu de esta parábola, y veamos cuál ha sido el rigor del martirio de María en la Pasion de su Hijo; con qué valor y con qué alegría se asoció al amor del Padre, y cómo, gracias á este amor y á esta Pasion, todos hemos recibido de María un segundo nacimiento, y hemos pasado del mundo terrestre y corporal al mundo espiritual y divino, á fin de que, penetrados de un piadoso reconocimiento por esta divina Madre, seamos los hijos de su amor, como hemos sido los hijos de su dolor.

Primer punto. Á primera vista parece extraño que el Señor, en la parábola de la Mujer que pare, hable solamente de la tristeza que experimenta, siendo en semejante caso los dolores del cuerpo más atroces que la tristeza del corazon. ¿Quién es, pues, esa Mujer de una condicion tan diferente de las otras, que en un parto real no sufre nada su cuerpo, y sí su corazon con una profunda tristeza? *Tristitiam habet!* ¡Ah!, dice San Bernardo. Esa mujer misteriosa es María, que, pariendo á los hombres á la vida espiritual, tuvo que soportar en su corazon todas las penas, todos los ultrajes, todos los tormentos, todos los dolores que su

(1) Congruum fuit ut adesset nostræ reparationi uterque sexus, quorum corruptioni neuter defuisset. (*S. Bern.*)

(2) Quos dolores effugit pariens, illos passionis tempore sustinuit. (*S. Joan. Damasc.*)

Hijo bien amado sufrió en su cuerpo (1). Y en efecto, dice este santo doctor, ¿no es una madre más sensible á los dolores de sus hijos que á los suyos propios? (2).

¿Qué busca María en el Calvario? Ve á su Hijo bien amado adelantarse jadeante, agobiado por el enorme peso de su cruz; ve su frente pálida, sus ojos apagados, sus labios lívidos, sus adorables mejillas acardenaladas y llagadas, su sagrada cabeza horriblemente envuelta en una guirnalda de espinas, que se clavan en su frente, atestiguando sus pupilas y sus párpados la barbarie con que se le ha tratado, las crueles roturas que han debido hacer en los más delicados tejidos, y los espasmos atroces que deben ocasionar las espinas que han quedado implantadas en su cráneo; ve, en fin, la sangre que ha vertido y está coagulada en su rostro, de manera que, enteramente desconocido, no queda nada de su arrebatadora belleza, de sus divinas facciones: ¡no es un rostro humano! (3).

¡Espectáculo capaz de desgarrar los corazones más duros! ¡Escena de dolor! Las piadosas mujeres que le siguen no pueden soportar la vista de tanta crueldad, y trastornadas exhalan desgarradores gritos y vierten raudales de lágrimas (4). Y siendo tal la compasion que despierta en los corazones de otras mujeres el estado en que se encuentra el Salvador, ¿qué impresion no produciria en el corazon de la más tierna de las madres?

Empero algo más atroz aún está reservado á su mirada maternal: á su presencia, los verdugos arrancan violentamente á Jesus los vestidos ya pegados á sus llagas, abriéndolas asi de nuevo de la manera más cruel. Esta tierna Madre ve, pues, el cuerpo adorable de su divino Hijo no presentando de la cabeza á los piés más que una sola llaga. Ve sus carnes laceradas, desgarrada la piel, rotos los músculos, medio descubiertos los huesos, y brotar la sangre de todas partes. Comprende todo el horror de los estragos hechos por los azotes en una carne tan delicada y tan querida á su corazon; y por una misteriosa correspondencia, Ella experimenta el mismo suplicio. No hay, dice San Buenaventura, más que una diferencia: que en la persona de Jesucristo se ex-

(1) Quod Christus in corpore, beata Virgo in corde perpessa est. (*S. Bern.*)
(2) Parentes magis torquentur in filiis quam in seipsis. (*Ibid.*)
(3) Vidimus et non erat adspectus. (*Is.*, LIII.)
(4) Plangebant et lamentabantur eum. (*Luc.*, XXIII.)

tienden las llagas por todo su cuerpo, y en María el amor maternal, imitando la crueldad de los verdugos, las ha reproducido y concentrado en su corazon (1).

Hé aquí, entre tanto, llegado el momento en que la divina Víctima, Jesucristo, debe ser puesto sobre el altar de la cruz. Los verdugos lo arrojan brutalmente sobre la cruz, lo insultan, estiran sus miembros con cuerdas, los clavan. La Madre oye el cruel sonido de los martillos y el crujido de los huesos que se rompen. Ve á sus pies los vestidos ensangrentados, y los clavos que á traves de los desgarradores músculos abren anchas heridas de donde sale la sangre que corre hasta Ella misma. Ve las palpitaciones de sus miembros sagrados; ve volver la cruz para remachar los clavos, y á su Hijo aplastado bajo aquel peso. Y todos estos dolores y todos esos horrores van, dice San Jerónimo, por una inefable correspondencia de amor, á reproducirse en el corazon de la Madre (2).

¡Oh! No nos detengamos en las apariencias; penetremos en la realidad de las cosas. María, corporalmente está no más que junto á la cruz (3); pero espiritualmente, nos dice San Agustin, está clavada en la cruz (4). Y en efecto, María no se contenta con echar una mirada fugitiva sobre esta sangrienta escena, sino que la contempla inmóvil, la considera en todas sus partes, la penetra con toda la vivacidad de su clara inteligencia, con todo el vigor de su imaginacion pura. Se pone en espíritu en lugar de su Hijo; realiza en su pensamiento los atroces sufrimientos que experimenta aquella Humanidad tan preciosa y tan querida; los transporta por medio de la imaginativa á su propia Persona; se los representa, se los pinta tan vivamente en todas las partes de su cuerpo, que en cierta manera los experimenta tambien, y siente los mismos espasmos que si estuviese sometida á ellos. Así es como Ella misma tiene la cabeza atravesada de espinas, los piés y las manos de clavos, los miembros dislocados; así es como tambien experimenta el ardor de la sed que á Él le

(1) Singula vulnera per ejus corpus dispersa, in uno Mariæ corde sunt unita. (*S. Bonavent.*)

(2) Quot clavi, quot ictus Christi carnem rumpentes, totidem Mariæ animam verberantes. (*S. Hieron.*)

(3) Stabat juxta crucem Jesu mater ejus. (*Joan.*, XIX.)

(4) Christo crucifixo crucifigebatur et mater. (*S. Aug.*)

atormenta, la amargura de la hiel que á Él le dan, los ultrajes de los hombres, los rigores de su Padre que lo abandona. Así es como palidece con Él, se lamenta y se turba al acercarse el último momento; y así como participa de su suplicio, participa de su agonía y de su muerte (1).

Si no muere Ella realmente, no es esto un alivio, sino un segundo tormento. ¡Oh! ¡Si una víctima puramente humana pudiese bastar á la Justicia divina, con qué transporte la tierna María hubiera aceptado mil veces la muerte en lugar de su Hijo! Pero no pudiendo morir por Él, se atormenta, aspira al ménos á morir en Él; porque, dice San Agustin, la peor de todas las muertes es sentir todos los dolores de la muerte sin poder morir (2).

Santo Tomás, con su precision teológica, sostiene que los dolores de María en el Calvario fueron más vivos y más intensos que todos los que pueden sufrirse en la vida presente (3). Que si Ella no murió, fué porque la tristeza de esta Madre, en su misterioso parto, es de la misma naturaleza que la de Jesucristo en el jardin, tristeza que, capaz de causar mil veces la muerte, la dejó vivir, por el mismo milagro que sostuvo á su Hijo en su primera agonía (4).

¿Pero cómo y de qué manera este horrible martirio, semejante al de Abraham, todo espiritual é interior, cómo y de qué manera esta profunda tristeza de María es fecunda? ¿Cómo y de qué manera este dolor es el dolor del parto? (5). De la misma manera, segun la prediccion del Profeta, que la muerte de Jesucristo por el pecado es una muerte vivificante, una muerte que hace nacer á la vida una numerosa descendencia (6).

¡Oh! ¡Cuán grandes y profundos son los misterios del Calvario! Jesucristo en la cruz con los espasmos atroces que allí sufre,

(1) Imo et in cruce cum filio cruciatur. (*S. Bern.*)

(2) Ibi mors morte durior, ubi vita non tollitur et mortis angustia toleratur. (*S. Amed.*)

(3) Dolor Virginis fuit maximus inter dolores præsentis vitæ. (*S. Thom.*)

(4) Non crediderim tantos cruciatus, quin vitam amitteret, potuisse sustinere, nisi ipse spiritus Filii sui eam confortaret. (*Ibid.*)

(5) Mulier cum parit tristitiam habet. (*Joan.*, XVI.)

(6) Si dederit animam suam pro peccato videbit semen longævum. (*Is.*, LIII.)

con su muerte ignominiosa, va destruyendo al hombre antiguo, al hombre condenado á la reprobacion y á la muerte, va borrando con su sangre el decreto que lo condena (1). Y al mismo tiempo reanima á ese hombre, le vivifica, le hace entrar en un nuevo órden de providencia y de gracia, lo incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad, gloriosa con su gloria; lo regenera, completa una reforma, y como una nueva y misteriosa creacion, una nueva vida de la naturaleza humana (2).

Pero obsérvese bien que esta sangre tan pura, que derramada sobre la tierra hace germinar la nueva generacion de los hijos de Dios, esta carne inocente que sin pecado representa todos los pecadores, este nuevo hombre en quien se crucifica al hombre antiguo, destruyéndolo para que renazca á una nueva vida, esa sangre, esa carne, ese cuerpo, pertenecen á María, son la propiedad de María, porque sólo Ella lo ha dado de su propio cuerpo, de su carne, de su sangre, y que es verdaderamente su Madre; y así los misterios cumplidos en ese cuerpo sagrado son comunes á los dos, no solamente porque María sufre en su corazon, por la impetuosidad del amor, todo lo que ve sufrir en su cuerpo á su Jesucristo, sino porque Jesucristo, en tanto que es hombre, es la carne y la sangre de María. La persona del Verbo es todo, en cuanto á la extension del mérito, en el gran sacrificio que ofrece; pero en cuanto al cumplimiento exterior, es tambien el todo la humanidad ofrecida; y como esa humanidad la ha suministrado María, en consecuencia, bien que el fruto de ese sacrificio sea en todo entero debido á Jesucristo que eleva el mérito de él, tambien se debe en parte á María, que ha suministrado la Víctima.

El funesto misterio del pecado puede hacernos comprender mejor el precioso misterio de bondad que lo repara. En el paraíso terrenal, Adan pecó más gravemente que Eva, y como prevaricó en calidad de jefe y padre de la humanidad, su pecado fué el que debió trasmitirse á todos los hombres. Pero ese pecado que todos recibimos de Adan, no lo cometió Adan sino por un

(1) Hoc scientes quia vetus homo noster simul crucifixus est ut destruatur corpus peccati. (*Rom.*, VI.)

(2) Sed nova creatura. (*Galat.*, VI.) In Christo omnes vivificabuntur. (I, *Cor.*, XV.)

fruto cogido por Eva, ofrecido por Eva, comiéndolo, persuadido por Eva, contra la prohibicion de Dios (1). Hé ahí por qué el pecado de Adan es tambien el pecado de Eva; y por más que Adan sea propiamente quien nos ha dado la muerte (2), esta muerte nos viene tambien de Eva, es decir, por la cooperacion y como por las manos de Eva. Semejante sobre el Calvario, donde el pecado recibe su castigo, se borra, se expia, donde esa muerte se repara, se destruye, allí Jesucristo sufre más que María, y como sufre en calidad de Jefe, de Padre, de nuevo Adan, representante del nuevo linaje que debe nacer de Él, es tambien su propia justicia la que nos ha sido trasmitida por filiacion. Pero esta justicia que recibimos de Jesucristo no la ha obtenido para nosotros sino en una carne que le ha sido suministrada por el libre consentimiento de María, y por eso el sacrificio de Jesucristo es al mismo tiempo el sacrificio de María. Y por más que sea Jesucristo solo quien, propiamente hablando, nos engendra y nos vivifica (3), esta vida espiritual nos viene tambien por la cooperacion de María.

¿Qué hace, pues, María al pié de la cruz? ¡Ah! Lo mismo que participa de los sufrimientos, participa tambien de esta misteriosa generacion de los hijos de Jesucristo. Su mortal tristeza es fecunda, es el dolor del parto (4); porque, dice San Bernardo, en la inmensidad de su dolor, entre las angustias y las agonía de la muerte, nos hace nacer á la vida en Jesucristo y por Jesucristo (5). Y como en este parto misterioso, añade San Bernardino de Sena, es Madre de todos los hombres, debió sufrir en su corazon colectivamente todos los dolores que han experimentado cada una de por sí en sus entrañas las madres que han parido (6).

Así como Adan tuvo una cómplice en el misterio de la iniquidad que nos dió la muerte, Jesucristo tuvo tambien una Compañera en el misterio de gracia que nos ha vivificado. El nuevo

(1) Tulit et dedit viro suo qui et comedit. (*Gen.*, III.)
(2) In Adam omnes moriuntur. (I *Cor.*, XV.)
(3) In Christo omnes vivificabuntur. (*Ibid.*)
(4) Mulier cum parit tristitiam habet.
(5) Erat magno dolore parturiens. (*S. Bern.*)
(6) Omnium cruciatus in hanc conspiraverunt matrem, quia omnium matrum collective dolores adæquavit. (*S. Bern. Sen.*)

pueblo, el pueblo santificado, nace directamente de los sufrimientos y del amor del Hijo, pero tambien, aunque de una manera indirecta, de los sufrimientos y del amor de la Madre; y ese pueblo afortunado encuentra en María una verdadera Madre para renacer á la vida, así como el pueblo antiguo, el pueblo corrompido, no solamente nace de la desobediencia y de la sensualidad de Adan, sino tambien de la desobediencia y de la sensualidad de Eva; y esta raza infortunada tuvo tambien en Eva una madre, pero una madre que le dió la muerte.

De esto tambien debemos deducir que la gran palabra pronunciada por Dios contra Eva: «Tú parirás con dolor», fué al mismo tiempo una ley y un misterio, una condenacion y una profecía. Desde aquel instante el dolor se hizo una condicion indispensable para ser madre, no solamente en el órden de la naturaleza, sino en el de la gracia. La ventaja de tener hijos espirituales, no ménos que el consuelo de tener hijos segun la naturaleza, no puede comprarse sino á precio de dolores. La cualidad de madre ha llegado á ser inseparable de la de mártir: «Parirás con dolor.» Así Eva, que no fué madre de los hijos del hombre sino sufriendo dolores agudos, fué la figura profética de María, que sufriendo en su corazon dolores más intensos, fué Madre de los hijos de Dios: *Mulier cum parit tristitiam habet.*

¡Oh tierna, generosa María, milagrosamente fecunda al pié de la cruz! Despues de Jesus, debemos á Ella nuestro nuevo nacimiento. Sobre el Calvario, donde su Hijo encuentra la muerte y una tumba, nosotros, los hijos castigados, hemos encontrado la cuna y la vida. Allí donde Él muere, nosotros renacemos; pero no renacemos sólo de Él y por Él, porque Ella nos ha concebido allí y parido dolorosamente, así como Jesucristo nos ha regenerado allí con su sangre. Grande y desgarrador ha sido el dolor de este parto, pero grande tambien y numeroso es el pueblo que ha nacido; el profeta Isaías habia dicho: «¿Todo un pueblo ha sido engendrado al mismo tiempo? Y sin embargo, Sion ha estado encinta y ha parido sus hijos al mismo tiempo!» (1). María es, pues, la Mujer misteriosa del Evangelio, que nos pare, no solamente participando el suplicio de su Hijo, sino uniéndose

(1) Numquid parietur gens simul? Quia parturivit et peperit Sion filios suos. (*Is.*, LVI.)

de corazon á los severos decretos del Padre; por eso, en lugar de quejarse de sus sufrimientos, se regocija, porque piensa que los hombres deberán la vida á sus mortales angustias: *Cum autem pepererit non meminit pressuræ.* Esto es lo que nos queda que explicar.

Es verdad que María tiene por Jesus el más santo, el más puro, el más perfecto amor; porque es su Dios y al mismo tiempo el amor más tierno, más enérgico, más violento, más intenso; porque es su Hijo, su Hijo que Ella sola ha concebido de su sangre más pura. Pero esa impetuosidad del amor de María por un Hijo que es él Hijo de Dios, se encuentra en Ella combatida por otro amor no ménos fuerte y violento por los hijos de los hombres. Estos dos amores luchan juntos en el corazon de esta tierna Madre, como luchaban en el seno de Rebeca sus dos hijos gemelos (1). Lo que el uno de estos dos amores pide, lo rechaza el otro; lo que busca el uno, lo aborrece el otro. Para satisfacer al uno es menester sacrificar al otro. Los intereses de estos dos amores son tan contrarios como los objetos son diversos.

María no puede desear la salud de los hombres sin querer la muerte de su Hijo. No puede desear que su Hijo viva, sin consentir en la eterna perdicion de los hombres. Querer la salud del mundo y la muerte de su Hijo es demasiado dolor; querer que su Hijo viva y que el mundo perezca es demasiada crueldad. ¡Oh guerra! ¡Oh lucha intestina de dos amores rivales en un mismo corazon! *Collidebantur in utero parvuli!*

Pero así como Rebeca, instruida por el oráculo de que, segun los deseos de la eleccion divina, el mayor de sus hijos debia servir al menor (2), dió en su corazon la preferencia á Jacob, el menor de ellos, así tambien María, sabiendo que segun el decreto divino, el Hijo de Dios debia servir de Víctima, de precio para el rescate de los hombres, consintió en que el Hijo de sus entrañas fuese inmolado á los hijos de la adopcion. En su corazon contristado, combatido, desgarrado, el amor por la salud del mundo obtuvo la preferencia sobre el deseo de ver vivir á su Hijo, y le hizo soportar con una firmeza admirable y hasta con alegría la muerte, á la cual los hombres deben la vida: *Non meminit pressuræ propter gaudium!*

(1) Collidebantur in utero ejus parvuli. (*Gen.*, XXV.)
(2) Et major serviet minori. (*Gen.*, XXV.)

¡Oh misterio! ¡Oh escena á la vez de gran dolor y de gran compasion! El cielo y la tierra parecian conspirar para hacer más desconsoladores los últimos momentos de la vida del Hombre Dios. Jesucristo, desde la cruz donde estaba bárbaramente enclavado, dirige al cielo el grito de su dolor como para pedirle el consuelo que le niega la tierra; Padre santo, Padre justo, Padre amante, ¿no reconoceis ya á vuestro Hijo? Por otra parte, el infierno despliega contra el Crucificado todos sus rigores. Escribas y fariseos, pueblo y magistrados, hebreos y romanos contemplan ávidamente esta escena de dolor, y en los transportes de su ódio prorumpen en horribles blasfemias, en amargos insultos. María, presente, será testigo de los sangrientos ultrajes hechos á la majestad, á la inocencia de un Dios que es su Hijo, de un Hijo que es su Dios.

Á traves de la débil y siniestra luz que los astros casi apagados dejan caer sobre esta tierra deicida, María contempla aquel cuerpo cubierto de llagas, atravesado de clavos, agotado de fuerzas y brotando sangre. Ve los labios lívidos, las mejillas descoloridas, los ojos apagados y á medio cerrar por el sueño de la muerte. Oye la voz lánguida, los lamentos de esta santa Humanidad que va á exhalar entre los tormentos un alma inundada de dolores, agobiada de angustias. Y Ella no vuelve su mirada, no puede apartar el pensamiento de un objeto tan lastimoso. No cesa un solo instante de beber en esta fuente de amargura que, por sus ojos y sus oidos, va á inundar su corazon; fija é inmóvil, permanece de pié; considera una á una las llagas con religioso respeto; absorbe la sangre hasta la última gota, y se embriaga con su dolor; las medita, las contempla, las aprueba, se complace en ellas, hacen sus delicias, las aplaude, las ofrece á Dios como inagotables fuentes, como preciosos manantiales, como títulos auténticos de la salud y de la redencion del mundo (1).

San Juan gime; Magdalena se deshace en llanto. El uno tiene el corazon de un discípulo, la otra de una hija que llora á su Padre; María tiene el corazon de una Madre tierna, pero es Madre de Dios. Sostendrá con honor esta sublime dignidad. En la

(1) Spectabat piis oculis filii vulnera per quæ sciebat hominibus redemptionem futuram. (*S. Ambros.*)

fuerza de alma de la Madre debe resaltar la divinidad del Hijo (1). Así, dice un intérprete, el milagro de sus dolores ha sido portentoso; la gloria de su virginal pureza se encuentra unida al prodigio de su valor sobrehumano. La más pura, la más delicada de las vírgenes se muestra la más heroica de las mujeres. Ni un signo de impaciencia en sus facciones, ni una palabra de maldicion, ni siquiera de queja en su boca. Inundada de amargura en su interior, se muestra impasible en su exterior. Su alma está abismada en el dolor, y sus ojos no se humedecen con el llanto. Haciéndose superior á sí misma, firme é inmóvil en su actitud, manifiesta toda la elevacion y sublimidad de su alma, dominada sólo por la extension de su dolor. Lo que fija toda su atencion es, más que el trágico acontecimiento que la priva de un Hijo, el ejemplo que se le ofrece de la caridad divina; y con una firmeza heroica, con una resignacion perfecta, se eleva hasta Dios; y entre la admiracion y el dolor, la compasion y el amor, queda absorta y como en éxtasis ante el grande é inefable misterio de la bondad de un Dios espirando en la cruz por la salud del mundo (2). Sí, es la Mujer del Evangelio, que sufre como si no sufriese; en su dolor, está como inundada de alegría. Sí, la santa alegría de ver á los hombres recobrar la vida en las llagas, en la sangre, en la muerte de su Hijo, le hace olvidar lo que el nacimiento de esos hombres le cuesta: *Non meminit pressuræ*.

Pero sus labios callan, su corazon no, y en los tormentos de su caridad con los hombres, volviéndose hácia el Padre celeste: «¡Ah, le dice, Padre justo, Padre santo, no mireis mi dolor! Soy Madre, es verdad, y sabeis qué lucha suscita mi amor en mi corazon, ¿pero no sois Vos tambien su Padre? Es el fruto de mis entrañas, ¿pero no es la imágen de vuestra sustancia? Mi sangre corre por sus venas, ¿pero todas vuestras divinas perfecciones no están con vuestra naturaleza reproducidas en Él? Lo quiero como mi Hijo bien amado, ¿pero no es tambien vuestro único y bien amado Hijo? ¡Y sin embargo, lo abandonais y Yo tambien lo abandono! ¡Lo condenais, y Yo tambien lo condeno!

(1) Stabat non degeneri spectaculo mater. (*S. Ambros.*)

(2) Corpore excelso, animo excelsior, spectans et admirans magnum pietatis sacramentum, Deum in cruce. (*Ibid.*)

¡Sí, que muera clavado en la cruz, con tal que seais satisfecho y que se salven los hombres! ¡Que sea crucificado! ¡Que sea crucificado!» (1).

Hé aquí, pues, que el mismo grito de muerte contra el inocente Jesus sale á la vez del corazon odioso y bárbaro de los judíos y del corazon tierno y afectuoso de María. Solamente que en ellos es un grito de furor, y en María un grito de bondad. Ellos gritan: «¡Muerte á Jesus!», por ódio á Jesus, y María grita: «¡Muerte á Jesus!», por amor á los hombres. En los judíos este grito es un nuevo atentado, el más grande de todos, y será su perdicion; en María este grito es el colmo de la misericordia, y nos salvará. Gracias al heroismo de esta resignacion y de esta ofrenda, puede decirse que si los homdres pecadores son los hijos de Dios por la muerte de su Hijo inocente, lo deben tambien á María: *Non meminit pressuræ, quia natus est homo in mundum.*

En efecto, hemos nacido de Dios Padre (2); somos sus verdaderos hijos de adopcion y de gracia, no solamente en palabras, sino en realidad (3). ¿De qué manera, pues, nos ha engendrado? El mismo Jesucristo y sus Apóstoles nos lo han revelado; amando al mundo hasta el punto de sacrificar por él á su propio Hijo, al Hijo engendrado de su sustancia (4). Entregando á ese Hijo santo é inocente, á fin de que se devolviese la vida de la gracia á los hombres pecadores (5).

Así, pues, es indudable que María, cuya santidad consiste principalmente en una conformidad perfecta de pensamientos y de voluntades con los pensamientos y las voluntades divinas, es indudable, digo con San Buenaventura, que María ha participado con Dios los prodigios de generosa caridad para con los hombres, y que queriendo conformarse al acto de sublime bondad con que el divino Padre nos ha hecho dón de su Hijo único, y con que ese mismo Hijo se ha ofrecido y dado Él mismo á nosotros

(1) Crucifige, Crucifige, eum! (*Joan.*, XIX.)
(2) Qui ex Deo nati sunt. (*Joan.*, I.)
(3) Ut filii Dei nominemur et simus. (I *Joan.*, III.)
(4) Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. (*Joan.*, III.)
(5) Proprio Filio suo non pepercit Deus, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (*Rom.*, III.)

por nuestra salud, Ella tambien nos lo ha ofrecido y nos lo ha dado con el mismo fin misericordioso, con una generosidad y una espontaneidad que no cede más que á la de Dios, su modelo y su ejemplo. Por eso María, que participa con Dios la prerogativa de tener á Jesucristo por Hijo, compartirá tambien con Él su caridad por los hombres; y así, la conformidad entre el Padre, que está en el cielo, y la Madre, que está en la tierra, será en todos sentidos entera y perfecta (1).

Así, pues, como ha habido conformidad entre la fecundidad de María y la fecundidad divina, el corazon de María está conforme en el amor con el corazon de Dios. Así como, sin el concurso de un esposo, María ha engendrado en el tiempo el Verbo divino que el Padre, sin el concurso de una madre, ha engendrado en la eternidad, así Ella lo ha dado con el mismo desinteres, con el mismo transporte, con el mismo amor. La donacion de Jesucristo por el Dios Padre es el efecto de una caridad sobre la cual nada puede imaginarse; y la donacion del mismo Verbo encarnado hecha por María es el efecto de una caridad que no le cede más que á Dios solo (2).

Pero así como Dios Padre, al darnos á su Hijo único como medio y precio de rescate para nuestro nacimiento espiritual, nos ha engendrado tambien por su gracia y hecho sus hijos, así María, al darnos á ese mismo Hijo único para el mismo fin, nos ha engendrado tambien por su gracia. Nuestra filiacion con respecto al Padre Eterno y á María es el efecto de un verdadero nacimiento, si bien todo espiritual, todo de corazon, todo de amor; y por eso hemos nacido de Dios y de María con las mismas condiciones, de la misma manera. Áun podemos decir que hemos nacido de María en cierta manera como Jesucristo, puesto que fué el mismo Espíritu Santo, el amor personal del Padre y del Hijo quien le dió la fecundidad para engendrarnos, sacrificando á nuestra salud á ese mismo Hijo, con la diferencia de que Jesucristo nació de su seno virginal segun la carne, y nosotros he-

(1) Nullo modo dubitandum est quin Maria voluerit filium tradere propter salutem generis humani, ut mater per omnia conformis fieret Patri et Filio. (*S. Bonav.*)
(2) Fecit et illud charitas qua majorem nemo habet, fecit et hoc charitas cui post illam similis altera non fuit. (*S. Bern.*)

mos nacido espiritualmente de su coracon, lleno de caridad (1). En efecto, segun un intérprete, que abriga el sentimiento comun de los Padres, cuando Jesucristo desde la cruz designó á San Juan por hijo de María, y á María por Madre de San Juan, quiso designar en la persona de éste á todos los hijos de la gracia, y de los cuales María sería verdadera Madre por la heroica y sublime generosidad de su amor (2). ¡ Profundo y consolador misterio !

San Agustin dice de la madre de los siete Macabeos, que el dia en que ofreció á la muerte con tanto valor á sus propios hijos, llegó á ser una madre más fecunda que cuando los dió al mundo; porque aquel acto sublime de religion la hizo madre del pueblo judío, al cual confirmó en la religion verdadera por el ejemplo de tan gran virtud (3).

Esta madre fué, segun el abate Ruperto, la figura de María, que fué una Madre más fecunda el dia en que voluntariamente ofreció á la muerte á su propio Hijo y lo perdió en el dolor, que el dia que lo concibió en la santidad y lo parió en la alegría; porque por un Hijo de quien se privó, adquirió muchos. En el Calvario abandonó á su único Hijo, y por Él y en Él parió á la vida no solamente á San Juan, sino á todos los cristianos, de que llegó á ser Madre (4).

Así, por estas dulces palabras, «¡ Mujer, hé ahí á tu hijo! (5)». Jesus quiso decir á María : Mujer, puesto que en este momento Yo no quiero ver en Tí á mi tierna Madre, sino á la Mujer fuerte, heroica, sublime, perfecta, á quien he hecho preconizar y colmar de alabanzas en las Escrituras, *Mulier!* Mujer, hé ahí á mi discípulo Juan. Está puro, es santo, animoso; no se avergüenza ni de mis ignominias ni de mi suplicio; es fiel, y por consecuencia tiene la vida de la gracia: tales son, pues, precisamente los hijos de quienes en este momento te haces Madre, y que no se

(1) Maria carne mater capitis nostri; spiritu mater membrorum ejus; quia cooperata est charitate ut filii Dei nascerentur in Ecclesia. (*S. Aug.*)

(2) In Joanne intelligimus omnes quorum Maria per charitatem effecta est mater.

(3) Fœcundior virtutibus quando filii passi sunt quam fœtibus quando nati sunt. (*S. Aug.*)

(4) Suis in cruce doloribus hoc etiam promeruit, ut non solum Joannis, sed omnium credentium mater diceretur et esset. (*Rupert.*)

(5) Mulier ecce filius tuus. (*Joan.*, XIX.)

avergonzarán jamas de mi nombre, de mi ley, de mi religion, de mi Evangelio. Tu corazon está traspasado por los mismos clavos que han desgarrado mi carne; tu alma participa del amor de mi divino Padre por el mundo, y de los sufrimientos de mi cuerpo. Luego, así como te has asociado al amor de mi Padre por tu generosa caridad, y á mi suplicio por tu desolacion profunda, entrarás tambien en sociedad con mi Padre y conmigo, por un nuevo órden de misterios, de obras y prodigios. Así como amas á mi Padre y sufres conmigo, sé tambien fecunda con mi Padre y conmigo. Los hijos que nazcan hoy del amor infinito de mi divino Padre y de mis sufrimientos, nacen tambien de Tí; y por la misma razon que pertenecen á mi Padre y á Mí, pertenecen á Tí tambien. Tú los engendras tambien en tu amor y tu dolor: *In dolore paries!* Esos hijos no han de nacer, han nacido ya: contempla el tipo y el modelo en mi discípulo bien amado: *Ecce filius tuus!* Este hijo es solo, porque toda la comunion de los fieles, la Iglesia, no formará más que un solo cuerpo del que Yo soy Jefe; pero al mismo tiempo será una multitud de hijos en uno solo, porque serán todos los que crean en Mí, y ésa es la numerosa posteridad que pares como un solo Hijo. Dios es el Padre, Yo el Redentor, Tú la Madre: *Mulier, ecce filius tuus!*

¡Oh fecundos dolores de María en el Calvario! ¡Oh parto de la Madre Dios, cuya fecundidad crece en proporcion de los dolores! ¡ Oh transfixion de su tierno corazon, verdaderamente dichosa para nosotros! ¡Oh corazon sagrado, para nosotros seno maternal! ¡Oh Tabernáculo del Hijo de Dios y Arca de salud para nosotros, hijos de los hombres, que hemos tenido por verdadera Madre á la misma Madre de Dios! ¡Oh gloria! ¡ Oh inapreciable ventaja para nosotros los cristianos: pasando por este corazon, envueltos en ese amor, renacemos del mundo terrestre y corporal al espiritual y divino! ¡ Oh suplicio, oh martirio que deben ser olvidados y tenidos en nada por esta tierna Madre á la vista de todo el bien que nos han hecho! *Jam non meminit pressuræ!*

Segundo punto. Hemos explicado en el sentido alegórico la parábola de la Mujer que pare. Ahora toca explicarla en el sentido místico y moral para la instruccion de cada uno de nosotros. Recordarémos que en las divinas Escrituras se habla de dos concupiscencias y de dos partos espirituales. Uno de éstos es el de

que nos habla David cuando dice: Hé aquí que el hombre ha concebido el dolor y ha parido la injusticia y la iniquidad (1). Igualmente Santiago ha dicho: «La concupiscencia pare el pecado, y el pecado consumado engendra la muerte» (2). La otra concupiscencia y el otro parto espiritual es el de que nos habla Isaías cuando dice: «Así como la mujer que ha concebido, cuando llega su hora exhala gritos de dolor, así, Señor, estamos en vuestra presencia cuando despues de haber concebido buenos deseos necesitamos realizar las buenas obras» (3).

Comprendeis perfectamente que en estos oráculos divinos se hace alusion á las obras de los pecadores y á las de los justos. Y en efecto, las obras del hombre son verdaderos partos, verdaderos hijos espirituales concebidos por la union del intelecto y la voluntad, y que salen en seguida del corazon como los hijos del seno de las madres (4). ¡Pero con qué diferencia! El pecador comete el pecado con satisfaccion y con delicia; despues, á la corta embriaguez del pecado sucede en su corazon el remordimiento, la inquietud, la tristeza, la turbacion, la angustia que lo hace desgraciado con lo mismo en que se prometia encontrar la dicha. La obra de la iniquidad, nacida del desórden y de la injusticia, es hija del duelo y del dolor: *Concepit dolorem et peperit iniquitatem!* El pecado, parto funesto de la concupiscencia, produce á su vez la muerte temporal de la pérdida de la gracia, y la muerte de la condenacion eterna, y da tambien la muerte al padre que le ha dado vida: *Peccatum cum consummatum fuerit generat mortem.*

Al contrario, el justo para vencer esta pasion, para soportar esta afrenta, para endurecer esta desgracia, para restituir este bien, para perdonar esta ofensa, para romper esta intriga, para huir esta ocasion, para domar la rebelion de la carne, para sobreponerse á las críticas del mundo y triunfar para confesar esta caida y esta falta, para parir, en una palabra, las obras de la gracia y de la salud eterna, debe luchar contra sí mismo, renunciar á sí mismo, y no puede prevenir el mal sin esfuerzo, sin agitacion, sin dolor, sin tormentos; ruega, se lamenta, implora ayuda y socorros como una madre en los dolores del parto: *Sic facti sumus à facie tua, Domine, concepimus et parturivimus et peperimus spiritum.*

(1) Ecce parturiit injustitiam, concepit dolorem; et peperit iniquitatem. (*Ps.* VII.)

(2) Concupiscentia parit peccatum; peccatum, cum consummatum fuerit, generat mortem. (*Jac.*, I.)

(3) Sicut quæ concipit, cum appropinquaverit ad partum dolens clamat in doloribus suis; sic facti sumus à facie tua, Domine; concepimus et quasi parturivimus et peperimus spiritum. (*Is.*, XXVI.)

(4) De corde exeunt cogitationes malæ, homicidia, adulteria, fornicationes. (*Matth.*, V.)

Pero cuando la obra santa, la obra de la gracia y de la salud se ha realizado, ha venido el dia; cuando la ley de Dios ha sido observada, cuando á Dios se le ha dado lo que le pertenece, cuando uno ha cumplido su deber, , ¡oh, entónces, mis queridos hermanos, qué calma, qué tranquilidad de espíritu, que alegría interior en el corazon! Así como todo pecado encuentra en este mundo su castigo en el remordimiento, toda accion de virtud cristiana practicada santamente encuentra tambien en este mundo la recompensa de una alegría santa y pura, un celestial contento. Entónces el alma bendice las fatigas pasadas, los esfuerzos realizados, los sacrificios consentidos, ofrecidos para obrar bien; alegría igual que la que hace á la madre olvidar los dolores del parto cuando ya ha nacido su hijo: *Nom meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo.*

Pero esta alegría, este contento que experimenta el justo en la práctica del bien durante la vida presente, no es más que un ensayo, las premisas de lo que experimentará cuando reciba la recompensa en la vida futura. ¡Ah! Cuando despues de haber cerrado los ojos con el sueño de la muerte se despierte en compañía de los ángeles, de los santos, de María, de Jesucristo en el seno de Dios mismo; cuando por algunos años, algunos meses, algunos dias de virtud, de sacrificios, de esfuerzos y dolores se vea introducido en el océano de la alegría eterna del Señor (1); cuando se encuentre en Jesucristo y por Jesucristo hecho hombre perfecto (2), dichoso con este nuevo nacimiento ó más bien nueva creacion (3); cuando se vea glorioso con la gloria de Jesucristo, dichoso con su misma dicha, ¡oh! entónces no se acordará,

(1) Intra in gaudium Domini tui. (*Matth.*, XXV.)

(2) In virum perfectum. (*Ephes.*, IV.)

(3) In Christo nova creatura. (II, *Cor.*, V.)

más que para bendecirlos, de los esfuerzos que tuvo que hacer para renacer á la gracia, porque se encuentra nacido de nuevo para la gloria, hombre nuevo, hombre perfecto, en un mundo nuevo, en el mundo de los espíritus, en el mundo de Dios: *Non meminit pressuræ propter gaudium.*

¡Valor, M. C. H., elevemos nuestros corazones! Lo confieso: cuesta mucho á la naturaleza corrompida, á un corazon débil, á una voluntad inconstante, someterse á la severidad de la ley de Dios. Mucho cuesta ser, como San Juan, el discípulo bien amado de Jesucristo, es decir, puro de cuerpo, fiel de corazon, bastante animoso para no avergonzarse, bastante generoso para entrar en participacion de los sufrimientos y los oprobios de Jesucristo en el Calvario. Pero contemplemos el fruto de ese parto misterioso, contemplemos la recompensa de esas penas pasajeras, endulzadas por la uncion de la gracia. Entónces serémos verdaderos hijos, hijos bienamados de María: *Ecce filius tuus!* y mirarémos á María con la confianza de una verdadera Madre: *Ecce mater tua!* Hijo de María y hermano de Jesucristo es lo mismo; y siendo así hijos de Dios por el amor y por la gracia, serémos herederos de Dios y coherederos de Jesucristo en la eternidad de la gloria (1). Así sea.

(1) Si filii et hæredes: hæredes quidem Dei cohæredes autem Christi. (*Rom.*, VIII.)

TRIGÉSIMA HOMILÍA.

LA VERDADERA VIÑA,

Ó LA COMUNION CON JESUCRISTO.

Et ipse erit expectatio gentium, ligans ad vineam pullum suum et ad vitem asinam suam. Lavabit in vino stolam suam et in sanguine uvæ pallium suum. (GEN., XLIX.)

Y él será la expectacion de las gentes. Atando á la viña su pollino, y á la vid, ¡oh hijo mio! su asna. Lavará en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su palio.

El Profeta rey lo habia dicho: El hombre que olvidando la nobleza de su orígen, la sublimidad de su fin, las ventajas de su naturaleza, la excelencia de su condicion, se abandona á los extravíos del error, al desórden de las pasiones, se envilece, se degrada, desciende al estado del bruto, y no es más que una estúpida bestia de carga, bajo forma humana: *Comparatus est jumentis insipientibus* (1). Luego si hoy el Señor se coloca sucesivamente sobre dos cabalgaduras para recorrer la distancia de una legua, la distancia que separa á Bethania de Jerusalen, no es por la debilidad de su naturaleza humana, sino para cumplir en figura un misterio de su divina caridad. El asno, dice San Jerónimo, representa al pueblo judío sujeto al yugo pesado de la ley, y el pollino indócil figura el pueblo gentil que vive sin ley y sin fe (2). Por eso Jesucristo, que monta hoy estos dos animales y los introduce en la Jerusalen terrestre, es Jesucristo que, bajo el símbolo de la condicion á que están reducidos los judíos y los

(1) (*Ps.* XLVIII.)

(2) Asina quæ subjugalis fuit, synagoga intelligitur; pullus asinæ lascivus et liber, populus gentium. (*S. Hieron.*)

más que para bendecirlos, de los esfuerzos que tuvo que hacer para renacer á la gracia, porque se encuentra nacido de nuevo para la gloria, hombre nuevo, hombre perfecto, en un mundo nuevo, en el mundo de los espíritus, en el mundo de Dios: *Non meminit pressuræ propter gaudium.*

¡Valor, M. C. H., elevemos nuestros corazones! Lo confieso: cuesta mucho á la naturaleza corrompida, á un corazon débil, á una voluntad inconstante, someterse á la severidad de la ley de Dios. Mucho cuesta ser, como San Juan, el discípulo bien amado de Jesucristo, es decir, puro de cuerpo, fiel de corazon, bastante animoso para no avergonzarse, bastante generoso para entrar en participacion de los sufrimientos y los oprobios de Jesucristo en el Calvario. Pero contemplemos el fruto de ese parto misterioso, contemplemos la recompensa de esas penas pasajeras, endulzadas por la uncion de la gracia. Entónces serémos verdaderos hijos, hijos bienamados de María: *Ecce filius tuus!* y mirarémos á María con la confianza de una verdadera Madre: *Ecce mater tua!* Hijo de María y hermano de Jesucristo es lo mismo; y siendo así hijos de Dios por el amor y por la gracia, serémos herederos de Dios y coherederos de Jesucristo en la eternidad de la gloria (1). Así sea.

(1) Si filii et hæredes: hæredes quidem Dei cohæredes autem Christi. (*Rom.*, VIII.)

TRIGÉSIMA HOMILÍA.

LA VERDADERA VIÑA,

Ó LA COMUNION CON JESUCRISTO.

Et ipse erit expectatio gentium, ligans ad vineam pullum suum et ad vitem asinam suam. Lavabit in vino stolam suam et in sanguine uvæ pallium suum. (GEN., XLIX.)

Y él será la expectacion de las gentes. Atando á la viña su pollino, y á la vid, ¡oh hijo mio! su asna. Lavará en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su palio.

El Profeta rey lo habia dicho: El hombre que olvidando la nobleza de su orígen, la sublimidad de su fin, las ventajas de su naturaleza, la excelencia de su condicion, se abandona á los extravíos del error, al desórden de las pasiones, se envilece, se degrada, desciende al estado del bruto, y no es más que una estúpida bestia de carga, bajo forma humana: *Comparatus est jumentis insipientibus* (1). Luego si hoy el Señor se coloca sucesivamente sobre dos cabalgaduras para recorrer la distancia de una legua, la distancia que separa á Bethania de Jerusalen, no es por la debilidad de su naturaleza humana, sino para cumplir en figura un misterio de su divina caridad. El asno, dice San Jerónimo, representa al pueblo judío sujeto al yugo pesado de la ley, y el pollino indócil figura el pueblo gentil que vive sin ley y sin fe (2). Por eso Jesucristo, que monta hoy estos dos animales y los introduce en la Jerusalen terrestre, es Jesucristo que, bajo el símbolo de la condicion á que están reducidos los judíos y los

(1) (*Ps.* XLVIII.)
(2) Asina quæ subjugalis fuit, synagoga intelligitur; pullus asinæ lascivus et liber, populus gentium. (*S. Hieron.*)

gentiles, toma posesion de estos dos pueblos, los santifica uniéndoseles, y los guia y los introduce en la celeste Jerusalen.

Hé aquí, pues, á la letra y en figura á la vez el cumplimiento de la magnífica profecía que Jacob dos mil años ántes habia pronunciado sobre el Cristo, diciendo: Y Él será la expectacion de las gentes. Atando á la viña su pollino, y á la vid, ¡oh hijo mio! su asna. Lavará en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su palio (1).

Y en efecto, que la viña es la santa Iglesia, que la cepa de la viña es su Persona adorable, es lo que nos ha revelado por la bella alegoría de la viña que propuso en su última cena, pocas horas ántes de morir por nosotros.

Vamos á explicar esta sublime alegoría, y á reconocer la necesidad, las ventajas, la gloria que hay para nosotros en unirnos íntimamente á Jesucristo, en llevar sobre nuestras espaldas esta carga bendita, en estar ligados á su Persona para ser cubiertos con sus vestidos, lavados en su sangre adorable, y vernos, de la condicion de bestias á que habiamos descendido, pasar á la dignidad de hijos de Dios, siendo introducidos en la celeste Jerusalen.

Primer punto. El Antiguo y el Nuevo Testamento, los Profetas y el Evangelio, que han sido dictados por el mismo espíritu de Dios, coordinados al mismo fin, á la gloria de Dios y á la salud de los hombres, hablan unánimemente el mismo lenguaje encierran igualmente la misma doctrina, revelan bajo diversas formas los mismos misterios, despiertan el mismo celo, presentan las mismas personas. Sí, el Antiguo y el Nuevo Testamento están acordes y se corresponden tan bien, que el uno sirve al otro de explicacion y de luz.

¿Quereis saber lo que significa la viña misteriosa que en el libro de los Jueces se ha introducido como tomando la palabra? Escuchad á Jesucristo que, en el Evangelio de San Juan, se puso á decir pocas horas ántes de ir á inmolarse por nosotros: «Yo soy la verdadera Viña (2)»; y comprenderéis lo que significaba el lenguaje de la Viña profética, que hablaba así de Ella

(1) Lavabit in vino stolam suam et in sanguine uvæ pallium suum. (*Gen.*, XLIX.)

(2) Ego sum vitis vera. (*Joan.*, XV.)

misma: «¿Puedo acaso dejar mi vino, que es la alegría de Dios y de los hombres, y ser promovido entre los otros árboles?» (1). Sí, comprendeis que éste es Jesucristo, que no se cuida más que de ser un Redentor temporal y confundido entre los demas reyes de la tierra, y que á pesar de la ingratitud de los judíos, no renuncia á derramar su sangre para apaciguar la justicia de Dios y salvar al género humano.

La sinagoga fué primitivamente una viña verdadera que Dios habia plantado (2): «La casa de Israel es la viña del Dios de los ejércitos», dice el profeta Isaías (3). Pero en tiempo de Jesucristo, esta viña habia llegado á ser infiel (4), porque habia renunciado á producir su vino, fuente de santa alegría para Dios y los hombres. Habia llegado á ser una viña de otra naturaleza, en la cual Dios no podia reconocer su obra; una viña silvestre que, en lugar de dulces racimos, no producia más que espinas y frutos amargos (5). Es decir, que en tiempo de Jesucristo, los judíos, prefiriendo los intereses temporales á los espirituales, la dominacion á la religion, el oro á la verdad, César á Jesucristo, léjos de preparar el camino para hacer conocer y proclamar la venida del Mesías, conjuraron su perdicion, y haciendo traicion á su mision sublime, descendieron por la abyeccion de sus vicios hasta el rango de las demas sectas religiosas que declaraban á Dios una guerra impía, en lugar de darlo á conocer, y que perdian á los hombres en vez de salvarlos.

Por eso precisamente, dice San Agustin, para distinguirse de esa viña degenerada, de esa viña de frutos viciados y amargos, Jesucristo dijo: «Yo no soy esa. Yo soy la verdadera Viña: *Ego sum vitis vera*» (6). En seguida, de una manera general, Jesucristo ha querido hacernos comprender que posee en Sí todos los

(1) Numquid possum deserere vinum meum quod lætificat Deum et homines et inter ligna cætera promoveri. (*Jud.*, IX.)

(2) Plantavite vineam electam. (*Jerem.*, II.)

(3) Vinea Domini exercituum domus Israel est. (*Is.*, V.)

(4) Quomodo ergo conversa es mihi in pravum vinea aliena? (*Jerem.*, II.)

(5) Expectavi ut faceret uvas et fecit labruscas... Expectavi ut faceret judicium et ecce iniquitas, et justitiam et ecce clamor. (*Is.*, V.)

(6) Cum dixit: ego sum vitis vera, ad illa se utique discernit, cui dicitur: Quomodo conversa es in amaritudinem vitis aliena? Nam quo pacto est vitio vera, quæ expectata est ut faceret uvas, fecit autem spinas? (*S. Aug.*)

caractéres de una verdadera viña; que es en el órden espiritual y divino precisamente lo que la viña en el órden de las cosas humanas y materiales.

En efecto, notad que la viña no se siembra, sino se trasplanta; la viña nace de la viña. Y lo mismo, dice San Bernardo, Jesucristo es consustancial, coeterno al Padre, que lo ha engendrado; es Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios (1). Pero el divino Padre, dice Jesucristo, es un industrioso Agricultor (2). Porque, dice San Agustin, así como nosotros cultivamos á Dios por la adoracion y la oracion, Dios nos cultiva por su gracia y su palabra (3). Este divino Agricultor, continúa San Bernardo, á fin de que la Viña eterna del Verbo increado fructificase en provecho nuestro, la trasplantó del cielo á una tierra vírgen, al seno de María (4). Y esta tierra elegida y pura, esta tierra de Jacob privilegiada, bendita del Señor, fecundada por la sola virtud del Espíritu Santo, nos dió la Viña verdadera: el Salvador de los hombres (5).

En segundo lugar, la viña debe ser podada, descargada de la exuberancia de follaje; no debe dejarse más que la cepa con algunos sarmientos, quedando así reducida por cierto tiempo á un estado de desnudez y pobreza que causa pena; pero por efecto de la poda y de estas privaciones, adquiere nueva fuerza y vigor, y en la primavera se desarrolla más rica y más bella. Así Jesucristo se ha sometido á la circuncision, á la pobreza, á la miseria, á la humillacion, al dolor, y se ha rebajado más que el esclavo, Él, el Hijo de Dios (6).

Pero tambien esta Viña mística, para dejarse podar así sin piedad hasta consentir que se le arrancase de la tierra de los vivos, cuando vino la gloriosa primavera de la resurreccion apa-

(1) Vitis primo nata de vite, est Deus genitus de Deo, filius de Patre, coæternus, consubstantialis ei de quo genitus est. (*S. Bern.*)
(2) Et Pater meus agricola est. (*Joan.*, XV.)
(3) Colimus Deum et colit nos Deus. (*S. Aug.*)
(4) Sed ut majorem faceret fructum plantatus est in terra, id est, in Virgine Maria. (*S. Bern.*)
(5) Terra quidem hæc non accepit operationem humanam, ut conciperetur in ea filios Dei, sed aqua spiritus sancti irrigata fuit. Aperta est terra et germinavit salvatorem. (*Ibid.*)
(6) Exinanivit semetipsum formam servi accipiens. (*Philipp.*, II.)

reció en toda su lozanía y dió sus frutos sin medida (1). Sus penas se cambiaron en alegría, su pobreza en riqueza, su esterilidad en abundancia, sus humillaciones en gloria, sus llagas en trofeos. Sí, por todo eso Dios le ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre (2).

En tercer lugar, las ramas de la viña deben reunirse y atarse á un tronco. Y Jesucristo ha sido invisiblemente ligado al tronco grosero y estéril de la generacion humana con los lazos de su amor por nosotros, amor infinito, gratuito, generoso; y exteriormente han sido sus miembros adorables atados cinco veces: primeramente al nacer, con los pañales y fajas (3); la segunda vez en el huerto de las Olivas, con cuerdas (4); la tercera en el pretorio, con cadenas, para ser azotado (5); la cuarta, con clavos, en la cruz (6), y la quinta en el sepulcro, con vendas (7). ¡Oh amante y bien amado Jesus! ¡Oh verdadera Viña de nuestra humanidad! ¡Oh Dios de la libertad y de la inocencia, tantas veces atado como un criminal, como un esclavo! Pero ¡ay! nuestras ligaduras, nuestras cadenas, símbolo funesto de la servidumbre que nos sujetó al demonio y al pecado, habrian sido eternas si, tomándolas sobre Sí, no las hubiese roto Jesucristo. Si el Hijo de Dios no hubiese consentido en ser atado, el hombre no hubiese podido ser libre (8). ¡Ah! ¡quién pudiera imprimir afectuosos, respetuosos besos en esas fajas, esas cuerdas, esas cadenas, esos clavos, esas vendas que han ligado los miembros de mi Salvador! ¡Yo me prosterno, os adoro, ligaduras del divino amor, os saludo y os bendigo como término inefable de mi servidumbre, y precio infinito de mi libertad!

En cuarto lugar, se clavan en tierra largos palos, se ponen otros sostenidos en éstos y cruzados, y allí se apoya, sujetando

(1) Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum. (*Is.*, LIII.)
(2) Propter quod et Deus exaltavit illum et donavit illi nomen quod est super omne nomen. (*Philipp.*, II.)
(3) Pannis involutum. (*Luc.*, II.)
(4) Et ligaverunt eum... et adduxerunt eum ligatum. (*Joan.*, XVIII.)
(5) Apprehendit eum Pilatus et flagellavit. (*Joan.*, XIX.)
(6) Foderunt manus meas et pedes meos. (*Ps.* XXI.)
(7) Ligaverunt illum cum linteis. (*Joan.*, XIX.)
(8) Nisi ipse teneretur, non liberaretur homo. (*S. Aug.*)

la cepa principal, y sosteniendo las ramas. Levantada así y extendida, presenta un magnífico golpe de vista con la rica abundancia de sus racimos, y su follaje ofrece una agradable sombra, una deliciosa frescura contra los rayos del sol. ¡Oh, la bella figura de la crucifixion, exclama San Bernardo, no puede ser más fiel ni más expresiva! ¿Quién no reconoce en ella á Jesucristo, la verdadera Viña, elevada en su crucifixion, clavada por los piés y las manos, y extendida sobre los brazos de la cruz! (1). ¡Oh Jesus crucificado, escándalo de los judíos obstinados, oprobio de los gentiles ciegos! ¿Puede imaginarse nada más admirable, más tierno, más conmovedor, más delicioso que lo que se ofrece á los ojos del verdadero cristiano cuando en Vos contempla la riqueza inagotable de vuestros méritos, la infinita dulzura de vuestras palabras, los transportes infinitos de vuestro tierno amor, y que, confiado y lleno de esperanza, extiende una mano segura hácia el fruto copioso y abundante de la Redencion que depende de Vos, que él se la aplica, se la apropia y encuentra allí su vida y su salud? Más aún: en esta Viña preciosa encuentro, no solamente el fruto que me alimenta, sino la sombra que me protege. Y en efecto, Jesucristo crucificado, con el rostro levantado al cielo, extendidos los brazos para implorar gracia en mi favor, me protege, me pone al abrigo de los rayos abrasadores de la Justicia divina provocada por mis faltas. Justicia eterna, Justicia infinita, al levantar Vos mismo entre Vos y yo esta Viña preciosa, á Jesucristo, os habeis desarmado Vos misma; si es verdad que me perseguis justamente por mis crímenes, yo sé tambien dónde debo refugiarme y ocultarme. Adan, el primer pecador, cuando huyó temeroso de vuestra cólera, impulsado por un instinto profético fué á ocultarse entre los árboles (2). Eso me ha enseñado dónde debo ocultarme y encontrar un asilo, si tengo la desgracia de provocar vuestro furor. Iré á refugiarme al pié de la cruz, y allí, con la humildad, con la fe, con el arrepentimiento, me aproximaré cuanto pueda á esta Viña divina, á Jesus crucificado, y allí no lanzaréis sobre mí el fuego que va á destruir al impío. Las espaldas del Salvador,

(1) Quid convenientius! Cancellantur ligna crucis, elevatur in illa, et brachiis vitis nostra distenditur. (*S. Bern.*)
(2) Abscondit se Adam in medio ligni. (*Genes.*, III.)

azotadas, serán mi escudo y mi defensa. Bajo sus brazos, como bajo las alas del más tierno amor, no temo ningun mal, espero todos los bienes (1). Y Vos, ¡oh amante Jesus, que nos amais aunque no os amemos; sed para nosotros la verdadera Viña protectora; guardadnos como á las niñas de vuestros ojos; extended siempre vuestros brazos hácia nosotros, como las alas de vuestro amor, para defendernos, para protegernos, para salvarnos! (2).

En quinto lugar, en fin, la viña es el más precioso de todos los árboles: no hay fruto que, por la excelencia de sus propiedades, pueda compararse al suyo, porque el racimo da ese precioso licor que cura muchas debilidades del cuerpo, corrobora, fortifica, alegra el corazon del hombre y le hace olvidar todas sus penas. Aun bajo este aspecto, Jesucristo es la verdadera Viña; nos ofrece el precioso Racimo cogido en Chipre, en los viñedos de Engaddi (3); y la esposa de los cantares, es decir, el alma fiel, suspira el momento en que lo poseerá, segura de encontrar en Él sus delicias, su gloria, toda su dicha. De este Racimo, que la mano cruel de los judíos ha sometido á la presion de la columna y de la cruz, ha salido un vino precioso, la sangre que el Hombre-Dios derramó en el Calvario y se derrama aún en los altares: entónces en su Pasion, ahora en la Eucaristía; entónces de sus llagas, ahora de los sacramentos; y esa sangre llega hasta el trono de Dios, y dulcifica su enojo, y paga nuestra deuda, y da satisfaccion por nuestras ofensas, y cambia su severidad en amistad apasionada, en amor de padre tierno y de esposo fiel; esta sangre, derramada sobre los hombres, los purifica de sus manchas, los cura de sus enfermedades, los rescata de la esclavitud, hace desaparecer sus deformidades, los fortifica en su debilidad, los consuela en la afliccion, los refresca cuando tienen sed, y los satisface cuando tienen hambre; cubren su desnudez, los saca de su envilecimiento, y, en fin, perdidos, destinados á la muerte, les vuelve la esperanza y la vida. Es la copa embriagadora predicha por el Profeta (4);

(1) Scapulis suis adumbrabit tibi et sub pennis ejus sperabis. (*Ps.* IV.)
(2) Custodi nos Domine, ut pupillam oculi; sub umbra alarum tuarum protege nos. (*Ps.* IV.)
(3) Botrus cypri dilectus meus mihi in vineis Engaddi. (*Cant.* I.)
(4) Calix meus inebrians quam præclarus est! (*Ps.* XXII.)

la copa de las inefables delicias, del contento celeste : Dios y los hombres experimentan con ella una santa y pura alegría : *Vinum..... quod lætificat Deum et homines!*

¡Oh Viña preciosa, Viña divina! Ahora penetramos el profundo misterio, el sentido de esta magnífica profecía, en la cual, hablando en la persona de la viña terrestre, protestasteis que no os confundiriais jamas con los reyes de la tierra; que jamas ejerceriais como ellos el poder derramando la sangre de otro, y que no derramariais más sangre que la vuestra. ¿Cómo, en efecto, renunciar tan noble cargo, el ministerio tan sublime, tan augusto, tan divino de Mediador entre el hombre y Dios, de Víctima inmolada á la gloria de Dios y á la salud del hombre? La Viña respondió: «¿Puedo acaso dejar mi vino, que es la alegría de Dios y de los hombres, y ser promovida entre los otros árboles?» (1).

Pero para participar de la abundancia de estos méritos y de estas bendiciones, es menester que el asna obstinada, el indócil pollino, es decir, el hombre carnal, corrompido, pecador, sea dócil, de tal manera, que Aquel que es la expectacion de las gentes, el Salvador, el Mesías, pueda atarlo á su Viña, es decir, á Él mismo, y lavarlo en el vino que es su sangre, así como ha lavado sus vestidos y su palio: *Lavabit in vino stolam suam et in sanguine uvæ pallium suum.*

Esta doctrina, profetizada por Jacob de una manera tan misteriosa y oscura, nos la ha repetido Jesucristo claramente, cuando en la alegoría de la viña nos dijo: «Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos: el que está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto» (2).

Así, pues, segun Theophilacto, el hombre permanece en Jesucristo, se apoya en Jesucristo por la profesion de la verdadera fe (3). Y por otra parte, Jesucristo está en el hombre por su gracia santificante, por la caridad divina, puesto que ha dicho: «Y el que me ama será amado de mi Padre; y vendrémos á él,

(1) Respondit vitis: Numquid possum deserere vinum meum quod lætificat Deum et homines, et inter cætera ligna promoveri. (*Jud.*, IX.)

(2) Ego sum vitis, vos palmites: Manete in me, et ego in vobis. (*Joan.*, XV.)

(3) Omnis fidelis in Christo est, quatenus credit. (*Theophil.*)

y harémos morada en él» (1). Y, añade San Cirilo de Alejandría, no solamente Jesucristo habita de una manera mística en nosotros por medio de la gracia y de la caridad habitual, sino áun de una manera real y corporal, por medio de la comunion eucarística, puesto que ha dicho: «El que come mi carne habita en Mí y Yo en él» (2).

¡Desgraciados, pues, los herejes que no tienen la verdadera fe de Jesucristo! No están en la verdadera viña, que es la Iglesia; no pueden ser atados á la verdadera Cepa de la viña, que es Jesucristo, no están en Jesucristo. Vanamente, dice San Agustin, se glorian con el título de cristianos; el que no está en la viña (3), no está en Jesucristo, no es cristiano; porque no es la opinion, es la firme creencia; no es la fe cualquiera, sino la fe pura, santa, perpétua, uniforme, verdadera de Jesucristo la que constituye al cristiano.

¡Pero no ménos desgraciados son los malos católicos que no se cuidan de dar frutos de virtud por la exacta observancia de los divinos mandamientos! ¿Qué importa, dice Theophilacto, que estén en Jesucristo por la profesion de la verdadera fe, si Jesucristo no está en ellos por la comunion de su divina caridad? Quedan unidos á Jesucristo como el sarmiento estéril á la viña, sin participar de su jugo vivificante, sin ser más que una rama muerta é inútil (4).

Por eso el Señor ha dicho claramente: «Si estais en Mí, y si mis palabras están en vosotros.....» (5). Y en efecto, dice San Agustin, entónces solamente puede decirse que las palabras de Jesucristo están en nosotros, cuando practiquemos lo que ha mandado, y cuando amemos y deseemos lo que ha prome-

(1) Qui diligit me, diligetur à Patre meo... et ad eum veniemus et mansionem apud eum faciemus. (*Joan.*, XIV.)

(2) Non per habitudinem solum, quæ per charitatem intelligimus, Christus in nobis est, sed etiam corporaliter communio carnis Christi eum in nobis facit habitare; salvator enim ait: Qui manducat meam carnem in me manet et ego in vobis. (*S. Cyr. Alexandr.*)

(3) Qui in vite non est in Christo non est; qui non est in Christo christianus non est. (*S. Aug.*)

(4) Quod si solam fidei confessionem habet et non per observantiam mandatorum fructum feret, mortuus palmes fit. (*Theophil.*)

(5) Si manseritis in me et verba mea in vobis manserint. (*Joan.*, XV.)

tido (1). De nada nos sirve estar en Jesucristo por la fe en su doctrina, en su palabra, si esta palabra, esta doctrina están solamente en el corazon y no se manifiestan en la conducta; entónces Jesucristo no está en nosotros, y nosotros estamos en Jesucristo como si no estuviésemos (2).

Por eso el Señor, no contento con habernos revelado la necesidad y la manera de estarle unidos, nos ha revelado aún, para que estuviésemos advertidos, la condicion indispensable de esta union divina, diciendo: «Mi Padre cuidará de cortar las ramas fecundas para que den frutos más abundantes» (3). Así, pues, dice San Juan Crisóstomo, esta poda de la viña la hace el divino Agricultor en los cristianos que están en estado de gracia, en los que son puros y fervientes, y que por consecuencia son ramas propias para dar fruto. Esta poda la opera por las tribulaciones, las injusticias, los riesgos no merecidos á que los expone, y que parecen castigos miéntras que son beneficios; que parecen actos de severidad, y son caricias de su amor, medios de santificacion y de salud; porque en estas tentaciones, en estas pruebas, su fe se fortifica, su esperanza se hace más sólida, su caridad más ferviente, su oracion más asídua, y el desprendimiento del mundo más perfecto; y por el ejercicio de la humildad, de la mansedumbre, de la paciencia, se aumenta la gracia, crece el mérito, y los frutos de la vida eterna abundan más y más; absolutamente lo mismo que hay esa aparente dureza en cortar las ramas y hojas superfluas, miéntras que es sabiduría é industria, haciéndose así la cepa más fecunda y vigorosa (4). Dios lo ha querido así para que jamas nos escandalicemos con el espectáculo de la prosperidad de los impíos y de las tribulaciones de los justos.

Démonos, pues, por advertidos con estas grandes palabras de nuestro Salvador: Y cuando Dios permite que las naciones infieles y heréticas, los incrédulos, los escandalosos, los pecadores, prosperen en sus negocios y en sus industrias; que acrecienten sus riquezas, sus placeres, su gloria, su poder en la tierra, reconozcámos en Él á ese Agricultor que deja á un lado las ramas estériles é infructuosas; y cuando Dios permite que las naciones católicas, los verdaderos fieles, las almas santas y fervientes sean pobres, miserables y perseguidas, veamos en Él al Agricultor que corta y parece atormentar las ramas más fecundas para hacerlas áun más fructíferas: *Ut fructum plus afferat.* Y en efecto, dice San Agustin, ¿cuál es el cristiano tan puro y tan perfecto en esta vida que no tiene necesidad de ser purificado? (1). Estemos, pues, bien persuadidos de que las tentaciones, las tribulaciones, las cruces son la condicion necesaria de toda alma piadosa que sirve á Dios, que está en gracia de Dios, querida de Dios, amiga de Dios y verdaderamente unida á Jesucristo. El Apóstol lo ha dicho: todos lo que quieren vivir en Jesucristo segun las leyes de la piedad, sufrirán persecucion (2).

Despues de haber visto la necesidad, el modo, la condicion indispensable de nuestra union con Jesucristo, veamos ahora el mérito y el fruto.

En este mismo Evangelio el Señor ha dicho á los Apóstoles: «Vosotros ya estais limpios por la palabra que os he hablado» (3). Hé aquí, pues, el primer resultado, el primer fruto que procura al alma fiel su union con Jesucristo por la profesion de la verdadera fe, y la union de Jesucristo con ella por la caridad y la gracia cuando ella la acoge con sumision, cumple con fidelidad y retiene con amor su ley y su palabra. Esta palabra de Dios, esta doctrina de Dios, esta ley de Dios pura, inmaculada como el Dios de que emana, es la que cambia el alma de la manera más absoluta, la despoja de la corrupcion nativa, contraida por su union con el cuerpo, por su contacto con los objetos sensibles (4). ¡Oh! Sepámoslo bien: la palabra del hombre

(1) Tunc verba ejus in nobis manent, quando facimus quæ præcepit et diligimus quæ promisit. (*S. Aug.*)

(2) Quando verba ejus manent in memoria et non inveniuntur in vita, nec palmes computatur in vite. (*Ibid.*)

(3) Pater meus omnem palpitem qui fert fructum purgabit eum ut fructum plus afferat. (*Joan.*, XV.)

(4) Propter tribulationes eorum hoc dixit, ostendens quod tentationes fortiores eos faciunt, sicut circumcidere palmitem eum magis germinare facit. (*S. Joan Chrys.*)

(1) Quis autem in hac vita sit mundus, ut non sit magis magisque mundandus? (*S. Aug.*)

(2) Et omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur. (II *Tim.*, III.)

(3) Jam vos mundi estis propter sermonem quem locutus sum vobis. (*Joan.*, XV.)

(4) Lex Domini immaculata convertens animas. (*Joan.*, XV.)

no puede ser de ningun efecto sobre el hombre, en el órden de la santidad y de la salud.

La misma palabra de Dios, contenida en las Santas Escrituras, si se anuncia por los ministros del error, al pasar por su boca pierde toda su divina eficacia, se altera, se corrompe; y por eso la predicacion de los herejes es tan estéril y tan infructuosa. Sí: en lugar de convertir, pervierte; en lugar de purificar, mancha; en lugar de santificar, escandaliza; en lugar de salvar, pierde las almas voluntariamente ciegas, y bien dignas, por consecuencia, de tales predicaciones y de tales predicadores. En efecto, todo lo que la herejía obtiene con sus predicaciones es reavivar sin cesar en el corazon de sus víctimas el aborrecimiento y la oposicion contra la Iglesia católica, despertar y fomentar el orgullo, principio de todos los vicios; y con todas sus teorías morales, no es más que una enseñanza de inmoralidad y la escuela de todas las pasiones.

No es la palabra de Arrio, de Nestorio, de Phocio, de Lutetero, de Calvino, de Zwingle, de Socin, de Fox, de Jansenio, de Saint-Simon, de Fourier, de Ronge, de Zreski y de tantos otros poseidos del espíritu infernal, que hablan en su nombre y no lo hacen más que en su orgullo; no es la palabra de todos esos sectarios la que puede santificar á los hombres: es menester para esto la palabra de Jesucristo, de la que es la Iglesia depositaria y fiel guardiana, y la que continúa hablando al mundo por boca de sus legítimos ministros; es ella sola la que, sacando al hombre de la abyeccion del sensualismo y despojándole de la escoria del elemento brutal de la animalidad, lo eleva á la region pura de los espíritus y hace de él un sér, no solamente espiritual, sino divino: «Vosotros ya estais limpios por la palabra que os he hablado: *Propter sermonem quem locutus sum vobis.*»

Dios se ha reservado para Sí la accion sobre el corazon humano, para inclinarle á hacer el bien. La palabra del hombre no puede nada sobre el hombre en el órden de la verdadera virtud, de la salud eterna. Por eso las teorías morales de los filósofos, las predicaciones evangélicas de los herejes, son frias, estériles, infecundas, dejan al hombre como lo encuentran. En la escuela de los filósofos y de los herejes cada uno queda lo que es. ¿Cuándo la herejía ha hecho jamas con sus predicaciones de un infiel un verdadero cristiano, de un pecador un santo?

Más diré: la palabra del hereje, verdaderamente hereje, en tanto que habla como ministro y en nombre de la herejía, no es una palabra humana, sino diabólica; porque el demonio es el artista, el fabricante de todas las herejías, y así el ministro de la herejía no es en realidad sino el ministro del demonio; no enseña más que su doctrina, no se presenta más que en su nombre, no ejerce más que su ministerio, no habla más que su palabra, porque no ha recibido más que de él su mision. Y en efecto, remontándose al pasado en la escala de sucesion de los ministros que le han precedido, para llegar hasta el autor, hasta el primer inventor de la doctrina que predica, encontrará siempre un infame heresiarca lleno de orgullo y de vicios, un monstruo de iniquidad, al hombre de pecado, es decir, al hombre que está exclusivamente dominado, animado, saturado del espíritu del demonio.

Por eso la palabra diabólica pervierte y no puede convertir, corrompe y no puede santificar, mancha y no puede purificar al hombre, lo aleja y no puede acercarlo á Dios; y de ahí esos efectos contrarios á sus intenciones, las más rectas, que obtienen con sus predicaciones los ministros de la herejía. Bajo la accion de esa palabra infernal, la fe en Jesucristo, en lugar de reanimarse, se debilita; el espíritu queda siempre más vacío, el corazon más frio, porque siente la nada de esta palabra sin vida, sin autoridad, desnuda de sentimiento, porque está desnuda de gracia.

En vano predican el Evangelio; reproducen los textos del Evangelio de la misma manera que el demonio en el desierto alegaba á Jesucristo los pasajes de la Escritura, es decir, en un sentido contrario al en que han sido inspirados por el Espíritu Santo, para inculcar el vicio, para fortificar el error. Entre los ministros de la herejía hay hombres probos, de buena fe, más desgraciados que culpables; sus intenciones son rectas, su celo puro; predican para llenar su ministerio, no para ejercitar un oficio; tienen el sincero deseo de hacer bien, pero ¿cuál es el resultado? La herejía es un insecto venenoso que emponzoña todo lo que toca. La palabra misma de Dios, al pasar por la boca del hereje, pierde toda su fuerza, toda su pureza, se altera y se corrompe. Jesucristo, evangelizado por ellos, no es creido, no es amado; no es ya su palabra, no es ya la palabra de vida eterna,

sino una palabra de perdicion, de muerte, de ruina, que no vivifica, sino que da la muerte. No se olvidan de inspirar la caridad; pero más que todo inspiran el aborrecimiento contra la Iglesia. Nada pueden, y solamente procuran alejar las almas del rebaño de Jesucristo. El demonio, por medio de ellos, consigue con una excesiva facilidad inculcar el mal en las personas incautas y de poca inteligencia. Esa palabra no produce, pues, más que un efecto negativo y contrario á las miras de Dios.

Sólo á la palabra de Dios está unida la fuerza conservadora, reformadora de las almas, porque sólo ella es pura é inmaculada: *Lex Domini immaculata convertens animas!* Si en este momento, bajo la impresion de las palabras que os dirijo, el pecador tiene vergüenza de su pecado, el hereje de su error, el cristiano tibio de su tibieza; si en este momento os sentís penetrados, conmovidos, contritos; si, aunque en la tierra, no pensais más que en el cielo; aunque bajo la presion de los sentidos no os preocupais más que de las cosas del espíritu; si en este momento no abrigais más que pensamientos santos y puros, y áun vosotros sois puros y santos, sois realmente cristianos. Pero no, no creais que éste es el fruto de mi palabra, el éxito de mi elocuencia; es que yo, indigno, pero legítimo ministro de Jesucristo, os anuncio su doctrina, su palabra en su pureza, tal como la he recibido de la verdadera Iglesia que me envia; es porque la palabra de Jesucristo va siempre acompañada de su gracia que atrae, que reforma, que mejora: yo no estoy en ella para nada; yo no entro por nada en los efectos que produce en vosotros esta palabra divina, ó si estoy es para disminuir su eficacia con mi impericia y mis pecados. Si al escucharla os haceis más espirituales, más puros, todo el mérito es de Jesucristo, toda la gloria es suya, porque Él es quien os habla por mi boca, de manera que puede hoy todavía, como otras veces, afirmar lo que afirmaba delante de los Apóstoles: «Si sois puros, es por la palabra que os he hablado: *Propter sermonem quem locutus sum vobis.*»

En segundo lugar, el Señor ha añadido: «Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviese en la vid, así ni vosotros si no estuviereis en Mí (1). El que está en Mí, y Yo

(1) Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, si non manserit in vite; sic nec vos nisi in me manseritis; quia sine me nihil potestis facere. (*Joan.*, XV.)

en él, éste lleva mucho fruto» (1). ¡Oh grande y preciosa doctrina! exclama San Agustin. ¡Cuán bien expresa la necesidad, la eficacia y la gloria de la gracia! ¡Cómo, al instruir á los humildes, hace callar y confunde á los soberbios! (2).

No son los retoños los que hacen vivir á la vid, sino la vid la que trasmite á los retoños la vida y la fecundidad: así, cuando estamos unidos á Jesucristo, no es Él quien recibe nada de nosotros, sino nosotros todo de Él: sin Él nada podemos, pues todos los santos pensamientos que se presentan á nuestro espíritu, todas las afecciones puras que se despiertan en nuestros corazones, todas nuestras virtudes, nuestras buenas obras, son el efecto de la savia vivificante de su gracia, que desciende hasta nosotros, opera en nosotros, germina en nosotros, fructifica y vive en nosotros (3). Y siendo así, dice San Pablo, ¿qué puede atribuirse jamas el cristiano á sí mismo? ¿De qué puede gloriarse? ¿En qué puede complacerse del poco bien que hace, de la gracia que conserva, de las virtudes que posee, si nada tiene que no haya recibido de Jesucristo, y que no sea el efecto de su comunion inefable, del concurso de su gracia y de su tierno amor? (4).

Pero esta misma doctrina, que es la base de la humildad cristiana, es el principio de la confianza cristiana, del valor cristiano. Por mí mismo nada puedo, nada valgo, nada sé sin Jesucristo. Pero unido á Él, como el sarmiento á la cepa, cuando estoy en Jesucristo y Jesucristo en mí, entónces puedo dar abundantes frutos: *Hic fert fructum multum.* Y tal es el segundo precioso efecto que produce mi union con Jesucristo. En esta santa union, la vista de mis pecados me entristece, pero no me desespera; la pesadez de mis malos hábitos contraidos por la costumbre inveterada del mal me humilla sin desalentarme; el sentimiento de mi miseria, de mi corrupcion, de mi debilidad, me hace temblar, pero no me abate. Debo repetir con San Pablo, que fortalecido

(1) Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum. (*Joan.*, XV.)

(2) Magna gratiæ commendatio, quæ corda instruit humilium et obstruit ora superborum. (*S. Aug.*)

(3) Ita vitis est in palmitibus ut eis vitale alimentum subministret, non sumat ab eis. (*Ibid.*)

(4) Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris, quasi non acceperis? (I, *Cor.*, IV.)

por el vino generoso de la celeste Viña, por el mérito de la sangre de Jesucristo, lo puedo todo, todo lo puedo emprender y cumplirlo todo; atreverme á todo, y todo soportarlo; domar todas mis pasiones, destruir mis malos hábitos, triunfar de todos mis vicios, elevarme á la práctica de todas las virtudes (1); porque desde entónces soy fuerte con su fuerza, y el fruto que por mí solo no puedo dar, puedo hacerlo abundante en Él y por Él, puesto que es Él quien vive y opera en mí, como yo vivo y opero en Él y por Él: *Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum.*

En fin, el Señor concluye la admirable alegoría de la viña con estas palabras: «Si estuviereis en Mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pediréis cuanta quisiereis y os será hecho» (2). ¡Magnífico y precioso efecto de nuestra union con Jesucristo! Jesucristo no niega absolutamente nada á quien está unido á Él, porque, dice San Agustin, es imposible que el alma unida por la fe y por la gracia á su Salvador, pida nada extraño, inútil, conforme y subordinado á su salud eterna; y todo ruego hecho con estas disposiciones debe obtener una favorable acogida (3). En segundo lugar, como dice San Pablo, el que se une á Dios llega á ser un mismo espíritu con Dios (4). Si estoy en Jesucristo y Jesucristo en mí, Jesucristo me pertenece todo entero, y yo le pertenezco todo á Él. Yo me identifico, me trasformo en Él, llego á ser con Él una sola y misma cosa. Así como yo pongo á su disposicion todo mi sér, mi alma con todas sus potencias, mi corazon con todas sus afecciones, mi cuerpo con todos sus sentidos, así tambien Él pone á mi disposicion todo su Sér, su Divinidad con todos sus atributos, su Humanidad con todos sus méritos; me alienta con sus ejemplos, me fortalece con sus sacramentos, me anima con sus esperanzas, viene en mi ayuda con sus gracias, me enriquece con sus méritos, me purifica con su sangre, y asegura mi salud eterna. Y como no tengo con Él más que una misma vida, tampoco tengo más que una sola voluntad. Como no quiero más que lo que Él quiere, Él no querrá sino lo

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. (*Philipp.*, IV.)

(2) Si in me manseritis et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis petetis et fiet vobis. (*Joan.*, XV.)

(3) Quid autem velle possunt manendo in salvatore nisi quod non est alienum à salute. (*S. Aug.*)

(4) Qui adhæret Domino, unus spiritus est. (I, *Cor.*, VI.)

que yo quiera. Así se cumplirán todos mis deseos, así se harán todas mis voluntades, así se atenderán todos mis ruegos: *Omnia quæcumque volueritis petetis et fiet vobis!*

Dichosos, pues, esos misteriosos animales en los cuales se cumpla la profecía de Jacob, y á los que el Deseado de las naciones introduzca en su viña mística, la Iglesia, atándolos á la verdadera Cepa, á su divina Persona, y cubriéndolos con sus preciosos vestidos mojados en su propia sangre: *Ligans ad vineam asinam suam et ad vitem pullum suum!* Sí, en esa sangre del divino Cordero lavarán sus vestidos, y por esa sangre se salvarán: ¡Dichosos, dichosos los que purifiquen sus vestidos en la sangre del Cordero! (1).

Segundo punto. Al lado de las más dulces esperanzas que consuelan, encontramos siempre en el Evangelio las amenazas más terribles que nos llenan de saludable temor, á fin de que, dice San Jerónimo, por el temor, pero sin abatimiento, por la esperanza, pero sin presuncion, podamos, como el ángel con sus alas, elevarnos hasta Dios.

Por eso en la parábola de la viña, miéntras que con una mano el Señor nos ha pintado las ventajas y la dicha de estar unidos á Él por los sacramentos, con la otra ha dibujado la profunda miseria, la desgracia sin límites de los que están separados de Él, diciendo: «Todo sarmiento que no diere fruto en Mí, lo quitará mi divino Padre (2). El que no estuviere en Mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá» (3).

¡Oh palabra! ¡Oh sentencia! En ella encontramos trazada brevemente la historia lamentable, no solamente de muchos individuos, sino de muchas naciones. Mirad la nacion judía, los pueblos del Oriente, los cristianos del Occidente; porque en el curso de los siglos no han dado en Jesucristo, que se les habia unido, el fruto que tenía derecho á esperar para la vida eterna; porque no se han cuidado de estar en Jesucristo por medio de la humilde fe y de la santa caridad, el divino Padre los ha separado

(1) Beati qui lavant stolas suas in sanguine Agni. (*Apoc.*, XXII.)

(2) Pater meus omnem palmitem in me non ferentem fructum tollet eum. (*Joan.*, XV.)

(3) Si quis in me non manserit, mittetur foras, sicut palmes, et arescet et colligent eum et in ignem mittent et ardet. (*Ibid.*)

de la Vid divina, es decir, de Jesucristo, como sarmientos inútiles, y los ha echado fuera de la viña, fuera de la Iglesia. ¿Y qué ha sido de todas esas nacionalidades? Los judíos no han conservado de la antigua religion más que la idea grosera del Dios destronado por ridículas supersticiones, por fábulas absurdas, y bajo el velo de vanas observaciones exteriores, el culto del oro y la moral del interes terrestre. Como el sarmiento cortado de la vid queda aún verde durante algunos dias, pero concluye por secarse completamente, así los pueblos protestantes en particular, como lo vemos en nuestros dias, despues de haber conservado algun tiempo un resto de fe y de moralidad que habian recibido de la verdadera Iglesia, de la verdadera viña á que estuvieron unidos durante tantos siglos, se han secado ya completamente. Nada de fe en Jesucristo : el racionalismo y el socinianismo que han invadido todas las clases, niegan su divinidad. Nada de prácticas de las virtudes heroicas : han sido completamente absorbidas, abolidas por el más vergonzoso materialismo, por la idolatría del oro y del placer. Nada de religion : en el seno de esos desdichados pueblos, considerados en masa, no hay una sola gota de savia de la antigua gracia, de la antigua fe; todo principio vivificante se ha secado y perecido en ellos. Divididos entre sí por una profunda é interminable discordia de opiniones necias, ridículas, impías, yacen fuera de la verdadera viña, de la Iglesia, esparcidos en el suelo acá y allá, como ramas estériles que no aguardan más que el fuego que debe devorarlas. ¡Oh deplorable catástrofe! ¡Oh lamentable vicisitud! ¡Oh terrible castigo de las naciones que dejan de estar por la Iglesia y en la Iglesia unidas á Jesucristo!

Pero el mismo desastre, la misma decadencia, el mismo castigo está tambien reservado á todo mal católico que, unido á la verdadera vid por la profesion de la verdadera fe, no da jamas fruto por el ejercicio de las virtudes cristianas. El Padre celeste lo corta de la vid divina, lo echa de la Iglesia, porque el pecador que no está unido al cuerpo de la Iglesia más que exteriormente, se hace extraño á su espíritu ; y en efecto, no pertenece al espíritu de la Iglesia el que no está unido á Jesucristo por medio de la gracia santificante y de la divina caridad (1). ¡Ay! ¡Oh miseria! ¡Oh infortunio del alma cristiana á quien el pecado constituye en ese estado de cisma invisible con relacion á Jesucristo! Se seca (1); va perdiendo poco á poco los hábitos de virtud; se hace poco á poco insensible á las bellezas de la fe, á los consuelos de la esperanza, á los atractivos de la obra divina; poco á poco pierde el espíritu de oracion, el amor á la virtud, el gusto por la devocion, las ideas de una vida mejor, el interes del alma, los pensamientos santos, las piadosas afecciones, el deseo del paraíso, el celo por su salud. Árida rama, privada de todo socorro, sin un pensamiento en el espíritu, sin una oracion en los labios, sin una buena accion en la conducta, sin movimiento, sin vida, incapaz, no solamente de dar el fruto de las buenas obras, sino áun de revestirse de hojas por una conducta al ménos exteriormente regular y cristiana, despojada de todo, sin verdor, ofreciendo á las miradas la desnudez de sus vicios, de sus malos hábitos, de sus escándalos, queda en tierra como un árido sarmiento, despreciado de Dios, odioso á los hombres : *Arescet! Arescet!*

(1) Omnem palmitem non ferentem fructum, tollet eum. (*Jo.*, XV.)

¿Qué será de esos cristianos, si en semejante estado los sorprende la muerte? Quedan, dice San Ireneo, allí donde se encuentran, separados por una eternidad de ese mismo Jesucristo de quien quisieron estar separados en vida; quedan en ese estado de cisma y de division con Jesucristo, que han elegido durante la vida y que se han preparado ellos mismos (2).

Y observad á este propósito, dice San Agustin, que el sarmiento es la madera más preciosa, más útil cuando está unida á la vid, y una vez separada es la madera más vil, más inútil para todo, ménos para ser quemada (3). No hay para el sarmiento estado medio entre quedar unido á la vid ó ser quemado : si no queda unido, es arrojado al fuego (4). Igualmente, no hay estado medio para el alma humana : ó está unida á Jesucristo por la fe y por la gracia, y entónces está para siempre unida á su glo-

(1) Si quis in me non manserit, mittetur foras, sicut palmes, et arescet. (*Joan.*, XV.)

(2) Separationem inducit quæ electa est ab eis. (*S. Iren.*)

(3) Ligna vitis tanto sunt contemptibiliora, si in vite non manserint, quanto gloriosiora si manserint. (*S. Aug.*)

(4) Unum è duobus palmiti congruit, aut vitis, aut ignis : si in vite non erit, in igne erit. (*Ibid.*)

ria, ó se separa por el pecado, y para siempre estará separada por la condenacion. Los ministros de la divina Justicia no tienen que hacer más que recoger esos sarmientos secos por los ardores de la concupiscencia y de las pasiones, y arrojarlos al fuego donde eternamente arden (1).

Notad bien esta última expresion. ¡Cuán profunda, cuán terrible es! No dice: arderá, *ardebit*, sino arde; porque el presente y el futuro y el pasado están para siempre abolidos en el infierno, y allí todo se reduce y se concentra en un perpétuo, inmóvil presente: *Ardet! Ardet!* ¡Arde! ¡Arde! La muerte que altera y cambia, que descompone y destruye todas las cosas en el mundo visible, no hace más, con relacion al alma reprobada en el mundo invisible, que hacer fijas, inalterables, indestructibles todas las cosas perecederas; pone un límite á todos los cambios de la naturaleza, á todas las conversiones de la gracia, á todas las vicisitudes del tiempo. No hay esperanza de gracia, ni tiempo para la penitencia, ni recurso para el perdon. El último juicio será sin revision, la última sentencia sin apelacion: *Ardet! Ardet!* Allí el sarmiento que arde no crece ni disminuye en dimensiones, y la llama que lo devora no disminuye ni crece en intensidad. El sarmiento reprobado está siempre en el mismo estado, y arde siempre de la misma manera, y siempre está sometido á un ardor uniforme, constante, presente: *Ardet! Ardet*!

¡Qué desastre! ¡Qué infortunio! ¿Y será verdad que algunos de los cristianos que me escuchan deben terminar en tan cruel destino? ¿Y podrá decirse que ya ha sucedido, que se ha perdido para ellos toda esperanza?

No, no, recobrad el valor, almas separadas de Jesucristo por la herejía ó el pecado. El sarmiento, una vez cortado de la vid, no puede ya ser unido á ella, ni recobrar su puesto, ni recibir como otras veces la savia y la fecundidad. Pero no es así para vosotros. Estais aún en el dominio del tiempo. Para vosotros hay aún el ministerio de la reconciliacion y del perdon; el ministerio en virtud del cual todo lo que se ata ó se desata en la tierra queda atado ó desatado en el cielo. En virtud de ese ministerio, verdaderamente sublime y divino, los sucesores de los Apóstoles pueden aún ir á tomar los desgraciados pollinos atados á la puerta del infierno con las cadenas del pecado y del error, y llevarlos á Jesucristo y hacerle sentar en ellos. En virtud de ese ministerio, vosotros, retoños inútiles y secos, podeis ser milagrosamente introducidos en la Viña santa y divina, en Jesucristo, y participar de todas sus gracias, de todo su amor.

(1) Et colligent eum, et in ignem mittent et ardet. (*Joan.*, xv.)

Valor, pues; miéntras vuestra voluntad no esté irrevocablemente decidida al mal, miéntras que la divina misericordia no esté agotada, miéntras que el dia de salud, el tiempo de propiciacion no haya pasado enteramente, miéntras que las fuerzas no falten, que la salud os secunde, que la gracia esté pronta, que la voz de Dios os llame, que los ejemplos de tantos de vuestros hermanos os sostengan; tomad resueltamente el partido de volver á la verdad por la profesion de la fe católica, á la gracia por un arrepentimiento sincero; haced que Jesucristo nos reuna á todos en la verdadera viña, en el seno de la Iglesia; que pueda atarnos á la verdadera Vid, á su divina Persona; que pueda revestirnos con su gracia, con los méritos de su sangre; que pueda descansar sobre nosotros, guiarnos y conducirnos; y que entre las aclamaciones del pueblo de los justos, entre el *Hosanna* de los ángeles, en compañía de los Apóstoles, pueda introducirnos á todos juntos y triunfantes en la Jerusalen celeste, y que así se cumpla en nosotros todos la gran profecía: «Atando á la viña su pollino, y á la vid, ¡oh hijo mio! su asna. Lavará en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su palio. *Ligans ad vineam pullum suum et ad vitem asinam suam, lavabit in vino stolam suam et in sanguine uvæ pallium suum.*

TRIGESIMA PRIMERA HOMILÍA.

LA SERPIENTE DE BRONCE,

Ó EL MINISTERIO DE JESUCRISTO.

Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, sic exaltari oportet Filium Hominis; ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam. (JOANNES, III.)

Y como Moises levantó la serpiente en el desierto, así tambien es necesario que sea levantado el Hijo del hombre. Para que todo aquél que cree en Él, no perezca, sino qte tenga vida eterna.

Nadie duda que la serpiente de bronce, levantada en otro tiempo en el desierto, no fuese en su verdad histórica una parábola, una figura, una profecía de Jesucristo levantado sobre el madero de la cruz en el Calvario; y que así como la vista de la serpiente clavada á un árbol curaba los cuerpos de las mordeduras venenosas y salvaba la vida temporal, así tambien la fe sincera y eficaz, la fe vivifiante en Jesucristo crucificado, cura las llagas del alma y asegura la vida eterna: *Exaltari oportet Filium Hominis, ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam.*

Con estas palabras nos indica Jesucristo cuál es el verdadero punto de vista bajo que debemos siempre mirar el grande, el incomprensible misterio de la cruz, á saber, como el estandarte, el medio, el remedio, el precio de la salud eterna.

Y precisamente bajo ese punto de vista quiero proponer hoy á vuestra fe, á vuestra piedad, á vuestro amor el misterio de Jesucristo crucificado, explicándoos la parábola histórica de la serpiente de cobre, emblema bajo el cual Jesucristo ha querido figurar este misterio. Es decir, que quiero hacer resaltar las

riquezas, las ventajas, los socorros, los consuelos que la divina bondad nos ha preparado en el misterio de Jesus crucificado

¡Oh cruz de mi Señor, en la cual Dios ha querido operar el gran misterio de la salud de los hombres! ¡oh cruz que has participado con María el honor de ser depositaria de la preciosa vida del Hombre-Dios, porque comenzada esta vida inefable en el seno de María, se ha extinguido en tus brazos! Recibe los humildes homenajes que te rendimos en esta primera iglesia del mundo, á nombre de todo el pueblo cristiano. Que el judío blasfeme contra tí, que el incrédulo se te burle, que el hereje te desprecie, nosotros, verdaderos hijos de la Iglesia, no nos avergonzamos de prosternarnos á tus piés para adorarte; te saludamos con piadosa afeccion, como á nuestra única esperanza: *O cruz ave, spes unica!* ¡Ennoblecida por el cuerpo sagrado del Hijo de Dios, has llegado á ser la delicia del cielo, el terror del infierno, el consuelo de la tierra, la más preciosa herencia, el estandarte glorioso de los discípulos de Jesucristo! Haz, pues, que experimentemos la virtud todopoderosa de la sangre divina con que fuiste teñida en este dia; haz que esa sangre vertida por amor engendre el amor, que aumente la gracia en el corazon del justo, que borre las faltas del pecador haciendo que las deteste: *Hoc passionis tempore piis adauge gratiam, reisque dele crimina.* Á fin de que todos, bajo tu proteccion en la vida presente, y espirando en tus brazos con una fe sincera, no perezcamos, sino que obtengamos la vida que no tiene término: *Ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam.*

Primer punto. Se cuenta en el capítulo veintiuno del libro de los Números, que el pueblo de Israel, en castigo de su ingratitud y de su rebeldía contra Dios y contra Moises en el desierto, fué entregado por el Dios de justicia al furor de horribles serpientes, que por sus crueles mordeduras y su veneno, con poco que hiriesen, llevaban por todas partes la desolacion y la muerte (1). Pero apénas los israelitas, espantados de este azote, y hechos prudentes por el castigo, se arrepintieron de su pecado y comenzaron á llorar, á orar y á implorar misericordia, perdon y remedio contra las serpientes que los herian, el Dios de bondad

(1) Quamobrem misit Dominus in populum ignitos serpentes. (*Numer.*, XXI.)

tuvo compasion de ellos (1): «Haz, dijo á Moises, una serpiente de bronce, y ponla por señal; el que herido la miráre, vivirá» (2). Así sucedió, y cualquiera, despues de haber sido mordido por las serpientes del desierto, si miraba hácia la representacion de la serpiente levantada por Moises, recobraba al instante la salud y la vida (3).

Puesto que Jesucristo ha dicho en el Evangelio: «Y como Moises levantó la serpiente en el desierto, así tambien es necesario que sea levantado el Hijo del hombre» (4); y puesto que San Juan Evangelista, al referir estas misteriosas palabras del Señor, añade que Jesucristo, al hablar así, habia querido aludir á la manera cómo sería levantado sobre la tierra por su crucifixion (5), es evidente, dice San Agustin, que la parábola histórica de la serpiente de bronce habia sido la figura, la profecía del gran misterio que debia cumplirse quince siglos despues, del misterio de Jesucristo crucificado, y que no es permitido á nadie interpretar de otro modo ese hecho histórico, despues que Jesucristo ha dado esta interpretacion (6). San Cirilo añade que, en la parábola histórica de la serpiente de bronce, Dios ha querido representarnos una viva imágen, un cuadro fiel de toda la admible economía de la redencion y de la salud eterna (7).

Esta gran figura expresa, pues, de la manera más viva y más sensible, que Jesucristo nos ha sido dado por Dios como nuestra justicia, nuestra santidad y nuestra redencion (8). Y en efecto, buscad la razon por qué el Señor ha querido figurar bajo la serpiente de bronce el misterio de Jesus crucificado: la razon está

(1) Ad quorum plagas et mortem plurimorum dixerunt: peccavimus, quia locuti sumus contra Deum. (*Numer.*, XXI.)

(2) Locutus est Deus ad Moysen: Fac serpentem æneum et pone illum pro signo; et qui percussus aspexerit vivet. (*Ibid.*)

(3) Quem cum percussi aspicerent sanabantur. (*Ibid.*)

(4) Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, sic exaltari oportet Filium hominis (*Joan.*, III.)

(5) Hoc autem dixit significans qua morte esset moriturus. (*Jo.*, III.)

(6) Demonstratum esse ibi magnum rei futuræ sacramentum ipse Dominus testatur ut nemo possit aliud interpretari. (*S. Aug.*)

(7) Hæc historia est in qua, velut in tabula, totius figuratæ incarnationis mysterium adumbratur. (*Ibid.*)

(8) Qui factus est nobis à Deo et justitia et sanctificatio et redemptio (I, *Cor.*, I.)

claramente indicada en las Santas Escrituras, donde no podedemos admirar demasiado el consentimiento, la armonía, el sistema divino, segun el cual un hecho recibe de otro su esclarecimiento y su inteligencia.

En el Génesis encontramos que una serpiente sedujo á la primera mujer, arrastrándola á la rebeldía y al pecado (1). Encontramos que esa serpiente infernal que, por su primera mordedura al primer hombre, instiló su veneno, es la que hizo pasar por transfusion su espíritu, no solamente á su alma, sino áun á la de todos sus hijos que, concebidos en pecado, manchados con la concupiscencia del pecado, debieron formar, como lo ha declarado Dios mismo, la descendencia, la familia de la antigua serpiente, enemigo, rival irreconciliable de la descendencia de esta gran Mujer de la cual debia nacer el Mesías. Dios dijo á la serpiente: «Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje» (2). ¿Qué significa esto? Que todos los hombres, ántes de ser incorporados, de pertenecer á la familia de Jesucristo por un nuevo nacimiento, pertenecen á la familia del demonio, por ser semejantes por el espíritu y por el pecado á la misma serpiente que, al herir al padre, los hirió á todos, convirtiéndolos en verdaderas serpientes, ó segun el lenguaje de la Escritura, la raza de la víbora, los hijos del demonio (3).

Luego tenemos una relacion manifiesta entre la figura y el objeto figurado: el bronce es un metal muy duro é incorruptible; por consecuencia, dice San Agustin, la materia de que fué hecha la serpiente de Moises expresaba bastante bien la divinidad y la eternidad de Jesucristo como Hijo de Dios (4). La forma de serpiente dada á este metal expresaba tambien la humanidad de Jesucristo, en la cual, el que era Poseedor de la naturaleza divina, se rebajó hasta tomar la naturaleza del esclavo, como dice San Pablo (5). Y en efecto, Jesucristo no tomó la humanidad

(1) Serpens decepit me. (*Genes.*, III.)
(2) Dixit serpenti: inimicitias ponam inter te et mulierem et inter semen tuum et semen illius. (*Ibid.*)
(3) Progenies viperarum. (*Matth.*, III.) Vos ex patre diabolo estis. (*Joan.*, VIII.)
(4) Serpens æneus significavit divinitatem Christi; æs enim durissimum est et incorruptibile. (*S. Aug.*)
(5) Qui cum in forma Dei esset, semetipsum exinanivit formam servi accipiens. (*Philipp.*, II.)

tal como fué en su orígen, sino como habia llegado á ser por el pecado; no tomó la humanidad íntegra, sana, inmortal, sino débil, mortal; no tomó la naturaleza humana, pareciendo por efecto de la gracia santificante confundirse casi con la naturaleza del ángel, sino la naturaleza humana, pareciendo por efecto del pecado confundirse en su forma exterior con la naturaleza de la serpiente infernal; no la humanidad tal como era al salir de las manos creadoras de Dios y de su Hijo, sino la humanidad tal como habia llegado á ser despues de herida por la serpiente infernal, la humanidad convertida por el pecado en la raza de la serpiente (1).

¡Oh, cuán bien el metal en forma de serpiente figuraba al Hijo de Dios eterno, impasible, que ha tomado nuestra naturaleza para representar exteriormente, por su humanidad, al hombre pecador!

La serpiente de bronce, segun afirma, apoyándose en la tradicion, San Justino Mártir, Padre de la Iglesia más antigua, no fué puesta por Moises sobre un largo palo, sino sobre un tronco de árbol cortado en forma de cruz (2). Con lo cual quiso hacernos comprender que, puesto que el hombre seducido por la serpiente infernal que se le habia aparecido en el árbol vedado, habia sido por su concupiscencia como crucificado al mismo árbol, era natural que la cruz fuese el suplicio más apropiado á la condicion del hombre pecador. La serpiente de bronce, puesta por Moises sobre la cruz, nos profetizaba, pues, á Jesucristo que, á cada página del Evangelio, se designa Él mismo con el nombre de Hijo del hombre ó Hijo de Adan, y que ha tomado, no solamente el nombre y la naturaleza débil, degradada del hombre pecador, sino, segun Tertuliano, el estado, la condicion y el castigo del hombre pecador, que es ser colgado á la cruz y morir en la cruz (3).

Nosotros tambien, dice San Pablo, á la vista de Jesucristo crucificado, á la vista de este Cuerpo sagrado extendido violentamente sobre los pedazos de madera, suspendido, lleno de llagas, horriblemente torturados todos sus miembros, desgarrados

(1) Serpentinam in similitudinem carnis peccati. (*S. Aug.*)
(2) Fecit Moyses figuram crucis. (*S. Justin.*)
(3) Effigies ænei serpentis suspensi Dominicæ crucis imaginem designavit. (*Tertull.*)

sus músculos por el peso de su cuerpo, con los huesos dislocados por la excesiva tension de los miembros, desgarradas sus delicadas carnes por la flageracion, impregnados sus labios con la amargura de la hiel, con su sagrada cabeza atravesada de crueles espinas, con su santa Humanidad enteramente desnuda y expuesta á las burlas y á los insultos de un pueblo enfurecido; á la vista de ese Dios cubierto de oprobios, agobiado de insultos, oyendo blasfemar de su nombre divino, ridiculizar sus títulos y su misma cualidad de Hijo de Dios; á la vista de este condenado objeto de tantas burlas, insultos y ultrajes, como herido de maldicion, abandonado de su Padre, despreciado de los hombres, sufriendo el ódio del cielo y la execracion de la tierra (1), ¿cómo no nos reconocerémos á nosotros mismos? ¿Cómo no reconoceríamos al hombre antiguo, al hombre pecador, y por tanto, maldito de Dios? ¿Cómo no exclamarémos: «Hé aquí lo que somos, lo que hemos merecido, la pena en que hemos incurrido, el tratamiento que nos estaba reservado; porque si Jesucristo es tratado así, si es reducido á tal estado de humillacion, si es presa de tan grandes dolores, es únicamente porque representa y personifica en Sí mismo al antiguo hombre; porque se ha sustituido en nuestro puesto y tomado sobre Sí, para aniquilarlo, el peso excesivo de nuestras prevaricaciones, que forman como un cuerpo horrible y monstruoso de pecado?» (2).

Dios, al ordenar á Moises que hiciese y levantase en medio del desierto la serpiente de bronce, á la vista de todo el pueblo, emplea una expresion singular, y le dice: «Ponla por señal» (3). Es decir, segun lo explican los intérpretes, como una especie de sacrificio puramente de reconciliacion y de paz, y como un signo de la reconciliacion y la paz que ya está concluida entre Mí y mi pueblo; en fin, como un signo del perdon y de la remision de la pena. La serpiente fué, segun San Leon, la verdadera figura de Jesucristo crucificado; porque elevada del suelo sobre la cruz como sobre una eminencia, puesta entre el cielo y la tierra como en un terreno neutro, Jesucristo, más bien que un criminal que sufre su suplicio, es un embajador que trata, que

(1) Factus pro nobis maledictum. (*Genes.*, III.)
(2) Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus est, ut destruatur corpus peccati. (*Rom.*, VI.)
(3) Pones eum pro signo. (*Numer.*, XXI.)

cumple el gran misterio de la reconciliacion del mundo (1).

Á San Pablo debemos haber levantado el velo que ocultaba á las miradas de los hombres este gran misterio; él fué quien, introduciéndonos en el santuario del amor celeste, nos ha descubierto en Jesucristo crucificado, llorando y rogando por todos los que han cooperado á su muerte, el gran Pontífice de los bienes futuros, lleno de compasion por nosotros; el Pontífice santo, inmaculado, separado de los pecadores, y, áun en esta abyeccion terrestre, más noble y más elevado que los mismos cielos; el Pontífice que, con las manos levantadas, vuelto al cielo el rostro, ruega por la paz, por el perdon, por la reconciliacion del mundo, uniendo á sus oraciones y súplicas su grito poderoso y sus lágrimas (2); el Pontífice que hace subir hasta el trono de Dios su oracion, unida á los sentimientos más humildes y respetuosos, como un incienso de agradable olor (3); que defiende nuestra causa, juntando á su defensa la sangre con que baña la cruz; que negocia la paz, el perdon, la reconciliacion del cielo y de la tierra (4). Por otra parte el Apóstol nos muestra el cielo abierto, á Dios Padre fijando con complacencia su mirada sobre esta meditacion sublime de un Embajador que es su Hijo consustancial; á Dios Padre que escucha sus oraciones, que acepta la sangre divina como una satisfaccion completa de todas las ofensas, de todos los pecados del mundo, empezando á mirar con conmiseracion este mundo, ántes tan odioso y ahora reconciliado con Él (5). Entónces es cuando el Padre, con una pluma mojada en la sangre divina de su Hijo, borra el decreto fatal de la condenacion de todos los hombres, todos pecadores sin excepcion (6); y así desgarrado este decreto, lo da á Jesucristo, como al Representante de la humanidad, la cual lo habia suscrito por

(1) Dominus crucifixi corporis elevatione sublimis reconciliationem mundi exequitur in quadam arce supplicit. (*S. Leo.*)
(2) Preces supplicationesque..... cum clamore valido et lacrymis offerens. (*Hebr.*, V.)
(3) Elevatio manuum mearum. (*Ps.* CXL.) Holocaustum Domino in odorem suavissimum. (*Numer.*, XXIX.)
(4) Pacificans per sanguinem crucis ejus sive quæ in terris, sive quæ in cœlis sunt. (*Coloss.*, I.)
(5) Deus erat in Christo mundam reconcilians sibi. (II, *Cor.*, V.)
(6) Delens quod adversus nos erat chirographum decreti quod erat contrarium nobis. (*Coloss.*, II.)

el pecado, y lo suspende á la cruz, de la misma manera que se devuelve á un deudor el título de la obligacion contraida despues que ha pagado su deuda (1). Hé ahí por qué el enojo divino provocado por nuestros pecados, puede apaciguarse despues de esta satisfaccion de un precio infinito; y probado está que nuestros pecados no serán perdonados seguramente, con tal que nuestras lágrimas se derramen con las de Jesucristo, y que nuestras oraciones se unan á la suya (2).

Este perdon se ha solicitado, no solamente para el pecado de Adam, sino para las faltas actuales de todos sus hijos, para las faltas graves ó ligeras de que todos los hombres hubiesen podido hacerse personalmente responsables hasta el fin del mundo. Jesucristo ha comprendido en este perdon á todos los pecadores pasados, presentes y por venir, habiendo rogado por todos y por todos ofrecido anticipadamente á Dios una satisfaccion infinita. Por esta única oblacion, dice San Pablo, Jesucristo ha consumado en un solo instante, en un solo acto, la reconciliacion, la santificacion de todos (3). Todas nuestras deudas han sido pagadas anticipadamente sobre la cruz. Este Maestro, lleno de amor, en presencia del Juez irritado, tomó la defensa de todos, presentó las excusas, pagó la deuda, obtuvo el perdon de todos. Así, cuando el Señor ántes de espirar pronunció esta gran palabra : «Consumado es (4)», fué como decir : Al fin está concluido el tratado de paz entre el hombre y Dios, y hé aquí que lo suscribo. Hombre y Dios á la vez, lo suscribo, lo ratifico en nombre de Dios y del hombre, en nombre de la justicia y de la misericordia reunidas en mi Persona, y con mi muerte lo sanciono, lo pongo mi sello real (5). Y como al morir quedó siempre suspendido á la cruz; como en el sacrificio de la misa, repeticion mística del sacrificio del Calvario, queda siempre crucificado sobre la tierra, y en cierta manera en el cielo está siempre crucificado, queda averiguado para nosotros que la crucifixion fué la realizacion de la profecía que en la serpiente levantada como signo, mostraba á

(1) Affligens illud cruci. (*Coloss.*, II.)
(2) Non reputans illis delicta ipsorum. (II, *Cor.*, V.)
(3) Una oblatione consumavit in sempiternum sanctificatos. (*Hebr.*, X.)
(4) Consummatum est. (*Joan.*, XIX.)
(5) Et inclinato capite tradidit spiritum. (*Ibid.*)

Jesucristo. Conocido está que Jesucristo crucificado, ya sea velado en el sacramento ó glorificado en el cielo, es el signo perpétuo, imperecedero, eterno de la reconciliacion del hombre con Dios; que es como la bandera blanca enarbolada por un ejército enemigo desde que la paz queda concluida. Jesucristo, en efecto, como dice San Pablo, es el signo que anuncia que la condicion desesperada del hombre ha tenido fin; que no es ese sér reprobado y aborrecido de Dios, incapaz de volver por sí; que se ha abreviado el camino y cegado el abismo que ponia entre Dios y el pecador una distancia infinita; que por la efusion de su divina sangre, Dios se ha acercado al hombre y el hombre á Dios, de manera que para volver á encontrar á Dios, el hombre no ha tenido necesidad de retroceder y salvar una distancia, no ha tenido, por decirlo así, que hacer más que volver la cabeza (1). En efecto, Jesucristo crucificado no es solamente el Mediador de nuestra paz, sino la condicion misma de nuestra paz con Dios (2). Nos transfoma, de seres odiosos, en seres bien amados; de extraños, en herederos; de enemigos, en amigos; de esclavos, en hijos; de vasos de cólera predestinados al fuego, en vasos de misericordia creados para el cielo; y eso, derribando el muro de division que el pecado habia levantado entre Dios y el hombre, y crucificando y haciendo morir toda enemistad entre ellos por la crucifixion y la muerte de su carne adorable (3).

De manera que allanados todos los caminos, quitados todos los obstáculos, pagadas todas las deudas, devueltos todos los derechos, el hombre en otro tiempo culpable puede penetrar hasta el trono de Dios (4), presentarse á Él con confianza, echarse en sus brazos, amarlo como á un Padre y ser amado como un hijo.

En la curacion milagrosa de los hebreos, operada por una sola mirada á la serpiente, no tenian parte alguna la naturaleza ni la medicina. Claramente se dice en el libro sagrado de la Sabiduría, que esta curacion nó se efectuaba por la vista de la serpiente material, que no era el efecto magnético del bronce en forma de serpiente, sino que los isrealitas que la miraban eran

(1) Et vos qui eratis longe facti estis prope in sanguine ipsius. (*Ephes.*, II.)
(2) Ipse enim est pax nostra. (*Ibid.*)
(3) Medium parietem solvens, inimicitias in carne sua. (*Ibid.*)
(4) Per quem habemus accesum ad Patrem. (*Ibid*).

curados por la virtud anticipada, por los méritos de Jesucristo, verdadero Médico y Salvador del mundo, de quien era figura la serpiente mosaica (1); es decir, que Jesucristo quiso por este gran milagro, segun San Agustin, profetizar un milagro mayor aún, el que debia operar sobre la cruz, cuando, por la virtud de su sangre y de su muerte, curase de las mordeduras de la serpiente infernal á los que, con un sentimiento de humilde fe y de sincera piedad, le contemplasen muerto sobre la cruz (2); pero añade San Máximo, ¡cuán á propósito es este milagro para despertar nuestra esperanza! Porque si la serpiente fijada en el madero fué la salud del pueblo de Israel, ¿cómo dudar que Jesucristo crucificado no sea la salud y la vida espiritual de los pueblos cristianos? (3). Si la sola figura de tan gran misterio operó tan gran prodigio, ¿qué no podrá operar el tipo divino así figurado? Si el símbolo fué tan espléndido y tan eficaz, ¿qué no podrá la realidad (4)? ¡Ah! dice San Juan Crisóstomo, ¡cuán admirable es la correspondencia entre la profecía y su cumplimiento, entre la figura y el tipo! ¡Cuán sublime, deliciosa y y divina! ¡Á la vista de la serpiente se libraban los hebreos de la muerte temporal, y á la vista de Jesucristo crucificado el alma que le es fiel, el alma que lo ama, escapa á la muerte eterna! (5).

Contemplad esta gran figura. ¡Cuán majestuosa es! El milagro de la curacion á la vista de la serpiente de bronce era público, solemne, igual para todos. El pobre y el rico, el esclavo y el señor, el israelita y el extraño participan igualmente de él. Allí no habia exclusion, ni privilegio de edad, de condicion, de sexo, de nacimiento, de fortuna. Para todos era el beneficio, ninguno estaba excluido, todos podian participar de él. Bastaba,

(1) Non per hoc quod videbat sanabatur; sed per te omnium salvatorem. (*Sap.*, XVI.)

(2) Quomodo qui intuebantur serpentem æneum non peribant morsibus serpentum; sic qui fide intuentur mortem Christi sanantur morsibus peccatorum. (*S. Aug.*)

(3) Si affixas serpens ligno filiis Israel contulit sanitatem, quanto magis salutem præstat populis Dominus asfixus in patibulo crucis? (*S. Maxim.*)

(4) Si figura tantum profuit, quantum prodesse credimus veritatem? (*Ibid.*)

(5) Vide ut figura veritati consentiat: illic mortem fugerunt, sed temporalem; hic fideles mortem fugiunt sed æternam! (*S. Jo. Chrys.*)

mirando á la serpiente, tener fe en Dios, que la habia hecho levantar en medio del desierto como Mesías futuro, Salvador de todos figurado en este signo. Esta fe era la sola condicion para obtener la curacion prometida contra las mordeduras venenosas y la muerte. No importa que un desgraciado hubiese sufrido muchas mordeduras, que estuviese próximo á morir; bastaba contemplar el bronce misterioso y el leño en que estaba colocado. Volver hácia este signo de salud una mirada moribunda y quedar curado, era todo uno. Las serpientes verdaderas, las serpientes animadas, no tenian veneno para quien fijaba la mirada en esta representacion de la serpiente. De la ausencia ó de la presencia de este objeto, de la atencion ó negligencia en mirarlo, dependia la curacion ó la muerte.

¡Qué bella figura! ¡Cómo expresa vivamente el misterio de Jesucristo crucificado, la poderosa eficacia del remedio de la cruz, su indispensable necesidad para evitar las mordeduras de la serpiente infernal y la muerte eterna, la publicidad con que este remedio se ofrece á todos, la facilidad con que todos pueden aplicárselo y experimentar la eficacia divina de una curacion instantánea, de una inmortalidad asegurada! «Todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna» (1). ¡Todo, *omnis*, ninguno está, pues, excluido! *Omnis*, que sea judío ó gentil, mahometano ó hereje, cismático ó pecador; *omnis*, que sea sabio ó ignorante, rico ó pobre, señor ó esclavo, vasallo ó monarca, noble ó plebeyo, hombre ó mujer, niño ó adulto, bárbaro ó civilizado; *omnis*, cualquiera que sea su lengua, su raza, su tribu, su pueblo, su nacion, le basta creer verdaderamente en Jesucristo, reconocerle con fe viva y eficaz como Maestro, Redentor, Padre, para ser eternamente salvado. Tambien la fe en la cruz contemplada sin cesar con el homenaje contínuo y sincero del espíritu, con la devocion afectuosa del corazon, con la práctica santa de las obras, con la invocacion de una ferviente oracion, es el fundamento de la esperanza universal. De todas partes de la tierra, del fondo de las islas esparcidas en los mares más lejanos, de los más apartados continentes, de las últimas extremidades del mundo, todas las miradas de los verdaderos

(1) Ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habet vitam æternam. (*Joan.*, III.)

fieles están fijas en Jesucristo crucificado, siendo objeto de las esperanzas universales y del amor de todos (1).

En el desierto, á la vista de la serpiente de bronce, no solamente se salvaban de la muerte los israelitas, sino que su sangre era purificada, sus llagas cicatrizadas, sus dolores disipados; y desde entónces, exento de todo veneno, de toda mancha, pasaban al estado de una salud vigorosa y perfecta.

Tambien era esto una profecía del gran milagro permanente de Jesucristo crucificado. Apénas hemos recibido con una fe viva con un amor sincero, el bautismo, la penitencia, la Eucaristía, cuidando de fijar en Jesucristo la mirada del alma, que no es otra que el amor; uniéndonos á Él por la fe, la esperanza y la caridad; poniéndonos al pié de la cruz, estrechándola entre nuestros brazos, elevando al Crucificado nuestro espíritu y nuestro corazon, á fin de que se digne derramar sobre nosotros su sangre por medio de los sacramentos, al instante recobramos la vida y la salud perfecta. Los heridos miran el signo sagrado, y son curados completamente: *Quem cum percussi adspicerent sanabantur.* En esta sangre divina encuentra cada uno los remedios que más se adaptan á su estado y á su condicion particular. Este específico soberano reprime el orgullo, apaga la avaricia, resiste á los deseos criminales, cura todas nuestras debilidades espirituales, cicatriza todas nuestras llagas (2). Borra hasta los vestigios de los hábitos del pecado; renueva á la vez el espíritu y el corazon; hace nacer en nosotros santos pensamientos, afecciones puras; hace de nosotros criaturas enteramente nuevas que no tienen nada de comun con lo pasado; nos devuelve todo el vigor del águila rejuvenecida, para volar en las alturas de los cielos (3). Así nos encontramos llenos de salud, colmados de los dones de la gracia; y no contento con salvarnos de la muerte eterna, nos hace participar de todas las riquezas de la perfeccion y de las divinas misericordias, para introducirnos hasta la gloria (4).

(1) Spes omnium finium terræ. (*Ps.* LXIV.)

(2) Qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas. (*Ps.* CII.)

(3) Qui replet in bonis desiderium tuum, renovabitur ut aquilæ juventus tua. (*Ibid.*)

(4) Qui redimit de interitu vitam tuam, qui coronat te in misericordia et miserationibus. (*Ibid.*)

El milagro de la serpiente de bronce no cambió en nada las condiciones del desierto, por donde los israelitas continuaron viajando durante muchos años; no lo purgó de serpientes; y este pueblo, hasta que puso el pié en la tierra prometida, vivió en perpétuas alarmas, en medio de estos monstruos, expuesto á sus mordeduras venenosas, á su aliento pestilente y abrasador (1). Y todo eso para que la vista de aquellas serpientes mantuviera siempre vivo en el pueblo el recuerdo de su rebeldía y de su pecado; que le habia atraido tan terrible castigo, haciéndole apreciar la ventaja de haber escapado de él; pero la presencia de las serpientes no podia incomodar al pueblo viajero, toda vez que en el contínuo peligro no perdia nunca de vista el remedio. El prodigio era permanente, porque la confianza fué duradera; y mirando contínuamente al signo milagroso, los hebreos eran curados, no solamente de las mordeduras venenosas, sino de todas las enfermedades.

Hé aquí, pues, áun bajo este punto de vista, la figura y la prediccion de toda la economía de las previsiones y de la gracia de Jesucristo crucificado. Por su muerte no ha expulsado del desierto de este mundo los espíritus malos y sus satélites, que á toda hora pueden mordernos y matarnos. Miéntras que viajemos por el desierto de esta vida, en tanto que no hayamos puesto el pié en la verdadera tierra prometida del cielo, tenemos que vivir entre los demonios y los hombres, transformados en verdaderas serpientes espirituales; estamos en peligro contínuo de ser mordidos y de convertirnos tambien en serpientes venenosas, homicidas de nosotros mismos, por la obstinacion de nuestros vicios, y de los otros por el contagio de nuestros escándalos. Sí, la vida es ese vasto desierto donde se encuentran horribles serpientes de aliento pestilente y abrasador: *In solitudine magna atque terribili, in qua est serpens flatu adurens.*

¿Y por qué Jesucristo ha querido dejarnos en esta condicion? Para que el peligro nos recordase á cada instante que estábamos perdidos, y que, por la virtud sola de la cruz, habiamos sido salvados; para que seguros sobre nuestro presente y olvidando nuestro pasado, no fuésemos indolentes ni ingratos, ni que la segu-

(1) Ductor tuus fuit in solitudine magna atque terribili in qua erat serpens flatu adurens. (*Deuter.*, VIII.)

ridad contra todos los peligros no nos hiciese olvidar la grandeza del beneficio.

Pero tambien, despues que Jesucristo ha sido crucificado y muerto en la cruz, esas serpientes que nos rodean no deben darnos cuidado, si en la permanencia del peligro no olvidamos la eficacia del remedio. ¡Ah! Si tenemos siempre la mirada fija en Jesus crucificado, la mirada de nuestra fe, de nuestra esperanza, de nuestro amor; si nos ponemos bajo las alas de su proteccion; si por el ejercicio de la oracion tenemos fija en Él la mirada de nuestro corazon; si por la frecuentacion de los sacramentos reposamos en Él, nos unimos á Él, nos echamos en sus brazos, que tiene abiertos para recibirnos; si nos ocultamos en la llaga de su costado, que tiene abierta para ofrecernos un refugio; no solamente nos curarémos de las heridas recibidas, de los pecados cometidos, sino que serémos protegidos, defendidos, fortalecidos suficientemente para no cometer otros. La cruz, ese símbolo de debilidad, es el manantial de una fuerza, gracias á la cual el cristiano está á prueba de todo, es superior á todo, triunfa de todo. El alma que mira á Jesus crucificado, que en Él pone su esperanza, no cae, no peca; puede ser tentada, pero no vencida; sorprendida, pero no seducida; combatida, pero no subyugada. Para el cristiano que se apoya en Jesus crucificado, la serpiente, el dragon infernal, es una bestia impotente, no tiene dientes su boca, ni veneno su baba, ni puede herir su mordedura. No, no, no temais almas fieles, amantes de Jesucristo que sobre el Calvario estais cerca del Crucificado, no temais á ese dragon infernal ántes tan terrible, á ese dragon cruel que se ceba en los hijos de los hombres. Para el cristiano que fija contínuamente su mirada en Jesucristo, Satanás no es más temible que el pajarillo impotente con que juega el niño. Los hijos de Jesucristo no deben temerle ni cuidarse de él.

No, oidlo bien, almas fieles á Jesucristo: no temais y no pecaréis. El mundo y sus vanas pompas, la carne y sus seducciones, la concupiscencia y sus atractivos, el orgullo y sus embriagueces, todas las tentaciones, vengan de donde vinieren, los maliciosos ataques de las serpientes humanas, poseidas del espíritu infernal, podrán intimidaros, pero no abatiros; morderos, pero no heriros; no hay fuerza capaz de arrancaros de los brazos de Jesucristo; en el asilo de su costado abierto no hay rigor de justicia que pueda alcanzaros; no hay violencia que pueda apartaros de sus sagrados piés; entre todos los que están cerca de Jesucristo crucificado, que están armados de su fe, de su amor, ninguno peca, ninguno cae, ninguno muere, ninguno languidece ni enferma; cerca de Él, la salud del alma es perfecta, su constitucion inalterable, su fuerza inagotable, su inmortalidad está asegurada: *Ut omnis quis credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam* (1).

Con un sentimiento de confianza, de ternura y de religiosa emocion, contemplaban los israelitas la serpiente puesta á su vista por Moises. ¿Y por qué? No era una serpiente animada y viva, venenosa y funesta como las demas, y que fuese temible. Era una representacion en metal, que tenía la forma y no el veneno, que tenía la virtud milagrosa de curar y no el cruel instinto de morder. Por eso podia considerársela como una viva imágen de la misericordia divina y de la caridad de Dios para su pueblo; tambien, por más que el exterior presentase una figura desagradable y fea, hacía las delicias y el amor del pueblo hebreo.

¡Qué bella imágen de Jesucristo crucificado! Por más que hubiese tomado nuestra forma, nuestra condicion, nuestra naturaleza exterior, no tiene en sí nuestro veneno, nuestra concupiscencia, nuestro pecado. Semejante en el exterior á los hombres serpientes, es decir, pecadores, se ha separado y distinguido por su santidad, su pureza, su amor infinito, puesto que, segun San Agustin, si las serpientes del desierto teniau un aliento abrasador y comparable á los ardores de la llama, Jesucristo crucificado estaba todo abrasado en el fuego de su inmensa caridad (2).

Efectivamente, echemos no más que una ojeada sobre Jesus en la cruz: verémos en Él la Víctima de ultrajes sin defensa, de angustias sin consuelo, de abandono sin amparo; y á pesar de esto muestra una paciencia admirable entre los más crueles tormentos, una dulzura invencible en presencia de los insultos más atroces, una perseverancia constante en su inmolacion, en pre-

(1) Aunque en el manuscrito hay aquí una advertencia del autor, llamando este pasaje al final del discurso y lo enlazaba á su segunda parte, hemos creido deber contentarnos con advertirlo á nuestra vez al lector, prefiriendo no cambiar nada en el órden que presenta el manuscrito. (*Nota de los editores italianos.*)

(2) Serpens erat ignitus, Christus charitate succensus. (*S. Aug.*)

sencia de las blasfemias sacrílegas que achacaban á debilidad lo que era el exceso de su caridad divina. Verémos que oye las pérfidas provocaciones con que querian hacerle descender de la cruz, sin oponer otra respuesta que implorar el perdon de los mismos que insultan sus sufrimientos, porque no penetran el misterio y están ávidos de su muerte. Verémos lágrimas piadosas unidas á una contricion perfecta, como si nuestros pecados fuesen suyos; una ardiente sed de nuestra salud, una conformidad perfecta con la voluntad divina, un profundo respeto y entera sumision á la divina voluntad; así es como por obediencia termina en la cruz una vida que por obediencia ha pasado en la oscuridad, en la miseria, en la ignominia y en el dolor (1).

¿Qué importa, pues, que le veamos reducido á la condicion de un vil criminal, juguete de los hombres, irrision del pueblo? ¿Qué importa que le veamos, como al último de los hombres, morir en el ignominioso y atroz suplicio de los esclavos? ¿Qué importa que le veamos con el rostro amoratado por las bofetadas, desfigurado por las llagas, erizado de espinas y cubierto de sangre? ¿Qué importa que en el exterior sea disforme, más horrible que una serpiente, porque se parece al más vil pecador? Puesto que sabemos qué corazon, qué alma oculta esa apariencia de serpiente, y que fué el más bello, el más santo de los hijos de los hombres, el que no tiene aún la apariencia de hombre (2), debemos comprender cuál era nuestra fealdad ántes que nos embelleciese su gracia. Puesto que sabemos que ha consentido en llegar á parecerse á la serpiente por alcanzar para la humanidad, raza horrible de la serpiente, para ese objeto de disgusto y de horror ante Dios, el mérito y la gracia de su belleza divina (3); puesto que sabemos que esa fealdad de la serpiente no es más que la apariencia y la forma exterior, y que es á la vez el velo y la prueba de la belleza interior de su corazon, siendo el efecto de una ternura infinita, de una infinita caridad, debemos comprender que Jesucristo, áun ahora en las imágenes que le representan moribundo sobre el Calvario, es, más bien que Jesucristo transfigu-

(1) Factus obediens usque ad mortem. (*Philipp.*, II.)

(2) Non est species ei neque decor; et vidimus eum, et non erat aspectus. (*Is.*, LIII.)

(3) Quoniam veniebat ad fœdum fœdus factus est, ut faceret pulchrum. (*S. Aug.*)

rado sobre el Thabor, el emblema, el monumento de la caridad infinita de Dios para el hombre, la prueba más sensible de todo lo que ha hecho por nosotros y la garantía de su fidelidad á sus promesas. Jesucristo, bajo esa lastimosa y horrible forma de serpiente crucificado, de pecador condenado de Dios y execrado del mundo, parecia bello al verdadero pueblo de Israel, á los verdaderos cristianos alumbrados por su luz, instruidos y penetrados de su amor, que les hace adivinar la belleza de su corazon, la pureza infinita de su alma; y ellos, los verdaderos fieles, no se cansan de meditarle en sus imágenes, de contemplarle, de hacerle la córte, de tener siempre fija su mirada en su ternura y en su amor. Y ese estado tan humillante y tan doloroso, en esas facciones tan alteradas, en ese exterior tan miserable de su Persona, despreciado por el orgullo, ridiculizado por la incredulidad; los verdaderos cristianos aperciben una belleza divina que atrae su afeccion, que arrebata, que encanta (1). Así Jesucristo crucificado hace las delicias y los amores de todo el verdadero pueblo de Israel, de toda la Iglesia, de los verdaderos fieles de todo el mundo, que tienen su mirada constantemente fija en Él, y cifran en Él toda su esperanza, todo su amor (2). Durante los cuarenta años del viaje de los israelitas en el desierto, hasta su entrada en la tierra de promision, la serpiente simbólica no fué quitada del árbol un solo dia, no se ocultó un solo instante, sino que estuvo siempre expuesta á las miradas del pueblo viajero. Las doce tribus la seguian en su órden respectivo con sus jefes á la cabeza. En medio de ellas y en hombros de los sacerdotes iba el arca de la alianza con las tablas de la ley. Luégo seguia el jefe supremo, Moises; pero á la cabeza de aquella gran caravana, como un estandarte á la cabeza de un ejército, precedia siempre, llevada por los levitas, la serpiente misteriosa, de manera que pudiese verla todo el pueblo; siempre abria la marcha sirviendo de guía.

¡Qué bella figura de la condicion presente del verdadero Israel, del pueblo cristiano, que durante esta vida no es más que un viajero que camina hácia una region más dichosa, hácia una

(1) Illud ipsum quod derident superbi inspicite quam pulchrum sit. (*S. Aug.*)

(2) Cujus vultum desiderat universa terra. (III, *Reg.*, X.)

ciudad eterna! (1). Dividido en doce tribus, es decir, en iglesias particulares fundadas por los doce Apóstoles y guiadas por sus sucesores los legítimos obispos, el verdadero Israel lleva tambien el arca verdadera, el depósito de la Escritura y los sacramentos, de la verdad y de la gracia, que no se encuentra más que en la Iglesia católica; y este pueblo nuevo, va seguido y guiado por el nuevo Moises, el soberano Pontífice, sucesor de San Pedro y vicario de Jesucristo. Pero á la cabeza de este gran pueblo viajero marcha siempre Jesucristo crucificado, porque la predicacion apostólica del Evangelio que abre y enseña el camino del cielo, no es más que la predicacion de la cruz (2). Siguiendo esta bandera querida es como el pueblo católico, la iglesia militante, aspira á ser Iglesia triunfante, y continúa su peregrinacion terrestre por el camino de la pobreza, de la humildad, del desprendimiento de los bienes temporales, de la castidad, de la paciencia, de la mansedumbre, de la mortificacion, de la oracion; camino real donde se encuentran impresas las huellas de Jesucristo crucificado, que ha pasado primero; camino desconocido á la filosofía de los gentiles, al paganismo, á la herejía, que por sus diversas creencias, más ó ménos favorables á las pasiones, ligan á los hombres á los intereses materiales y temporales, los agobian y los clavan á la tierra. Las procesiones que se hacen contínuamente por la Iglesia, en las cuales los laiques y las comunidades del clero, con el obispo que cierra la marcha llevan la reliquia de los Santos ó la divina Eucaristía, pero á cuya cabeza va siempre la imágen de Jesucristo crucificado que abre y enseña el camino, no son más que la figura en pequeño de la gran procesion de todo el pueblo cristiano, de toda la Iglesia á traves del mundo, para ir á la verdadera tierra de promision, al cielo; sí, la Iglesia, con la mirada fija en el Crucificado, que es, no solamente verdad que ilumina, que vivifica, sino camino recto que conduce (3), con toda seguridad, tras ese guía fiel, la Iglesia, decimos, sigue la vía única, la vía estrecha de la salud eterna.

¡Desgraciados los que, ya por incredulidad ó por supersticion, por errores ó vicios, están separados del cuerpo ó del espíritu de

(1) Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. (*Hebr.*, XIII.)

(2) Predicamus Jesum Christum et hunc crucifixum. (I, *Cor.*, I.)

(3) Ego sum via, veritas et vita. (*Joan.*, XVI.)

la Iglesia, no viajan con ella, no son guiados por los verdaderos jefes de las tribus, por los legítimos obispos, bajo la dependencia de Pedro! Esos, semejantes á las caravanas extrañas al pueblo elegido, que atravesaban el desierto sin guía ni la salvaguardia de la serpiente milagrosa, siendo devorados por las serpientes venenosas que desolaban la comarca, son pueblos separados del verdadero Israel, á cuya cabeza solamente se encuentra Jesucristo crucificado; como extraños á su divino imperio, no pueden fijar en Él su mirada ni su corazon, ni obtener su salvaguardia y su direccion; sin defensa, sin remedio, están expuestos en el desierto de la vida á las mordeduras y al furor de la serpiente infernal, que hiere á muerte su inteligencia con el error, su corazon con el vicio. No siendo guiados por la cruz de Jesucristo, de quien se declaran adversarios por sus creencias erróneas ó sus hábitos escandalosos, van acá y allá, errando, fuera de la única vía que conduce á la salud, por senderos que desde su entrada son senderos engañosos, más desolados á medida que más se avanza, y cuyo término conduce á un fin funesto. Caminan, no á la victoria, sino á la derrota; no á la emancipacion, sino á la servidumbre; no á la vida, sino á la muerte; no al cielo, sino al infierno. *Inimicos crucis Christi, quorum finis interitus.* (*Philipp.* III.)

SEGUNDO PUNTO. La milagrosa serpiente, siempre ante los ojos de los hebreos, mantenia en sus corazones la confianza. Sostenidos por aquel signo siempre visible de la proteccion divina, no sentian las incomodidades ni las fatigas del viaje, y les inspiraba la paciencia en las privaciones, la constancia en los obstáculos, el valor en los combates; la vista de la serpiente les aseguró la victoria sobre sus enemigos, les facilitó la conquista, y llenos de seguridad y de alegría fueron á descansar á una tierra de bendicion, de abundancia y de paz.

Esto tambien es una figura que nos revela que Jesucristo crucificado es tambien para nosotros, viajeros en la tierra, nuestra fuerza, nuestro consuelo, nuestro descanso. San Pablo lo ha dicho: El gran misterio de la cruz, que es un misterio de locura para los que quieren correr á su perdicion, es, al contrario para los que cifran en él toda la esperanza de su salud, el misterio de la fuerza y la omnipotencia de Dios (1). ¡Oh! El que recoge en

(1) Verbum crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis qui salvi fiunt Dei virtus est. (I, *Cor.*, I.)

los sacramentos de la Iglesia mucha de la sangre divina con que fué bañada la cruz; el que medita mucho este gran arcano de la divina caridad, un Dios enclavado en la cruz por la salud del hombre, y pone su esperanza en Jesucristo crucificado, saca de ello una fuerza, un valor invencible para reprimir todas las pasiones, triunfar de todos los vicios, practicar todas las virtudes (1). Esta fuerza no es exterior y corporal, sino espiritual, interior; es el eco de la palabra de la cruz reproducido en el corazon con uncion, con dulzura, con la gracia de la caridad divina, que eleva el alma sobre sí misma, que la liga de una manera firme y constante á la justicia, y la hace sobreponerse hasta los tormentos despues de haberla hecho triunfar de la voluptuosidad; le da el valor de clavar en el altar del dolor el mundo y sus pompas, la carne y sus debilidades, la ambicion y sus delirios, y le hace encontrar la fuerza en la justicia.

En efecto, en la meditacion, en la gracia de Jesus crucificado, es en lo que se ve contínuamente á los Apóstoles y á los misioneros encontrar su celo, á los mártires su fuerza, á los doctores su sabiduría; por la meditacion, por el amor, por la gracia de Jesucristo crucificado es por lo que la jóven vírgen se inmola víctima voluntaria de la castidad; con lo que el solitario sostiene su fervor en medio de sus austeridades, por lo que el penitente azota su carne, donde el pecador encuentra el espíritu de compuncion, por lo que el justo persevera y el elegido alcanza la corona; por la meditacion, por el amor, por la gracia de Jesucristo crucificado, el pobre se resigna, el afligido se consuela, el pusilánime se alienta, el débil se sostiene, el grande se muestra humilde, el voluptuoso se hace púdico, el avaro triunfa de la concupiscencia, el vengativo perdona.

Más diré: del tronco de la cruz, emblema del dolor, trasuda, segun la profecía, una virtud secreta que hace dulce el sufrimiento, deliciosas las lágrimas, dichosa la muerte misma por Jesucristo y en su compañía.

Sí, dichosa la muerte misma, porque en el momento de la muerte es en particular Jesucristo crucificado nuestra esperanza, nuestro consuelo, nuestro compañero. ¡Oh momento! ¡Oh dia! Hora terrible y funesta. Cuando á falta de una voz caritati-

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. (*Philipp.*, IV.)

va, la misma gravedad del mal, el agotamiento de nuestras fuerzas nos repite en secreto el anuncio terrible de la muerte; cuando lo pasado, lo presente, lo porvenir se ponen frente á frente con nuestro espíritu para turbarnos, abatirnos y desesperarnos; cuando el mundo sensible se nos escapa y nos abandona; ¡ah! en ese momento terrible, al borde la tumba, á las puertas de la eternidad, el incrédulo, el pagano, el hereje de mala fe, el pecador endurecido no encuentra nada que le calme, nada que le fortifique, sino al contrario, no encuentra más que desolacion, desesperacion y ruina; por el contrario, el verdadero cristiano encuentra su esperanza, su refugio, su consuelo, su descanso en Jesucristo crucificado. Por eso cuando el sacerdote le presenta á Jesucristo crucificado, ese Dios compasivo, ese dulcísimo Salvador, ese tierno Padre que le tiende los brazos, que le abre su costado, que le ofrece el perdon, que le lleva su gracia y le conduce á la gloria, ¡ah, cómo llegan hasta su corazon, le reaniman le penetran de compuncion y ternura las dulces palabras de la caridad y del celo del ministro de Jesucristo! Por eso apénas la santa imágen se presenta á los ojos del moribundo, está entre sus manos, junto á sus labios, ¡oh, con qué confianza la contempla, con qué fervor la oprime contra su pecho, con qué ternura la besa, con qué amor la invoca, con qué dulzura pronuncia su nombre! Y al fin, con la frente serena, la alegría en el rostro, la confianza en el corazon, asiéndose á ese signo de salud, ese árbol de la vida, abandona, sin temor como sin peligro, el desierto de este mundo, y cantando el himno de la esperanza, entra en la tierra prometida de la eternidad.

Dichoso el verdadero cristiano, el verdadero católico, que ha viajado siempre en el desierto de esta vida con los ojos y el corazon fijos en Jesucristo crucificado; que lo ama como quiere ser amado; que cree en Él amándolo y lo ama creyendo en Él; que recibe con humildad su enseñanza, cumple con exactitud sus leyes, escucha con docilidad su palabra, medita con atencion sus misterios, recibe frecuentemente sus sacramentos, imita con fidelidad sus ejemplos, pronuncia con ternura su nombre, obedece con sumision perfecta á su Iglesia, se muestra celoso por su gloria y por la defensa de su religion! Sí, dichoso, porque eso es creer de una manera saludable y perfecta; es creer, no solamente por la adhesion interior del espíritu, sino por la confesion exterior

de la lengua y por la protesta exterior de las obras (1). ¡Dichoso el verdadero católico que mira á Jesucristo crucificado como á su Redentor, su delicia, su reconciliacion, su salud, su gracia, su consolador, su maestro, su médico, su abogado! ¡Dichoso el que se pasea y se detiene á menudo en el Calvario, hace de la cruz el objeto ordinario de sus piadosos ejercicios, en la vida se abraza á la cruz por la esperanza, y en el supremo momento, en ese momento sometido á tantos azares imprevistos, tenga el tiempo, la libertad, la fuerza de reconocer y de abrazar esa cruz, contemplando grave y profundamente con su corazon el conmovedor espectáculo que le ofrece!

Sí, dichoso, porque no queda engañado, confundido, no perece; sino que despues de haber pasado la vida, que está medida por el tiempo, pasa á la vida gloriosa de la eternidad: *Exaltari oportet filium hominis; ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam* (2).

(1) Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem. (*Rom.*, X.)

(2) Once años despues de la cuaresma predicada en el Vaticano, el Padre Ventura murió en Versálles. Los testigos de su larga agonía, los humildes discípulos de San Francisco, que no le abandonaron un instante, pueden decir con qué confianza contemplaba la imágen de Jesus crucificado, con qué fervor la estrechaba contra su pecho, con qué ternura la besaba, con qué amor la invocaba, con qué dulzura pronunciaba su nombre.

TRIGÉSIMA SEGUNDA HOMILÍA.

EL TEMPLO LEVANTADO,

Ó LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

Solvite templum hoc et in tribus diebus excitabo illud. Ille autem dicebat de templo corporis sui. (JOAN., II.)

Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré. Mas Él hablaba del templo de su cuerpo.

Las cosas han sucedido exactamente como el Señor las habia predicho por las palabras que acabais de oir. El templo místico del santísimo cuerpo del Salvador habia sido derribado, terraplenado, como destruido por la muerte cruel que le habian hecho sufrir los judíos. Al resucitarlo el tercer dia, el Salvador lo habia como reconstruido, levantado en un instante, ornado de una nueva belleza, de nueva gracia, de nueva gloria, de nueva majestad, de nueva magnificencia.

¡Admirable y gran prodigio! ¡Prodigio enteramente nuevo en la historia de la humanidad, por el cual el Redentor del mundo, muerto realmente por su propia permision, por su propia voluntad, se resucita por su propio poder al tercer dia! ¡Prodigio singular y único, exclusivamente propio á ese solo Hijo de la Mujer, que al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero Hombre, ha sido realmente el Hombre único y singular en su paso por la tierra! *Singulariter sum ego donec transeam* (1).

¡Oh prodigio! ¡Oh misterio, cuya grandeza puede admirarse

(1) *Psalm.* CXL. Menester es confesar que la interpretacion dada aquí al pasaje del Salmo está poco conforme con el sentido del texto hebráico. (*Nota del Traductor.*)

de la lengua y por la protesta exterior de las obras (1). ¡Dichoso el verdadero católico que mira á Jesucristo crucificado como á su Redentor, su delicia, su reconciliacion, su salud, su gracia, su consolador, su maestro, su médico, su abogado! ¡Dichoso el que se pasea y se detiene á menudo en el Calvario, hace de la cruz el objeto ordinario de sus piadosos ejercicios, en la vida se abraza á la cruz por la esperanza, y en el supremo momento, en ese momento sometido á tantos azares imprevistos, tenga el tiempo, la libertad, la fuerza de reconocer y de abrazar esa cruz, contemplando grave y profundamente con su corazon el conmovedor espectáculo que le ofrece!

Sí, dichoso, porque no queda engañado, confundido, no perece; sino que despues de haber pasado la vida, que está medida por el tiempo, pasa á la vida gloriosa de la eternidad: *Exaltari oportet filium hominis; ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam* (2).

(1) Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem. (*Rom.*, x.)

(2) Once años despues de la cuaresma predicada en el Vaticano, el Padre Ventura murió en Versálles. Los testigos de su larga agonía, los humildes discípulos de San Francisco, que no le abandonaron un instante, pueden decir con qué confianza contemplaba la imágen de Jesus crucificado, con qué fervor la estrechaba contra su pecho, con qué ternura la besaba, con qué amor la invocaba, con qué dulzura pronunciaba su nombre.

TRIGÉSIMA SEGUNDA HOMILÍA.

EL TEMPLO LEVANTADO,

Ó LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

Solvite templum hoc et in tribus diebus excitabo illud. Ille autem dicebat de templo corporis sui. (JOAN., II.)

Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré. Mas Él hablaba del templo de su cuerpo.

Las cosas han sucedido exactamente como el Señor las habia predicho por las palabras que acabais de oir. El templo místico del santísimo cuerpo del Salvador habia sido derribado, terraplenado, como destruido por la muerte cruel que le habian hecho sufrir los judíos. Al resucitarlo el tercer dia, el Salvador lo habia como reconstruido, levantado en un instante, ornado de una nueva belleza, de nueva gracia, de nueva gloria, de nueva majestad, de nueva magnificencia.

¡Admirable y gran prodigio! ¡Prodigio enteramente nuevo en la historia de la humanidad, por el cual el Redentor del mundo, muerto realmente por su propia permision, por su propia voluntad, se resucita por su propio poder al tercer dia! ¡Prodigio singular y único, exclusivamente propio á ese solo Hijo de la Mujer, que al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero Hombre, ha sido realmente el Hombre único y singular en su paso por la tierra! *Singulariter sum ego donec transeam* (1).

¡Oh prodigio! ¡Oh misterio, cuya grandeza puede admirarse

(1) *Psalm.* CXL. Menester es confesar que la interpretacion dada aquí al pasaje del Salmo está poco conforme con el sentido del texto hebráico. (*Nota del Traductor.*)

con más facilidad que discurrir sobre él; misterio más fácil de adorar que de explicar, de bendecir á Dios que de hablar de él á los hombres!

Pero ya que para responder á vuestra piedad es menester decir algo de este misterio, y puesto que me acuerdo haberos indicado otra vez las circunstancias principales de la magnificencia con que fué predicho, de la gloria con que fué cumplido, de la gracia con que fué proclamado (1), lo considerarémos hoy en la parábola del templo derribado y levantado, bajo la cual quiso figurarlo el Señor. Veamos por qué Jesucristo ha llamado *templo* á su cuerpo purísimo, y cómo este templo ha sido levantado en la resurreccion; veamos tambien cómo al levantar este templo místico de su cuerpo, el Señor ha asegurado al mismo tiempo la reedificacion del templo místico de nuestro cuerpo, y con qué condiciones podrémos participar de este beneficio, á fin de que la memoria de un misterio tan grande sea, no solamente un motivo de santa *exaltacion* para nuestra fe, sino tambien una regla para la conducta de nuestra vida.

Primer punto. ¿Por qué razon el Señor la primera vez que predijo su resurreccion, lo hizo envolviendo su profecía bajo la parábola del templo que por Él debia ser levantado? ¿Por qué emplear este lenguaje alegórico que en el tribunal de Caifás le fué imputado como un crímen y motivó su condenacion? «Este dijo: Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres dias» (2). Y en fin, cuando fué clavado á la cruz le echaron en cara estas palabras con demostraciones de burla sacrílega y de amargo insulto: «Tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á Tí mismo» (3).

Pero ántes de responder á esto, observemos que si los judíos abusaron de esta magnífica profecía, no fué porque estuviese oscura, sino porque su corazon era pérfido é injusto. Y en efecto, Jesucristo no habia dicho, como declararon los falsos testigos: «Puedo destruir el templo de Dios», sino solamente: «Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré.» Y aquí debe notarse que el Señor no empleó la palabra *reedificar*, sino levantar, ó más literalmente aún, *disolver* y *hacer revivir;* y con estas palabras que significan un cuerpo animado y un templo vivo y alegórico, palabras que acompañó de un movimiento de la mano que acercó á su pecho, dió claramente á entender, dice San Jerónimo, que hablaba del templo de su cuerpo sagrado (1).

(1) V. *Conferencias y Sermones*, edicion de 1862.

(2) Hic dixit: Possum destruere templum Dei post triduum reædificare illud. (*Matth.*, XXVI.)

(3) Vah! qui destruis templum Dei et in triduo illud reædificas, salva temetipsum. (*Matth.*, XXVI.)

En cuanto al motivo porque el Señor quiso producir el gran misterio de su resurreccion bajo la alegoría del templo levantado, diré que se presentó naturalmente por la circunstancia del tiempo y del lugar mismo donde fué hecha la prediccion. En efecto, aquel dia, por la primera vez desde el principio de su vida pública, habia entrado en el templo, y al ver el comercio que allí se hacía, las usuras y las profanaciones que se cometian, animado de un santo celo, habia azotado y dispersado á la turba insolente de profanadores sacrílegos: ¡Salid de aquí, les decia, hombres indignos que habeis convertido el templo, la casa de mi Padre, en caverna de ladrones! En aquel momento fué cuando los sacerdotes, los escribas y los doctores judíos se le presentaron, diciéndole: ¿Con qué autoridad haces eso? ¿Con qué derecho llamas tu Padre al Dios adorado en el templo? ¿Qué signo nos muestras para probarnos que has recibido del cielo el poder de hacer lo que haces y decir lo que dices? (2) Entónces respondió el Señor: «Hé aquí el signo que me pedis: Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré» (3).

¡Cuánta sabiduría en esta respuesta! ¡Cuánta majestad, cuánta grandeza en estas simples palabras! Segun los Santos Padres y los intérpretes, pueden traducirse así:

«En vuestra temeraria audacia, pretendeis atentar contra mi vida; pero no lo haréis sino porque desde ahora os doy permiso para ello: vuestra voluntad criminal, vuestro ódio homicida, no puede prevalecer contra Mí sino consintiendo Yo que prevalezca. Pero si no podeis crucificarme sin mi voluntad, Yo, al contrario, sin vuestro concurso y á despecho vuestro, puedo por mi solo

(1) Dominus autem ut ostenderet vivum animal et spirans templum non dixerat: destruo et reædificabo; sed solvite et excitabo. (*S. Hieron.*)

(2) Dixerunt ergo ei Judæi: Quod signum ostendis nobis, quia hæc facis? (*Joan.*, III.)

(3) Respondit Jesus: Solvite templum hoc, et tribus diebus excitabo illud. (*Ibid.*)

poder y por Mí mismo resucitarme. ¡Me preguntais con qué derecho, con qué autoridad castigo á los profanadores del templo de Dios! Y Yo os respondo: Porque ese templo me pertenece, es mi casa, como pertenece á Dios y es la casa de Dios. Ahora hé aquí la prueba de mi orígen celeste, de mi filiacion divina: crucificado y muerto por vosotros, sabré resucitarme Yo mismo y librar de vuestras manos el templo sagrado de mi cuerpo, así como ahora purgo el templo inanimado de vuestras profanaciones y execraciones.»

Otra vez los judíos pidieron al Señor un prodigio en prueba de calidad de Mesías y de verdadero Salvador del mundo, y les respondió: «La generacion mala y adulterina, señal pide; más no le será dada señal, sino la señal de Jonas el profeta. Porque así como Jonas estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre tres dias y tres noches en el corazon de la tierra» (1).

La resurreccion del Señor es, pues, á juicio del Señor mismo, el prodigio de los prodigios, la prueba de las pruebas, el testimonio de los testimonios para demostrar de la manera más incontestable, más auténtica, más solemne, la legitimidad de la mision de Jesucristo, la santidad de su vida, la verdad de su doctrina, la gloria de su divinidad. Y en efecto, en presencia de ese gran milagro, que los judíos, ganando á fuerza de oro á los guardas del sepulcro, pudieron ocultar, pero no negar; en presencia de ese gran milagro, digo, se vieron obligados á reconocer á Jesucristo por Dios y Mesías, por más que no quisiesen creerlo. Este gran milagro hizo inexcusable su ignorancia, descubrió su perfidia, humilló su orgullo, refutó sus blasfemias, condenó su obstinacion y confundió su incredulidad. Por otra parte, este gran milagro ha hecho aceptar la fe, ha confirmado el Cristianismo, ha fundado la Iglesia, *autentizado* el Evangelio, ha sido la enseñanza de los simples, ha convertido á los infieles, ha santificado al pecador, ha consolado al justo, ha abierto el cielo, ha elevado la condicion de la humanidad, ha cam-

(1) Generatio mala et adultera signum quærit et signum non dabitur ei nisi signum Jonæ prophetæ. Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit Filius hominis in corde terræ tribus diebus et tribus noctibus. (*Matth.*, XII.)

biado la faz del universo! ¡Bendito, pues, el tiempo, la hora, el dia en que se operó este gran milagro!

Pero todo esto corresponde á la interpretacion literal de la profecía del Señor. En cuanto á la interpretacion alegórica y espiritual, nada más verdadero, nada más justo, más razonable, más exacto, más augusto, más sublime, más profundo y á la vez más tierno y bello, que la idea que el Señor nos ha dado de su cuerpo santísimo, llamándole templo: *Solvite templo hoc!*

En efecto, aunque por su inmensidad está Dios en todas partes, se encuentra de una manera especial en el templo; el templo es particularmente la casa, la mansion de Dios (1). El templo, como Él mismo lo ha declarado, es el lugar donde fija sus miradas y abre su corazon (2). En Jesucristo, conjuntamente con la persona del Verbo, estaba tambien el Padre, puesto que ha dicho: «Yo estoy en mi Padre, y mi Padre está en Mí» (3). Luego en esta santa Humanidad, segun la expresion de San Pablo, la plenitud de la Divinidad habitaba, no solamente de una manera mística y espiritual como el templo de Jerusalen, sino de una manera real y corporal (4).

En segundo lugar, el templo es particularmente el lugar donde Dios es reconocido por la confesion de la fe, invocado por la oracion, honrado por la adoracion, apaciguado por el sacrificio. Así, pues, en el cuerpo de Jesucristo su alma bendita, unida sustancialmente á la persona del Verbo, como dice San Pablo (5), no cesó desde el instante en que entró en este mundo hasta que salió, de ofrecer contínuamente al divino Padre adoraciones y sacrificios, por la humildad de su espíritu, por la caridad de su corazon, por actos de una entera sujecion, de una obediencia universal, de una conformidad perfecta á las voluntades del Padre, de una ofrenda fiel, contínua, incesante de Sí mismo hasta en la muerte en la cruz (6), en reconocimiento de la majestad suprema de Dios tan desconocida de los hombres, y en

(1) Dominus in templo suo. (*Ps.* X.)
(2) Et permaneant oculi mei et cor meum ibi. (II, *Par.*, VIII.)
(3) Ego in Patre et Pater in me est. (*Joan.*, XIV.)
(4) In ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter. (*Colossenses*, II.)
(5) Ingrediens mundum. (*Hebr.*, X.)
(6) Factus obediens usque ad mortem. (*Philipp.*, II.)

calidad de Víctima de su justicia. ¡Oh! ¡Cuánta no sería la fuerza, la eficacia de estas oraciones, de estas adoraciones, de estas ofrendas, de estos sacrificios! Así como el templo de Jerusalen no fué querido de Dios sino como figura del cuerpo de Jesucristo, verdadero templo, templo vivo donde la Divinidad debia realmente habitar; así tambien las ofrendas, las adoraciones, los sacrificios presentados á Dios no le fueron agradables sino en tanto que figurasen las adoraciones, las oraciones, los sacrificios que Dios debia recibir un dia de Jesucristo en el templo de su cuerpo (1). Este cuerpo sagrado fué, pues, el verdadero templo de Dios, donde solo Dios ha sido adorado y reconocido por el gran Dios que es; donde ha recibido un culto verdadero en espíritu y en verdad, un culto perfecto, un culto de un valor, de un mérito, de una excelencia infinita; donde ha sido honrado de una manera digna, conveniente, conforme á su infinita majestad, á su grandeza, á su santidad, á su gloria infinita.

En tercer lugar, en el templo el sacerdote, no solamente rinde culto á Dios, sino que hace descender su misericordia sobre los hombres. Y esto precisamente es lo que Jesucristo no cesó de hacer en su cuerpo sagrado miéntras estuvo en la tierra. Ofreció contínuas súplicas y oraciones, acompañadas de actos de humildad interior, de lágrimas salidas del corazon por la salud de los hombres (2). Sacerdote santo, inocente, inmaculado, separado de la masa culpable de los hijos de Adan, no tenía necesidad, como los demas sacerdotes, de pedir gracia para Sí ántes de interceder por el pueblo (3). Tambien todas las oraciones y súplicas que sin cesar dirigia á su Padre en el templo augusto de la Humanidad que habia tomado entre nosotros, eran en nuestro nombre y por nuestra utilidad; y por todos estos actos interiores de su humildad, de su obediencia, de su deseo, de su inmolacion por nosotros, así como por las torturas interiores que sufrió su divino cuerpo, es por lo que hemos sido santificados y

(1) Hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi. In capite libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam. (*Ibid.*)

(2) Qui in diebus carnis suæ preces supplicationesque, cum clamore valido et lacrymis offerens. (*Philipp.*, V.)

(3) Qui non habet necessitatem, quemadmodum sacerdotes prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi. (*Ibid.*, II.)

salvados (1). ¡Ah! Puesto que Jesucristo no podia humillarse ni sufrir como Dios sino como hombre, en el templo de su carne sagrada fué, pues, donde obtuvimos el perdon de Dios, la reconciliacion con Dios, la gracia, la libertad, la filiacion divina, el derecho á la herencia, á la gloria de Dios, todo debido al profundo respeto con que este Sacerdote compasivo y todopoderoso suplicó y se ofreció por nosotros, no teniendo necesidad de pedir ni obtener nada para Sí (2).

¡Oh! ¡Cuán justamente Jesucristo ha llamado templo á su cuerpo sagrado! No, en toda la tierra, en el cielo, en toda la creacion, no ha habido nunca, no habrá jamas lugar más santo, templo más augusto y más digno de Dios que el cuerpo sagrado de Nuestro Señor. ¡Templo venerable, puro, augusto, del cuerpo de mi Salvador, permite que me prosterne ante tí, y que en union de fe y de amor con el verdadero gran Sacerdote que ejerce las funciones divinas, reconozca, confiese, adore á mí Dios de la manera que debe ser reconocido y adorado! (3).

Pero este templo augusto, interiormente tan santo y tan puro, llevaba en su forma exterior los signos de la antigüedad, las devastaciones del templo antiguo, del cuerpo de Adan culpable, puesto que esa carne purísima, concebida sin pecado, exenta hasta de la sombra del pecado, se asemejaba por su pasibilidad, por su debilidad, á la carne del hombre pecador (4); era, pues, necesario que este templo, por la semejanza que habia tomado con un edificio ruinoso, fuese derribado; era necesario que esta Santa Humanidad, á fin de que no quedasen trazos de la innoble estructura del primer templo del hombre pecador, templo que no era más que un lugar profano donde se insultaba á Dios en vez de honrarlo, fuese destruido por la muerte. Y por esto precisamente Jesucristo, que no podia morir sin querer, ha dejado obrar á los judíos, ha consentido que su divino cuerpo sea crucificado, tragado por la tierra, que el templo fuese destruido y sus materiales desunidos: *Solvite templum hoc!*

(1) In qua voluntate sanctificati sumus. (*Philipp.*, X.)

(2) Exauditus est pro sua reverentia. (*Ibid.*, V.)

(3) Adorabo ad templum sanctum tuum et confitebor nomini tuo. (*Psalm.* V.)

(4) In similitudinem carnis peccati. (*Rom.*, VIII.)

Pero ya que este divino edificio no ha sido destruido sino en lo que tenía de comun en sus formas exteriores con la miserable condicion del edificio humano; puesto que Jesucristo no ha sido crucificado, no ha muerto ni ha sido enterrado sino en cuanto tenía exteriormente un cuerpo semejante al del hombre antiguo, del hombre pecador, podemos estar seguros que en Jesucristo el edificio antiguo profanado por el hombre ha sidó destruido; podemos estar seguros de que el hombre antiguo, el Adan pecador, ha sido crucificado, abatido, humillado, á fin de que en él fuese destruido ese infame edificio que no daba asilo más que al pecado, en el cual el alma no operaba más que por el pecado, á fin de que no quedase vestigio del pecado y se salvase el pecador (1).

Esto nos conduce á concebir la verdadera razon por qué Dios no permitió que los judíos, á pesar de su ódio y su furor contra Jesucristo, le rompiesen los huesos en la cruz, segun el infernal deseo que habian concebido, ni que la putrefaccion descompusiese sus carnes en el sepulcro. La verdad es que una mano invisible, todopoderosa, contuvo el furor de los judíos y la fuerza de los elementos para que se cumpliesen dos profecías: segun la una, al verdadero Cordero pascual no se le romperia un solo hueso de su cuerpo (2), y segun la otra, el Santo de Dios no debia estar sujeto á la putrefaccion del sepulcro (3). Como los hechos evangélicos no han tenido lugar, porque habian sido predichos, sino que fueron predichos porque debian suceder y la profecia ha sido subordinada á Jesucristo y no Jesucristo á la profecia comprendemos, precisamente por eso, qué el santísimo cuerpo de Jesucristo, por más que fuese de la misma naturaleza que el nuestro, no era enteramente de la misma condicion que nosotros. Concebido de la sangre purísima de María por obra del Espíritu Santo, y no habiendo sido formado de la misma manera que los cuerpos de los demas hombres, este cuerpo era un templo, un tabernáculó infinitamente puro, infinitamente santo, la obra maestra de la creacion (4).

(1) Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus est, ut destruatur corpus peccati. (*Philipp.*, VI.)
(2) Os non comminuetis ex eo. (*Joan.*, XIX.)
(3) Non dabis sanctum tuum videre corruptionem. (*Ps.* XV.)
(4) Per amplius et perfectius tabernaculum non manu factum. (*Hebr.*, IX.)

No convenia, pues, á la dignidad, á la majestad de ese templo augusto, que ninguna de sus columnas fuese rota, que su divina arquitectura perdiese una sola de sus proporciones, que la mano de los hombres produjera el desórden en un edificio donde todo habia sido puesto en su lugar por la mano de Dios. Hubiera sido deshonrarlo, degradarlo el separar ó romper una sola parte, hubiera podido hacer dudosa su integridad interior y secreta, el destruir su integridad exterior y visible.

Porque el Hijo de Dios, en el exceso de su caridad por el hombre, habia querido dar su vida por salvarlo, y era necesario que su alma bendita, que era como el sacerdote del templo de su cuerpo, fuese separada de Él, y que en este sentido el templo se inutilizase, no consagrándose á ningun culto ni á ningun uso: *Solvite templum hoc!* Pero ese cuerpo sagrado, en la cruz y en el sepulcro, era siempre el tabernáculo de Dios, unido sustancialmente á la Persona del Verbo. Así, salva la separacion violenta del alma y del cuerpo, debia conservar su integridad, no debia, no podia sufrir en ninguno de sus miembros ninguna pérdida real que fuese menester repararla por una especie de nueva creacion; no podia sufrir ningun cambio en su primera estructura, en su primer dibujo; por eso al tercer dia, cuando ese templo debió levantarse, no fué menester restaurar nada, renovar ni añadir nada. Debió bastar que el alma purísima del Salvador, de vuelta de los limbos, á donde habia llevado la esperanza y libertado á las almas de los justos de otro tiempo, entrase en su cuerpo. Debió bastar que el Sacerdote volviese á entrar en el ejercicio de sus funciones para que ese templo augusto, sin reparacion exterior, sin socorro exterior, por la sola virtud del Verbo que le estaba unido, se levantase en un instante más majestuoso, más bello que ántes: *Et in tribus diebus excitabo illud.*

¡Redentor y Salvador mio! ¡Oh! ¡El milagro de la restauracion del templo vivo de tu cuerpo te venga sobradamente de todos los tormentos, de todas las penas, de todos los dolores, de todas las ignominias, de todas las afrentas sufridas! ¡Oh! ¡Cuánta gracia te adorna, cuánta belleza te decora, cuánta luz te reviste, cuánta magnificencia te cubre, cuánta gloria te rodea!

¿Pero por qué, Señor, al resucitar conservas las cicatrices de tus llagas? ¿Qué significacion tienen? Verdad es que destellan luz, que encantan por su belleza, que arrebatan de amor. Es

verdad que esas heridas que una mano cruel ha hecho en el templo augusto de tu cuerpo, léjos de afear ese edificio divino, contribuyen á ornarlo, lo hacen más sólido, más armonioso y más rico de vida; pero el dia de tu triunfo y de tu gloria, ¿por qué conservas en tus manos y en tus piés esos signos de ignominia y de dolor? (1). ¡Ah, dice este Salvador lleno de amor, conservo estas señales de mis heridas en interes de los que me las han hecho (2).

San Pablo nos ha explicado este profundo y gran misterio, no ménos glorioso para Jesucristo, que tierno y precioso para nosotros. Acordaos, nos dice, que en el templo de Jerusalen, despues del segundo velo, habia un lugar reservado llamado *Sancta Sanctorum*, donde nadie podia penetrar. En este *Sancta Sanctorum* el Espíritu Santo ha querido figurar el cielo, cerrado ántes de la venida de Jesucristo áun para los hombres más puros y más santos (3). Sólo el gran sacerdote, una vez al año, podia entrar en el *Sancta Sanctorum*, con dos copas llenas de la sangre de las víctimas que habian sido inmoladas en otra parte del templo en presencia del pueblo, ofreciendo por los pecados de éste y por los suyos propios aquella sangre (4). La necesidad en que estaba el gran sacerdote de renovar cada año el mismo sacrificio, sin que por eso la entrada al tabernáculo fuese más accesible á los hombres, era la figura de la triste condicion á que estaban redu-

(1) Quid sunt plagæ istæ in medio manuum tuarum. (*Zach.*, XIII.)

(2) His plagatus sum in domo eorum qui diligebant me. (*Zach.*, VIII.)

Nota. Segun San Agustin, Jesucristo ha conservado las cicatrices de sus llagas para hacer reconocer la identidad de su cuerpo, y demostrar que resucitó con el mismo cuerpo con que fué crucificado, dando así á sus discípulos y á nosotros una prueba cierta de su resurreccion.

Segun San Ambrosio, Jesucristo ha conservado las cicatrices de sus llagas como un vencedor conserva y enseña á todos con honor las armas y las enseñas de su victoria.

Segun San Gregorio, para estimular más y más nuestro amor y nuestra confianza en Él.

Segun San Cirilo, para humillar y confundir aún más á los reprobados en el juicio final, dándoles con estas llagas la prueba viva de su amor, á pesar de su monstruosa ingratitud con Él.

(3) Hoc significante Spiritu Sancto nondum propalatam sanctorum viam. (*Hebr.*, IX.)

(4) In secundo semel in anno solus Pontifex intrabat non sine sanguine, quem offert pro sua et populi ignorantia. (*Ibid.*)

cidos los hombres del antiguo tiempo; y en efecto, prodigaban con gusto los sacrificios más magníficos y más solemnes. Aquellas ofrendas, despues de todo estériles y groseras, no podian santificar al hombre, ni agradar y apaciguar á Dios (1).

Pero, añade el Apóstol, todo ha cambiado ahora, gracias á Jesucristo, porque Él es el Pontífice de los bienes futuros, igual á Dios (2). Una vez entrado en el *Sancta Sanctorum*, llevando consigo el augusto y santo tabernáculo de su cuerpo, nos ha dejado á todos para siempre la entrada abierta, ha consumado la obra de la redencion para la eternidad (3). Inútil es decir que no entró en el *Sancta Sanctorum* construido por Salomon, y simple figura del verdadeı̇o *Santo de los Santos*, sino que entró con su cuerpo sagrado en el cielo mismo, para estar allí siempre presente á su divino Padre, en lugar nuestro, con la humanidad que ha tomado con nosotros, para estar allí siempre vivo y en estado de interceder en nuestro favor (4).

Hé aquí, pues, descubierto el misterio de esas llagas que nuestro afectuoso Salvador ha querido conservar áun despues de su resurreccion gloriosa: Jesucristo, que entra en el cielo con esos estigmas sagrados, es el verdadero gran Sacerdote que entraba en el *Sancta Sanctorum* con la sangre de la víctima inmolada; y por el mérito de esas llagas, no solamente abre el cielo á sus fieles, sino que mostrándolas á su Padre, llama continuamente sobre nosotros misericordia, perdon, gracia, proteccion y apoyo.

Jesucristo ha llevado, pues, al cielo el templo de su cuerpo, pero con tales ornamentos, con embellecimiento tal, que el divino Padre no puede dejar de enternecerse á su vista, no puede volver á otra parte sus miradas ni su corazon, sino tenerlos siempre fijos en ese tabernáculo tan puro, tan santo, tan digno de cautivar la atencion, la ternura y el amor de Dios, y de atraer

(1) Quæ parabola est instantis temporis, juxta quam munera et hostiæ offeruntur quæ non possunt juxta conscientiam perfectum facere servientem. (*Hebr.*, IX.)

(2) Christus autem assistens Pontifex futurorum bonorum. (*Ibid.*)

(3) Per amplius et perfectius tabernaculum,.. introivit semel in sancta æterna redemptione inventa. (*Ibid.*)

(4) Non in manufacta sancta Jesus introivit exemplaria verorum, sed in ipsum cœlum ut appareat nunc vultui Dei pro nobis. (*Ibid.*)... Semper vivens ad interpellandum pro nobis. (*Ibid.*, VII.)

los efectos de su misericordia y de su bondad. Como no necesita implorar ni obtener esa bondad, esa misericordia para Él, puesto que no necesita, como los demas sacerdotes, indulgencia ni perdon (1), la implora para hacerla descender sobre nosotros. Por nosotros presenta sus sagradas llagas á su Padre (2). Para nosotros solicita misericordia, gracia y perdon, por el mérito de esas llagas; y de este cargo de Intercesor y Abogado nuestro hace su eterna ocupacion, así como en la tierra su ejercicio era la vida de la gracia: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis.* Así, pues, conservando en su santa Humanidad sus llagas sagradas, Jesucristo, segun Tertuliano, se muestra el Sacerdote católico, el Sacerdote universal cerca del divino Padre (3). En su cuerpo adorable, como en su verdadero templo, templo de gran precio, de la más insigne belleza, de la más alta dignidad, continúa ofreciendo el sacrificio de su corazon y de todo su sér entre las llamas de su infinito amor; y ese sacrificio será siempre para Dios un sacrificio agradable y de un precio infinito (4).

Jesucristo no se ha contentado con obtenerlo todo para nosotros, sino que, por la resurreccion del templo de su cuerpo, ha preparado la restauracion del templo de nuestro cuerpo, porque ha querido llamarnos á participar de todos sus privilegios, de todas sus gracias y de su eterna mansion (5).

Por más que Jesucristo haya tenido un cuerpo semejante al nuestro, y de la misma naturaleza que el nuestro, ese cuerpo, tabernáculo el más perfecto, el más noble que nunca hubo, obra maestra del Espíritu Santo, producto inmediato de creacion divina (6), y unido sustancialmente como su alma á la Persona divina del Verbo, era un cuerpo divino, y por consecuencia puro, santo, inmaculado, exento de todo fuego de concupiscencia y de toda sombra de pecado. No era el esclavo indócil, sino el herma-

(1) Qui non habet necessitatem quotidie pro suis delictis offerre. (*Hebr.*, VII.)
(2) Ut appareat vultui Dei pro nobis. (*Hebr.*, IX.)
(3) Catholicus Patris sacerdos. (*Tertull.*)
(4) Præcursor pro nobis introibit Jesus secundum ordinem Melchisedech, Pontifex factus in æternum. (*Hebr.*, IX.)
(5) Et ubi sum ego, illic et minister meus erit. (*Joan.*, XII.)
(6) Per amplius et perfectius tabernaculum non manufactum, id est, non hujus creationis. (*Hebr.*, IX.)

no, el compañero fiel de su alma bendita, y el ministro obediente de todas sus voluntades, de todos sus deseos, de todos sus sacrificios, de todas las aspiraciones de su fervor. No teniendo nada que castigar ni que expiar por Sí mismo y en Sí mismo, no estaba sujeto á la muerte ni á la corrupcion. Nosotros, al contrario, concebidos de la sangre impura de Adan pecador, concebidos en el pecado por la carne y la voluntad del hombre, tenemos un cuerpo de pecado, un cuerpo infectado hasta la médula de los huesos por el veneno de la concupiscencia, fuente originaria del pecado, un cuerpo que para los hombres más justos y más santos es el asilo y el refugio de la ley funesta de la carne, ley que, en perpétua oposicion con la ley del espíritu, nos lleva al desórden del pecado; nuestro cuerpo es, por consecuencia, un cuerpo vicioso en sí mismo y corrompido, y por consiguiente, caduco y mortal. Hé ahí por qué San Pablo nos dice que áun cuando nuestra alma esté viva con la vida de la gracia, que la santifica y la vivifica, el cuerpo es, sin embargo, un templo profanado, destinado á la disolucion, á la muerte, y como muerto ya por consecuencia del pecado (1). Lo que quiere decir que es necesario que este cuerpo muera; que este templo sea destruido, arruinado, pulverizado, como castigo por haber servido de receptáculo á la concupiscencia y al pecado; que este edificio de corrupcion, infectado, profanado en todas sus partes por una lepra que todos los sacrificios y ritos de la ley antigua no podrian curar, debe necesariamente ser derribado y destruido hasta sus cimientos; que es necesario que el aire funesto, que el gérmen, que la hierba venenosa que ha surgido en las partes más secretas de esos muros, en el interior de sus columnas, y que se conserva á despecho de todas las precauciones y de todos los esfuerzos del alma penitente, se exhale, salga fuera para la completa disolucion de todo: *Corpus quidem mortuum est.*

Pero si conservamos la gracia santificante recibida en el bautismo, ó habiéndola perdido por nuevas faltas, la recobramos por la penitencia, y á la hora de la muerte nos incorporamos á Jesucristo, viviendo de su espíritu, tendrémos derecho á resucitar como ha resucitado Jesucristo; el templo de nuestro cuer-

(1) Corpus quidem mortuum est. (*Rom.*, VIII.)

po se levantará de su abyeccion y del polvo á que ha sido reducido por la mano de la muerte; porque el espíritu de Jesucristo que habrá habitado en nuestra alma, habrá tambien en ella y por ella habitado en nuestro cuerpo (1); y así como el pecado original habia dejado allí un gérmen venenoso de muerte, así tambien ese espíritu divino habrá depositado un gérmen de resurreccion y de vida que no puede ser estéril ni infructuoso, que debe á su tiempo desarrollarse; y ese espíritu divino tendrá la fuerza de hacer salir intacto de las entrañas de la tierra el templo de nuestro cuerpo, como un lirio revestido de candor celeste, como una flor eternamente odorífera y agradable á los ojos de Dios (2).

Y así se cumplirá la gran palabra anunciada por Jesucristo en el Evangelio. Los hijos de la resurreccion son verdaderos hijos de Dios, y no podrán ya más morir (3).

¡Palabras llenas de infinita dulzura! Significan que Dios Padre, con el mismo poder, con el mismo amor que mostró al resucitar el cuerpo sagrado de su divino Hijo, resucitará tambien el nuestro en tanto que esté asociado al de su Hijo por la participacion del mismo espíritu. Nos tratará como ha tratado á su Hijo; nos dará aún esta muestra de su amor paternal; imprimirá en nosotros este carácter de filiacion divina; de manera que nó nos faltará nada para parecer y ser en realidad, en Jesucristo y por Jesucristo, los verdaderos hijos de Dios (4).

San Pablo ha querido hacernos comprender áun mejor esta sublime y consoladora doctrina, diciendo: Tened por cierto que despues que nuestro cuerpo, morada terrestre de nuestra alma, caiga en disolucion bajo los golpes de la muerte, un dia Dios mismo vendrá á reconstruir este miserable edificio de barro, esta innoble tienda de nuestra peregrinacion terrestre, y formará un templo augusto, sólido, espiritual, celeste, no de fábrica humana, sino de divina estructura, que no deberá nada al hombre, sino todo á Dios, su estructura, sus proporciones, su belleza, su duracion eterna (1).

(1) Qui suscitavit Jesum à mortuis vivificabit et mortalia corpora nostra propter inhabitantem spiritum ejus in nobis. (*Rom.*, VIII.)

(2) Justus germinabit sicut lilium et florebit in æternum ante Dominum.

(3) Neque enim ultra mori poterunt: æquales enim angelis sunt et filii sunt Dei cum sint filii resurrectionis. (*Luc.*, XX.)

(4) Qui suscitavit Jesum à mortuis vivificabit mortalia corpora nostra. (*Rom.*, VIII.) Ut filii Dei nominemur et simus. (I, *Joan.*, III.)

Notad esta expresion, *non manufactum*, que no será la obra de la mano de los hombres. Es la misma expresion que el gran Apóstol ha empleado al hablar del cuerpo de Jesucristo, que llama Tabernáculo no hecho por la mano del hombre: *Tabernaculum non manufactum.* Lo que significa que, así como el cuerpo del Salvador no debió á la sangre pura de María más que la materia de que fué formado, recibiendo de Dios, inmediatamente de Dios, su estructura admirable, así el cuerpo de los justos no deberá á su antiguo polvo más que los materiales de su reedificacion; pero en cuanto á su nueva forma, la recibirán inmediatamente de Dios: *Ædificationem non manufactam.*

Por eso cuando Dios haga de nuevo el barro de nuestro cuerpo, ántes humillado por la mano de la muerte (2), operará en cierta manera para sus hijos adoptivos, nuevamente nacidos á la inmortalidad, el mismo prodigio que operó en la encarnacion de su Hijo consustancial; y así se verificará la palabra del Evangelio: que en la manera inefable como Dios nos resucite, se reconocerá que es nuestro tierno Padre y que nosotros somos verdaderamente sus hijos bien amados: *Filii sunt Dei, cum sint filii resurrectionis.*

¿Y cómo podria tratar nuestro cuerpo de otra manera que el cuerpo de su Hijo, cuando en nuestros restos mortales encuentre las huellas de su adorable Hijo? Sí, puesto que habrémos participado del espíritu de su Hijo, participarémos tambien de la condicion gloriosa y de los privilegios de su carne, y comprendidos con Él en el amor de Dios Padre, resucitarémos con el Hijo y por el Hijo (3).

Pero no participarémos de este gran misterio del poder y del amor de un Dios, sino en tanto que nuestro cuerpo, durante esta

(1) Scimus enim quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, quod ædificationem ex Deo habemus domum non manufactam æternam in cœlis. (II, *Cor.*, V.)

(2) Reformabit corpus humilitatis nostræ. (*Philipp.*, III.)

(3) Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra propter inhabitantem spiritum ejus in vobis. (*Rom.*, VIII.)

miserable vida, haya sido tambien un templo digno de la Divinidad, un templo santo (1). Hé ahí por qué San Pablo nos invita á que hagamos de manera, por la humildad de nuestro espíritu, por la sinceridad de nuestro corazon, por el fervor de nuestra oracion, por la generosidad de nuestro desprendimiento, por la santidad de nuestras obras, por el ejercicio de nuestra caridad, por la edificacion exterior de nuestra conducta, que Dios resida con complacencia en nosotros, y que la frágil arcilla de nuestro cuerpo llegue á ser como un templo portátil donde abunde para nosotros la gracia divina y donde Dios se digne hacer reposar su gloria (2).

Dichosos, mil veces dichosos los verdaderos hijos de la Iglesia, los verdaderos discípulos de Jesucristo, que se ligan inseparablemente á su fe, observan religiosamente sus preceptos, conservan inalterable su doctrina, frecuentan sus sacramentos, practican con valor la penitencia y la mortificacion, imitan fielmente sus ejemplos, se entregan frecuentemente á la meditacion de los divinos misterios, al ejercicio de la oracion y á la alabanza de Dios. Esos llevan en sí mismos verdaderamente á Dios. Su cuerpo es un verdadero templo donde Dios reside con complacencia, donde derrama con abundancia su gracia, donde se deleita con amor; porque en ese templo vivo, el alma, haciendo las funciones de sacerdote, no solamente ofrece á Dios el contínuo sacrificio de sus afecciones, de sus deseos, de sus pasiones, no solamente le ofrece el culto en espíritu y en verdad que puede honrarle, sino que le manifiesta y le hace conocer en ese templo santificado por la castidad, ornado por la modestia, embellecido por el pudor, santificado por la mortificacion, guardado por la vigilancia, ornado por la gracia, enriquecido por el mérito de todas las virtudes, iluminado por la fe, con el ardor de la caridad, sin cesar purificado por la mortificacion, lavado por las lágrimas del arrepentimiento en la sangre divina, santificado por la Eucaristía. Sí, Dios habita allí como en un trono de gloria; sí, Dios, me atrevo á decirlo, por esa criatura tan vil, tan innoble, tan miserable en sí misma, pero ennoblecida por la participacion en el sacerdocio de Jesucristo, es honrado en Dios, glorifi-

(1) Templum Dei sanctum est quod estis vos. (I, *Cor.*, III.)
(2) Glorificate et portate Deum in corpore vestro. (I, *Cor.*, VI.)

cado en Dios, de la sola manera que conviene á Dios, que sea digna de Dios, y que es la santidad (1).

¡Dichosas, mil veces dichosas las almas cristianas! Tambien podeis, con una santa confianza, con un noble orgullo, con un majestuoso desprecio, con una soberana indiferencia decir á las pasiones, á las enfermedades, á la muerte: Conjuraos para abreviar mis dias. Quitadme esta miserable vida. Devolved este edificio de polvo al elemento de que está compuesto: *Solvite templum hoc!* Yo sé con certeza que este templo, donde yo he llevado á Dios, he honrado á Dios, donde Dios se ha dignado habitar, complacerse y glorificarse, no será siempre entregado á la corrupcion y al desprecio. Ese Dios de bondad, al habitarlo, ha depositado un gérmen precioso, y me atrevo á prometerme, en virtud y con la ayuda del espíritu de Jesucristo, volver á tomar un dia este cuerpo ornado de las mismas cualidades gloriosas que el santísimo cuerpo de Jesucristo, á saber, de la sublimidad, de la agilidad, de la claridad, de la impasibilidad. Yo mismo, por Jesucristo y en Jesucristo, levantaré este templo que en vano habréis derribado. Todo lo que hagais, todos los esfuerzos de vuestra crueldad contra mí, serán impotentes para destruirme; las penitencias, las mortificaciones, no harán más que acrecentar mi gloria, la felicidad ds mi triunfo. Los tormentos, los martirios no podrán impedir que, despues de volver á tomar de la tierra mi cuerpo glorioso, vivo, inmortal, impasible, lleve este precioso tabernáculo á los cielos, para continuar en este cuerpo, en el seno de la gloria y del amor perfecto, el sacrificio interior que ahora ofrezco á Dios en el tiempo para continuarlo en la eternidad: *Solvite templum hoc!* ¡Tú no podrias, muerte, infundirme miedo! ¡Tiranos, vosotros los que querriais por los tormentos del cuerpo arrancarme del corazon la fe y el amor de Dios, no os temo! Allí donde acaba vuestro poder, empieza el mio, porque Dios ha puesto á mi disposicion su espíritu, y por consecuencia su poder. Mi alma, sin obstáculo, sin resistencia, ejercerá su eterno sacerdocio en presencia de Dios por una misteriosa y contínua inundacion de amor, y ésa será su felicidad: *Solvite templum hoc..... et excitabo illud!*

(1) Domum tuam decet sanctitudo. (*Ps.* XCII.)

¡Magnífica teología! ¡Sublime doctrina! ¡Profundas razones! ¡Armonías inefables de los misterios cristianos!

SEGUNDO PUNTO. Hemos visto cómo, unido al cuerpo de Jesucristo, el cuerpo del cristiano es tambien verdaderamente un edificio sagrado, un templo de Dios, un tabernáculo del Espíritu Santo (1).

Y en efecto, así como los templos materiales se consagran al culto divino por abluciones, por la uncion de la santa crisma y por la Eucaristía, así tambien el templo vivo de nuestro cuerpo ha sido consagrado por el bautismo, por la santa crisma y por la comunion.

Esto nos hace comprender que la impureza, el pecado propio en particular del cuerpo, que por infiel no es más que un simple pecado, es ademas para el cristiano una verdadera profanacion, un verdadero sacrilegio.

Sí, el templo de nuestro cuerpo ha sido con el bautismo lavado en la sangre de Jesucristo (2). Al llegar á ser miembro de su cuerpo, ha sido elevado al insigne honor de ser alguna cosa de ese templo adorable. ¡Qué crímen no es, pues, decia San Pablo con santa indignacion, qué horror, que un cristiano impúdico, hasta el grado de los instintos ciegos de la concupiscencia, prostituya un cuerpo que Jesucristo, por su propia sangre, ha dedicado á su gloria, á su culto, y que se atreva á profanar, no solamente sus propios miembros, sino áun los de Jesucristo, haciéndoles servir á la iniquidad y rebajándolos hasta hacer un mismo cuerpo con el objeto infame de su pasion! (3).

Nosotros hemos sido consagrados por el óleo santo y por la bendicion de la santa crisma; hemos sido marcados con el sello de la fe. La uncion santa ha descendido sobre nuestra frente. Al imponernos las manos se nos ha hecho comprender que desde aquel instante éramos templos de la gracia de Jesucristo. ¿Qué crímen no es, pues, entregarse al cinismo de los más escandalosos desórdenes, y no respetar ni el fuego del infierno?

En fin, ¿no hemos recibido una consagracion especial por la comunion eucarística? Por esta comunion, Jesucristo no está solamente en nosotros como en el templo material, sino unido á nosotros, identificado con nosotros; circula su sangre por nuestras venas, se une y se confunde con la nuestra. ¿Qué crímen no es hacer pasar el veneno de la corrupcion y de la muerte por los labios que acaban de beber la sangre del Cordero divino, y prostituir una carne santificada por el contacto de la carne virginal del Hijo de Dios? ¿No nos llenariamos de horror y de indignacion si cualquiera en presencia nuestra profanase el tabernáculo, el santo copon y el cáliz donde reside Jesucristo? Pues la sangre, la carne que hemos recibido por la comunion eucarística, son las mismas que habian estado en los vasos sagrados, y nosotros, á nuestra vez, nos convertimos en otros vasos sagrados, en otros tabernáculos. El altar de piedra donde reside Jesucristo no es ciertamente más sagrado que nuestro cuerpo, donde ese mismo Jesucristo reposa. ¿Qué crímen no es, pues, qué horror, qué infamia, hacer servir esos tabernáculos, esos vasos sagrados, no para nuestra propia mesa, como hizo el impío Baltasar, sino para los desarreglos más indignos, más vergonzosos, más viles?

(1) Templum Dei sanctum est quod estis vos. (I, *Cor.*, III.) Membra vestra templum sunt Spiritus Sancti. (*Ibid.*, VI.)

(2) Ipse lavabit nos in sanguine suo. (*Apoc.*, I.)

(3) Quid adhæret meretrici unum corpus efficitur. Tollens ergo membra Christi faciam membra meretricis. (I, *Cor.*, VI.)

No solamente el impúdico profana el templo de su propio cuerpo, sino que arroja de él al verdadero Dios, é introduce al dios de la voluptuosidad, al dios de la carne, al espíritu impuro; le ofrece sus adoraciones y su amor, le inmola como víctimas sus afecciones, su propio corazon, su alma, y así, segun el sólido y justo pensamiento de Tertuliano, la impureza tiene con la idolatría una estrecha afinidad (1).

¡Cuerpo del cristiano envilecido, degradado hasta ser la pagoda, el *delubrum* de un ídolo infame! ¡Profanacion, sacrilegio! El hombre púdico lleva á Dios en su propio cuerpo; el impúdico lleva al demonio.

Pero, ¡ay! ¡cómo se cumplen las amenazas contra los profanadores de su templo inanimado, de su templo de piedra, más rigorosamente contra aquellos que profanan sus propios cuerpos! «Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo pierde» (2). Vanamente el alma, cuyos instintos impiden poder resignarse á vi-

(1) Mœchia affinis idolatriæ. (*Tertull.*)

(2) Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. (I, *Cor.*, III.)

vir sin honor, cuando se ha debilitado contra el vicio, procura atenuar el horror del libertinaje, lo justifica, lo canoniza para tener el derecho de adorarle, hasta tal punto, que hoy se ve al profanador de los juramentos más sagrados, al violador del santuario doméstico, al adúltero marchar con la cabeza levantada y la frente sin pudor. Vanamente el mundo en perfecta oposicion sobre este punto con el Evangelio, intenta ennoblecer ese vicio con los nombres de debilidad y galantería, y procura honrar el deshonor mismo; al querer borrar la infamia, no ha podido paralizar sus tristes efectos; al hacerla comun entre los hombres, no ha podido hacerla más tolerable y más inocente á los ojos de Dios; al querer borrar el horror, no ha podido amenguar los castigos. Dios no lo castigará ménos severamente porque se encuentre en todas las clases; porque haya infestado las ciudades enteras, no será ménos la grande llaga de la civilizacion moderna, el abismo sin fondo donde tantas existencias van á perderse, y que se opone al nacimiento de tantas otras; no será ménos el destructor de las familias y de las dinastías que van extiguiéndose diariamente heridas por una culpable esterilidad, el gran enemigo de la salud y de la moral pública, la gran tea de la sociedad.

¡Ay! Es demasiado verdad; ese vicio lleva consigo desde este mundo su castigo. Los hábitos voluptuosos degradan la inteligencia, corrompen la imaginacion, confunden el alma en la materia, le quitan su vigor y su fecundidad. Por eso, cuando la mitología pagana nos ha pintado las impúdicas divinidades del paganismo cambiadas en bestias brutas, segun la bella observacion de Clemente de Alejandría, en esas horribles ficciones, en esas humillantes metamórfosis, ha expresado una verdad, ¡ay! demasiado comun, y es que la impureza borra en los más grandes genios las más brillantes cualidades y todo lo que tenian de noble, de elevado y de divino.

. . . .

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES ITALIANOS

PARA LA HOMILÍA TREINTA Y TRES.

Creemos deber recordar á nuestros lectores que esta cuaresma, compuesta deprisa y en poco tiempo, habia quedado incompleta hasta la muerte del autor, que no queria publicarla sino despues de haberla desenvuelto más ámpliamente y revisado con más cuidado. Por eso, si mucho trabajo ha costado recoger y coordinar entre sí las hojas sueltas, se ha necesitado más para poner en órden, con riesgo de equivocarse, este último sermon, que escrito por fragmentos en hojas sueltas sin paginacion ni números de órden, más que un discurso seguido parecia un conjunto de materiales arrojados acá y allá para venir á formar el todo de un sermon que debia ser más completo y más acabado. La poca conexion de las partes y la excesiva extension del todo, encuentra su orígen en este mismo hecho, á la vez que lo explica y lo prueba. Á pesar de esto, el compilador se ha abstenido de añadir nada suyo, concretándose únicamente á disponer los materiales en el órden que le ha parecido más conveniente.

TRIGÉSIMA TERCERA HOMILÍA.

EL GRANO DE MOSTAZA,
Ó LA IGLESIA.

Simile est regnum cœlorum grano sinapis..... Quod minimum quidem est omnibus seminibus; cum autem creverit, majus est omnibus oleribus et fit arbor; ita ut volucres cœli veniant et habitent in ramis ejus. (MATH., XIII.)

Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza..... Esta, en verdad, es la menor de todas las simientes; pero despues que crece es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen á anidar en sus ramas.

¿Cuál es ese reino de los cielos de que habla Jesucristo en esta parábola, y que, semejante al grano de mostaza, que á pesar de ser la más pequeña de todas las semillas, se hace un árbol en cuyas espesas ramas vienen á refugiarse con transporte, á reposar con seguridad numerosas multitudes de aves?

Ese reino es Jesucristo, dicen los santos padres San Hilario, San Agustin, San Gregorio; es Jesucristo mismo, el cual, no solamente es la vía que conduce al cielo, sino áun la verdad y la vida en que consiste la felicidad de los cielos. Ha sido, en efecto, la más pequeña de las semillas por la humildad de la carne, y el más grande de los árboles por la resurreccion, hasta el punto de haber eclipsado la grandeza, el renombre y la gloria de todos los Santos, de todos los Patriarcas, de todos los Profetas. Sobre las más fuertes ramas de este tronco divino, es decir, sobre los Apóstoles, todas las naciones, queriendo, como los habitantes del aire, elevarse sobre la corrupcion terrestre, han venido apresuradamente á posarse, á buscar un sólido apoyo en los verdaderos bienes del cielo, y un abrigo contra los vientos

de las falsas doctrinas, contra las tempestades de las tentaciones infernales.

La doctrina de todos los Padres, de todos los intérpretes y teólogos, es que, así como la vida de Jesucristo ha sido explicada, figurada y profetizada en la vida de los Patriarcas, la de la Iglesia tambien y su historia lo ha sido en la de Jesucristo. Por consiguiente, en esta parábola el Hijo de Dios ha querido presentarnos la figura más semejante de las vicisitudes y de los caractéres de su Iglesia, prediciéndolos ademas con una sola palabra en el Evangelio de este dia, cuando afirmaba que pronto serian predicadas en su nombre la penitencia y la remision de los pecados en todas las naciones de la tierra (1).

Examinemos, pues, hoy esas vicisitudes y esos caractéres de la verdadera Iglesia en esta breve pero bella parábola del grano de mostaza. Cantemos en este último dia de nuestra predicacion un himno á la gloria de esta santa Iglesia católica, á la cual tenemos la dicha de pertenecer, á fin de que, penetrados mejor de la dicha de tenerla por madre, nos afirmemos más en la resolucion de vivir como verdaderos hijos de la Iglesia, y experimentemos más viva la piadosa y santa alegría que nos inspira la solemnidad de este dia.

Primer punto. El grano de mostaza es efectivamente una de las semillas más pequeñas que conocemos : *Minimum est quidem omnibus seminibus.* Y por eso mismo, dice San Jerónimo, es una figura fiel de la predicacion evangélica, de donde ha nacido y se ha formado la Iglesia. Ha sido en su principio la más pequeña, la más despreciable, la más insignificante de todas las sociedades religiosas que en todos tiempos se han formado en el mundo (2).

Y en efecto, ¿cómo ha principiado? Por doce hombres de oscuro nacimiento, pobres, vulgares por su profesion, obtusos de espíritu, ignorantes, groseros, perseguidos por la autoridad pública, odiosos al pueblo, sin favor, sin proteccion, sin defensa. Esos hombres emprenden la predicacion condenando los vicios adorados como divinidades, encareciendo la práctica de virtudes

(1) Oportebat Christum pati et resurgere à mortuis tertia die, et prædicari in nomine ejus pœnitentiam et remissionem peccatorum in omnes gentes. (*Luc.*, XXIV.)

(2) Est prædicatio evangelica quæ minima est omnibus disciplinis. (*S. Hieron.*)

desconocidas, una vida humilde, de continencia, de pureza, de desprendimiento, de caridad, contraria á todas las doctrinas recibidas, á todas las costumbres en vigor, á todos las ideas establecidas, á todos los intereses, á todos los principios, á todas las pasiones; en una palabra, predicaron la obligacion de arrepentirse como de un crímen de todo lo que hasta entónces habia sido reputado santo, justo, legítimo ó indiferente; y esto en nombre de un Personaje desconocido en el mundo, acusado y condenado por sus propios conciudadanos, muerto, como el esclavo más criminal, en un rincon de la Judea, en el suplicio ignominioso y bárbaro de la cruz. Hé ahí el Hombre en cuyo nombre debia predicarse la penitencia á todas las naciones : *Et prædicari in nomine ejus pœnitentiam.* No, no hay planta que más que la mostaza tenga una semilla pequeña, despreciable, poco capaz de desarrollarse, de crecer y fructificar. Tampoco ninguna sociedad ha tenido en su orígen principios en apariencia más contradictorios, más insensatos, más ineptos que la Iglesia, ese reino de Dios entre los hombres : *Simile est regnum cœlorum grano sinapis.*

¿Y qué ha sucedido? Las sectas filosóficas y los cultos idólatras, semillas considerables desde su principio, esparcidas y depositadas en el terreno más favorable á las empresas humanas, á la sombra de todas las fuerzas del poder soberano, favorecidas por el soplo de todas las pasiones, rociadas por la lluvia de todas las riquezas y de todas las ventajas temporales, embellecidas, cultivadas por el genio de la elegancia, de la gracia de la elocuencia y de la poesía; miéntras que parecia que debian convertirse en árboles fructíferos, vigorosos, copudos é inmortales, no han llegado á producir mas que miserables arbustos, pobres hierbas, sin sustancia, sin jugo, sin sabor, sin vida, que á la primera ráfaga del viento de la ciencia y de la verdad han caido al suelo áridas y secas, convirtiéndose en estiércol y en humo. El tiempo ha ido destruyendo esos productos del orgullo, de la concupiscencia y de la lascivia, que semejantes á meteoros sulfurosos, despues de brillar con opaca luz, se disuelven y desaparecen, no dejando, como huellas de su aparicion y de su paso más que el horrible olor de los vicios y de sus estragos (1).

(1) Sed dogmata philosophorum cum creverint nihil mordax, nihil vitale demonstrant; sed totum flaccidum et emollitum ebullit in olera quæ cito arescunt et corruunt. (*S. Hieron.*)

Al contrario, la Iglesia, semilla tan pequeña, plantada por manos tan débiles, tan inexpertas, en una estacion tan contraria, en un suelo tan poco favorable, bajo un clima pestilente, entre la furia de los vientos de todas las pasiones y de todos los errores, ha germinado, ha tomado las proporciones de un árbol que en fuerza, en grosura, en solidez, ha dejado atras á los antiguos robles, honor de la selva: *Majus est omnibus oleribus et fit arbor.* Ha extendido sus majestuosas ramas á traves de las comarcas más bárbaras y sobre las más lejanas costas, hasta las extremidades del mundo; de manera que todos los pueblos, todas las naciones han venido á buscar en él, y han encontrado, alimento, abrigo, sombra y reposo: *Ita ut volucres cœli veniant et habitent in ramis suis.* Así se ha verificado la profecía hecha hoy por boca del Salvador, á saber, que su religion, religion de penitencia y de perdon, de justicia y de gracia, de severidad y de dulzura, de espíritu y de vida, sería predicada y aceptada en el mundo entero: *Prædicari in nomine ejus pœnitentiam et remissionem peccatorum in omnes gentes.*

Ved cómo en esta bella parábola están bien indicados los caractéres principales de la verdadera Iglesia. Jesucristo dijo que el pequeño grano de mostaza se hace un árbol, *fit arbor*, el árbol por excelencia, el árbol único, el solo árbol que domina por su altura á todos los demas, miéntras que á su alrededor se levantan diversas plantas que no forman un árbol único. Hé ahí, pues, indicada la gran prerogativa de la unidad que solamente pertenece á la Iglesia católica. Solamente los católicos, dice San Cipriano, son el verdadero árbol producido por una pequeña semilla y que forma un tronco único, un árbol único, si bien despliega por todas partes sus ramas en gran número (1).

Los pueblos idólatras que no tienen entre sí otro lazo de afinidad que el pecado abominable de adorar á la criatura, con desprecio del Criador, están divididos entre sí en una variedad infinita de cultos vergonzosos y crueles, supersticiosos y absurdos. Los judíos esparcidos en la superficie del globo, miéntras dicen que creen en Moises y en su ley, están divididos en tantas es-

(1) Ecclesia una est quæ in multitudinem latius incremento fecunditatis extenditur; quomodo rami arboris multi sed unum robur tenaci radice fundatum. (*S. Cypr.*)

cuelas como sinagogas, porque cada uno entiende esa ley á su manera y la practica como la entiende; no tienen otra cosa de comun más que un grosero deismo, la circuncision, el espíritu de interes y el ódio contra Jesucristo. Los mahometanos, aunque profesando todos el culto de Mahoma y del Coran, están entre sí divididos en tantas sectas cuantos son los jefes políticos á quienes obedecen, y no se parecen sino por el frenesí de los placeres carnales y el ódio contra los cristianos.

Imitadores de los mahometanos y de los judíos, los pueblos herejes y los cismáticos, que se envanecen de creer en Jesucristo, en su Evangelio, no tienen otra unidad, no fraternizan en otra cosa que en su aborrecimiento, en su desprecio comun contra la Iglesia católica. En lo demas están divididos en tantas sectas, no solamente diversas, sino contradictorias, rivales y enemigas, cuantos estados no católicos son, cuantas familias en cada estado, cuantos individuos en cada familia; puesto que cada individuo opina de distinta manera, segun los diversos estados y condiciones de la vida, segun los estudios, las lecturas, los diversos razonamientos. Como cada uno tiene su manera de pensar, tiene tambien su religion propia; en estas sectas no hay dos individuos que crean de la misma manera, así como no hay dos rostros iguales. El símbolo de la herejía que todos juran, que todos profesan y que ninguno cree, por estar escrito en la constitucion del estado, ha podido conservar largo tiempo una especie de unidad religiosa, pero sólo aparente, política, exterior, que no tiene otro apoyo que la fuerza, ni otro principio que el interes. El tiempo ha hecho justicia á esa mentida unidad; y como al poder le es ya imposible sostenerla, se ha roto el velo y no se ve más que un conjunto de opiniones discordantes que no están unidas entre sí más que por su antipatía á la unidad impuesta por la fuerza y sostenida por el poder.

La Europa del siglo XVI vivia bajo la unidad católica. Esto no le convino á un fraile ambicioso, que resolvió romper esa unidad para constituir otra á su manera, sobre el Evangelio, sobre la Escritura, piedra angular que tomó para su edificio. Parecia que ningun peligro habia en poner las ideas bajo la salvaguardia desinteresada de la razon y la libertad. Sin embargo, el mundo sabe lo que ha llegado á ser esa unidad entre las manos de Lutero y de sus sucesores.

Tres siglos despues, el mundo ha sido invitado, en 1846, á un espectáculo ridículo, si es que debe uno reirse de la blasfemia y de la ceguedad en materia de religion; por todas las potencias protestantes se reunió un concilio para buscar la piedra filosofal de la unidad en medio de la más espantosa anarquía.

El concilio ha debido disolverse sin haber establecido nada, ó más bien ha establecido una cosa: la imposibilidad en que los protestantes se encuentran de entenderse y de constituir nada, y por consiguiente, la necesidad de dejar al protestantismo correr su suerte.

Por eso empieza á extenderse la desesperacion en ellos. En este siglo de inteligencia se ha oido esta terrible frase: «La division es nuestro bien.» Es decir, el infierno es nuestro paraíso, el cáos nuestra patria, la confusion nuestra felicidad y nuestro último fin.

Toda unidad es un lazo. Todo lazo es un peso. Todo peso es una servidumbre. Toda servidumbre es el colmo del infortunio y la desesperacion del orgullo.

¡Desgraciados! Gozad de la situacion que os ha traido esa doctrina. Regocijaos con la unidad perdida, con el placer de comenzar y acabar con vosotros mismos, de poner en ridículo á vuestros padres, y de ser á vuestra vez el objeto de risa de vuestros hijos. Regocijaos de estar solos; de pensar y obrar por sí solos; de destruir á la noche las ideas de la mañana; de vivir sin maestro y sin discípulos, sin antepasados y sin posteridad; de llamar á eso vuestra fuerza y vuestra vida; de no tener nada comun más que la anarquía y la duda, y por toda perspectiva la nada.

Espíritus pulverizados, cuerpos abortados, ramas desgajadas, esperad á que la unidad militar armada con el látigo del cosaco abandone vuestro orgullo á las ignominias de una servidumbre sin límites, obligue á vuestra presuntuosa inteligencia á someterse al dogma nacido en las oficinas de policía, ó en las saturnales de un campo de pretorianos, y reduzca á la esclavitud á un pueblo de sofistas que ha llegado á ser un pueblo sin fuerza y sin carácter, y que no podrá oponer más que una obediencia pasiva.

¿Hay una doctrina divina y humana capaz de fundar la sociedad de los espíritus sin sacrificar la razon y la libertad? ¿Hay

un dogma público libremente reconocido, aceptado por el rico y el pobre, el docto y el ignorante? Yo escucho, y del seno de estos muros, del fondo de esta tumba, oigo resonar bajo la inmensa bóveda, bajo la cúpula, obra la más gigantesca del hombre, la voz armoniosa de la unidad, que se repite hace diez y ocho siglos en todo el mundo con un eco maravilloso, que canta el himno de la sola sociedad de los espíritus que hay en el mundo, y que repite sin cesar la sola palabra noblemente consoladora: Creo en la Iglesia una: *Credo in unam Ecclesiam!*

Y nosotros, hijos de esa unidad, respondemos con verdadera adhesion de espíritu, afeccion de corazon, expansion y transporte de alegría: ¡Creo!

Esta sociedad vive, y se sostiene y mantiene con la misma inmutabilidad su dogma público.

No es distinta la fe del pobre de la del sabio opulento, ni la de los gobernantes de la del pueblo. Todos creen y todos ruegan al mismo Dios, con la misma obligacion de ser humildes, piadosos, castos, caritativos.

Entre la ciencia y la ignorancia en la fe comun, es imperceptible la diferencia; coronan la unidad sin romperla, y hacen más sensible su inalterable esplendor.

Sólo la Iglesia católica presenta el espectáculo único, majestuoso, imponente, de muchos centenares de millones de hombres esparcidos, de una infinidad de pueblos separados los unos de los otros por inmensas extensiones de tierra y de mar, y más distantes por el carácter, las costumbres, la cultura, el color, la raza, el lenguaje; y sin embargo, profesan el mismo símbolo, observan la misma ley, y en tan gran variedad de ritos ofrecen á Dios el mismo sacrificio.

Dos mil años han pasado sobre ella. En tanto tiempo no ha sufrido ninguna alteracion en sus dogmas, en su constitucion moral, en su culto, en su eficacia y su belleza. Hace dos mil años que inculca siempre las mismas virtudes, inspira los mismos sacrificios, provoca la misma obediencia de espíritu y de corazon, obtiene los mismos homenajes. Hace dos mil años engendra siempre, forma siempre con la misma facilidad apóstoles, mártires, doctores, confesores, vírgenes. Jamas se cierra su martirologio. La fe en Jesucristo se predica con el mismo celo, se confiesa con la misma constancia, se practica con la misma

perfeccion que en los primeros dias del Cristianismo. El número de los verdaderos católicos disminuye en un lugar y aumenta en otro. Pero el catolicismo tiene siempre el mismo espíritu, la misma fuerza y la misma fecundidad, porque es siempre el mismo árbol que la produce.

Sólo la Iglesia romana cree lo mismo que ha creido siempre: *Quod semper*. Su fe es la sola que se remonta á los Apóstoles, á Jesucristo. Sólo ella tiene ideas verdaderas sobre Dios y su naturaleza, sobre sus atributos y sus obras; ideas justas y verdaderas sobre el Mediador y su mision, sus misterios, sus doctrinas, su gracia, su cualidad de Redentor; sobre el hombre y su orígen, su fin, su decadencia, su restauracion. Es el gran archivo donde se conservan inalterables las tradiciones del mundo, las nociones de Dios, los títulos auténticos de la divinidad de Jesucristo, de la antigua nobleza del hombre, de sus derechos, de sus privilegios, de sus esperanzas. Es el gran mapa de la humanidad. El que quiera saber algo preciso y cierto tocante á Dios, á Jesucristo, la ley, los deberes, debe interrogar á la Iglesia.

Las sectas nacidas del fango de las cristiandades corrompidas, como los gusanos que nacen en el seno de la corrupcion, dirán más fácilmente lo que no creen que lo que creen sobre Dios, Jesucristo y el hombre. No encontraréis dos individuos que á la misma pregunta os den la misma respuesta. Por ellos no sabréis jamas de una manera cierta, precisa, determinada, lo que es menester creer, afirmar, predicar.

Cada secta pareció tener en el principio un símbolo comun á todos los que la formaron; pero apénas adoptado, empezó á alterarse. Al hombre le está siempre permitido añadir ó quitar algo á sus invenciones, y ésa es la causa de las perpétuas variaciones de las sectas heréticas. Unos hombres establecieron los treinta y nueve artículos de la confesion de Augsburgo; otros hombres pueden modificarlos ó abolirlos, y esto es lo que han hecho. No hay una sola secta que pueda lisonjearse de dos dias de inmutabilidad y de unidad, y que haya permanecido dos dias solamente fiel á la confesion de su fundador, sin extenderla ó restringirla, renovarla ó abandonarla.

¿Puede encontrarse en Alemania ó en Inglaterra un solo protestante que crea, como sus padres, la confesion de Augsburgo, sus treinta y nueve artículos? El árbol de la herejía ha sido destruido, derribado por las mismas manos que lo han plantado. Cada uno quita una rama ó una hoja, y este derecho no puede negarse á ninguno.

La doctrina católica, bien diferente de esas voces mentirosas tan fáciles para prometer y tan impotentes para cumplir, ha lanzado al mundo ideas inmutables, comunes, fundamentales, aceptadas libremente por hombres de todas condiciones.

¡Cosa maravillosa! Á pesar de la movilidad del tiempo, la instabilidad del espíritu humano, las ideas católicas no han cambiado nunca, no cambian jamas. Hay en ellas un gérmen de perseverancia, de inmortalidad, fuerte, duro como el diamante, y que, no obstante su dureza, no deja de moverse y de florecer en el mundo.

Hace diez y ocho siglos todos los pontífices, los obispos, los doctores, los fieles católicos, los hombres diversos en condicion, en nacimiento, en carácter, en costumbres, en idioma, en pasiones; tantos millones de hombres han creido, pensado, afirmado, predicado, escrito siempre la misma cosa. Lo que hoy se dice, se ha dicho siempre. Lo que se dice en Oriente, se repite en Occidente; lo que se cree en el Norte, se cree en el Mediodía.

No hay un solo eclipse para esta inmutabilidad (1). Enseñadme una página católica donde la doctrina católica se niegue. Señaladme un hombre que, al alejarse de esta doctrina, no se vea inmediatamente arrojado de la Iglesia, por más que fuese el más elocuente de los hombres como Tertuliano, el más devoto de los

(1) Inmutabilidad, y no inmovilidad: cosas bien diferentes. La inmovilidad es una inmutabilidad muerta, miéntras que la inmutabilidad es una inmovilidad viva, activa, fecunda en obras.

La inmovilidad está unida á una servidumbre inerte; la inmutabilidad á una actividad libre. Dios es inmutable, la nada es inmóvil. El árbol frutal es inmutable, pero movible, porque tiene en sí el movimiento, principio de la vegetacion; es inmutable porque es siempre el mismo. El cadáver no es inmutable, puesto que se disuelve; es inmóvil, porque es inerte.

El mahometismo es inmóvil, porque es un límite forzado impuesto al espíritu humano por una razon encadenada por la violencia; á sus ideas les falta la libre aceptacion de la inteligencia. Pero no es inmutable: el soplo de la ciencia lo descompone; la discusion lo destruye, lo disuelve; es como un cadáver que en su sepulcro parece intacto, y al menor soplo de un vivo se convierte en un polvo que no deja ni rastro ni recuerdo de su forma primitiva. (*Nota del Autor.*)

obispos como Nestorio, el más poderoso de los príncipes como un Constancio, un Valens, un Enrique VIII. Señaladme un hombre á quien la púrpura, el genio, la fuerza le haya servido de escudo contra los anatemas de la Iglesia, cuando se ha entregado á la herejía.

¡Doctrina inmutable! Cuando todo cambia y se transforma, la astronomía, la física, la química, la filosofía, la política, la jurisprudencia, las dinastías, los imperios, las formas de gobierno, la administracion, el comercio, las artes, las manufacturas, las lenguas; cuando no queda ya señal de todo lo que fué antiguo, usos, costumbres, leyes, instituciones, sólo la Iglesia católica con su doctrina es siempre la misma. Ella sola no marcha con el siglo, porque es de todos los siglos, y sin cambiar sabe adaptarse.

Todo cambia en la tierra; y la doctrina católica, en manos de ancianos caducos, en un lugar que se llama el Vaticano, sin defensa, resiste á la corriente de los siglos, á los sueños de los sabios, al poder de los reyes, á la caida de los imperios; siempre es una, constante, idéntica á sí misma. Es porque viene de Dios, y Dios no cambia, es siempre el mismo, y ha dicho: «Porque Yo soy el Señor y no me mudo» (1).

No teme la sangre, porque la sangre vertida es como la savia que siempre la ha rejuvenecido. La persecucion es su fuerza, la humillacion su gloria, la muerte su inmortalidad.

¿Cómo cambiar? La inmutabilidad es el gérmen de la unidad, y la unidad el de la duracion. El hecho no puede explicarse ni puede destruirse.

¡Cuántas dinastías ha visto nacer y perecer, imperios formarse y destruirse, reinos engrandecerse y arruinarse, repúblicas crecer y desaparecer, sistemas filosóficos hacer gran ruido y olvidarse, sectas religiosas extenderse y reducirse á la nada! Y en medio de todos esos restos de cetros rotos, de coronas deshojadas, de tronos hundidos, de cátedras hechas pedazos, y que el tiempo ha amontonado á su alrededor, ella sola se mantiene levantada, como la columna de Phocas en medio de las ruinas del foro romano.

Árboles infecundos, dos veces muertos, muertos á la verdad

(1) Ego Dominus et non mutor. (*Malach.*, III.)

de las creencias y á la santidad de las obras, desprovistos de fruto (1), lo mismo el luteranismo que el calvinismo se han secado. El uno ha venido á parar al racionalismo, y el otro al epicurismo. Un doctor protestante ha dicho: «Creo que difícilmente se encontraria en Alemania un solo doctor protestante, irreprochable en cuanto á los artículos más esenciales de la fe.»

En medio de la irresistible descomposicion de todas las sectas protestantes que se pulverizan al soplo de un racionalismo sin freno y se disuelven en el fango de un abyecto sensualismo, la Iglesia católica muestra á la Alemania, que se maravilla y tiembla, el conjunto intacto de los dogmas eternos sin que nada pueda desunirlo, ni transformarlo, ni destruirlo, y que resiste á todas las pruebas de la fuerza, de la ciencia y del tiempo.

La divina unidad que acaba de ser abrazada con tan gran ardor por tantos nobles corazones, tantas doctas inteligencias, tantas almas generosas separadas de la herejía anglicana, no ha dejado de hacer efecto en los buscadores alemanes, cuyos pasos se han extraviado en todas las vías del error.

¡Qué de mentiras acreditadas por la historia, qué de sofismas fabricados por la filosofía se desvanecen á cada instante á la sola vista de los hechos contemporáneos, y conducen á los espíritus sabios á la revision de los únicos axiomas de la prevaricacion y de la mala fe! ¿Hay acaso un solo sofisma, un solo sarcasmo volteriano, que pueda prevalecer en el espíritu de un hombre sensato, en presencia del espectáculo de la Irlanda, nacion libre y fuerte, porque ha permanecido católica?

Donde quiera que se pronuncie el nombre de la Iglesia católica, este nombre hoy revestido de nueva gracia, de nueva dulzura y de nueva importancia, expresa y proclama la salvaguardia de las naciones que le son fieles. En España es el órden, la unidad, la justicia; en Alemania es la sola unidad posible; al oriente de Europa es la nacionalidad, la existencia, la esperanza; al septentrion es la verdadera luz, la verdadera libertad bajo el yugo de las tinieblas y de las arbitrariedades; en Italia es la piedra fundamental sobre la cual los espíritus más distinguidos establecen sus planes de regeneracion, abandonando los restos de las doctrinas del jansenismo y de la impiedad, y las funestas

(1) Arbores infructuosæ, bis mortuæ, eradicalæ. (*Jud.*, XII.)

teorías de un carbonarismo inconsiderado y cruel; en Francia es el compendio de los derechos esenciales del cristiano, del padre de familia, del ciudadano. En todas partes el interes de la libertad de la Iglesia está indisolublemente ligado á algun interes nacional, político, humanitario. La causa de la Iglesia es ademas la causa del órden, de la justicia, de la humanidad.

Ella preserva á la Suiza de una horrible anarquía. El órden se ha refugiado en el corazon de los católicos de aquella romántica comarca del verdadero honor, del verdadero valor, del verdadero patriotismo. En España está confiado á sus manos el estandarte de la libertad civil y política del pueblo, como en otro tiempo supo colocar tan alto y firme el de la independencia nacional. Esta libertad no podrá establecerse allí sobre una sólida base sino en tanto que la Iglesia tenga en ella una buena parte.

. . . .

Repito que os fijeis en esta expresion de la parábola: «Se hace un árbol: *Fit arbor*». En efecto, dice San Cipriano, esta expresion significa que, miéntras las demas sociedades religiosas no son más que ramas áridas y secas, troncos podridos, miserablemente dispersados acá y allá, sólo la Iglesia, reino de Dios sobre la tierra, es un árbol de sólida raíz y de tronco robusto (1). En efecto, en tanto que las sectas antiguas, destruidas las unas por las otras, han desaparecido, y que las sectas modernas, sembradas y desarrolladas á precio de tantos esfuerzos, usurpaciones, crímenes, sangre, despues de haberse transformado en mil otras sectas, se han extinguido completamente como instituciones religiosas, y no subsisten ya sino como instituciones políticas que amenazan arrastrar en su caida á los gobiernos que las han sostenido y sobre los cuales se apoyan; miéntras que el árbol de la Reforma, batido en brecha por los proyectiles del racionalismo, sitiado por todos lados, cae roto en mil pedazos, y en tanto que los esfuerzos del pietismo dogmático con los concilios presididos por pontífices civiles, armados de clavas por báculos y del código criminal por Evangelio, no pueden retrasar una caida inminente, la Iglesia católica ha sostenido diez y ocho siglos de tempestades y de choques violentos sin perder nada de su vigor y de su solidez.

(1) Ecclesia est unum robur, tenaci radice fundatum. (*S. Cypr.*)

¡Apénas este árbol surgia en Roma, cuando una furiosa tempestad se levantaba contra él para extirparlo de un suelo donde dominaban las potencias infernales personificadas en tantas divinidades infames, de un suelo donde se agitaban los vientos de todas las doctrinas contradictorias de una filosofía licenciosa, de un suelo trastornado por la violencia de todos los vicios llevados por las corrientes de todos los errores! Apénas, coronado con la cruz, ha sido implantado en este suelo, cuando durante tres siglos el hierro y el fuego, la calumnia y el fraude, la seduccion y la crueldad se han desencadenado sin pudor contra la Iglesia. Todas las escuelas la combaten con los sofismas de sus doctrinas; todos los emperadores la oprimen con la violencia de su poder; todas las naciones idólatras del imperio romano la persiguen con el furor de sus supersticiones; el mundo entero se levanta para formar contra ella una sola y comun tempestad; y este árbol de la Iglesia, solo, sin apoyo, sin ayuda, combatido por los vientos furiosos que soplan de todas partes, parece que no puede escapar á una destruccion inevitable. Sus pontífices son aprisionados, sus sacerdotes dispersos, sus hijos degollados por millones entre atroces suplicios, á los piés de los ídolos infames; y el árbol parece haber desaparecido entre un torrente de sangre. No hay, pues, ya Iglesia, no hay más cristianos, no hay más Cristianismo. El infierno lo tiene todo allanado; la filosofía sonrie malignamente; el paganismo triunfa y osa exigir un monumento á un monstruo coronado, manchado con tanta sangre cristiana, poniéndole esta inscripcion fastuosa: «Al divino Diocleciano, por haber abolido la supersticion cristiana en el mundo entero.» ¡Empero, ilusiones insensatas! ¡Sueños diabólicos! ¡Oh, cuán brevemente se desvaneció todo eso!

¡Qué prodigio! ¿Es un sueño? ¿Estoy bien despierto? El mismo lugar donde hablo, fué el palacio de Neron. El árbol de la cruz ha roto el hacha y la clava imperial. La pacífica tiara ha roto el cetro, espanto del universo. Neron ha inmolado á Pedro y sus sucesores; y hé aquí á Pedro y sus sucesores que levantan su voz en este templo, edificado sobre las ruinas del palacio de Neron. Los Césares perseguidores han desaparecido del mundo, y Pedro, sobreviviendo siempre en una sucesion inextinguible, reina aquí, cerca del lugar donde Neron lo hizo crucificar.

La tempestad no ha hecho daño más que á los que la susci-

taron. El imperio romano, tan vasto, tan poderoso, ha querido derribar la planta de mostaza; y esta planta, tan endeble, tan exigua, ha permanecido levantada y ha hecho caer, desaparecer para siempre del suelo el gran árbol, la encina secular del imperio romano.

En vano á los Césares que inmolaban los cuerpos han sucedido los herejes que roban las almas; que no pudiendo destruir el árbol de la Iglesia, han intentado desfigurarlo, atacando uno á uno todos sus dogmas, y han negado á Jesucristo y su naturaleza, sus sacramentos y su eficacia, la ley y sus obligaciones, la Iglesia con sus derechos y sus prerogativas.

En los siglos IV y V, y mil años despues, en el XVI, esos errores encontraron obispos para enseñarlos, sacerdotes para sostenerlos, monjes para seguirlos, príncipes para defenderlos, emperadores para imponerlos, pueblos para profesarlos. Nada resiste al error que se presenta con el aparejo de la fuerza, con todos los artificios de la mentira, con todo el furor de las pasiones. En ese doble ejemplo, de triste memoria, la herejía parecia la fe universal; y así como en el siglo de Arrio el mundo cristiano se escandalizó de verse casi todo arriano, así tambien en el siglo de Wicleff y de Lutero, que resucitaron las blasfemias de los antiguos heresiarcas, la Europa católica se escandalizó de encontrarse casi toda entera luterana y wiclefista.

Pero la herejía no es contra la Iglesia más fuerte que lo fué la crueldad. Marcion, Arrio, Nestorio, Eutiquio, Pelagio, Donato, Novaciano, Wicleff, Lutero, Calvino, no fueron más dichosos que Neron, Domiciano, Calígula, Maximiano, Diocleciano, Julian el Apóstata y Mahoma.

Los diversos árboles de la herejía plantados y llevados al lleno de su desarrollo á costa de tantos esfuerzos, trabajo, crímenes , arroyos de sangre, han sido ya arrancados de raíz y yacen en tierra. Todas las sectas antiguas, destruidas las unas por las otras, han desaparecido. Los orientales que las acogieron expian al cabo de siglos su apostasía con la pérdida de toda cultura intelectual y moral, de toda ciencia, de toda civilizacion; y aquellos á quienes pareció demasiado pesado el báculo de Pedro, están condenados á gemir bajo el yugo del creyente, á temblar bajo la cimitarra del musulman.

Las luchas, las tempestades, las apostasías de pueblos ente-

ros, han sido una ventaja para la Iglesia, así como las tempestades rápidas y ligeras, al azotar el follaje de un viejo roble, no pueden hacer más que arrancar algunas de las ramas que deshonraban su corona, en tanto que el árbol secular se embellece y adquiere más vida, por haber perdido las ramas muertas que se pudren á su pié y contribuyen á abonar la tierra donde sus vigorosas raíces toman nuevo vigor. Las largas y rudas tempestades de tantas herejías no han hecho más que suministrar la ocasion al árbol de la Iglesia para desembarazarse de las ramas de tantos pueblos corrompidos é infructuosos, que ella misma ha arrancado de su unidad; y entre tanto se ha compensado esas perdidas produciendo nuevos retoños, extendiendo otras ramas entre los nuevos pueblos conquistados á la fe en Asia y en América.

Las sectas modernas tambien, despues de haberse transformado en mil sectas, han muerto como instituciones religiosas; ya no subsisten sino como instituciones políticas que amenazan arrastrar al abismo á los gobiernos que las han sostenido.

Durante tres siglos los emperadores más poderosos; durante otros tres siglos los herejes más doctos y más apasionados; durante otros tres siglos los pueblos más feroces; durante otros tres siglos el mahometismo triunfante en casi todo el universo, y en los tres últimos siglos estas cuatro fuerzas diversas reunidas bajo el nombre de protestantismo, de filosofía, de revolucion, es decir, el poder de los gobiernos, las blasfemias de la impiedad, la astucia de la herejía, la crueldad de los nuevos vándalos, el abyecto sensualismo de nuevos musulmanes, han atacado á la Iglesia con una voluntad diabólicamente determinada y obstinada para destruirla. ¿Y cuál ha sido el efecto? Tantas persecuciones, tantas acometidas tan prolongadas, tan poderosas, tan tenaces, no han hecho más que despojarla de algunas ramas, y asegurarle nuevas conquistas, nuevas fuerzas, nuevas glorias.

Ved la Inglaterra y la China, los dos imperios más poderosos, el uno del mundo hereje, el otro del mundo idólatra. Ambos, con la fuerza inmensa que han podido encontrar en la seduccion, la crueldad, la ciencia y el oro, durante tres siglos, se han dedicado á destruir, el uno el Cristianismo, el otro el catolicismo. Y Roma, á despecho de sus leyes, que no respiran más que cruel-

dad, barbarie, sangre, proscripcion, ha sabido mantener su culto, su fe, su doctrina, su ley en esas soberbias comarcas que, cansadas al fin de una inútil guerra secular contra un enemigo indestructible, ceden ante ella dispuestas á tratar, y no deliberando sino sobre las concesiones que podrán hacerle.

Lo que la adulacion inspiraba á un poeta de Roma pagana, es una verdad histórica con respecto al árbol de la Iglesia, con relacion á Roma cristiana. El árbol se ha levantado más vigoroso despues de los redoblados golpes del hacha; despojado de follaje, ha reaparecido más copudo; descargado de muchas de sus ramas, se ha hecho más fecundo; privado de su savia, ha dado más frutos (1).

Lo mismo que su divino Agricultor, este árbol ha pasado por toda clase de pruebas y de tentaciones: *Tentatum per omnia* (2). Lucifer no sabe ya qué inventar para derribarlo; en los arsenales del infierno ya no hay máquinas que no se hayan empleado para perderlo. Todos los sistemas de destruccion se le han aplicado; se han hecho todos los esfuerzos y todas las tentativas. La ciencia y la fuerza, la crueldad y la seduccion, los escándalos interiores y las herejías exteriores, las sectas ocultas y los cismas manifiestos, los pueblos y los reyes han intentado muchas veces destruirlo.

En medio de tantos choques, de tantos asaltos, este árbol crece continuamente en Europa; la fe es más viva, la ciencia religiosa más católica, la oracion ménos descuidada, las obras cristianas más multiplicadas, la caridad más generosa, el celo más emprendedor, el valor para declararse católico más comun, el sofisma más desacreditado, el respeto humano más débil; la incredulidad pasa de moda, el racionalismo excita la risa, ya que no inspire el horror; el protestantismo cae arruinado, la reforma en vías de decadencia.

Miéntras que todos los tronos tiemblan, todas las sociedades amenazan ruina, todas las instituciones humanas declinan, sólo la Iglesia está firme y constante. Este grano de mostaza, imperceptible y desdeñado, esta planta que parecia tan débil, mirada

(1) Per damna, per cædes ab ipso
Ducit opes animosque ferro.
(*Horat.*, lib. IV, carm. IV.)

(2) *Hebr.*, IV.

con lástima por el orgullo de los políticos, de la que parecian reirse y burlarse los poderosos árboles del protestantismo y del racionalismo, es hoy un árbol de profundas raíces, sólido tronco, extendidas ramas, copudo, que promete, con la majestad de su fuerza expansiva, cubrir un dia el universo entero, ahogar y secar bajo su sombra los árboles en otro tiempo tan robustos, reducidos hoy á no ser á su alrededor más que zarzas miserables, ellos que ántes insultaban su debilidad.

La Iglesia es siempre lo que ha sido. De sus pruebas ha salido siempre en toda su integridad. Cuantas más riquezas ha perdido en estos últimos tiempos, ha ganado más en acrecentamiento de poder.

Los obispos están hoy más que nunca unidos á su augusto jefe. De todas partes del mundo los pueblos tienden hácia Roma sus manos suplicantes, porque no pueden pasar sin su proteccion. Las naciones mismas que se le han separado y parecen huirla, se aproximan más y más á ella por ocultas vías, las buscan, y suspiran el instante en que puedan reposar en sus ramas.

Fijaos en esta expresion: Sobre sus ramas: *In ramis ejus.* Lo que significa que este árbol único de la Iglesia se extiende universalmente, se dilata en todos sentidos por el milagro de su fecundidad, por su fuerza divina de expansion, que no puede ser por nada detenida ni disminuida (1).

Todos los imperios terrestres son semejantes á los metales: cuanto más ganan en extension, más pierden en solidez; cuanto más se dilatan, más se adelgazan y se hacen endebles. Todos los lazos se resienten y acaban por romperse por el solo efecto de la distancia. Á medida que el rayo de luz se prolonga y se aleja del centro, se debilita; á medida que un país está más léjos del centro del poder, se aminora la dependencia. Á cien leguas de distancia se obedece, á trescientas se obedece poco, y á diez veces cien leguas nada. Si existe alguna union momentánea entre la madre patria y la colonia, el tiempo hace sonar bien pronto la hora de la separacion total. La historia está llena de estos ejemplos; la distancia da lecciones al orgullo, y lo confunde. ¿Qué imperio ha podido nunca dilatarse en una gran parte del mundo

(1) Ecclesia est quæ in multitudinem latius incremento fecunditatis extenditur.

y prolongar su duracion? La extension destruye la fuerza y devora la unidad.

Sólo la Iglesia católica está fuera de esta ley á la cual obedecen todas las cosas humanas. ¿Á dónde no se extiende, dónde no existe hoy más que nunca la Iglesia? Comarcas pestilentes, islas perdidas en los mares glaciales del polo, elevadas montañas cubiertas de eternas nieves, arenales abrasadores, selvas profundas en los más lejanos continentes, donde jamas ha penetrado la avaricia, por lo mismo tan emprendedora, en todas partes, en fin, se ve una cruz, en todas se ha formado una cristiandad; por donde quiera se extienden las ramas del árbol católico, se hace profesion de depender de Roma, y hay unidad sumisa, como si se estuviese á las puertas de Roma.

Sin ejércitos que combatan para extender sus conquistas y defenderla, sin escuadras, sin marina, sin gobernadores militares, sin fortalezas que hagan respetar su bandera, la cruz se encuentra en todas partes con toda la unidad de su doctrina, de su ley, de su jerarquía, de su jurisdiccion, de su magistratura, de su gobierno.

Ningun poder humano puede establecer en ningun lugar su autoridad, su magistratura, su jerarquía social sin someter el país. Sólo la Iglesia católica, sin sujetar políticamente los reinos, dejándolos sometidos á sus autoridades sociales, sin alterar en nada las formas de su gobierno civil y político, lleva allí, no solamente su doctrina, sino su soberanía espiritual. Porque así como el árbol no destruye, sino que cubre con sus ramas las humildes chozas que están bajo de él, lo mismo la Iglesia católica no destruye, sino que protege y defiende las sociedades humanas. Tiene en sí alguna cosa de homogéneo con todas las condiciones de la humanidad; es un elemento natural, necesario, que se asimila y se identifica con todas las sociedades, cualquiera que sea su grado de civilizacion ó de barbarie. Ni la desconfianza de su Gobierno, ni el celoso cuidado de su propia independencia, cuando no están ciegas por la prevencion, al verse frente á la Iglesia les inspira ningun temor, ningun sentimiento de rivalidad.

La Iglesia se extiende, sin dividirse, por todas partes. La distancia, el espacio, el clima no cambian nada, ni á la majestad que manda, ni á la humildad que obedece. Á medida que el poder pontifical se encuentra más aislado, más desarmado, se

hace más potente. El Papa es más Papa á los ojos de los católicos mezclados entre los infieles y los herejes, allí donde sus bulas no tienen necesidad de *exequatur*.

La Iglesia es el solo poder que, sin el apoyo de la fuerza, recibe una adhesion libre, y gobierna en el órden espiritual tantas naciones diversas, miéntras que á tantos Gobiernos, con todas las fuerzas de que disponen, les cuesta trabajo gobernar un solo pueblo que amenace escaparse de sus manos.

El Pontífice romano, seguro de su autoridad, asegurado de su sucesion, lleno de fe en la fuerza y el poder que recibe de arriba, instituye obispos, envia misioneros por toda la tierra. Desde su trono pacífico, el pastor y padre de doscientos millones de criaturas dispersadas sobre toda la faz del globo, eleva su voz para condenar los errores y enseñar la verdad, y es creido; da órdenes y es obedecido, envia sus vicarios y son bien acogidos, promulga leyes y son ejecutadas, arregla las ceremonias y son practicadas, acuerda dispensas y son aceptadas, concede indulgencias y son recibidas. Hace despertar el Oriente; pacifica el Occidente; civiliza la Oceanía; reconquista el África; penetra en la China. Sus palabras tienen eco en el universo entero; dan que pensar á los protestantes; áun á los tronos inspiran cuidados, que en vano intentan ocultar con la máscara de una seguridad mentida ó de un desden afectado. Sólo su jurisdiccion es reconocida, sólo su voz es obedecida, sólo su accion es respetada, sólo su poder se extiende y domina verdaderamente en el mundo entero.

Pero no tenemos necesidad de recurrir á los siglos pasados para admirar esa milagrosa fuerza de expansion propia de la verdadera Iglesia; basta mirar lo que sucede en el presente siglo.

Apénas hace algunos años que entre los políticos, los literatos, los filósofos, se preguntaba con aire de insultante desden, qué habia sido de la Iglesia católica. En Francia estaba casi ahogada por los esfuerzos del filosofismo y de la revolucion. En Inglaterra no estaba la creencia más que en el populacho irlandes. En Italia estaba afectada de un incurable sopor. En Alemania, y en el resto de Europa, aquí, secularizada por las doctrinas jansenistas; allí, desconocida y vilipendiada por el fanatismo protestante; ántes, tolerada apénas; luégo, perseguida y oprimi-

da. Secta apénas visible entre las sectas del Oriente, gérmen frágil, semilla imperceptible en el vasto territorio de los Estados-Unidos; por todas partes relegada en las mujeres, los niños, los aldeanos, los ignorantes y la plebe; tratada como una esposa repudiada, á quien se dispensa el honor de conservarla en casa, pero privada de honor, de influencia y de autoridad, no se la contaba por nada en la gran familia humana. Se la miraba como una planta seca, una institucion arruinada, una sociedad extinguida. Por eso, en las últimas transacciones políticas fué condenada á un humillante ostracismo, y para nada se la tuvo en cuenta, no se dignaron ni áun nombrarla. Por el contrario, se la miraba como cosa talmente débil é inepta, que se tuvo por bajeza el atacarla, y por imbecilidad el rendirle homenaje. Los jefes de los espíritus y de las inteligencias, los grandes profesores, los grandes historiadores, los grandes filósofos, los grandes políticos, reputaban como honor acordarle alguna proteccion contra las insolencias de sus enemigos; porque sólo la plebe de los escritores irreligiosos y corrompidos, siempre tan audaz como ignorante, continuaba aún combatiendo á la Iglesia, que pasaba por un árbol ya seco y muerto.

Hoy se buscaria en vano una potencia europea, un rincon del mundo donde los intereses, los sentimientos católicos, la cuestion de la Iglesia no sea el principal objeto de las preocupaciones públicas y el alimento necesario de las transformaciones sociales, hácia las cuales marchamos; el refugio del órden, amenazado en su base, la esperanza única de las justas garantías de los Gobiernos y de los pueblos, el único apoyo de la civilizacion y de la sociedad.

Al mismo tiempo la idea católica y el interes social eclesiástico reaparecen en veinte países diferentes, y vienen á ocupar el primer puesto en las discusiones de todos los intereses, de todas las doctrinas, de todas las pasiones, de donde se les habia excluido enteramente.

Los jóvenes, hechos hombres, indignados de todas las mentiras con que se les habia alimentado y engañado en su primera edad, han interrogado á la Iglesia católica; y en esta repudiada, objeto de contradiccion y de desprecio por parte de los cortesanos y de las concubinas, han reconocido á su madre legítima, han concebido por ella un tierno amor; se han asociado y han

jurado devolverla el primer rango de grandeza y de honor en la casa paternal.

En Europa, este centro de la duda, hay que admirar el inmenso trabajo del sentimiento religioso. ¿Qué luchas no sostiene esta Iglesia, cuyo nombre, hace pocos años, se pretendia eliminar definitivamente del número de las existencias sérias de este mundo? La Inglaterra, la Francia, la Rusia, las tres potencias más grandes del mundo, hacen la córte al Papa y tienen necesidad de él; temen á ese anciano octogenario, desarmado, más que si tuviese á su disposicion un millon de soldados. La Rusia y la Francia, que se tratan recíprocamente con tan pocos miramientos, celosas por demostrar en todas ocasiones que la una no teme á la otra, no tienen más que sentimientos de respeto para el soberano Pontífice. Este sacerdote, que no tiene más que un puñado de soldados de parada, más para el decoro que para la defensa, con su córte compuesta de sacerdotes y de diáconos, impone y da qué pensar á los que así disponen de millones de bayonetas y de muchos centenares de navíos.

En Inglaterra, la cuestion más séria que se presenta en cada sesion del parlamento, donde se deciden los destinos del mundo, es saber lo que se acordará á la Iglesia; en Francia, cómo se podrá desarmarla ó seducirla; en Prusia, cómo se podrá hacerla entrar en las miras y los intereses del gobierno, que ántes aprisionaba á sus pontífices; en Rusia no puede conseguirse destruirla. Sí, la cuestion de la Iglesia es la primera entre todas.

Entre tanto, el divino Padre, el divino Agricultor cultiva este árbol de prediIeccion, el rocío celeste le hace prosperar, sus profundas raíces le fortifican, engruesa su tronco, sus ramas se extienden, sus hojas se multiplican, sus frutos abundan más y más. Cada año, de su seno, donde fermenta siempre la divina savia del Calvario, brota mayor número de ramas en todos esos misioneros que se esparcen por el mundo. Se cuentan por millares esos héroes determinados al martirio, que empiezan sus excursiones donde concluyen las de los más atrevidos navegantes. Sin mirar atras ni adelante, sin otras armas que un Crucifijo, sin otra provision que la piedra necesaria para celebrar el santo sacrificio, seguros de morir entre las fatigas y las torturas, se lanzan en las profundidades de países desconocidos, de tierras salvajes, de climas homicidas, de pueblos inhospitalarios, y así

se extienden las ramas de la Iglesia. Dios, que suscita esos maravillosos sentimientos, ese valor desconocido, los bendice. El misionero sucumbe; pero ha fundado ya una Iglesia, y su sangre no aguardará mucho tiempo un sucesor. En las mismas condiciones, con la misma perspectiva del martirio, no uno, sino centenares se ofrecen á continuar la obra comenzada. Cuanto más atroz es la crueldad, tiene más encantos y atractivos (1). El martirio atrae tanto más poderosamente, cuanto es más cierto; la muerte seduce tanto más, cuanto es más implacable. Lo que deberia enfriar el celo, lo enciende; lo que deberia espantar el valor, lo fortifica. No, no hay nada más dulce, más precioso, más halagüeño para el verdadero apóstol cristiano, que morir por Jesucristo despues de haberlo dado á conocer.

Diré más. ¡Cosa desconocida en los tiempos más ricos en prodigios del Cristianismo! Hasta las mujeres, las jóvenes y delicadas vírgenes, se consagran hoy á ese apostolado viril. Guiadas por un sacerdote, y muchas veces solas, abandonan su familia, su patria, su claustro; y á traves de los tempuestuosos océanos, á costa de privaciones, de peligros, de fatigas, de sufrimientos, de dolores capaces de quebrantar el valor de los hombres y de espantar las complexiones más robustas, se meten entre los infieles, los idólatras, los salvajes. Toda embarcacion que parte para las Indias lleva siempre una preciosa carga de esas mujeres apóstoles. Los naufragios no les impiden correr hasta los pobres pueblos idólatras, perdidos en el fondo de la Oceanía. Las ramas reciben la savia de la raíz y del tronco. Jesucristo les ha dado su espíritu y su corazon y sus transportes por la salud de las almas. Van con el celo de los apóstoles, el valor de los mártires, el corazon de verdaderas madres. Ántes de ver á los salvajes infieles, se sienten penetradas de la más viva compasion, del más tierno amor por ellos. ¡Imaginaos con qué cuidado los instruyen, con qué paciencia los sufren, con qué industrias los atraen, con qué amor los sirven en salud y los cuidan en la enfermedad, y concebiréis con qué facilidad los convierten! El fruto del árbol de vida, la caridad cristiana, al salir de un corazon de mujer elevado al rango angelical por la gracia de la castidad, al pasar por una boca virginal santificada por la

(1) In christianis crudelitas illecebra facta est.

comunion eucarística cuotidiana, embellecida con las gracias de la ternura femenil, ennoblecida por la santidad del pudor y la fuerza invencible que posee la virtud unida á la belleza, ejerce en las almas un suave encanto, al cual nada resiste y que triunfa de todo. Es la voz del sabio encantador de que habla el Salmista (1). ¡Fuerza irresistible, encanto suave, atraccion poderosa! Hombres que no conservan del hombre más que la forma, entregados á todos los vicios, que tienen todos los instintos carnales de las bestias feroces, que están acostumbrados á hacer de la carne humana su más delicioso manjar, se quedan sin fuerza y sin valor en presencia de esos seres milagrosos. Las armas caen de sus manos, su rostro depone la ferocidad y su corazon la barbarie; vueltos á ser hombres y cambiados en corderos, se rinden vencidos por el ascendiente de la caridad cristiana y por la dulce persuasion de la jóven vírgen que debia ser la presa de su voracidad. Ellas son la poderosa vanguardia de los misioneros; despues que la mujer ha pasado delante, queda poco que hacer al sacerdote: solamente bautizar, confirmar, distribuir en la comunion, bajo los accidentes del pan, el Verbo divino que ya las sacerdotisas de la caridad y de la castidad les han administrado, bajo los accidentes de la palabra, enseñándoles el *Credo*.

Dios no hace violencia á la libertad humana, á pesar de su deseo de extender entre los hombres el reino de su luz y de su amor. Los que vienen á reposar en las ramas de este árbol divino, lo hacen voluntariamente, y están siempre en libertad de irse. Nadie les obliga á venir, y nadie les impide alejarse: esta facultad la tienen siempre en toda su plenitud.

Aceptamos libremente por un acto de inteligencia el dogma público que constituye nuestra unidad. No somos hijos de la violencia ni del temor. Un hombre llega á un país extraño; apénas puede hacerse entender; sin armas para intimidar, sin tesoros para seducir, sin el halago de las promesas ni el terror de las amenazas, con la sola Compañía de su Crucifijo, predica una doctrina de sufrimiento, de humildad, de sacrificio, que humilla el orgullo, mata los sentidos, reprime la concupiscencia, pone al hombre en tortura. El árbol extiende sus ramas ásperas y

(1) Vox incantantis sapienter. (*Ps.* LVII.)

salvajes; las aves lo contemplan; el ramaje les parece fuerte y seguro; vienen espontáneamente á posarse allí; por millares siguen al extranjero y se hacen ángeles. Lutero se presenta con la apología de las pasiones; Enrique VIII con el poder; Mahoma con la cuchilla. La persecucion estalla, y encuentra á los creyentes más sólidos que el bronce, pues son felices hasta en los calabozos; y despues de haber aprendido á vivir como santos, aprenden á morir como mártires.

¿Hay allí violencia? ¡La violencia! Es la herejía quien la busca. Arrodillada ante los tronos, implora un jiron del manto real para cubrir su desnudez, y el apoyo de las armas para sostenerse. La Iglesia, al contrario, frente á los más poderosos monarcas, no pide más que la libertad de ejecutar su mision divina sobre la tierra. Con la libertad, el cisma y la herejía no tienen que esperar más que la decadencia; plantas parásitas, tienen necesidad de apoyo. El error busca siempre á las eminencias sociales; la verdad, al pueblo. Los grandes, los primeros en poder, son los últimos llamados á la gracia; los primeros en el reino terrestre son los últimos en el reino del cielo.

Observad que Jesucristo, bajo el símbolo de las aves, indica á los hombres que vienen á reposar sobre las ramas del árbol de la Iglesia, porque las aves descienden rara vez al suelo, se detienen poco en él y se van al menor ruido. Su domicilio es su nido, que construyen en la cima de los árboles ó sobre los elevados edificios; prefieren las altas regiones del aire; su vuelo se dirige á los cielos. Con eso el Señor ha querido hacernos comprender cuál es la condicion indispensable, necesaria, absoluta para pertenecer á la Iglesia, para reposar sobre sus ramas, para encontrar allí la seguridad que ella sola procura, el alimento de la gracia que nos prepara, y la sombra tutelar que nos protege. Esta condicion es la de arrancar nuestros corazones de las bajas regiones del mundo, donde se respira el aire grosero, el aire homicida de las pasiones; es la de elevarnos sin cesar por el desprendimiento del mundo, por el recogimiento interior, por la sublimidad de un noble impulso, por la santidad de los deseos, por la pureza de intencion, por la generosidad de las afecciones, por la práctica de la oracion; elevarnos á la region superior del hombre espiritual, del hombre celeste, para respirar allí el aire, el perfume de Dios; por lo cual, como á ello nos exhortaba San Pablo, la

preocupacion contínua del cristianismo en la tierra debe ser la de conversar contínuamente en espíritu en los cielos (1).

Sí, los cuadrúpedos y los reptiles que circulan y se arrastran sobre la tierra, que se alimentan de los productos de la tierra, de los cadáveres ó de fango, no pueden elevarse, subir á los árboles y habitar los espacios del aire. En otros términos, los hombres carnales, adúlteros, avaros á quienes un instinto vil inclina hácia la tierra para recoger allí sus bienes ó los placeres de los sentidos, no pueden elevarse hasta el árbol de la Iglesia; y si alguna vez suben, no se detienen en él, no establecen allí su mansion, se alejan, rechazando la verdad y la gracia, frutos del cielo, para reposar en el error y el vicio, miserables y dolorosas producciones de la tierra.

¿Pero por qué el Señor, entre todas las plantas cuya semilla es pequeña y el desarrollo considerable, ha elegido la mostaza por término de comparacion entre su religion y su Iglesia? Porque, dice San Ambrosio, la doctrina de Jesucristo es al alma lo que el grano de mostaza al cuerpo (2). El grano de mostaza contiene un jugo muy acre y picante, que hace plegar la frente, arranca lágrimas á los ojos, y ofrece al paladar un sabor amargo y abrasador. Pero una vez tragado, fortifica y da viveza; cura muchas enfermedades, y evita otras.

En ese vegetal se encuentra claramente indicado al carácter de la religion cristiana, de la cual San Pablo ha dicho que por las obligaciones que impone, por los sacrificios que pide, por la vigilancia que exige, por las privaciones que de nosotros quiere, por la abnegacion que reclama, presenta las apariencias de una religion, de una doctrina de amargura, de tristeza, de lágrimas y de dolor; pero que practicada fielmente, produce en el alma la santidad que la colma de paz y de alegría, y le da la salud y la vida (3).

Valor, pues, mis queridos hermanos, tomemos alas para elevarnos como aves celestes más allá del fango de las cosas de la

(1) Nostra autem conversatio in cœlis est. (*Philipp.*, III.)

(2) Quod succus synapis in corpore, hoc fides christiana operatur in anima. (*S. Ambros.*)

(3) Omnis disciplina in præsenti quidem videtur non esse gaudii, sed mœroris: postea autem..... fructum pecatissimum reddet justitiæ. (*Hebr.*, XII.)

tierra (1). Preparemos en nuestros corazones esas ascensiones misteriosas que conducen á Dios. Reposemos sobre el árbol de la Iglesia, alimentémonos de la mostaza misteriosa que nos ofrece, de la amargura, de la tristeza aparente, inseparable de la práctica de las leyes de Dios, de la virtud, de la justicia, de la edificacion, de la penitencia. Y encontrarémos bajo este árbol divino la seguridad contra las tempestades del error, la defensa contra los huracanes de las tentaciones, la sombra tutelar contra los rayos del sol de la Justicia divina, la fresca brisa de la divina misericordia (2). Allí encontrarémos la tranquilidad del espíritu, la paz del corazon; paz en la vida, paz en la muerte, paz en el tiempo, paz en la eternidad. Jesucristo ha dicho: Bienaventurados los que lloran en la tierra, porque ellos serán consolados en el cielo (3).

SEGUNDO PUNTO. Llegados, con la ayuda de Dios, al término de nuestra predicacion cuadregesimal, creemos que para despedirnos de vosotros este año no podemos hacer nada mejor que dirigiros las palabras con que San Pablo se despidió de los fieles de Milet, despues de haberles anunciado á Jesucristo.

Sabeis, les decia, cómo me he conducido con vosotros en el ejercicio de mi ministerio apostólico (4).

Sabeis que no he alimentado ningun vicio, halagado ninguna pasion, transigido con ningun error, ni guardado silencio sobre ninguna verdad; que no he omitido nada de lo que era útil y necesario decir en interes de vuestra santificacion y de vuestra salud (5).

Así, pues, como el fin de toda predicacion es no solamente conmover, sino instruir; no solamente sacar al pecador del sopor de sus vicios, sino tambien iluminar al fiel, al justo, con la luz de la verdadera religion, haciéndola conocer más y más para

(1) Assumamus pennas, ut columbæ, ut volitare ad altiora possimus terrenaque fugientes ad cœlestia festinare. (*S. Hieron.*)

(2) Ad hos ramos non fortiter tenentes et sub umbra illorum latitantes ab æternæ tempestatis procella securi, gehennæ non patiemur ardores. (*S. Ambros.*)

(3) Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. (*Matth.*, v.)

(4) Vos scitis qualiter vobiscum fuerim. (*Act.*, xx.)

(5) Scitis quomodo nihil subtraxerim utilium quominus annuntiarem vobis. (*Ibid.*)

que más se ame; yo tambien, al excitaros á la verdadera penitencia, al verdadero fervor en presencia de Dios, no he olvidado nunca demostraros la grandeza, la importancia, la verdad, los atractivos de la fe de Nuestro Señor Jesucristo (1).

Como este divino Maestro ha tenido á bien revelarnos en su Evangelio bajo el velo de parábolas, de alegorías, de figuras, las más altas verdades, las más importantes lecciones, á fin de que más fácilmente se conciban, retengan y repitan, yo me he encerrado, con la ayuda de Dios, en la explicacion de estas parábolas, y he procurado no omitir ninguno de los preciosos misterios, de las saludables enseñanzas que la sabiduría divina y el amor infinito de Dios ha querido ocultar en ellas (2).

Sé que no tengo ninguno de los talentos, de las ventajas del orador profano; pero Dios me ha permitido anunciar su palabra con el celo, la sencillez, la fidelidad y la conviccion que constituyen al predicador cristiano. Por eso, cualquiera que sea la falta de virtud en la persona del predicador, no habiendo economizado estudio, ni trabajo, ni fatiga, ni oracion, creo poder afirmar que, si alguno de entre vosotros permanece endurecido y obstinado en las vías del error y del vicio, podré llorar con un sentimiento de compasion por él, pero de ninguna manera experimentar un remordimiento, como si me fuese imputable su desgracia (3).

Pero no hay que temer eso: si he cumplido como mejor me ha sido posible mi ministerio, anunciándoos la palabra santa, vosotros habeis llenado el deber de oyentes cristianos, escuchándola religiosamente.

¿Qué diré de este insigne capítulo, de este venerable clero que con tanta asiduidad, paciencia, atencion, recogimiento y fervor ha escuchado la santa palabra, y ha colmado de honores y distinciones al pobre orador que la anunciaba? Declaro que estoy profundamente conmovido por esas muestras de una indulgencia

(1) Testificans in Deum pœnitentiam et fidem in Dominum nostrum Jesum Christum. (*Act.*, xx.)

(2) Non enim subterfugi quominus annuntiarem omne consilium Dei vobis. (*Ibid.*)

(3) Quapropter contestor vos quia mundus sum à sanguine omnium. (*Ibid.*)

tan generosa. Pero sin pretender disminuir en nada el peso del reconocimiento que por ello os debo, me atrevo á decir que al obrar así os habeis honrado más vosotros mismos. Habeis, en efecto, aplaudido una palabra sin ornamento, pero sincera; inculta, pero pura; sencilla, pero fiel; que no tiene otro mérito que el que toma de la doctrina evangélica, de la exposicion de los Padres, del sentimiento de la Iglesia, y de una religiosa conviccion. Habeis declarado de una manera pública y solemne que en las predicaciones del templo de San Pedro, indiferentes á lo demas, buscais ante todo la sincera y pura doctrina de Pedro; que preferis la solidez á la apariencia, la verdad que edifica á la gracia que agrada, el predicador de Jesucristo al predicador de sí mismo. Habeis dado un testimonio público de la sabiduría de vuestro espíritu y de la rectitud y celo de vuestro corazon. Os habeis mostrado dignos del lugar que ocupais, de ser guardas de este templo, depositario de la fe verdadera y de las cenizas de Pedro. Habeis, pues, merecido la bendicion de Dios y los aplausos del pueblo fiel.

Y vosotros, mis queridos oyentes, teneis tambien vuestra parte en este mérito y en esta gloria. Vosotros que sin deteneros en las dificultades materiales que presenta la predicacion de este templo, habeis rivalizado, con la tribu santa, en deseos de escucharla, en asiduidad, en recogimento, en modestia; vosotros que, sin tener en cuenta la falta de los talentos que constituyen al orador profano, habeis acudido aquí para escuchar la palabra de Dios anunciada sin pretension y sin aparato por un orador cristiano; habeis dado tambien una prueba de ese prodigioso instinto de fe de los verdaderos cristianos, y que os hace distinguir el pan celeste, la palabra de Dios, del alimento solamente aparente que puede encontrarse en la palabra del hombre. Así habeis rendido un público homenaje á Jesucristo y á su Evangelio, á la Iglesia y á su doctrina. Jesucristo, adorado en este templo, los ángeles guardianes que en él velan, María y los Santos que aquí se invocan están contentos de vosotros, y yo estoy edificado y conmovido.

¿Qué puedo hacer ahora por vosotros? Solamente recomendaros á ese Dios de bondad, á su Verbo dispensador de la gracia y la verdad, á fin de que, así como os ha dado su gracia para edificaros, os conceda tambien la gracia para santificaros; que

así como os ha inspirado el gusto, os conceda el fruto; y que así como teneis el mérito, os dé la recompensa (1).

Sí, bueno y clemente, dulce y misericordioso Jesus, nuestro Salvador, bendecid á este capítulo con su jefe y todo este clero. Mantened en ellos la sabiduría y las virtudes que les distinguen, puesto que se ha mostrado la verdadera familia de Aaron por la humilde y santa confianza con que ha escuchado vuestra palabra; hacedle experimentar la eficacia de vuestro apoyo y vuestra proteccion (2).

Bendecid á este pueblo, que con la misma humildad y confianza ha venido á escuchar vuestra doctrina; confirmadle en vuestra fe, en vuestra gracia. Se ha hecho reconocer por la verdadera casa de Israel; salvadle, pues, de todos los peligros del alma, socorredlo en todas las miserias y males del cuerpo (3).

No olvideis, Señor, á los que por estar fuera de vuestra Iglesia no pertenecen á la casa de Aaron, ni á la de Israel, no profesan la verdadera fe, no tienen la verdadera caridad; pero que son cristianos y os temen, puesto que creen en Vos. Han venido aquí para escuchar al ministro de la Iglesia, con la confianza de ser iluminados por vuestra palabra. ¡Ah! Han concebido buenos sentimientos; experimentan algunos remordimientos; se ruborizan de no ser de la verdadera Iglesia. Protegedlos contra el obstáculo del interes y del respeto humano. Ayudadles á realizar en su corazon esos deseos que vuestra gracia ha hecho nacer en ellos (4).

Sí, derramad vuestra gracia sobre todos los que se han reunido aquí para oir vuestra palabra; haced que este año sea para todos ellos el año de la conversion, de la gracia, de la salud, de manera que puedan decir: El Señor en su misericordia se ha acordado de nosotros, nos ha bendecido á todos, grandes y pe-

(1) Et nunc commendo vos Deo et Verbo gratiæ ipsius, qui potens est ædificare et dare hæreditatem in sanctificatis omnibus. (*Act.*, XX.)

(2) Domus Aaron speravit in Domino; adjutor et protector eorum est. (*Ps.* CXIII.)

(3) Domus Israel speravit in Domino; adjutor eorum et protector eorum est. (*Ibid.*)

(4) Qui timent Dominum speraverunt in Domino; adjutor eorum et protector eorum est. (*Ibid.*)

queños, sacerdotes y seglares, católicos y herejes, haciéndoles pasar del temor á la confianza del amor (1).

Señor, en este dia conceded sin tasa á este templo vuestra misericordia y vuestro amor.

Tambien os recomiendo al verdadero Aaron, al jefe de todas las tribus del verdadero Israel, vuestro augusto Vicario en la tierra, el soberano Pontífice, jefe, pastor, guía, maestro, sosten y gloria de la Iglesia universal. Concededle el complemento de sus sublimes planes, el objeto de sus santos deseos, el éxito de sus infatigables solicitudes, el fin de sus duras pruebas, los consuelos de sus grandes amarguras. Acrecentad el espíritu de sabiduría, de constancia, de generosidad, de fuerza de que ha dado tan grandes pruebas, y que en tiempos difíciles le es tan necesario para bien guiar vuestro pueblo en las vías de la verdad, de la justicia y de la salud eterna. Extended esos dones á todo el apostólico senado, á fin de que resplandezca más y más con las virtudes que hacen de él la admiracion del mundo y la gloria de la Iglesia. Comprended en ellos tambien al cuerpo episcopal, á los misioneros, que con tantos esfuerzos extienden por todo el mundo el conocimiento de vuestro nombre y vuestro amor. Tambien á todos los rangos eclesiásticos de uno y otro clero, de uno y otro sexo; á todas las vírgenes que se os han consagrado y que forman tambien parte de la verdadera familia de Aaron. Sí, esa familia que confia en Vos, es bien digna de vuestra proteccion y vuestro apoyo: *Domus Aaron speravit in Domino.*

Á Roma tambien la recomiendo de una manera especial á vuestra misericordia y á vuestra piedad. Haced que esta verdadera casa de Israel, que habeis distinguido entre todas con tanta predileccion y amor, sea siempre el centro de la santidad de la ley, como lo es de la verdad de la fe. Haced florecer las virtudes cristianas en todas las familias, en todas las condiciones, en todos los estados; sostenedla, santificadla, á fin de que esta ciudad que tiene fuerzas materiales y que espera en Vos, brille siempre más pura en la fe, y que el perfume de sus virtudes se extienda léjos con suavidad: *Domus Israel speravit in Domino.*

(1) Dominus memor fuit nostri et benedixit nobis..... Benedixit omnibus qui timent Dominum, pusillis cum majoribus. (*Ps.* CXIII.)

Pero no, no os olvido, cristianos esparcidos en la superficie de la tierra; para vosotros tambien deseo, para vosotros tambien imploro al Dios creador del cielo y de la tierra, paz y bendicion; pido que á vosotros y á vuestros hijos descienda la divina misericordia, que ilumine al infiel, lleve á buen camino al hereje, convierta al pecador, consuele al desgraciado, sostenga el fervor del justo, á fin de que Dios, que se ha reservado el cielo para recibir en él las adoraciones de los ángeles, y que ha preparado la tierra para recibir en ella los homenajes del hombre, sea de todos conocido, confesado, adorado, bendecido, amado (1).

¡Ah Señor! Los infieles no pueden alabaros y bendeciros; están muertos á vuestra fe por el error, y á vuestra gracia por el pecado, y corren por el camino que conduce al infierno. Nosotros solos que estamos en la verdadera Iglesia, y que tenemos la confianza de estar en estado de gracia, nosotros que vivimos con esta doble vida divina, podemos bendeciros, alabaros, como quereis ser alabado y bendecido (2).

Señor, haced descender sobre todos y sobre nosotros en particular la abundancia de vuestras celestes gracias y bendiciones. Bendecidnos en el alma y en el cuerpo, en los bienes y en los males, en la vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad: *Benedictio Dei omnipotentis Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super nos et maneat semper.*

La publicacion del siguiente discurso, con los sermones sobre las parábolas, será agradable á los lectores católicos. No convendria ocultar más tiempo al público lo que es más que un magnífico monumento de familia. La Iglesia toda está interesada en la propagacion de estas páginas que resumen tan admirablemente toda la filosofía y la teología del matrimonio cristiano.

(1) Benedicti vos à Domino, qui fecit cœlum et terram. Cœlum cœli Domino, terram autem dedit filiis hominum. (*Ps.* CXIII.)

(2) Non mortui laudabunt te, Domine, neque omnes qui descendunt in infernum; sed nos qui vivimus benedicimus Domino. (*Ibid.*)

EL MATRMONIO CRISTIANO.

DISCURSO

PRONUNCIADO EL 5 DE OCTUBRE DE 1858, EN LA IGLESIA DE SAN SULPICIO EN PARÍS, CON MOTIVO DEL CASAMIENTO DE MR. EUGENIO VEUILLOT CON MADEMOISELLE LUISA D'AQUIN.

Vais, mis queridos hijos, á cumplir el acto más solemne y más importante de la vida humana; porque del respeto á la dignidad de vuestro nuevo estado y del cumplimiento de los deberes que impone, depende, no solamente vuestra felicidad en esta vida, sino tambien vuestra salud despues de la muerte.

Como cristianos sinceros y fervientes, venís con las santas disposiciones que el matrimonio exige, y concibo la esperanza de que llevaréis con el mismo celo sus grandes obligaciones.

No va á verificarse aquí uno de esos tristes casamientos sugeridos por una ciega pasion ó miserables cálculos, profanado por la incredulidad, degradado por la frivolidad, y cuyo lazo se rompe casi tan pronto como se forma. Es un casamiento deseado por honestas simpatías, arreglado por la sabiduría, realizado por la piedad, y al cual, consagrándolo, va la religion á poner su sello de santidad.

Al venir á pedir la bendicion de la Iglesia, parece que os decis las bellas palabras que el jóven Tobías decia á su esposa: «Somos los hijos de los Santos, y no podemos casarnos como los paganos que no conocen á Dios» (1). Vosotros no estais

(1) Filii Sanctorum sumus et non possumus ita conjungi sicut et gentes quæ ignorant Deum. (*Tob.*, VIII.)

preocupados con las exigencias de la loca vanidad, que hasta en la tumba querria ocultar su descomposicion entre seda (1). Vuestros pensamientos están fijos en la santidad del sacramento que vais á recibir.

Sin embargo, bueno es que os recuerde sus grandezas y deberes, segun habeis deseado; porque como esposos cristianos, siempre recordaréis con provecho las palabras de edificacion pronunciadas en circunstancia semejante por el ministro de Dios y de la Iglesia.

Escuchad, pues, con la docilidad de los hijos de Dios lo que en nombre de Dios voy á deciros sobre este grave asunto, con toda sencillez, pero con el celo de un sacerdote y la afeccion de un padre.

PRIMERA PARTE.

GRANDEZA DEL MATRIMONIO CRISTIANO.

La antigua escuela epicúrea no ha sabido atribuir más que á un grosero instinto el orígen del matrimonio. Los primeros humanos, nos ha dicho, como todos los brutos, han salido de las entrañas de la tierra; entónces no eran más que un inmundo rebaño; privados de la razon y de la palabra, entregados á los goces vagos de la carne, se los disputaban por la violencia como los demas animales, y, como todos, no conocian otra superioridad que la fuerza (2).

El mismo Ciceron, de quien algunos habrian querido en nuestros dias hacer casi un Padre de la Iglesia, en cuanto al matrimonio (3), participaba de la opinion del poeta que ha escrito estas líneas, y que se llamaba él mismo «un animal inmundo del rebaño de Epicuro: *Epicuro de grege porcum.*»

(1) Quæ nisi in serico marcescere non potest. (*S. Jer.*)

(2) Cum prorepserunt primis animalia terris,
Mutum et turpe pecus.....
Quos Venerem incertam rapientes, more ferarum,
Viribus editior cædebat, ut in grege taurus. (*Hor.*)

(3) Nam fuit quoddam tempus cum in agris homines passim, *bestiarum more*, vagantur, et sibi victu ferino vitam procurabant. Nec ratione animi quiddam, sed pleraque viribus corporis administrabant. Nondum divinæ religionis, nondum humani officii ratio colebatur. *Nemo nuptias viderat legitimas*, non certos quisquam inspexerat liberos; non jus æquabile, quid utilitatis haberet, acceperat. Ita propter errorem atque inscitiam, cæca ac temeraria dominatrix animi cupiditas, ad se explendum, viribus corporis abutebatur, perniciosissimis satellitibus. (*De Invent*, I.)

En fin, la pretendida escuela espiritualista de nuestros dias no profesa una doctrina ménos abyecta sobre el orígen de la sociedad conyugal. Por medio del jefe que se ha dado, enseña: que los primeros hombres no eran más que bestias sin palabras ni razon, desprovistas de todo sentimiento de moral y religion; que sin embargo, un dia que reconocieron que tenian el instinto de lo útil, inventaron las matemáticas; y que habiéndose apercibido algunos siglos despues de que tenian el instinto de lo justo, de lo bello, de lo sobrenatural y del razonamiento, inventaron la razon, la palabra, las bellas artes, la religion, la filosofía, la sociedad, la familia, el derecho y las leyes del matrimonio (1).

Así es como esta escuela deshonra lo que la Escritura llama «la más honrosa de las instituciones sociales, el matrimonio» (2). Deploremos la ceguedad de esos espíritus que se adornan con el título de racionalistas, ellos que son los verdaderos detractores de la razon, lo mismo que de la dignidad humana; escuchemos EL LIBRO por excelencia, el solo donde están consignados el orígen verdadero del hombre y los títulos primordiales de su nobleza y grandeza. Se dice en este libro, donde todo es divino, hasta el estilo, que Dios fué quien desde el principio creó al hombre á su imágen, y con la misma mano que habia formado dos cuerpos, se dignó bendecir al primer hombre y la primera mujer, pronunciando estas grandes palabras, que dan á conocer al Legislador y al Señor: «Creced y multiplicaos, y henchid la tierra y sojuzgadla» (3).

Hé ahí, hermanos mios, la verdadera historia de la primera familia, el verdadero orígen del matrimonio, ¡Cuán noble, magnífica y sublime es! No es la obra del instinto de la bestia, sino

(1) Véase Cousin, *Curso sobre la Historia de la filosofía*, leccion XIII.

(2) Honorabile connubium. (*Hebr.*, XIII.)

(3) Creavit Deus hominem ad imaginem suam, masculum et fœminam creavit eos, benedixitque illis, et ait: Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subjicite eam. (*Genes.*, I.)

de la razon divina; no es invencion del hombre, sino institucion de Dios.

Grande y elevada, porque Dios es el único Autor, esta institucion lo es más por las funciones que los esposos están llamados á ejercer y el puesto que, segun los deseos de Dios, ocupan en la jerarquía de los seres.

En el órden de su providencia, Dios ha establecido que toda accion que directamente ha ejercido Él mismo con respecto al primer hombre, sería continuada por unos hombres con respecto á los otros. Al crear el primer hombre, ha sido su Padre; al darle las leyes de la conservacion de su especie, ha sido su Rey; al revelarle toda la religion y al aplicar á ella los ritos, ha sido su Preceptor y su Pontífice. Empero allí se detuvo la economía de su accion *social* directa sobre el hombre; en cuanto á la prosecucion, ha encargado al hombre mismo perpetuarla sobre los demas. Por eso nos engendra por nuestros parientes, nos conserva por los poderes públicos, nos ilumina y nos santifica por el sacerdocio.

En efecto, ¿qué voy á hacer yo ahora? Al bendecir vuestra union en virtud del poder de bendecir que he recibido, voy á repetir con respecto á vosotros la accion de Dios que santifica; voy á hacer descender sobre vosotros las mismas bendiciones que pronunció sobre nuestros primeros padres: *Et benedixit eis.* Y lo mismo, en virtud del derecho de que vais á ser investidos por vuestro casamiento, repetiréis en cierta manera la accion de Dios que crea, con respecto á los que Dios quiera hacer nacer de vosotros. Los formaréis á vuestra imágen, como Dios ha formado á su imágen el primer hombre: *Creavit Deus hominem ad imaginem suam.* Y así como, por más que yo sea una simple criatura, no ejerzo ménos, con relacion á vosotros, la funcion del Dios santificador, vosotros tambien, simples criaturas, no ejerceréis ménos, con relacion á aquéllos á quienes daréis la vida, la funcion del Dios creador.

Comprended, pues, mis queridos hijos, la alta dignidad á que os elevaréis por el acto que vais á cumplir. Desde este instante, Dios os comunicará una parte de ese poder por el cual da el sér á lo que no es. Porque, segun el bello pensamiento de San Juan Crisóstomo, nosotros sacerdotes no consagramos el cuerpo del Señor sino en virtud de esta palabra: «Este es mi cuerpo; haced

eso en conmemoracion mia: *Hoc est corpus meum, hoc facite in meam commemorationem*», palabra que, pronunciada por el Dios Redentor, se repite siempre con el mismo poder sobre todos los altares de la Iglesia; así como los hombres no nacen á la vida sino en virtud de esta palabra: «Creced y multiplicaos: *Crescite et multiplicamini*», palabra que, pronunciada una sola vez por el Dios Creador, resuena con un eco siempre fecundo en todas las familias de los hermanos. Es decir, que Dios os asocia al misterio de esa union íntima, por la cual el Verbo nace de la sustancia divina, puesto que os concede el gran privilegio de engendrar vosotros tambien hijos de vuestra propia sustancia. Á esto aludia San Pablo al decir que toda paternidad humana tiene su razon en la paternidad divina (1).

Pero el matrimonio cristiano tiene aún títulos particulares de grandeza y nobleza.

Entre los modernos herejes, Lutero y Calvino, esos histriones sacrílegos que, bajo el nombre de reformas, han amontonado á su paso crímenes y ruinas; esos odiosos destructores de todo lo que ennoblece al hombre, santificándolo y elevándolo al órden sobrenatural y perfecto; Lutero y Calvino, digo, han borrado el matrimonio del número de los sacramentos, pretextando que no se hablaba de él en la BIBLIA. Y en sus escuelas es donde se han formado los publicistas incrédulos de nuestros dias que, como ellos, han trabajado con un celo infernal para secularizar, profanar el matrimonio, rebajándolo á la mísera condicion de un simple contrato civil, de un arreglo puramente humano.

¡Eso, más que un error, es una impudente mentira, un sacrilegio, una blasfemia! Porque el matrimonio es, al contrario, el solo entre los sacramentos cristianos que en la BIBLIA ha sido llamado con todas sus letras UN GRAN SACRAMENTO, puesto que San Pablo ha dicho: «Este sacramento es verdaderamente grande, yo lo afirmo, verdaderamente grande en Jesucristo y en la Iglesia (2).

Ademas de no poder decirse que no sea un sacramento en la nueva ley, el matrimonio lo era tambien en la ley antigua.

(1) A quo omnis paternitas in cœlis et in terra nominatur. (*Ephes.*, III.)

(2) Sacramentum hoc magnum est, dico ego in Christo et in Ecclesia. (*Ephes*, V.)

Segun los grandes teólogos antiguos y modernos, Tertuliano, San Agustin, San Crisóstomo, San Leon, Santo Tomás, Bellarmin y Suarez, y particularmente segun los dos últimos concilios de Florencia y de Trento, una gran parte de los ritos religiosos de la antigua ley eran sacramentos. Lo que los distinguia de los sacramentos del Evangelio era que estos últimos producian la gracia por sí mismos, *Ex opere operato*, como se expresan los teólogos; y que los primeros no conferian la gracia por sí mismos, sino en tanto cuanto eran la figura de nuestros sacramentos, y por la fe que, ya fuese aquéllos que los administraban, ya los que los recibian, tenian en la eficacia de los misterios futuros del Mesías: *Ex opere operantis*, siempre segun el lenguaje de la teología.

Como dice San Agustin, no hay verdadera religion sin sacramentos (1); y por consecuencia, dice un ilustre teólogo, la antigua religion, por ser una religion verdadera, no ha podido existir sin sacramentos (2). Es verdad que eran sacramentos bien imperfectos, porque la perfeccion de la religion estaba reservada al Evangelio. Pero, dice el mismo autor, aunque fuese imperfecto, Israel no era por eso ménos el *verdadero* pueblo de Dios; y semejantemente, por más que fuesen imperfectos, los sacrificios de la ley no eran por eso ménos *verdaderos* sacrificios; y en fin, por más que fuesen imperfectos, los antiguos sacramentos no eran por eso ménos *verdaderos* sacramentos.

Por eso, ha dicho San Agustin, al mundo no le ha faltado nunca un medio de justificacion, y ese medio ha sido siempre Jesucristo, cuyos méritos infinitos, aplicados por la fe, eran la salud del mundo pasado, como del presente y del futuro. Esto es lo que San Pablo ha expresado con estas profundas palabras: Jesucristo ha sido ayer lo que es hoy y lo que será por todos los siglos (3).

La circuncision, por ejemplo, segun la opinion de los Padres, justificaba en los tiempos antiguos; pero como ha dicho San Pablo, no por ella misma, porque las obras de la ley no podian

(1) Nulla potest esse vera religio sine sacramentis. (*Cont. Faust.*, XIX, 11.)

(2) Ergo vera religio, qualis certe fuit in Veteri Testamento, sine sacramentis esse non potuit. (ANTONIO, *Theol. univ. specul. dogmat.*, *tom.* II, *tract. De sacramentis in genere*, cap. I, art. 1.)

(3) Christus heri et hodie, ipse et in sæcula. (*Hebr.*, XIII.)

justificar, sino por la fe en los méritos del Mesías futuro y por el efecto anticipado del bautismo, del cual la circuncision era la figura.

Lo mismo sucedia con respecto al antiguo rito del casamiento establecido desde el orígen del mundo. No se recibia la gracia con él sino en tanto cuanto era la figura del sacramento del matrimonio que Jesucristo debia instituir, y en tanto que se le aplicaba el mérito por la fe en la redencion futura: *Ex opere operantis*.

Jesucristo ha pronunciado en el Evangelio estas graves palabras: «El divorcio no existia al principio. ¿No habeis leido que el que hizo al hombre desde el principio, macho y hembra los hizo? Así que ya no son dos, sino una carne. Por lo tanto, lo que Dios juntó, el hombre no lo separe» (1). Despues de una declaracion tan clara, tan precisa y tan solemne del Hijo de Dios, es imposible no creer que desde el orígen del mundo Dios ha establecido el matrimonio como una ley de la familia y como una *institucion permanente*. Áun es más imposible pensar que ese mismo Dios, que la Escritura nos representa como consagrando y bendiciendo Él mismo verdadero Pontífice, el primer matrimonio, no confiriese á los primeros esposos *las gracias* de su nuevo estado. Y por consiguiente es imposible, sin estar ciegos sobre el espíritu y letra de la BIBLIA, no ver en su primer matrimonio un verdadero sacramento; porque, segun la doctrina admitida áun por nuestros hermanos separados, TODO SIGNO SENSIBLE, SAGRADO, QUE INDICA LA GRACIA SANTIFICANTE Y QUE HA SIDO INSTITUIDO POR DIOS DE UNA MANERA PERMANENTE, es un verdadero sacramento (2). ¿Cómo, pues, el matrimonio, ya sacramento áun bajo la ley de la naturaleza, no sería un sacramento bajo la ley del Evangelio?

En fin, un último título de la grandeza del matrimonio cristiano es la figura de la union de Jesucristo con la Iglesia.

Se pregunta por qué, habiendo Dios creado el universo y áun los ángeles por una palabra pronunciada con una especie de in-

(1) Ab initio non fuit sic; qui fecit hominem masculum et fœminam fecit eos, et dixit..... adhærebit uxori suæ et erunt duo in carne una. Quod ergo Deus conjunxit homo non separet. (*Matth.*, XIX.)

(2) Sacramentum est signum sensibile sacrum gratiæ sanctificantis, permanenter à Deo institutum.

diferencia: «Dijo y todo fué hecho; ordenó y todo fué creado (1), se pregunta por qué solamente al crear el hombre llamó, en cierta manera, á su sabiduría en consejo: *Faciamus hominem*, por qué moldeó con su propia mano el barro de que formó el cuerpo de Adan, y parece como que sacó del fondo de su Sér el espíritu de que lo animó, de manera que el hombre es el solo sér, segun la expresion de Tertuliano, que Dios ha creado, no con una órden de señor, sinocon la cariñosa mano de un padre: *Non imperiali verbo, sed familiari manu!* ¡Ah! Es, responde el mismo doctor porque en la formacion del cuerpo del hombre, el pensamiento divino estaba en el Verbo eterno, que un dia debia hacerse hombre: *Quidquid limo exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus.*

En la escuela de San Pablo es donde el doctor africano habia aprendido esta bella doctrina, porque el Apóstol habia llamado al primer Adan «la forma ó boceto del Adan segundo» (2). Dios semejante á un artista que comienza por hacer en yeso el modelo de la gloriosa estatua que más tarde ha de circular en grandes dimensiones y en precioso mármol, con la formacion del hombre no hizo más que figurar y anunciar á Jesucristo, preludiando así el gran misterio de Dios hecho hombre: *Adam primus est forma futuri.*

¿Qué es Jesucristo? La Persona del Verbo sustancialmente unida á la naturaleza humana. Pero esta naturaleza, perfecta en Dios, no está completa; le falta la personalidad humana, que está suplida por la Persona del Verbo. Porque en Jesucristo hay duplicidad de naturaleza y de voluntad, y unidad de persona. Para figurar con anterioridad este inefable misterio, es para lo que Dios ha unido íntimamente en el hombre la sustancia espiritual á la sustancia corporal, y ha creado este cuerpo perfecto, pero no completo; porque á este cuerpo reducido á Él le falta el *sér* que le sea propio y comun á todos los demas cuerpos; y este sér está suplido en Él por el sér del alma; por consecuencia, hay en el hombre duplicidad de sustancia y unidad de sér. Hé aquí, pues, cuán admirables son las obras de Dios, y cómo no podia expresarse de una manera más precisa y clara el misterio de Je-

(1) Ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt. (*Ps.* CXLVIII.)
(2) Adam primus est forma futuri. (*Rom.*, V.)

sucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre en unidad de Persona, no podia expresarse más claramente que lo ha hecho por la creacion del hombre, verdadero espíritu y verdadero cuerpo en la unidad del sér: *Adam primus est forma futuri.*

Tambien se pregunta por qué, habiendo Dios sacado de la tierra los dos sexos de todos los animales, sacó del mismo varon la hembra de nuestra especie; la Escritura nos enseña que, durante el sueño de Adan, Dios le quitó una costilla y formó de ella la mujer (1). Es, responde Santo Tomás, para que se conozca la grandeza del hombre, puesto que es el solo principio de su especie, así como Dios lo es de todo el universo (2). Es, en segundo lugar, á fin de que, por esta identidad de la misma carne, formando los dos sexos del hombre, quedase probado que el matrimonio no es una union accidental y pasajera para la reproduccion de la especie, como en todos los animales, sino una union indisoluble y perpétua de toda la vida (3).

En tercer lugar, Dios no ha sacado la mujer de la cabeza del hombre, á fin de que la mujer no pensase en dominar al hombre; tampoco la ha sacado de los piés, para que el hombre no tuviese la tentacion de despreciarla como su sierva y su esclava; la ha sacado de su costado, y en cierta manera de su corazon, á fin de que el hombre la mirase y respetase como á su compañera y su igual (4).

Pero ademas de estas razones, sacadas del órden natural, Dios ha tenido otras de un órden más elevado para crear á la mujer como lo ha hecho.

En el Evangelio de esta semana se dice: «El reino de los cielos es semejante á un rey que, queriendo casar á su hijo, envió á

(1) Tulit unam de costis ejus et ædificavit in mulierem. (*Genes.*, II.)
(2) Ut dignitas primi hominis servaretur, et ipse, secundum Dei similitudinem, esset totius suæ speciei sicut Deus est principium totius universi. (I *Quæst.* LXXXII, art. 29.)
(3) Secundo, ut vir inseparabilius muliere adhæreret, quia in specie humana mas et fœmina commanent per totam vitam; quod non contingit in aliis animalibus. (I *Quæst.* LXXXII, art. 29.)
(4) Conveniens fuit mulierem formari de costa viri, ad significandum quod inter virum et mulierem debet esse socialis conjunctio; neque enim mulier debet dominari in virum, et ideo non est formata de capite; neque despici debet à viro tanquam serviliter subjecta, et ideo non est formata de pedibus. (*Ibid.*, art. 3.)

sus siervos á buscar á los que habian convidado á las nupcias» (1). En esta magnífica parábola Jesucristo ha trazado la historia de sus misterios y su religion. El gran Rey que da una esposa á su único Hijo y que á tantos convida á las nupcias, es el Padre Eterno, que ha dado á su Verbo hecho Hombre la Iglesia por esposa, y ha enviado á sus Apóstoles á invitar á la humanidad entera á asociarse á esta Iglesia y á solemnizar, por el ejercicio de las virtudes más perfectas, el grande y misterioso sacramento del matrimonio.

Así, pues, la gran palabra que Dios pronunció y dice literalmente con respecto al primer hombre: «No es bueno que el hombre esté solo» (2), se referia tambien en profecía al Hombre SEGUNDO en el órden de los tiempos, pero PRIMERO en el pensamiento divino; al Hombre por excelencia perfecto, porque es el solo que sea Dios al mismo tiempo. Jesucristo no debia tampoco estar solo en este mundo: le faltaba una ayuda semejante á Él: *Faciamus ei adjutorium simile sibi;* le faltaba una esposa, una Iglesia, pero de su propia carne, de sus propios huesos, de su propia sangre, porque Él es el solo principio de toda justificacion, de toda gracia y de toda vida espiritual. Y para representar en miniatura este gran sacramento, dice Santo Tomás, es para lo que Dios ha creado la primera mujer de la misma carne del hombre, ha establecido al hombre como el principio de toda vida natural, y ha hecho de Eva al mismo tiempo la hija, la hermana y la esposa de Adan, asi como la Iglesia, segun la Escritura Santa, es al mismo tiempo la hija, la hermana y la esposa de Jesucristo (3).

Ademas, este sublime y delicioso misterio no debia cumplirse sino por la sangre y el agua, salidas del seno traspasado del segundo Adan, dormido con el sueño de la muerte en el árbol de la cruz, y esa sangre y esa agua debian constituir los sacramentos de que ha nacido la Iglesia. Dios no podia, pues, presentar todo eso con anticipacion en figura, sino haciendo que naciese la

(1) Simile est regnum cœlorum homini regi qui fecit nuptias filio suo, et misit servos suos vocare invitatos ad nuptias. (*Evang.*, *Dominicam* XIX *post Pent.*)

(2) Non est bonum esse hominem solum. (*Genes.*, I.)

(3) Alia ratio est sacramentalis; figuratur enim per hanc quod Ecclesia á Christo sumit principium. (*Ibid.*)

primera mujer del seno del primer Adan, dormido al pié del árbol de la vida (1).

De esto resulta, que así como el hombre es un templo vivo que representa y lleva en sí el gran misterio del Verbo de Dios hecho Hombre, así tambien el cristiano y la cristiana unidos por el sacramento del matrimonio son un templo vivo que representa y lleva en sí el misterio no ménos grande de union del Hombre Dios con la Iglesia.

Hé aquí la explicacion de la magnífica sentencia de San Pablo: Que el matrimonio es un gran sacramento en Jesucristo y en la Iglesia: *Sacramentum hoc magnum est, dico ego in Christo et in Ecclesia*; y hé aquí un ensayo sobre la perpetuidad, la unidad y la armonía de los misterios de la verdadera religion.

Apénas he hecho más que indicaros, mis queridos hijos, las grandezas del matrimonio cristiano. Y sin embargo, creo que tengo el derecho de deciros con San Leon: Reconoced, esposos cristianos, vuestra dignidad, y asociaos á la naturaleza misma de Dios por un acto con el cual vais á realizar una institucion divina, á continuar unas funciones divinas, á recibir un sacramento divino y á representar en vosotros un misterio divino; guardaos, por medio de una conducta indigna de vosotros, de caer en la miseria y en la degradacion del matrimonio pagano. Consideraos desde este instante como seres que pertenecen al órden espiritual y divino, como personajes sagrados, y respetaos mutuamente como tales (2).

Pero como la mejor manera de respetar su estado es cumplir sus deberes, escuchad aún la corta explicacion que de ellos voy á haceros.

SEGUNDA PARTE.

LOS DEBERES DEL MATRIMONIO CRISTIANO.

El amor es para los seres inteligentes lo que la atraccion para los seres físicos; así como no se puede formar un cuerpo con

(1) Secundo propter sacramentum, quia de latere Christi dormientis in cruce, fluxura erant sacramenta, et sanguis et aqua quibus est Ecclesia instituta. (*Genes.*, I.)

(2) Agnosce, christiani, dignitatem tuam, et divinæ consors naturæ, noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire. (*Serm. de Nativ.*)

elementos que se repelan, tampoco se puede formar una sociedad entre hombres que no se amen. Por eso el gran teólogo del matrimonio cristiano, San Pablo, ha reasumido en el precepto del amor todos los deberes de las personas casadas, y lo que es más notable, ha fundado este precepto en el misterio que representan los esposos cristianos. Porque cuando ha dicho: Esposos, amad á vuestras esposas como Jesucristo á su Iglesia (1), evidentemente ha querido decir á las mujeres: Esposas, amad á vuestros esposos como la Iglesia á Jesucristo. ¿Quereis, mis queridos hijos, saber cuáles son vuestros deberes recíprocos? Una palabra os lo dirá: Amaos el uno al otro con un amor que imite el amor mutuo de Jesucristo y de la Iglesia: *Diligite sicut Christus Eclesiam.*

Jesucristo y la Iglesia se aman con un amor puro y espiritual, generoso, sobrenatural y divino. Esas son las condiciones del amor con que debeis amaros, y el sólo que puede haceros felices.

Segun las ideas del mundo, el matrimonio es un estado de vida sensual; pero segun el Evangelio, es un estado de continencia y de castidad, y de ahí la necesidad de amaros con un amor puro. Segun las ideas del mundo, el matrimonio es un estado de libertad; pero segun el Evangelio, es un estado de dependencia, y de ahí la necesidad de amaros con un amor generoso. Segun las ideas del mundo, el matrimonio es un estado seglar y profano; pero segun el Evangelio, es un estado cuyo último fin es la vida eterna, y de ahí la necesidad de amaros con un amor sobrenatural y divino.

Volvamos á estas ideas:

1.º En oposicion con la raza de la serpiente, que se forma de la sangre, de la voluntad de la carne y de la voluntad del hombre (2), la raza de la mujer por excelencia, la raza de María, tipo y figura de la Iglesia, nace del espíritu de Dios: *Ex Deo nati sunt.* De Jesucristo vírgen y de la Iglesia vírgen, nace la generacion de los verdaderos cristianos. Jesucristo y la Iglesia se aman con un amor extraño á la concupiscencia, y su pureza misma es la que forma su prodigiosa fecundidad. Hé ahí, hijos mios, el modelo de vuestro amor.

(1) Viri, diligite uxores vestras sicut Christus Ecclesiam. (*Ephes.*, v.)
(2) Ex sanguinibus, ex voluntate carnis, ex voluntate viri. (*Joan.*, I.)

Es verdad que la virginidad, ese estado sublime y perfecto en el que el hombre, inferior al ángel por su naturaleza, llega á ser su igual por la gracia, no es más que un *consejo* y no un precepto del Evangelio. Pero tambien es verdad que lo que se llama «la castidad conyugal», y que es una especie de virginidad, está rigorosamente prescrita por el Evangelio á todos los esposos cristianos. No les es permitido todo en el matrimonio. Toda accion contraria á su fin inmediato, la generacion de los hijos, es criminal. Todo lo que no se relacione, más ó ménos directamente, á este fin, ó bien al fin secundario de aminorar el fuego de la concupiscencia, está fuera de regla; y ademas, no buscar en el uso de este sacramento más que la voluptuosidad, es una profanacion, un sacrilegio que lleva en sí el castigo, áun en el órden natural. Intérprete de la tradicion primitiva, la misma sabiduría pagana ha dicho por medio de Platon: «Los matrimonios más castos son los más fecundos»; y la sabiduría cristiana nos advierte, por medio de Santo Tomás, que la esterilidad de los esposos, los abortos, la complexion débil, y hasta la fealdad y monstruosidad de los hijos, no son más que tristes resultados de las faltas cometidas contra la dignidad del matrimonio.

No debe consentirse que la carne arrastre al espíritu y que la pasion eclipse la razon; es menester que el espíritu domine á la carne y que la razon dirija á la pasion. El arcángel Rafael dirigia á Tobías estas notables palabras: «Los que al casarse destierran á Dios de su corazon y de su espíritu, como si fuesen animales desprovistos de inteligencia, sufren el castigo por el imperio que Satanas ejerce sobre ellos» (1).

Este castigo terrible por el olvido de todo respeto y de todo pudor en el matrimonio, se cumple en grande escala en la familia moderna, que parece haber abjurado todo principio y todo sentimiento cristiano. Testigos son esos arreglos vergonzosos, cuyo número aumenta cada dia, y en los cuales un implacable aborrecimiento reemplaza bien pronto los transportes de una ciega afeccion: porque la voluptuosidad es cruel; sólo el pudor es caritativo. Testigos esos arreglos, cuyas antipatías y discor-

(1) Qui conjugium ita suscipiunt ut Deum à se et à sua mente excludant, ut suæ libidini ita vacent sicut equus et mulus quibus non est intellectus, potestatem habet dæmonium super eos. (*Tob.*, VI.)

dias domésticas, si no estallan en escandalosas divisiones, si dejan subsistir una apariencia de union, es debido á la vergonzosa y sacrílega libertad que los esposos se conceden mutuamente para marchar por los caminos del desórden, comprando, por consecuencia, la mentida paz á precio de la deshonra. Testigos, en fin, esos arreglos de donde ha huido la felicidad en compañía de la virtud. Y en todo eso se revela la accion del espíritu inmundo, que, segun la expresion de la Escritura, arrastra á los que han caido en el lodo á hundirse más en él (1). Esas son las presas de Satanas, que al reinar como señor en las familias, concentra en ellas todos los crímenes y todas las desdichas del infierno, así como el Espíritu Santo derrama en las familias cristianas donde reina como señor todas las gracias y dones del cielo.

Esto no lo temo por vosotros, mis queridos hijos, y si he tocado semejante punto, ha sido por obedecer á la Iglesia, que nos impone el deber de alentar con graves palabras á los nuevos esposos, para aguardar inviolablemente esa fidelidad conyugal que se juran mutuamente al pié del altar, y guardar la continencia en la juventud, la oracion y las grandes solemnidades de la fe (2).

Uno de vosotros desciende, y el otro va á ser el aliado, de la familia del gran doctor Santo Tomás de Aquino, ese genio inmortal, doblemente angélico por la elevacion de su inteligencia y por la virginidad de sus costumbres; para vosotros será una gloria pertenecerle más bien por la imitacion de sus costumbres que por los lazos de la sangre. Renovaréis los prodigios del espíritu cristiano de la familia de San Pablo, que mereció tener un San Jerónimo por panegirista. Al lado de esta heroica hija, tan distinguida por su talento como por su corazon, que al renunciar á las dulzuras de la maternidad segun la naturaleza, ha querido conquistar el mérito sublime de la maternidad segun la caridad, y que nueva Eustoquia, cosecha las flores de la santa virginidad: *Eustochium virginitatis flores metit;* al lado de este gran cristiano, que nuevo Pammachius, realza el brillo de su

(1) Qui in sordibus est sordescat adhuc. (*Apoc.*, XXII.)

(2) Moneat eos sacerdos sermone gravi ut sibi invicem servent fidem; orationis tempore, et præsertim jejuniorum atque solemnitatum, casti maneant, etc. (*Miss. pro sponso et sponsa.*)

genio y el ardor de su celo por la Iglesia con las prácticas de la fe y de todas las virtudes de una laboriosa viudez: *Laboriosam viduitatem terit,* vosotros, nuevo Toxun y nueva Leta, seréis los modelos de la pureza y de la fidelidad en el matrimonio cristiano: *Vos castum matrimonii cubile servabitis.* Así se encontrará rendido en este dichoso matrimonio el triple fruto misterioso de la semilla evangélica, caida en buena tierra, y figura de la santidad que la gracia de Jesucristo produce, en la proporcion de ciento en las vírgenes, de sesenta en los viudos, de treinta en los esposos verdaderamente católicos (1).

2.º El amor de Jesucristo por la Iglesia es en segundo lugar un amor generoso; San Pablo ha dicho: «Jesucristo ha amado á la Iglesia y se ha entregado enteramente á ella» (2); la Iglesia á su vez ama á Jesucristo con el mismo amor, porque en la persona de sus mejores hijos, en sus apóstoles, en sus doctores, en sus confesores, en sus vírgenes, en sus mártires de la caridad, lo mismo que en sus mártires de la fe, la Iglesia lo sacrifica todo á la gloria de su celeste Esposo, todos los bienes de este mundo, todos los goces materiales, todas las afecciones terrestres, hasta su sangre y su vida. Esta es tambien, segun San Pablo, la segunda condicion de vuestro amor: *Diligite uxores vestras sicut Christus Ecclesiam et tradidit semetipsum pro ea.*

El matrimonio, continúa San Pablo, es un estado de sujecion y dependencia: porque el esposo no se pertenece, sino que es todo de su esposa; y ésta tampoco se pertenece, sino que pertenece entera á su esposo (3). Es decir, que los esposos se deben enteramente el uno al otro; que cada uno de ellos debe subordinar y sacrificar sus inclinaciones, su humor, sus gustos, sus deseos y sus voluntades á los del otro. Que el esposo debe sobre todo inmolar á la necesidad de edificar á su compañera ese cobarde sentimiento de respeto humano que aleja á tantos hombres de las prácticas religiosas y acaba por destruir en ellos toda

(1) In agro terræ bonæ tres fructus legimus: centesimum, sexagesimum, trigesimum. In tribus tria Christi præmia recognosco. (*Hieron. ad Pammac.*)

(2) Christus dilexit Ecclesiam et tradidit semetipsum pro ea. (*Ephes.*, V.)

(3) Vir sui corporis potestatem non habet, sed mulier; et mulier sui corporis potestatem non habet, sed vir. (*Ephes.*, V.)

fe. Y la esposa debe sobre todo ofrecer en holocausto á la economía, á la paz y á los cuidados de la familia ese furor por las diversiones, por los espectáculos y por el lujo que hacen perder la cabeza á tantas mujeres, que conducen á tantos desórdenes, que son causa de la ruina de tantas familias y de desgracia sin número en el Estado.

Se pretexta que hoy la variedad, el gusto, el brillo del tocado y los adornos, son condiciones necesarias para ser bien recibido en el mundo. Hija mia, te ruego que no olvides jamas que toda sociedad que busque en tí otros títulos para estimarte que tu piedad, tu sabiduría y tu pudor, no sería más que una sociedad frívola, mundana, pagana é indigna de tí; una sociedad que te haria pagar demasiado caro el honor de acogerte bien; una sociedad, en fin, donde nada tendrias que ganar, y sí todo que perder.

San Pablo ha dicho ademas : El esposo debe amar á su esposa como á su propio cuerpo; al amarla así, se ama á sí mismo, porque ella es su propia carne; y nadie aborrece su carne por débil y enferma que esté, sino que la alimenta y la cuida : así se conduce Jesucristo con respecto á la Iglesia (1). Esto es decir á los esposos que deben perdonarse mutuamente sus defectos, soportarse el uno al otro y concederse una indulgencia mutua en cuanto á la divergencia de pensamientos y de caractéres, y en cuanto á las imperfecciones y debilidades de la naturaleza humana.

En fin, San Pablo ha dicho : Á los que quieran casarse les prevengo que tienen que sufrir la tribulacion de la carne (2); y en esta palabra tan llena de sentido y de filosofía, ha encerrado las penas, las preocupaciones, los cuidados, los disgustos, los dolores y los sacrificios inseparables del matrimonio. Esto es decir á los esposos que deben amarse de manera que se aligeren mutuamente el peso de esa tribulacion con la mutua compasion que la comparte, y con la mutua paciencia que lo hace conllevar. Es decir, que deben vivir el uno en el otro, el uno para el

(1) Viri debent diligere uxores suas ut corpora sua: qui suam uxorem diligit seipsum diligit; nemo enim unquam carnem suam odio habuit, sed nutrit et fovet sicut Christus Ecclesiam. (*Ephes.*, v.)

(2) Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. (*Ibid.*)

otro; que el uno debe hacer de la dicha del otro su propia dicha; porque los filósofos definen así el amor : « La alegría que se experimenta con la felicidad del otro : *Gaudium ob felicitatem alterius* ». Y todo eso no es más que la generosidad del alma, la abnegacion; porque esto no es más que la expansion de un corazon en otro corazon, el sacrificio de la vida por la vida de otro.

3.° No es bastante amarse con un amor puro y generoso; es menester quo os ameis con un amor sobrenatural y divino. El matrimonio cristiano es el que se verifica con la mira de seguir la voluntad de Dios; y como esta voluntad es la santificacion de los hombres : *Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra*, los esposos cristianos, como lo ha declarado el concilio de Trento, deben proponerse por objeto principal de su union su santificacion mutua. Y San Agustin ha dicho : En nuestras mujeres, la santidad del sacramento lleva la fecundidad de las entrañas (1). No es para contentar su pasion, ni por motivos de interes y vanidad por lo que las almas verdaderamente cristianas acuden al matrimonio; sino para tener cada una de ellas una compañera que comparta, en una perfecta union de espíritu y de corazon, las alegrías y las amarguras de la vida, que le ayude en el ejercicio de la oracion, que le aliente en la práctica de la virtud, que le facilite la obra de la salud eterna, y que concurra á educar cristianamente los hijos que Dios quiera darle. Deben edificarse mutuamente, alejar el uno del otro toda ocasion de escándalo, rivalizar en celo por las obras de la gloria de Dios y de la salud del alma. Con respecto á esto deben considerarse solidarios, deben vivir de tal manera en este mundo, que luégo puedan encontrarse en el cielo.

¿Poro hay medio de amarse con ese amor sobrenatural sin la práctica de la religion? El hombre no es ni puede ser un objeto de estimacion para el hombre, sino en tanto que Dios le envie un rayo de su luz y lo envuelva en la sombra de su Sér divino. No se puede amar al hombre sin amar á Dios; los hombres no se aman como hermanos, sino cuando aman á Dios como Padre. Todo amor que no tiene por apoyo más que un sentimiento car-

(1) In nostrarum nuptiis plus valet sanctitas sacramenti quam fœcunditas uteri. (*De bono Conj.*)

nal, no puede ser duradero; su existencia la mina el tiempo, que gasta los encantos y atractivos; no hay amor durable sino el que tiene el deber, es decir, la ley y la gracia de Dios por base. Y no es en los libros de los filósofos, sino en las enseñanzas de la Iglesia donde se aprende el deber; no se cumple éste por consideraciones humanas, sino por la gracia divina. De ahí la necesidad en que están los esposos cristianos de la instruccion católica, de la práctica de la oracion y del uso de las sacramentos, manantiales inagotables de gracia, de honestidad, de virtud, de dicha.

En cuanto á vosotros, mis queridos hijos, teneis otra razon particular para excitaros mutuamente á la práctica de la religion y es el reconomiento para con Dios. De cien casamientos que se hacen en nuestros dias, de las clases que se llaman distinguidas, ¿se encontrarian muchos en que el esposo fuese sinceramente creyente y practicase su fe? ¡Cuánta gratitud no debes, pues, al Señor, hija mia, por haberte dado un esposo cristiano, tan raros en estos tiempos! Y tú tambien, hijo mio, ¡cuánta gratitud no debes á Dios, que se digna en estos tiempos en que las mujeres verdaderamente prudentes y piadosas son tan raras, unirte á una de esas mujeres rarísimas, de quienes la Escritura ha hecho el retrato; á una esposa que no busca para su principal ornamento más que el pudor, que se envanece con el estudio de la santidad, que es la gracia sobre la gracia, tesoro inestimable, para el que nada vale la castidad del alma (1); á una esposa que sabrá hacer prosperar tu casa con su prudencia, en un tiempo en que tantas esposas ligeras é insensatas destruyen los capitales más fuertes (2); á una esposa, en fin, verdaderamente BUENA en el sentido de los Libros Santos, es la más bella herencia y la más rica recompensa que el hombre de bien puede recibir en este mundo por sus acciones virtuosas, y que reflejando en tí su bondad, te hará mejor y más dichoso, y doblará los dias de tu vida (3).

(1) Gratia super gratia mulier sancta et pudorata, omnis ponderatio non est digna continentis animæ. (*Eccl.*, XXVI.)
(2) Sapiens mulier ædificat domum suam; insipiens extructam quoque manibus suis destruet. (*Prov.*, XVIII.)
(3) Pars bona mulier bona; dabitur viro pro factis bonis. Mulieris bonæ beatus vir, numerus annorum illius duplex. (*Eccl.*, XXVI.)

No tengo necesidad, mis queridos hijos, de deciros que con el más vivo transporte de mi alma llamo sobre vosotros el cumplimiento de estas promesas; con esta intencion haré descender las bendiciones de la fe y de la gracia, para que haciéndoos dichosos en esta vida, os aseguren la conquista de la felicidad eterna. Así sea.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE

DE LAS HOMILÍAS CONTENIDAS EN EL TOMO SEGUNDO.

Páginas.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

Librería de D. Leocadio Lopez, editor,

CALLE DEL CÁRMEN, NÚM. 29.

OBRAS PUBLICADAS DEL R. P. VENTURA.

Pesetas.

La Razon filosófica y la Razon católica. Conferencias predicadas en Paris.—Un tomo en 4.º.................... 6

La Creacion. Conferencias predicadas en la Magdalena de Paris. Segunda parte de *La Razon filosófica.*—Un tomo en 4.º........... 8

La Confesion sacramental, las armonías de la Eucaristía y la eternidad de las penas. Tercera parte de *La Razon filosófica.*—Un tomo en 4.º.................... 8

Las bellezas de la fe ó la ventura de creer en Jesucristo y pertenecer á la verdadera Iglesia.—Tres tomos en 4.º.................... 18

La Madre de Dios, Madre de los hombres, ó Explicacion del misterio de la Santísima Vírgen al pié de la cruz.—Un tomo en 4.º, lámina......... 4

La escuela de los milagros. Homilías sobre las principales obras del poder y de la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, predicadas en la Basílica Vaticana.—Tercera edicion.—Dos tomos en 4.º.................... 15

La Mujer católica. Obra que sirve de continuacion á *La Escuela de los milagros.*—Dos tomos en 4.º.................... 10

Delicias de la Piedad. Tratado sobre el culto de la Santísima Vírgen.—Un tomo en 4.º.................... 3

Glorias del catolicismo. Oraciones fúnebres, vidas y ejemplos de algunos católicos contemporáneos.—Un tomo en 4.º....... 6

Manual de la mujer cristiana, ó Biografía de Virginia Bruni, viuda romana.—Un tomo en 8.º.... 2

Cartas.—Vida de San Jerónimo y otros escritos menores.—Un tomo en 4.º.................... 5

La tradicion y los semi-pelagianos de la filosofía, ó el semi-racionalismo desenvuelto.—Un tomo en 4.º.................... 8

El Tesoro Escondido. Conferencias sobre la doctrina y el ejemplo contenidos en la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, predicadas en la Sacrosanta Basílica de San Pedro en Roma.—Dos tomos en 4.º.................... 10

